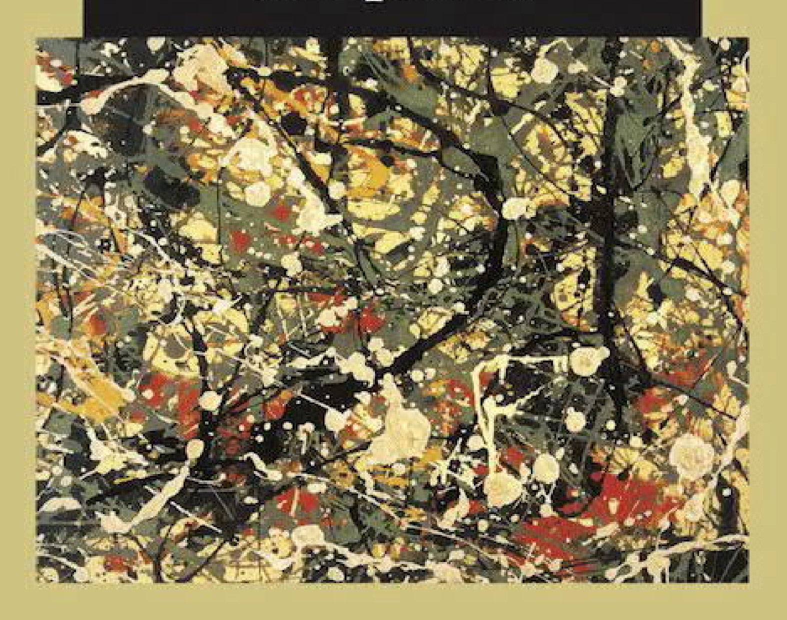


La globalización temprana



BERND HAUSBERGER

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MÍNIMA DE LA GLOBALIZACIÓN TEMPRANA

HISTORIA MÍNIMA
DE LA GLOBALIZACIÓN TEMPRANA

Bernd Hausberger



EL COLEGIO DE MÉXICO

909
H3761h

Hausberger, Bernd, 1960-
Historia mínima de la globalización temprana / Bernd Hausberger. – 1a ed. – Ciudad de México, México : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2018.
264 p. : il., mapas ; 21 cm.

ISBN 978-607-628-241-0

1. Historia universal. 2. Civilización – Historia. 3. Globalización. I. t.

Primera edición, 2018

Carretera Picacho Ajusco núm. 20
Ampliación Fuentes del Pedregal
Delegación Tlalpan
14110, Ciudad de México, México
www.colmex.mx

ISBN 978-607-628-241-0

Impreso en México

ÍNDICE

PRÓLOGO

La *historia global*, con minúscula, es la historia del globo terráqueo, observado como un todo. Pero ¿existe tal historia como un desarrollo común e interconectado? ¿O bien hay diferentes historias, aunque todas se desarrollan en el mismo globo? Y, en caso de que exista la historia global, ¿existió desde siempre o en qué momento o periodo se puede ubicar su comienzo? De estas preguntas ha surgido una nueva subdisciplina, la Historia Global (con mayúscula). Es expresión del esfuerzo de una perspectiva renovada sobre la historia para enfrentar los desafíos que le imponen, a las ciencias históricas, los fenómenos actuales de globalización. Éstos se han hecho evidentes en todas las esferas de la vida humana, tal vez con mayor eco en la economía, en el ascenso de poderes no occidentales, como China, o en el retroceso del papel del Estado nacional. En consecuencia, el papel del Estado nacional, como marco y actor dominante del análisis histórico, ha sido puesto en entredicho. La Historia Global pretende presentar una alternativa. La gran mayoría de sus exponentes son historiadores que han desarrollado interés sobre el tema a partir de problemáticas histórico-regionales. Christopher A. Bayly fue historiador de la India, Patrick Manning lo es de África, Jürgen Osterhammel de China y Wolfgang Reinhard de Europa, y a veces esto se percibe, como Osterhammel reconoce. Entonces, aunque sea con una pequeña publicación, no estaría mal que un historiador de América Latina incluyera su perspectiva, pues, esta región no ha participado demasiado en la discusión y los expertos en otras regiones tampoco le han

atribuido mucha o suficiente importancia, cuestión que ha llevado a consideraciones historiográficas desequilibradas y, como considero, interpretaciones distorsionadas.

A la miopía regional se suma cierta miopía temporal. En los últimos años han aparecido voluminosos e importantes libros sobre las fases que se consideran como decisivas en el devenir de la Historia Global. A la vieja historia universal y a una parte de la nueva Historia Global se les ha reprochado, con justa razón, sostener una postura eurocentrista, basada en la supremacía mundial de Occidente que se impuso en el siglo XIX. Recientemente, esta crítica ha sido correspondida con un declarado sinocentrismo como reflejo del ascenso de China en los últimos años. En todo caso, ambas posiciones obedecen a una interpretación teleológica de la historia y son inadecuadas, en especial, para la comprensión de las relaciones mundiales antes del siglo XIX. Además, en el marco de estas consideraciones, el eurocentrismo se ha convertido en un notorio anglocentrismo (que se manifiesta también en que muchas de las obras principales de la Historia Global casi no toman en cuenta bibliografía que no esté en inglés, situación que se aleja del ideal multilingüe de la vieja historia nacional). Con demasiada frecuencia, la Historia Global reproduce una narración del devenir del mundo moderno derivada de la historia inglesa-angloamericana, es decir, una versión histórica que sólo está interesada de forma selectiva en el mundo previo al auge de Inglaterra en el siglo XVII. La obsesión con China que manifiesta, por ejemplo, la llamada Berkeley School, es sólo una variante de este estrecho interés, porque nace de la preocupación con la posición en el futuro —y, por consiguiente, también en el pasado— de China frente a la hegemonía fundada por Gran Bretaña y, en la actualidad, estadounidense. Por tanto, se tiende a un patente descuido de importantes regiones del globo, como el sudeste de Asia, el espacio islámico o, incluso, la India, lugares que no se les otorga la misma atención que a China; en particular, la expansión ibérica o el papel histórico de

América Latina son infravalorados. Incluso, en el reciente volumen —de 831 páginas de texto— coordinado por Wolfgang Reinhard sobre la era preindustrializada, de 1350 a 1750, se dedican extensos capítulos a las grandes regiones de Eurasia, a Oceanía 16 páginas; a las colonias inglesas y francesas, después de todo, otras 20, y a la África atlántica, 22; sin embargo, la América española sólo es estudiada en once páginas y la América portuguesa en otras tres. Un prominente historiador como Patrick O'Brien logra prácticamente obviar a Latinoamérica en su introducción programática del primer número del *Journal of Global History* y, en su introducción al contexto global de la *Cambridge Economic History of Latin America*, sólo la menciona muy al margen. Naturalmente, no se puede afirmar que América Latina haya sido en algún momento el centro de la historia mundial. Lo que quiero mostrar aquí es una historia multipolar, en la que ni Occidente ni China dominaban el desarrollo, aunque hayan sido las regiones más ricas o activas. De esta manera, espero que este libro pueda matizar el enfoque de la investigación sobre la globalización temprana.

Pero ¿cuándo sucedió propiamente esta globalización temprana? El presente texto entiende por *globalización*, de forma más bien pragmática, el proceso de construcción de un amplio entramado de relaciones de diversa índole que en su conjunto cubrían el globo y asume que tal proceso se inició en el siglo XVI. Esta cronología no deja de ser controvertida, aunque se apoya en autores prominentes como Fernand Braudel o Immanuel Wallerstein. Resulta obvio que en ningún momento pretendo decir que antes o después del siglo XVI no hayan ocurrido desarrollos y cambios de enorme trascendencia. Antes de 1500, hubo conexiones más allá de una región pero, al no conectar Eurasia con América, abarcaban extensiones menores y llevaron sobre todo a la conformación de diversas macrorregiones. Entre ellas, en especial entre regiones de Eurasia y África, ya se estaban forjando lazos sostenidos. En América existieron

desarrollos similares, aunque aislados, en Mesoamérica y los Andes. Después de 1500, las relaciones interregionales a nivel global se intensificaron de forma notable, ya que se incluyó por primera vez el hemisferio occidental, debido a las exploraciones de los navegantes y conquistadores de los reinos de España y Portugal y, poco más tarde, de otras monarquías europeas. Los mecanismos de conexión fueron las ciencias, la expansión imperial, la misión, el comercio y la movilidad humana. Los contactos establecidos no fueron superficiales pues dejaron su impronta en los espacios afectados. En el marco de este modelo, la Historia Global es una historia de la integración, diferenciación y vinculación de espacios. Las conexiones globales fueron construidas en gran medida por actores de origen europeo, pero el sistema mundial de la época dependió de la dinámica de sus partes (China, la India, el sureste de Asia, el mundo musulmán, América y África), en las cuales, con la excepción de América, los europeos sólo tuvieron una influencia limitada y más bien aprovecharon (en parte como parásitos) las posibilidades que se les ofrecían.

Este libro es una versión profundamente revisada de otro que he publicado en Austria, *Die Verknüpfung der Welt*. En él se encuentran un gran número de notas al pie y una amplia bibliografía de las obras de las que me he beneficiado. En ambos textos, tanto en el alemán como en el español, retomo la perspectiva que he desarrollado en conjunto con Peter Feldbauer y Jean-Paul Lehners en la serie editada *Globalgeschichte. Die Welt 1000-2000*. Sería el momento oportuno de manifestar mi agradecimiento a los 52 autores participantes en sus ocho volúmenes. En especial a Peter Feldbauer, por su infatigable iniciativa y estímulo, le debo mucho más de lo que aquí puedo expresar. Además, agradezco a Gottfried Liedl su apoyo en la fase inicial de este libro, a Carlos Marichal por alentarme a seguir en el tema

de la Historia Global, a Sherin Abu-Chouka por haberme insistido en que tomara en cuenta la historia de las mujeres; a Jaime Ramírez Muñoz, por la elaboración de los mapas, y a Isabel Galaor por su permanente ayuda, en cada fase de la redacción del texto.

1. HISTORIA GLOBAL Y GLOBALIZACIÓN

La Historia Global no es idéntica a la historia de la globalización, pero existe un nexo entre éstas. La relación depende de la definición del concepto. La Historia Global —así la entiendo yo— se interesa en relaciones, interacciones e interdependencias suprarregionales y transfronterizas de todo tipo que se han dado a lo largo de los siglos y a escala mundial. En cambio, *globalización* generalmente se aplica al desarrollo actual que empieza, para la mayoría de los científicos sociales, en la segunda mitad del siglo xx, y que para algunos tiene como punto de inflexión la década de 1950, para otros, la de 1970, y para no pocos el final de la Guerra Fría, la liberalización internacional de los mercados y los efectos revolucionarios del internet en la década de 1990. De cualquier manera, su historia es más limitada que el campo de la Historia Global. Aun así, la Historia Global le debe su éxito al fenómeno omnipresente de la globalización de hoy pues está pensada desde la globalización.

En todo caso, la globalización tiene su historia. Sobre todo Dennis Flynn y Arturo Giráldez han insistido en la dependencia de la globalización de su trayectoria histórica (*path dependence*). El concepto de *path dependence* considera los fenómenos de larga duración (*longue durée*) y, en específico, destaca que desarrollos pasados, a pesar de las condiciones en que ocurrieron, cambiaron o desaparecieron, dejan su impronta en desarrollos posteriores, los cuales no pueden entenderse sin atender su trayectoria. Aunque debe subrayarse que la propuesta va más allá de una simple continuidad en el tiempo, a partir de su postura

la idea de rupturas radicales en la historia pierde importancia, de manera tendencial, frente a la evolución. En el centro de la discusión se coloca la procesualidad del devenir histórico, su dinámica continua e irreversible (pues tampoco un supuesto regreso, como a veces los actores históricos lo postulan, puede restablecer un pasado ya vivido, porque la trayectoria transcurrida no puede ser desbaratada). Así, nuestra perspectiva tal vez no cambie radicalmente, pero se modifica. Es un enfoque que no redunda en beneficio del sensacionalismo académico, aquel que quiere presentar resultados espectaculares como, por ejemplo, el inicio de una nueva era que ha roto con el pasado. Los debates políticos actuales sobre la globalización nos dan la sensación de que nuestros problemas no cuentan con antecedentes y que nuestro mundo está experimentando una transformación que se escapa a la experiencia histórica. Esto pareciera otorgar a nuestra vida un toque de singularidad y originalidad. De paso, le resta a la mirada hacia el pasado su relevancia social; por eso no es fortuito que, en 1992, Francis Fukuyama decretara el final de la historia. Ahora, indiscutidamente, los problemas de cualquier época poseen su propia especificidad. Pero cada fenómeno cultural y social estudiado se origina y existe en un contexto diacrónico y sólo puede ser entendido como un proceso abierto, con un antes y un después. Hay que evitar el peligro de caer en la trampa de un determinismo teleológico, de una historia que no deja espacio a alternativas ni al cambio, es decir, considerar que la Historia Global ha tenido un desarrollo más o menos lineal y directo hacia la globalización, como actualmente la conocemos, y descuidar los rodeos, callejones, estancamientos y también las rupturas de los procesos polifacéticos de interacción e interconexión.

La Historia Global contribuye a nuestro entendimiento de los procesos históricos al prestar atención a las relaciones, redes e interacciones que rebasan las fronteras habituales entre Estados, naciones, culturas y civilizaciones. Esto nos lleva a tomar

en cuenta fenómenos y temas antes no registrados o considerados irrelevantes y hasta peligrosos para nuestras construcciones identitarias. Asimismo, se plantea la cuestión de cómo los desarrollos internos, por ejemplo la formación del Estado nacional o la industrialización en Europa, son moldeados por relaciones que rebasan sus fronteras y cómo estos desarrollos internos (o considerados como internos) se convierten, a su vez y de forma inmediata, en un factor de interacción más allá de su espacio de origen. Así, la construcción histórica, la inconstancia, la permeabilidad y la relatividad de las fronteras de regiones, naciones, Estados y civilizaciones quedan expuestas al debate. La tan apreciada dicotomía entre *externo* e *interno* tendría que cuestionarse en muchos casos. En cambio, veríamos cómo interacciones concretas, por ejemplo el comercio, generan a menudo espacios propios donde desarrollan su práctica. También a nivel de los actores pueden observarse relaciones más allá de las habituales fronteras, en las que diversos tipos de intermediarios *(brokers)* desempeñan importantes papeles que no pueden explicarse dentro de los habituales parámetros nacionales, étnicos o culturales. En fin, la relación entre *global*, *regional* y *local* debe ser reexaminada de forma constante.

La construcción de vínculos a larga distancia necesitó motivos y los mejores se dieron sobre todo en la ampliación del comercio, en la propagación de la religión y en la búsqueda de poder bajo la forma de la expansión imperial y la construcción estatal. Los medios e instrumentos con los que las conexiones se establecían y mantenían eran la comunicación, los medios de transporte, el dinero, la guerra y la sexualidad. Las relaciones resultantes solían ser asimétricas y tendían a crear jerarquizaciones. Las relaciones igualitarias siempre fueron una excepción: si no se dieron a partir de un equilibrio de poderes, su conservación hubiera requerido esfuerzos que, por lo general, los actores históricos no están dispuestos a hacer. La construcción de imperios o Estados de por sí implica ganar, mantener

o extender espacios de dominio. En el periodo aquí tratado, también misioneros y comerciantes solían apoyarse en medidas violentas, en soldados e instituciones estatales y regímenes legales impuestos. En las mismas circunstancias surgió también el capitalismo que, según Fernand Braudel y Giovanni Arrighi, no puede ser identificado con el desenvolvimiento transparente de la economía de mercado, sino como una esfera de poder y acumulación proporcionada por el Estado (o a lo largo del tiempo por diferentes Estados) que mejor garantiza, impone y defiende su campo de acción. Dicha interpretación se presta a debates, pero es indudable que los vínculos largos, globales o globalizadores se establecían, por lo general, en un contexto de competencia, conflicto y contienda, en donde el poder político y armado finalmente era un factor clave.

No obstante las diferencias de poder imperantes en la mayoría de las relaciones, no se debe perder de vista que en la interacción todos los participantes conservan su agencia (*agency*). Las iniciativas de los poderosos generalmente no encuentran aceptación o sumisión incondicional, sino respuestas creativas que vacilan entre resistencia y apropiación selectiva. Las armas de los débiles (*weapons of the weak*), parafraseando el título del famoso libro de James C. Scott, no deben menospreciarse ni a nivel local ni global. Delimitan los parámetros de la mayoría de las interacciones e influyen sobre su práctica. El poder nunca determina la interacción del todo. En consecuencia, sería reduccionista confundir, en una *Big History* del globo, los resultados del triunfo del Occidente en los siglos XIX y XX con sus proyectos. En la práctica, el mundo siempre se ha desarrollado de manera diferente de la planeada. La historia de las interacciones tiene que tomar en serio las desviaciones de los planes de las élites de poder (y de sus pensadores, quienes los asentaron por escrito). Por consiguiente, no puede dejarse de lado a los actores y grupos subalternos, pero sin elevar su agencia en pos de una exagerada *political correctness* que pretenda regresar su dignidad

a los discriminados, explotados y perseguidos. Así, la historia de la interacción se protege de las visiones eurocentristas y jerárquicas que contaminan la acostumbrada historia de la expansión europea y la mayoría de los planteamientos comparativos y evolucionistas. Las sociedades extraeuropeas, con sus variadas economías, culturas y formas de organización, no fueron nunca víctimas pasivas de los europeos. Había oposición al expansionismo y a la hegemonía occidental —incluso en situaciones de abrumadora inferioridad y represión— con actos de resistencia, ideas propias y, no raras veces, también con ofertas de cooperación. Todo esto dio paso a procesos de transformación que ningún poder colonial ha podido controlar. Los avances expansionistas europeos no pueden entenderse sin la cooperación de los actores nativos, cuyos motivos no siempre eran los que en la actualidad, se supone, actores coloniales debían tener. En vez de luchar contra la opresión, se acomodaron y hasta se beneficiaron de ella. Siempre hubo efectos retroactivos para los que parecían los actores determinantes y poderosos. Sólo se necesita pensar, para tomar un ejemplo del presente, en la influencia que han ejercido países tan débiles como Afganistán o Irak en la situación interna del país más poderoso, en las mortificaciones que se han vuelto obligatorias al viajar por avión o en los trastornos que causan los refugiados de Siria en la constitución europea.

Sin duda las interacciones, que son el tema de la Historia Global, no sólo se dan en el presente, sino que han tenido lugar ya desde hace siglos. Se puede diferir sobre su trascendencia, pero no sobre su existencia. Dejando a un lado los fenómenos tecnológicos, en tiempos anteriores pueden encontrarse rasgos de casi todo lo que se considera típico de la nueva situación mundial: consolidación de las vías de comunicación y del comercio mundial, flujos transcontinentales de dinero y de migrantes, redes de información, transculturalidad, transferencia científica y cultural, destrucción, reconstrucción, hibridación, fragmentación y multiplicidad de identidades, fundamentalis-

mos étnicos y religiosos. Es cierto que, por ejemplo, el comercio mundial tiene en la actualidad un volumen enormemente mayor que a finales del siglo XVIII, para no hablar del siglo XVI. Con todo, ¿cuándo una diferencia cuantitativa se convierte en una diferencia cualitativa? El reiterado reparo de que el proceso de globalización temprano sólo afectó una pequeña parte de la humanidad en cualquier caso necesita ser revisado. En el marco de la trayectoria dependiente (*path dependence*) el argumento en sí carece de sentido. La gota constante perfora la roca y no ayuda afirmar que la primera o las diez primeras gotas carecían de efecto y son, por lo tanto, irrelevantes. De forma más concreta podría preguntarse si, por ejemplo, la colisión entre las diferentes religiones realmente afecta a la gran mayoría de la actual población europea más que en la época de las sangrientas guerras de fe, de la permanente "amenaza turca" (tan verdadera como imaginaria), del descubrimiento transoceánico de los gentiles paganos y caníbales (objeto de un verdadero sensacionalismo publicitario), ni hablar de la presión militar, económica y misional que se ejerció contra muchos pueblos extraeuropeos. ¿Fue el imperialismo del siglo XIX un fenómeno de nueva envergadura o producto de la trayectoria del colonialismo temprano? Del espacio latinoamericano y caribeño se puede afirmar que su transformación en el siglo XVI fue más dramática, profunda y trascendental que todo lo que los reformadores liberales y neoliberales, los usuarios del internet y otros modernizadores provocan en la actualidad. Es verdad que antes de los siglos XIX y XX la gran mayoría de la población mundial tenía sólo escasos conocimientos de otros continentes. Sin embargo, muchos americanos, africanos y asiáticos, tanto mujeres como hombres, tuvieron persistentes experiencias de primera mano con europeos, sobre todo varones.

2. PERIODIZACIONES DE LA HISTORIA GLOBAL

La insistencia en la *path dependence* debe impedir que se pierda de vista la raigambre histórica de la globalización en pos de la idea de una ruptura con el pasado. Pero el énfasis en la historicidad de las transformaciones globalizadoras no desecha que hayan ocurrido cambios puntuales e importantes que pueden servir para estructurar el continuo histórico en periodos o épocas. Debe enfatizarse que, a lo largo de los siglos, los cambios radicales casi nunca afectan campos como la cultura, la política, la economía, el orden social o las mentalidades al mismo tiempo, ni con la misma intensidad ni con la misma velocidad. Debe resaltarse que las propuestas de periodización histórica suelen privilegiar un aspecto, por ejemplo la economía, en detrimento de otros. Sobra decir que esto se presta a discordias entre los historiadores. Además, si se quiere identificar un cambio, cualquiera del que se trate, en la Historia Global, se enfrenta la dificultad de que se observa con desigual claridad en diversas regiones del mundo, las que, a su vez, se desarrollaban con sus respectivas cronologías. Si nos centramos en la expansión global del Occidente, no hay que pasar por alto que, tanto antes como después de los primeros contactos con los europeos, los reinos, las civilizaciones y las culturas extraeuropeas mantenían vínculos autónomos que obedecían a objetivos propios y a diferenciadas relaciones de dependencia y dominación. Además, la expansión europea llegó a diversas partes del mundo en distintos tiempos, promovida por distintos actores con distintas metas y distintos métodos. Por su parte, las sociedades que esta-

ban en contacto reaccionaron de manera variada. De ahí que el análisis de las conexiones globales tiene que distinguir entre sus desiguales consecuencias en las diferentes regiones. En cuanto a Latinoamérica, simplemente no puede argumentarse que su inserción en las interdependencias globales se dio sólo en el siglo XIX. En el interior de África la situación se presenta de otra manera. Y un caso complejo lo representa Europa, donde se discute apasionadamente en qué medida las relaciones exteriores del continente y sus regiones marcaron su desarrollo e integración histórica.

Así, resulta un empeño controvertible estructurar la Historia Global en épocas válidas para todas las historias regionales y nacionales. Se puede trazar una periodización pertinente para una región o para un vínculo globalizante específico (por ejemplo, el comercio internacional). Mas a la hora de extender semejante ejercicio para que abarque diferentes regiones, continentes y culturas, y a la vez diferentes campos de análisis, el propósito de elaborar una cronología consensuada resulta ardua. No cabe duda de que el desarrollo de Europa Occidental posee un ritmo diferente que el de Asia Oriental o el de América Latina, y las relaciones que llegaron a establecer entre sí tendrían otro. Ahora bien, para algunos precisamente la falta de una contundente periodización común es prueba de que en los siglos aquí tratados no había todavía globalización. Sin embargo, habría que preguntarse si estas cronologías no se condicionaron o, por lo menos, influyeron mutuamente aun cuando las relaciones globalizadoras no ocasionaron en todas partes los mismos, sino diferentes y a veces contrastantes, efectos. En el siglo XX la teoría de la dependencia, ya en descrédito, se construyó exactamente con un modelo de ese estilo.

En todo caso, no faltan ideas para periodizar la Historia Global. Así, por ejemplo, A. G. Hopkins y especialmente C. A. Bayly han propuesto tres fases de la Historia Global. Ambos hablan de una fase de globalización arcaica (Hopkins hasta 1600

y Bayly hasta 1750, aproximadamente), la protoglobalización (alrededor de 1800 y 1850, respectivamente) y la globalización moderna. Bayly (quien se refiere a la época actual como la *globalización poscolonial*) no concibe este esquema como un orden sucesivo de las tres fases. Él intenta evidenciar más bien cómo en el siglo XVIII afloraban nuevas formas de globalización fuera de los vínculos característicos de la globalización arcaica, los cuales fueron marginalizados; algunos desaparecieron, pero otros encontraron incluso nuevas posibilidades de despliegue. Bayly considera que la globalización arcaica fue sostenida por reyes guerreros, que impulsaron la formación de imperios, por peregrinos, misioneros religiosos y por el comercio fundamentalmente de bienes exóticos, que llevó a relaciones complementarias entre diferentes regiones del mundo. Por último, destaca las actividades de comunidades en diáspora, las cuales controlaban partes sustanciales del comercio de larga distancia. Eso trajo consigo un trenzado de relaciones a nivel internacional, pero no implicó en absoluto la homogeneización de prácticas corporales (*bodily practices*, es decir, vestido, alimentación, formas de consumo) ni el triunfo de la economía de mercado orientada a la ganancia; por su parte la formación de Estados modernos sólo estaba en sus primicias.

Durante la protoglobalización, partiendo de Europa y de Estados Unidos, se impusieron relaciones económicas capitalistas, la globalización de la producción de bienes, la consolidación del Estado nacional y la homogenización de las prácticas corporales; el consumo fue definido de manera cada vez más contundente por el mercado y no por afiliaciones culturales o sociales; las diferenciaciones se dieron por la diferente capacidad de compra: el estatus y la clase empezaron a depender del mercado. La moderna y madura globalización, finalmente, está troquelada por el capitalismo, la democracia, el nacionalismo y el consumismo.

De las ideas de Bayly nos ocuparemos una y otra vez a lo largo del presente libro, pues ofrecen un coherente esquema para

pensar la Historia Global. No obstante, pareciera que Bayly no aprecia suficientemente el arraigo histórico de las innovaciones que ha identificado; por consiguiente, excluye casi por completo el papel de la expansión ibérica y de América Latina en su disquisición, y únicamente alude al significado de los metales preciosos procedentes del Nuevo Mundo para el desarrollo de Eurasia. Mientras que cataloga la expansión ibérica dentro de la globalización arcaica, distingue los primeros síntomas de la protoglobalización en el inicio de las colonizaciones británicas y neerlandesas. Esta interpretación ha sido aprobada ampliamente, mas su ubicación anglosajona es evidente.

Vamos a repasar algunos de los cambios, rupturas e innovaciones que la investigación ha tratado como clave en diferentes momentos de la Historia Global. De este modo trataré de dar una introducción en los procesos globalizadores que se dieron a lo largo de los siglos. Para ello, retrocederemos en el tiempo.

EL SIGLO XIX

La investigación ha descubierto, por ejemplo, en el periodo aproximado de 1870 a 1914 una primera globalización, marcada por un aumento sin precedente del comercio, los flujos de capital y los movimientos migratorios. Después de que la Primera Guerra Mundial y la crisis económica de 1929 habían invertido este desarrollo, la globalización económica volvió a ganar ímpetu sólo hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Kevin O'Rourke y Jeffrey G. Williamson han propuesto como el comienzo de una nueva época la primera mitad del siglo XIX, pues creen haber descubierto los primeros indicios de una convergencia de precios a nivel internacional basándose en un predominante cúmulo de datos noratlánticos, y ven en esto el inicio de la globalización. Denis Flynn y Arturo Giráldez han rechazado tal análisis que considera apenas un criterio, como la

convergencia de precios o la economía, para afianzar un fenómeno tan complejo como la globalización; además, han señalado que los flujos de metales preciosos habían producido ya en 1640 una primera y a mediados del siglo XVIII una segunda convergencia del valor entre oro y plata en China y el Occidente. Finalmente, los precios de algunos productos comercializados internacionalmente mostraron tendencias de convergencia en el espacio atlántico en el último cuarto del siglo XVIII, antes de que volvieran a divergir a causa de las revoluciones y guerras. Por lo tanto, la nueva convergencia del siglo XIX sería, al menos en parte, sólo el regreso a la normalidad. Es verdad: la lentitud y la inconstancia de estos procesos pueden interpretarse como indicios de la fragilidad de la globalización temprana; no obstante, prueban en primer lugar su existencia.

EL SIGLO XVIII

Algunos historiadores prominentes establecen la transición "global" decisiva a finales del siglo XVIII y principios del XIX, como ya hemos visto al tratar de la periodización de Hopkins y Bayly. Para caracterizarla, los dos autores enumeran temas como la Ilustración y la desacralización del mundo, el ascenso de la burguesía y del Estado nacional, el surgimiento de la esfera pública, una nueva cultura de consumo liberada de limitaciones moralistas, el inicio de la Revolución industrial o, en pocas palabras, el nacimiento de la modernidad occidental. Sin embargo, el discurso de la modernidad, con todas sus connotaciones, insiste sobremanera en la singularidad de Europa —en el tiempo, frente a culturas pasadas, y en el espacio, frente a otras culturas y civilizaciones— y conlleva al mismo tiempo la pretensión de su validez universal. La modernidad amenaza, por lo tanto, con convertirse en la legitimación de la hegemonía europea (como construcción discursiva y como

poder real) sobre el resto del mundo tan "atrasado". Conceptos como *las modernidades múltiples* corren el peligro —quizás contrariamente a su intención— de encubrir esa implicación, pues finalmente hay una sola modernidad, no obstante que pueda haber diversos caminos para llegar a ella. Semejante conclusión parece ser corroborada por la hegemonía imperialista de Europa Occidental, impuesta en el siglo XIX, en amplias partes del mundo. La base de este desarrollo fue —en términos funcionales— una superioridad en los campos de la economía, tecnología, ciencia, organización política y militar. Aparte de su impacto brutal, todo esto produjo una atracción a la que nadie pudo sustraerse. El ascenso europeo y su hegemonía desde el siglo XIX no se pueden escamotear, aun cuando ese poder se haya trasladado en el ínterin a Estados Unidos y hoy sea desafiado fuertemente por Estados como Japón, China o la India. La modernidad occidental, a la larga, ha puesto al mundo en una vía única de desarrollo común.

Ahora bien, ¿la concentración de desarrollos específicos en una modernidad particularmente europea debe entenderse como cambio radical o como proceso histórico continuo o dependiente de su trayectoria? ¿Y qué papel desempeñaba el mundo no europeo en esta trayectoria? Justamente al investigar la "prehistoria" de la hegemonía occidental y de la globalización moderna, no se puede hablar en absoluto de un predominio europeo. Por eso parece imprescindible que estos antecedentes se contextualicen a nivel global o en todo caso a un nivel que rebase Europa, Europa Occidental o Inglaterra. Un debate semejante lo desató hace décadas Immanuel Wallerstein. Ahora, aunque nadie niegue las raíces históricas de la transformación ocurrida en los siglos XVIII y XIX bajo el augurio europeo, el significado del contexto en el espacio y en el tiempo ha sido minimizado por muchos. Patrick O'Brien, por ejemplo, cree poder menoscabar la idea de un sistema mundo, como espacio de incubación del capitalismo y la industrialización propuesta por Wallerstein,

con el argumento de que hasta finales del siglo XVIII no más que una cuarta parte de la formación del capital bruto europeo se originaba en empresas coloniales. Parece, sin embargo, que el 25% es una cantidad suficientemente grande para no menospreciarla o dejarla de lado en el análisis.

El condicionamiento histórico del desarrollo que empezó en el siglo XVIII puede ilustrarse mediante el inicio de la Revolución industrial, sin duda un fenómeno clave de la modernidad incipiente, del ascenso de Gran Bretaña y de la preponderancia global de Europa. Robert C. Allen ha explicado el triunfo de las formas de producción industriales en Inglaterra a partir de la coincidencia de altos costos de trabajo y bajos precios de energía. Sólo esta constelación posibilitó la introducción de innovaciones técnicas, sobre todo de la máquina de vapor, como negocio redituable. ¿Por qué se dieron exactamente en Inglaterra estas condiciones? Allen da una respuesta precisa: eran el resultado de los yacimientos de carbón y del temprano éxito del país en los mercados exteriores. Las manufacturas inglesas prosperaban, con altibajos, desde la Edad Media. A principios del siglo XVIII, la isla exportaba el 40% de su producción de telas de lana, y el florecimiento de las manufacturas permitió altos salarios (en términos relativos, no absolutos). Con esto, Allen contradice la interpretación clásica marxista la cual sostiene que la base de la industrialización no fueron los salarios altos, sino todo lo contrario, la pauperización de las masas. Tal vez convenga señalar que aquí sólo se refiere a los inicios de la mecanización en el siglo XVIII, lo que no niega que más adelante la creciente competencia se llevara a cabo a costa de la mano de obra.

También la utilización del carbón estuvo condicionada históricamente, pues no se recurrió a su uso en la era de la máquina de vapor simplemente porque estaba disponible, sino porque en Inglaterra la hulla había sido usada como combustible desde hacía siglos. Entre 1560 y 1700 la extrac-

ción se había multiplicado más de diez veces y para 1800 se triplicó de nuevo. La máquina de vapor, en cambio, se basaba en el reconocimiento científico de las leyes de la naturaleza, que en buena parte se había realizado en el siglo XVII y fuera de Inglaterra (por ejemplo, con el descubrimiento de la presión atmosférica en Italia), sin que este progreso científico hubiera cambiado notablemente las formas de producción. No fue sino hasta que en Inglaterra la coincidencia del carbón barato y los altos salarios hizo posible que el desarrollo de una máquina de vapor y la mecanización de la producción se convirtieran en una empresa provechosa. Entretanto, en el resto del mundo, se observaba con interés la nueva tecnología y se experimentaba con ella en ocasiones, para terminar rechazándola. Allí su empleo todavía no representaba ninguna ventaja de costo.

EL SIGLO XVII

A nivel historiográfico, la hipótesis de un parteaguas en las décadas posteriores a 1600 emerge del largo e impetuoso debate desatado por Eric Hobsbawn, en 1954, sobre la crisis del siglo XVII. Sus síntomas inicialmente fueron interpretados como fenómenos europeos y después como, posiblemente, la primera crisis global manifestada en hambrunas, problemas económicos de todo tipo, rebeliones y guerras civiles por doquier. Para explicar esos trastornos en un contexto global, se ha recurrido a los metales preciosos americanos: por ejemplo, la revolución de los precios de las primicias del siglo XVII se ha deducido de las enormes importaciones de plata desde el Nuevo Mundo, que tuvieron como resultado un desproporcionado aumento de la cantidad de dinero en relación con el desarrollo económico. La consecuencia fue un trastorno del sistema monetario euroasiático, expresado en un repentino aumento de precios.

Es indiscutible que en el siglo XVII diferentes partes del mundo pasaron por tiempos convulsivos y con frecuencia se observa una acusada conciencia entre los coetáneos de vivir en un mundo seriamente amenazado. Eran manifiestas la decadencia de los imperios otomano y español, la devastación de partes de la Europa Central y la persistente fragmentación del Sacro Imperio Romano como secuela de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). Además, pueden referirse la Revolución puritana (1642-1649) y la Revolución gloriosa (1688-1689) en Inglaterra, el "periodo tumultuoso" y la subsecuente toma de poder de la dinastía Romanov en Rusia (1598-1613), el derrocamiento de la dinastía Ming en China (1644), el reordenamiento del comercio lejano, un dramático reforzamiento de dependencia colonial en el archipiélago del sureste de Asia o la catástrofe demográfica en la América española. Pero queda en entredicho si se trató de un desarrollo compartido o sólo de una acumulación casual de fenómenos independientes entre sí, quizás ni siquiera más cuantiosa que en otras épocas.

En un reciente libro, Geoffrey Parker explica los trastornos generalizados mediante el impacto de fenómenos climáticos en los sistemas agrarios de la época, no precisamente una argumentación que apoye la idea del peso de una globalización temprana. Tampoco hay acuerdo sobre si la crisis afectó sólo algunas regiones, especialmente a España, Alemania o el Mediterráneo, o si se trató de un desarrollo europeo, euroasiático o global. En contra de la tendencia general que algunos historiadores creen poder observar, los síntomas de crisis fueron mucho menos fuertes en Marruecos, en la India de los mogoles, en la Persia de los safávidas o en la parte continental del sureste asiático. Para los Países Bajos, el siglo XVII fue la época de oro, y Ámsterdam, con su banco de cambio fundado en 1609, fue el centro de la circulación europea de capitales, mientras que en otras partes se derrumbaban las tradicionales casas comerciales y bancarias, como la de los Fugger en Augsburgo o los banque-

ros genoveses. Inglaterra se mostró muy exitosa en su política exterior a pesar de sus convulsiones internas. El Caribe experimentó —aunque a costa de trabajadores europeos endeudados por contrato y cada vez más esclavos africanos— el ascenso de la economía de plantaciones, con lo que se establece como zona clave de la economía mundial.

En ese cuadro contradictorio, encaja el debate sobre Latinoamérica. Partiendo de la Nueva España, tempranamente se ha hablado de una era de depresión que tenía sus raíces en una dramática pérdida de la población y en un retroceso del comercio atlántico registrado. Más tarde, sin embargo, la crisis fue reinterpretada como un tiempo de consolidación y creciente autonomía de América frente a la metrópoli ibérica, o sea, del comercio oficial controlado por los puertos andaluces y de los mecanismos de control fiscal de la Corona. En todo caso, ambas líneas de argumentación presuponen un profundo cambio.

Ahora bien, en sociedades agrarias premodernas era común la alternancia cíclica de fases de auge y crisis, las primeras caracterizadas por el crecimiento poblacional y la concentración política, y las segundas, por hambrunas, decrecimiento demográfico y fragmentación política. En este sentido, la aparición casi simultánea de dificultades en amplias partes del Viejo Mundo no documentaría más que un igual nivel de desarrollo de las sociedades euroasiáticas. Todas estaban atormentadas por recurrentes ciclos de crisis agrarias y demográficas. Por lo tanto, la hipótesis sería que el fuerte crecimiento de población en amplias zonas de Eurasia en el siglo XVI superó la capacidad productiva de la agricultura premoderna, lo que llevó a una merma de la oferta de alimentos, altas tasas de encarecimiento y a la llamada "revolución de precios". Irregularidades climáticas, que causaron una serie de malas cosechas, y el rebrote de la peste agravaron los problemas, si no es que los generaron. La política hizo lo suyo. Las deudas estatales heredadas del siglo XVI, el empeoramiento especulativo de la moneda y la consi-

guiente crisis monetaria, la elevación de impuestos y las cada vez más costosas guerras recrudecieron la situación. Las consecuencias fueron conflictos crecientes al interior de las élites y entre regiones, Estados e imperios; el agravamiento de la pobreza en el campo; el fanatismo religioso hasta llegar a la histeria de las brujas; una ola de protestas sociales y levantamientos; la corrupción y el debilitamiento de las estructuras estatales, y, finalmente, una crisis demográfica como consecuencia de la inestabilidad generalizada y del deterioro de la productividad. En Europa se ha interpretado este desarrollo como lucha de clases entre señores feudales y campesinado, como la última etapa de transición del feudalismo al capitalismo y como el enfrentamiento entre la nobleza feudal y las representaciones estamentales medievales, por un lado, y el afán de los reyes, por el otro, de crear un Estado centralizado y absolutista dotado de mayor eficiencia fiscal para la construcción de una burocracia operativa y de un ejército cada vez más grande.

Debido a las variadas culturas y estructuras sociales y políticas, la crisis tuvo en los diferentes territorios diferentes efectos. Jack A. Goldstone identificó en las distintas formas de superar las dificultades enfrentadas durante el siglo XVII el impulso decisivo para la diferenciación entre Occidente y Oriente, y en especial para el ascenso de Inglaterra. En muchos de los reinos e imperios asolados por las crisis se daban procesos de reforma y reestructuración. Pero, según Goldstone, mientras que en la Europa Continental y en Asia las élites políticas intentaban fortalecer su posición a través del reforzamiento de la homogeneidad religiosa y cultural para, de esa manera, asegurar la jerarquía social y el poder autoritario del Estado, en Inglaterra se rompió la tradición, pues allí no se pudo imponer ni la política de recatolización de Jacobo II ni una ortodoxia protestante. En cambio, se originó —de manera no planeada— una sociedad abierta y plural. Tal desenlace ya se había dado en otros lados y tiempos, pero ahora coincidía con el surgimiento de la física de

Newton, que proporcionaba una visión del mundo basada en la mecánica y la consagración de una nueva *engineering culture*. Con eso estaba allanado el camino para la mecanización del transporte y la producción, y para el ascenso de Inglaterra a potencia global en el siglo XVIII y definitivamente en el siglo XIX.

Sin embargo, la Historia Global se aproxima aquí a la narrativa legitimadora del liberalismo anglosajón y del pretendido liderazgo global británico y, más tarde, estadounidense. Así, la tesis se presta a debates. Por ejemplo, fenómenos como el confesionalismo y la disciplina social, tratados por la investigación sobre la Europa Continental como procesos de modernización, a la luz de los argumentos de Goldstone aparecen como tradicionalistas y adversos al progreso. Hay que constatar que una historia que ubica el factor decisivo del cambio global en la modernidad europea, constituida por la cultura ingenieril inglesa, el pluralismo religioso, la Ilustración, la industrialización, el capitalismo y el Estado moderno, y que no da importancia a eventos extraeuropeos ni a la expansión europea de tiempos anteriores, implícitamente declara insignificante toda historia fuera del particular foco de sus intereses. Procesos de interacción transcultural, comercio transcontinental, colonialismo e imperialismo serían sólo consecuencias y no causas del ascenso autogestionado de Occidente. Esto podría tenerse como correcto, sin embargo, no comparto tal opinión.

A nivel de las conexiones globalizadoras, durante los años de la supuesta crisis, no se observa ninguna atenuación persistente; más bien fueron incrementadas en el siglo XVII por actores de Europa Noroccidental, sobre todo ingleses, neerlandeses y franceses. Pero es difícil comprender por qué se le atribuye a esta ampliación más peso que al establecimiento de los vínculos estables entre los continentes por la expansión ibérica desde finales del siglo XV. Al inicio del siglo XVII, el globo estaba cubierto por una tenue red de conexiones que vinculaban sus

diferentes áreas. El desarrollo estuvo plagado de conflictos y produjo perdedores y víctimas. Se observan dificultades y desplazamientos hacia nuevos centros y mecanismos de interacción que se establecieron desde fundamentos y patrones "arcaicos" (según Bayly). Los actores emergentes pudieron aprovechar las lecciones sacadas de las experiencias de sus antecesores. El comercio imperial español y el portugués se debilitaron, pero el contrabando creció y las nuevas compañías comerciales del noroeste europeo expandieron el tráfico intercontinental. De esta forma, en Europa, los centros de poder se desplazaron del Mediterráneo y de la península ibérica al noroeste atlántico. En el contexto global, los imperios coloniales europeos adquirieron una dinámica acelerada y el incipiente capitalismo obtuvo impulsos duraderos.

En conjunto, a mediados del siglo XVII se dio un empuje al establecimiento de relaciones económicas y de contactos y enfrentamientos entre las partes del globo. Aumentaron los procesos migratorios entre África, América, Asia y Europa; el comercio, los flujos de dinero y de información y el conocimiento científico del globo. Sin embargo, continuaron fluyendo sobre todo metales preciosos de América a través de Filipinas y de Europa a Asia, y, en sentido contrario, mercancías asiáticas a Europa y América; mientras que la presencia de mercancías europeas estaba limitada al espacio atlántico. Todavía el orden global era dinámico y multipolar.

EL SIGLO XVI (Y SUS ANTECEDENTES)

Si el presente libro insiste en una historización de la formación del "mundo moderno" en el siglo XIX, que inicia en el tránsito del siglo XV al XVI, debe aceptar preguntas —en la lógica de la *path dependence*— por las raíces de la época en tiempos anteriores. El mundo globalmente vinculado en la época de la expansión

ibérica no surgió de la nada. No faltan las voces que arguyen un inicio todavía más temprano de los fenómenos que actualmente denominamos "globalización". En muchos sentidos la historia siempre fue global. En 1962, por ejemplo, Carlo M. Cipolla, desde una perspectiva de la historia económica, estructuró el desarrollo de la humanidad mediante dos revoluciones: la agraria en el neolítico y la industrial. Esta tesis no es ninguna periodización exacta, pues la Revolución industrial y aún más la agraria ocurrieron en diversas partes del mundo y en tiempos diferentes. Encuentros interculturales, conexiones económicas y enfrentamientos políticos y militares entre Asia, África y Europa se habían dado desde mucho antes y, con ellos, se habían adquirido amplios conocimientos geográficos.

Las tecnologías navieras habían facilitado desde hace siglos el comercio y los movimientos migratorios de larga distancia. Partiendo de Taiwán, los grupos polinésicos (o portadores de lenguas austronesias) llegaron a poblar con sus lanchas desde más o menos 3000 a. C., el enorme espacio de las islas pacíficas entre Hawái en el norte, las Islas de Pascua en el este y Nueva Zelanda, en el sur; en el oeste llegaron a Madagascar. El comercio marítimo floreció en el mar de China, el océano Índico, el Mediterráneo y el Atlántico noroccidental. Las religiones se habían difundido por grandes territorios, como el budismo entre Asia Meridional, Central y Oriental; el cristianismo, en el Imperio romano y, desde allí, en Europa Septentrional y Oriental, hasta el interior de África y Asia; y el islam, en Asia Suroccidental y en el norte de África. Todos estos desarrollos produjeron patrones de orden espacial, transformaciones y convergencias culturales, formaciones de civilizaciones, de espacios culturales y de imperios, así como nuevas fragmentaciones y conflictos de largo alcance (lo que recuerda que las guerras constituyeron siempre una forma de interacción especialmente intensa).

Con argumentos muy distintos y con base en los flujos migratorios globales y de la historia de las lenguas, David Northrup

ha dividido la historia mundial en dos grandes etapas. El momento de inflexión lo ubica alrededor del año 1000, cuando en la isla de Terranova indígenas americanos y vikingos europeos se encontraron llegando de direcciones opuestas, de tal suerte que se reunieron los flujos migratorios del *homo sapiens* que milenios atrás habían partido de África hacia el Occidente y el Oriente. En el curso de estas migraciones la humanidad se adaptó a las más diversas condiciones y así se diferenció en una multitud de culturas, formaciones sociales e idiomas. Por ello, Northrup ubica los tiempos antes del fin del primer milenio como una época caracterizada por las divergencias. Desde entonces, sin embargo, domina la intensificación de las relaciones e interdependencias. Northrup habla de esta manera —invirtiendo el célebre paradigma de Kenneth Pomeranz— del inicio de la era de "la gran convergencia" (*great convergence*), caracterizada por la desaparición de muchas lenguas.

Ahora, parece exagerado atribuir tanta trascendencia a un evento de tan pocas consecuencias como la navegación de Leif Eriksons a Vinland. Probablemente el número de idiomas, religiones y formas de organización social había empezado a reducirse con el surgimiento de las tempranas civilizaciones e imperios, lo cual ponía fin a la tendencia de la divergencia, por lo tanto, mucho antes del año 1000. Además, el poblamiento humano del globo se había completado milenios antes, mientras que un verdadero encuentro (o choque) de los movimientos migratorios al Occidente y al Oriente, con todas sus consecuencias, se dio sólo con la expansión ibérica a América y al Pacífico. En este sentido, la *great convergence* empezó con el tradicional comienzo de la historia (que dejaba atrás la prehistoria), definido por el surgimiento de los primeros imperios y de la escritura; y el cierre de los flujos de poblamiento se dio con el convencional inicio de la historia moderna, es decir con la travesía trasatlántica de Cristóbal Colón en 1492.

Efectivamente, célebres historiadores como Fernand Braudel o Immanuel Wallerstein reconocen, antes de la invención de la *Global History*, el decisivo momento de la historia mundial en la transición del siglo XV al XVI y en el comienzo de la expansión europea. Esta perspectiva la adoptó, entre otros, Jerry H. Bentley en su modelo de seis fases de la Historia Global, elaborada a partir de la dinámica de la interacción intercultural en Eurasia, la cual se vio marcada sobre todo por la migración, el comercio de larga distancia y la construcción de estructuras imperiales. Para Bentley, la Historia Global moderna empieza con la expansión europea, mientras que considera la formación de los extendidos imperios de los pueblos nómadas turcos y mongólicos de Asia Central el elemento característico del periodo de 1000 a 1500. Si bien su poder fue violento e inconstante, sus proyectos imperiales crearon también órdenes políticos y experimentaron prolongados periodos pacíficos que permitieron el auge del intercambio y de la comunicación.

El modelo de Bentley coincide con la hipótesis de Janet L. Abu-Lughod acerca del temprano sistema mundo de los siglos XIII y XIV, en el que Europa, situada en la periferia occidental, sólo desempeñó un papel marginal. Determinantes para la enorme intensificación de contactos lo fueron la fuerza político-militar de los pueblos ecuestres de Asia Central así como la potencia económica del sur y oriente de Asia y del mundo islámico. En tanto el océano Índico experimentaba una intensificación de las actividades mercantiles, se dio un considerable aumento del comercio eurasiático de larga distancia, con inclusión del norte y este de África. También los contactos interculturales se solidificaron a lo largo de las vías marítimas, de los caminos transaharianos y de la ruta de la seda; por primera vez circularon de forma regular embajadores y misioneros entre Europa y Asia Oriental. Al mismo tiempo, se aceleró la difusión de enfermedades contagiosas. Las grandes epidemias de la pes-

te, en el siglo XIV, produjeron un drástico descenso demográfico entre el Atlántico y China y sofocaron de manera sensible las tendencias de integración e innovación. De esa crisis emergió ante todo Europa con una nueva dinámica.

Mientras tanto, el hemisferio occidental experimentaba su propia, pero más lenta, historia de interacción e integración; como consecuencia, hacia 1500, en las palabras de Hans-Heinrich Nolte, en el momento del encuentro, contaba ya con un rezago frente a Eurasia y quedó a merced de la subyugación colonial. Pero sería equivocado pensar que América y grandes territorios de África entraron a la Historia Global sólo a partir de su participación en los sistemas de interacción eurasiáticos, como víctimas incapaces de dejar su impronta en el desarrollo global. En efecto, su incorporación dependía de manera determinante de su desarrollo anterior y se dio, por lo tanto, en el centro de México de modo muy diferente que en Chile o en el Congo, pese a que en las tres regiones fue promovido por los poderes ibéricos más o menos al mismo tiempo.

Con la expansión de los europeos a través del Atlántico y del Pacífico, se superaron las últimas grandes líneas de separación e incomunicación entre las culturas. Con esto, un desarrollo concluyó y otro empezó. Según Jean-Michel Sallmann, hasta 1600 finalizó el proceso del *desenclavement* de las grandes civilizaciones (Europa, el mundo islámico, la India, China y finalmente América), iniciado hacia 1200, y al mismo tiempo, según Flynn y Giráldez, empezó la globalización. Los dos autores han enunciado que para 1500 las dos terceras partes de las masas globales ya estaban conectadas de forma duradera. A éstas se les agregó, durante el siglo XVI, el tercer tercio, es decir, América o el Nuevo Mundo, mediante la navegación trasatlántica y la ruta traspacífica entre Acapulco y Manila. Con toda razón, Flynn y Giráldez subrayan que la palabra *globalización* se deriva de *globo*, un concepto espacial, y por consiguiente colocan las conexiones de las partes de este espacio en el centro de su argumentación.

La historia de la globalización propiamente se inició cuando las vinculaciones abarcaron todo el globo. Dicho esto, es de importancia secundaria si se considera como momento de transición el año 1492, con el primer viaje de Colón; 1521, con la primera circunnavegación de la tierra, o 1571, con la conexión de los flujos globales de metales preciosos por la fundación de Manila como bisagra comercial entre la América española y China.

Fue durante el siglo XVI cuando las conexiones adquirieron su carácter global, para intensificarse en los siglos venideros. Siempre se realizaron mediante diferentes mecanismos y en diferentes campos y se manifestarían —no obstante fuertes reveses y dramáticos desplazamientos de sus centros— de manera irreversible. Esto será el tema de los siguientes capítulos.

3. COSMOGRAFÍA Y CONOCIMIENTOS DEL MUNDO

La conexión de las masas continentales entre el siglo xv y el xvi y los crecientes conocimientos de la tierra, de sus habitantes y sus recursos llevaron a una nueva concepción del mundo que, por primera vez en la historia humana, se comprendió en su totalidad a partir de observaciones empíricas. La ampliación y transformación de los conocimientos geográficos crearon una conciencia del espacio global como escenario de la historia. La comprensión del mundo por la nueva cosmografía fue a la vez soporte y consecuencia de la interacción transcontinental y de la construcción de firmes redes relacionales, de cuyo carácter global por lo menos algunos de los actores participantes estaban claramente conscientes.

Independientemente de que persistieran muchas lagunas en los mapas, en el siglo xvi se estableció una idea realista del globo, de su tamaño y de la distribución de los continentes, a partir de las experiencias de los navegantes. Los imaginarios antiguos basados en la biblia y en la geografía clásica, árabe y medieval se volvieron obsoletos. A pesar de ello, habían sido de relevancia fundamental, pues los llamados descubrimientos se hicieron a partir de la "realidad" que representaban. Las travesías de los portugueses no son pensables sin los conocimientos e imaginarios ya disponibles. Tampoco Marco Polo, en el siglo xiii, se había movido por tierras y sendas ignotas en el interior de Asia y en el océano Índico, sino en caminos largamente establecidos y también descritos, por ejemplo, por los geógrafos árabes. Si no hubiera existido esta posibilidad de conectar los objetivos

y resultados de los viajes de descubrimiento con un cuerpo de conocimientos existentes, las navegaciones de Colón y Vasco da Gama se hubieran quedado sin mayores efectos, como tantos tempranos contactos transcontinentales que no fueron regulares ni gozaron de seguimiento.

Sólo en la última década del siglo XV el concepto de la Tierra había evolucionado tanto que los viajes tuvieron consecuencias prácticas. No fue casual que Martin Behaim construyera el primer globo terráqueo en Nuremberg, después de haber vivido algún tiempo en Portugal, en el crucial año 1492, sin haberse enterado del viaje de Colón. Paralelamente, el globo fue reubicado en el universo por hombres como Nicolás Copérnico (1473-1543), Galileo Galilei (1564-1642) y Johannes Kepler (1571-1630). Por lo tanto, no es tan fácil aceptar el argumento de Bayly cuando afirma que en el siglo XVIII la conciencia de vivir en un tiempo nuevo nació entre las élites europeas. Ya en los siglos XVI y XVII varios fenómenos parecían nuevos, sin que se relacionaran con el redescubrimiento de ideales antiguos o expectativas milenaristas. Ciertamente la innovación se colocaba ante todo en la revolución de la concepción espacial del universo, mientras que la conciencia de vivir en una nueva época no estaba muy articulada. Mas parece indicativo que en 1702 el historiador alemán Christoph Cellarius (Keller) postulara su *Historia Nova*, colocando como su arranque el siglo XVI. La conciencia de pertenecer a un nuevo tiempo ganó amplitud y dinámica después de 1760, como producto de la Ilustración, y se hizo tan absoluta que sus representantes se olvidaron de sus precursores y declararon el cambio como su mérito. Esta autocomplacencia del Siglo de las Luces terminó por establecerse como el discurso hegemónico que reivindicaba validez universal.

Desde principios del siglo XVI, algunos cosmógrafos como Martin Waldseemüller incorporaron los nuevos datos aportados por los navegantes en los mapamundis, para lo cual se apoyaron en conjeturas a partir de los conocimientos tradicionales.

No obstante, no se puede escamotear el carácter científico de su tarea (a menos que uno niegue del todo que haya habido ciencia antes de la Ilustración). Esta deliberación igualmente es válida para las expediciones portuguesas al Atlántico sur y a la India. El primer viaje de Cristóbal Colón muestra con toda claridad las dificultades de la integración de lo nuevo en los saberes existentes. El navegante genovés planeó su expedición basándose en una de las más modernas —aunque controversiales— corrientes de la geografía de su tiempo, mas cuando sus conocimientos no daban respuesta a lo que veía al otro lado del Atlántico, recurrió a teorías a veces aventuradas para comprender sus descubrimientos. De esta suerte, lo desconocido se convirtió en algo conocido y, así, en un riesgo calculable. Su conjetura de poder llegar a las fabulosas y ricas tierras de Asia por la ruta occidental resultó ser falsa, pero esto no le resta racionalidad a su proceder. Cuando Colón, el 12 de octubre de 1492, pisó el suelo de una pequeña isla de las Bahamas, no pudo dimensionar el significado del evento y de las tierras encontradas (mientras que Vasco da Gama dispuso de información más segura, y en su expedición a la India se trató, en primer lugar, de superar las dificultades de una navegación mucho más larga que el viaje de Colón a lo desconocido). Colón interpretó lo que veía con base en el marco de una tradición cosmográfica en la que América no existía; para ser descubierta, había que aceptar primero esta desconcertante situación. Frente a sus dudas, el genovés se obstinó en sus convicciones y, por consiguiente, fue incapaz de reconocer que había encontrado un nuevo continente.

Pero contemporáneos más pragmáticos, aunque menos visionarios, se dispusieron pronto a enfrentar lo nuevo. Su desenvoltura, sin embargo, no significaba que dejaran de medir sus observaciones con conocimientos existentes, que fueron ampliados, reformados y finalmente superados empíricamente. Los debates teóricos al respecto de los sabios europeos tardaron

algún tiempo. Mientras tanto, continuaron las expediciones al Oriente y al Occidente y experimentaron una culminación con la circunnavegación de la Tierra al mando de Fernando de Magallanes (Fernão de Magalhães) y Juan Sebastián Elcano, entre 1519 y 1521.

Sin duda, la ciencia del siglo XVIII era otra que la de principios del XVI. Pero sugerir, como lo hace Bayly, que hombres como Louis Antoine de Bougainville y James Cook, que exploraban el Pacífico en el siglo XVIII, fueron los primeros navegantes modernos sólo reproduce el discurso de la superioridad de Europa Occidental formulado por la Ilustración. Una crítica semejante hay que hacerle a Jürgen Osterhammel, quien parece atribuir más importancia al reconocimiento por parte de los europeos de las últimas regiones incógnitas durante el "largo" siglo XIX que a la conexión de las masas continentales en los siglos XV y XVI. Pero las navegaciones de Colón o Vasco da Gama fueron de una trascendencia enormemente mayor que la llegada de James Cook a Tahití, Nueva Zelanda y Australia en 1769-1770, ni hablar del descubrimiento deportivo del Polo Sur por parte de Roald Amundsen en 1911.

Paralelamente a las grandes empresas en ultramar, según Jürgen Osterhammel, ocurrió también la exploración geográfica de Europa, pues "vistas desde Berlín o París las provincias vascas del Imperio español no eran menos exóticas que las americanas". Pero con este argumento sólo adopta la visión hegemónica de las metrópolis europeas al desarrollo de la *longue durée* de la Historia Global, pues, en 1800, desde el puerto de Bilbao, Berlín probablemente era más exótico que Caracas, y ¿por qué habría que atribuírsele menos trascendencia a esta mirada que a la parisina o prusiana? Como ha mostrado Tristan Platt, desde la segunda mitad del siglo XVIII la ciencia occidental no sólo quiso crear saberes nuevos, sino también descalificar los existentes, integrarlos en sus parámetros conceptuales y hacerlos pasar como propios.

Al avanzar el siglo xvi, en el campo de la cosmografía y la cartografía, diferentes autores dejaron muy claro que el mundo no podía ser percibido como antes. En vez de integrar las experiencias de los navegantes en la cosmografía existente, crearon una nueva descripción de la Tierra, no mediante la especulación sobre los conocimientos antiguos, sino basándose en información empírica, "by a new way of eye-evidence", como lo expresó en 1625 el inglés Samuel Purchas. Las relaciones de viajeros fueron la fuente clave para la renovación. Fue el veneciano Giovanni Battista Ramusio quien, entre 1550 y 1559, con los tres volúmenes de *Delle navigationi et viaggi*, creó el prototipo de las colecciones de relaciones de viajes. Ramusio destacó que en su tiempo se habían logrado, en ciencias como la astronomía, la filosofía o la medicina, grandes progresos que rebasaban con mucho la tradición antigua. Ahora bien, los descubrimientos de portugueses, españoles y otros europeos proporcionaban continuamente nuevas informaciones, así que todo lo que podía leerse en los escritos de los viejos cosmógrafos debía asumirse como superado. Ramusio pretendió documentar la ampliación del conocimiento y poner, de esta manera, las bases para una nueva geografía. Si bien sus motivos radicaban en los intereses políticos y económicos de su ciudad natal, Venecia, Ramusio consideraba su obra como contribución al progreso común. Quiso ser útil al mundo al poner los resultados de los descubrimientos a disposición general. El hecho de que un siglo antes se iniciara el triunfo de la imprenta de tipos móviles facilitó tal objetivo.

En los siglos venideros, la descripción e interpretación del mundo, sus habitantes y sus culturas, especialmente de las muchas e inquietantes diferencias, evolucionaron con una velocidad enorme. Manuscritos y cada vez más información impresa empezaron a circular por Europa. Muchos libros versaban sobre los países, pueblos y productos descubiertos. Siguiendo el ejemplo de Ramusio, Richard Haklyut publicó en Inglaterra,

en 1582, *Divers Voyages touching the Discoverie of America* y, en 1589, *The Principal Navigations, voyages and Discoveries of the English Nation*; el cual salió en una edición aumentada de tres volúmenes de 1598 a 1600. Su explícito objetivo era estimular a sus paisanos a emprender empresas coloniales como las que estaban realizando los españoles. En el siglo XVII, algunos hombres, como Samuel Purchas, continuaron esta tradición. En Alemania, Theodor de Bry, de Lieja, y sus herederos elaboraron, entre 1590 y 1630, 14 volúmenes sobre viajes a las Indias Occidentales y 13 sobre las Indias Orientales. El mundo captado en estos textos fue representado en los continuamente mejorados mapas y atlas, por ejemplo el *Theatrum Orbis Terrarum*, editado por Abraham Ortelius en Amberes, en 1570, y el *Atlas novus* de la casa editorial Blaeu, de Ámsterdam, cuyo primer volumen salió en 1635. Ahora se conocía el origen de la seda o de las especias que llegaban a Europa. Persistían lagunas de conocimiento, pero cada vez más nuevos mapas y descripciones de los lejanos países, pueblos y culturas facilitaban la funcional (si bien no siempre correcta) interpretación de las nuevas experiencias.

Este desarrollo partió de algunas regiones europeas, pero se propagó poco a poco a otras partes del mundo, donde empezó a trastocar las diversas cosmografías autóctonas. Por supuesto, los países alrededor del océano Índico hasta China se conocían mutuamente desde antaño. Los conocimientos estaban puestos por escrito en relaciones de viajes y descripciones geográficas, y durante la Edad Media llegaron en parte a Europa, donde orientarían a los descubridores. Los intermediarios fueron, entre otros, geógrafos judíos en la península ibérica y también personajes no europeos. Un ejemplo sería León el Africano, un culto magrebí de familia musulmana andaluza, quien, capturado por corsarios genoveses, llegó como esclavo a Roma, donde se convirtió al cristianismo y escribió una célebre obra sobre el interior de África, para regresar luego al mundo musulmán.

Desde finales de la Edad Media, estos saberes en Europa fueron sistematizados.

Mientras tanto, en el Imperio otomano, antes del siglo XVI, probablemente no se sabía mucho sobre el océano Índico, pero la cartografía occidental y las navegaciones de los europeos se observaron con gran interés. Ya en 1513, Piri Reis elaboró un mapa para el sultán, que registraba el descubrimiento del Nuevo Mundo por los españoles. La colonización de América la describió la crónica ilustrada *Tarih-i Hind-i garbi*, del último cuarto del siglo XVI, donde se encuentra, por ejemplo, una imagen del Cerro Rico de Potosí. Sólo en el siglo XVII una nueva generación de sabios otomanos registró científicamente al océano Índico. Su tradición geográfica intentó estar a la altura del desarrollo occidental, hasta que con la traducción del *Atlas novus*, de 1675 a 1685, la cartografía tradicional otomana fue sustituida por la europea.

En 1602, el jesuita italiano Matteo Ricci dibujó el primer mapamundi moderno en China, usando una proyección que colocó al Reino del Medio al centro de la representación para no ofender la sensibilidad de sus anfitriones. La influencia occidental en la cartografía china fue de larga duración. A principios del siglo XVIII, fue elaborado el famoso atlas del Imperio chino, por orden del emperador Kangxi y con la ayuda sustancial de jesuitas franceses. Los jesuitas, además, ocuparon durante un prolongado periodo el oficio de astrónomos imperiales en la corte de Pekín y renovaron la observación del universo.

No menos importantes fueron los esfuerzos para mejorar las técnicas de comunicación. Se elaboraban diccionarios y gramáticas de idiomas extraeuropeos, incluso antes de que esto se hiciera para muchas lenguas del Viejo Mundo. Los pioneros fueron la Iglesia y España, cuyo trabajo sería continuado por los laicos ilustrados. En los territorios conquistados en América, los misioneros empezaron su labor lingüística desde el tem-

prano siglo xvi; sus esfuerzos estaban firmemente arraigados en la ciencia de la época. Las gramáticas misioneras recurrían al sistema y a los conceptos de la gramática latina, muy estudiados en la España de la época. Antonio Nebrija publicó en 1481 un manual del latín; en 1492, la primera gramática española, y en 1495, un diccionario español-latín. Fue también en la España del siglo xvi donde por primera vez se desarrolló un sistema para enseñar a hablar a los sordomudos.

A lo largo del siglo xvi quedó de manifiesto que en Europa se prodigaba mucha atención al mundo, más que en cualquier otro lugar. Esto no cambió durante los siglos xvii y xviii. Desde luego viajaban también no europeos, mas sus relaciones, por lo general, quedaban inéditas y encontraban sólo un interés limitado en sus países de origen; por ejemplo, el relato de un emisario siamés sobre sus experiencias entre los hotentotes en el sur de África fue publicado sólo en París. Los europeos dominaron el acrecentamiento de los conocimientos y los fijaron en textos y mapas, aunque recurrieron ampliamente a expertos autóctonos. Las informaciones de las ciencias fluían de Europa a la India, China y Japón, pero esencialmente a través de intermediarios europeos. Si toda la pericia sobre el mundo acumulada en Europa proporcionaba información correcta o sólo una distorsionada imagen eurocentrista es casi irrelevante en este contexto. Sin duda, no se tenían conocimientos del todo auténticos sobre el "Oriente", pero estaba disponible un saber que se pudo instrumentalizar como base y orientación para tomar decisiones y actuar con éxito, adaptándolo continuamente a las exigencias de la práctica.

Evidentemente, la ciencia no siempre estuvo inspirada por intereses científicos. Las colecciones de arte o de las ciencias naturales contribuyeron al prestigio de élites, casas reinantes y gobiernos, y a la construcción identitaria de naciones, Estados e imperios. Por ejemplo, en Lucknow, el *nawab* Asaf-ud-Daula reunió una gran colección de arte europeo, mientras que los

europeos en la ciudad empezaron a coleccionar el arte de la India. La cartografía y la geografía servían a la territorialización de la dominación política y a la instauración del Estado, así como aportaban, tanto en el siglo XV como en el XVIII, a la expansión imperial. Con este objetivo, los portugueses y españoles elaboraron mapas náuticos de las costas africanas, americanas y asiáticas; los otomanos dibujaron mapas y planos de sus regiones fronterizas, y la armada rusa, en el siglo XVIII, se interesó en la representación cartográfica del mar Egeo.

La comunicación y la sistematización de los conocimientos reunidos fueron intensificadas en el siglo XVIII. Las cartas eran transportadas por barcos a través de los océanos desde hacía mucho tiempo. Pero desde 1745 se instaló un sistema de correo regular entre las islas británicas y América, y desde 1764 entre España y América. En Europa Occidental prosperaron las publicaciones, la prensa y los sistemas de comunicación. Todo ello aportó al surgimiento de una dinámica y pronto influyente opinión pública, que comentaba las informaciones que circulaban con cada vez más rapidez y densidad. Incluso hasta las lejanas misiones jesuitas en Sonora llegaron las noticias de las batallas de la guerra de los Siete Años o de la muerte de madame Pompadour por medio de periódicos enviados (originales y copias). Aparte de favorecer el chismorreo, fueron los negocios los que se beneficiarían sobre todo de los mejorados flujos de información. Después de algunos precursores en Italia, la prensa mercantil experimentó un gran auge en Ámsterdam y luego en Londres. Pronto los comerciantes holandeses estaban tan bien informados como la administración fiscal española (o mejor) sobre las entradas de metales preciosos procedentes de América. En 1716, un comerciante londinense pudo elegir entre siete diarios o semanarios económicos, que se enviaron también a diferentes partes del Imperio británico. En 1783 se publicó el primer número del *The Philadelphia Price Current*, en los recién creados Estados Unidos.

De esta suerte, el saber del mundo —transformado en información aprovechable o en materia para impulsar diversas modas exóticas— se convirtió en una lucrativa mercancía. Las obras impresas encontraban cada vez más lectores, al unísono con los progresos de la alfabetización, sobre todo en el mundo británico. Incluso de los 2 303 marineros simples angloamericanos, que Marcus Rediker registró para el periodo de 1700-1750, el 69.3% sabía escribir por lo menos su nombre. Jürgen Habermas ha señalado este desarrollo como esencial para la modernidad europea. Curiosamente, tampoco faltaron aquellos que se inquietaron por la creciente adicción a la lectura, mientras que otros se dieron cuenta de su potencial para la propaganda y la manipulación.

En este contexto, las ciencias se desarrollaron con una acelerada dinámica por el fomento público que recibían. Se instalaron nuevas instituciones, aparte de las ya tradicionales universidades. En toda Europa, la idea de las academias científicas ganó un gran impulso. Recurriendo a modelos de la Antigüedad, tales centros ya habían sido creados en la Italia renacentista. La fundación de la Academia Naturae Curiosorum en Schweinfurt data de 1652; la de la Royal Society en Londres, de 1660, y la de la Académie des Sciences en París, de 1666. En el siglo XVIII, la idea se generalizó y en muchas capitales europeas se crearon nuevas academias, entre ellas: en 1700 en Berlín, en 1713 en Madrid, en 1724 en San Petersburgo y en 1759 en Múnich. Aunque se trataba fundamentalmente de instituciones nacionales, se interconectaron entre sí, y esto no sólo a nivel informal entre los científicos, sino que los contactos se institucionalizaron, por ejemplo, en forma de intercambio de publicaciones o de nombramientos de miembros correspondientes en el extranjero. Algunas de estas instituciones fueron creadas también en los territorios coloniales de ultramar. Como ejemplos tenemos la sociedad neerlandesa de las artes y ciencias en Batavia (Jakarta) del año de 1778, o los jardines botánicos en

Filadelfia de 1728, en la isla de Mauricio de 1735, en Kalkuta de 1787, en la Ciudad de México de 1788 (que nunca funcionó en forma) o en Río de Janeiro de 1808.

Con todo esto la mirada sobre la naturaleza cambió: su exploración servía de instrumento para poder explotarla para el bien de la humanidad. Con la primera edición de *Systema Naturæ* de Carl von Linné, en 1735 empezó la taxonomía científica de la flora y fauna. Miembros de la emergente burguesía, que ya disfrutaban también de educación escolar, empezaban a coleccionar minerales, plantas o insectos, un fenómeno en el que participaban también las mujeres. De esta manera, daban continuidad a las colecciones de curiosidades de la nobleza y familias regentes, que formaron la base de muchos museos europeos de historia natural o de etnología. Pero ahora la usanza se popularizaba y recibía un carácter menos presuntuoso y más culto y científico. El ideal era registrar y ordenar el total de los objetos y fenómenos que constituyen el mundo (o la región en que se viviera), un afán que no se limitaba a la naturaleza, sino que abarcaba también la cultura y lo social. Dicho ideal culminaría en proyectos enciclopédicos, sobre todo la *Encyclopédie* francesa, iniciada por Denis Diderot y Jean Baptiste Le Rond d'Alembert y publicada entre 1751 y 1780. Obras de este tipo existían desde la Antigüedad, pero ahora no se trataba sólo de compilar de forma completa la información disponible o de documentar la creación divina, sino darles una estructura y una explicación racional.

Asociaciones y sociedades eruditas surgieron también por iniciativa de particulares. En 1765 fue fundada en el País Vasco la Sociedad Bascongada de los Amigos del País, que pronto tuvo miembros en todo el Imperio español. La Association for the Discovery of the Interior Parts of Africa se constituyó en 1788, en Gran Bretaña, por un conjunto de intereses científicos, económicos y humanitarios (antiesclavistas). En 1786, el barón transilvano, masón y modelo del personaje de Sarastro, en

la ópera *La flauta mágica*, de Mozart, Ignaz von Born, inició una sociedad internacional de minería (*Sozietät für Bergbaukunde*), la cual contó con 154 miembros de 15 países europeos y latinoamericanos, entre ellos hombres tan ilustres como Antoine-Laurent de Lavoisier, el fundador de la química moderna; James Watt, el inventor de la máquina de vapor más famosa, o Johann Wolfgang von Goethe. Probablemente fue la primera organización científica internacional no estatal. Los límites de tal espíritu global, sin embargo, se mostraron pronto. La sociedad se disolvió después de la muerte de Born en 1791 por problemas más bien banales, como las dificultades para cobrar las membrecías en una Europa sacudida por guerras, el desconocimiento del alemán, la lengua de la sociedad, y sobre todo por el fortalecimiento de los diferentes nacionalismos europeos como consecuencia de la Revolución francesa y las guerras napoleónicas, los cuales hicieron palidecer el ideal de la solidaridad cosmopolita frente a la solidaridad nacional. Lavoisier, por su parte, fue decapitado por los revolucionarios en 1794.

Con toda razón, Jürgen Osterhammel ha señalado que la gran mayoría de los europeos en esas épocas no había tenido experiencias personales con culturas ajenas y que sólo tenían pocos y superficiales conocimientos de los otros continentes, si es que tenían alguno. Los grandes genios del siglo XVIII como Voltaire, Diderot o Leibniz nunca habían visitado China, el mar del Sur u otros países lejanos de los que trataban en sus escritos. De esta suerte, lo que se sabía de otras culturas era extremamente estereotipado. Pero del siglo XIV hasta finales del siglo XVI, los conocimientos se habían multiplicado (en mayor proporción quizás que del siglo XVIII al siglo XIX); además, Voltaire, Diderot y Leibniz podían recurrir a abundantes relaciones de testigos oculares. Tampoco todos los que se dedican en la actualidad a la Historia Global le han dado la vuelta al mundo, ninguno ha visitado el siglo XVI, ni siquiera el temprano siglo XX. Y si se habla con turistas apasionados o incluso con científi-

cos sociales del *clash of civilizations*, entonces nos damos cuenta de que su saber acumulado está lleno de estereotipos. Así, no es fortuito que Edward Said desarrollara su famosa crítica del "orientalismo" no tanto pensando en los siglos XVI y XVII, sino que la dirigiera contra la historiografía de los siglos XIX y XX. El orientalismo de muchas ideas que actualmente se cultivan en Occidente sobre China, la India y, sobre todo, el mundo islámico no se puede desmentir. Lo que ha aumentado a partir del posmodernismo y poscolonialismo es la crítica y la duda de los discursos producidos. No obstante, la descripción objetiva del otro nunca se ha sabido entablar. Estereotipos y prejuicios son parte tanto de la temprana como de la actual globalización.

4. IMPERIOS Y ESTADOS

Para Christopher A. Bayly, hasta el siglo XVIII los imperios fundados por líderes guerreros eran una de las fuerzas principales de la globalización arcaica. Su atención se centró en los grupos tribales de Asia Central. Hay que resumir brevemente su avance. Pero al mismo tiempo hay que cuestionar si realmente se justifica caracterizar las expansiones de tipo imperial como arcaicas, pues su latente desinterés en la América ibérica le ha impedido a Bayly reconocer el alcance de rasgos bastante modernos en los imperios surgidos en el siglo XVI.

Es evidente que tanto la conexión de las masas continentales como el progreso de la integración interior de grandes espacios entre los siglos XVI y XIX se llevaron a cabo a través de la expansión imperial. Los imperios eran, en las palabras de Herfried Münkler, creadores y garantes de extensas configuraciones de orden. En ellos, hacia 1750, vivía alrededor del 70% de la población mundial; y hacia 1800 abarcaban el 55% de la superficie terrestre del globo. Su dominio solía ser instaurado por medios militares y se apoyaba en una ideología imperial universalista. Pero los imperios eran aglomeraciones heterogéneas y débilmente centralizadas de regiones, pueblos y etnias atados al centro por diferentes grados de dependencia. Sus fronteras muchas veces eran difusas y escenarios de una multitud de procesos de intercambio e interacción, cuya autonomía fue favorecida por el endeble control del centro sobre sus periferias. Al mismo tiempo, la convivencia con sus vecinos estaba amenazada por el potencial agresivo de la ideología

imperial. Los conflictos y las luchas por territorios, súbditos y recursos entre imperios o entre imperios y Estados o pueblos colindantes se recrudecían a causa de su autolegitimación ideológico-discursiva, pues los imperios, a raíz de su reivindicación de dominio universalista (por lo menos teóricamente), no reconocían a sus vecinos como iguales. Antes del siglo XVIII, este universalismo solía ser adoptado de las religiones, por ejemplo los otomanos lo tomaban del islam, los españoles del catolicismo o los ingleses del protestantismo.

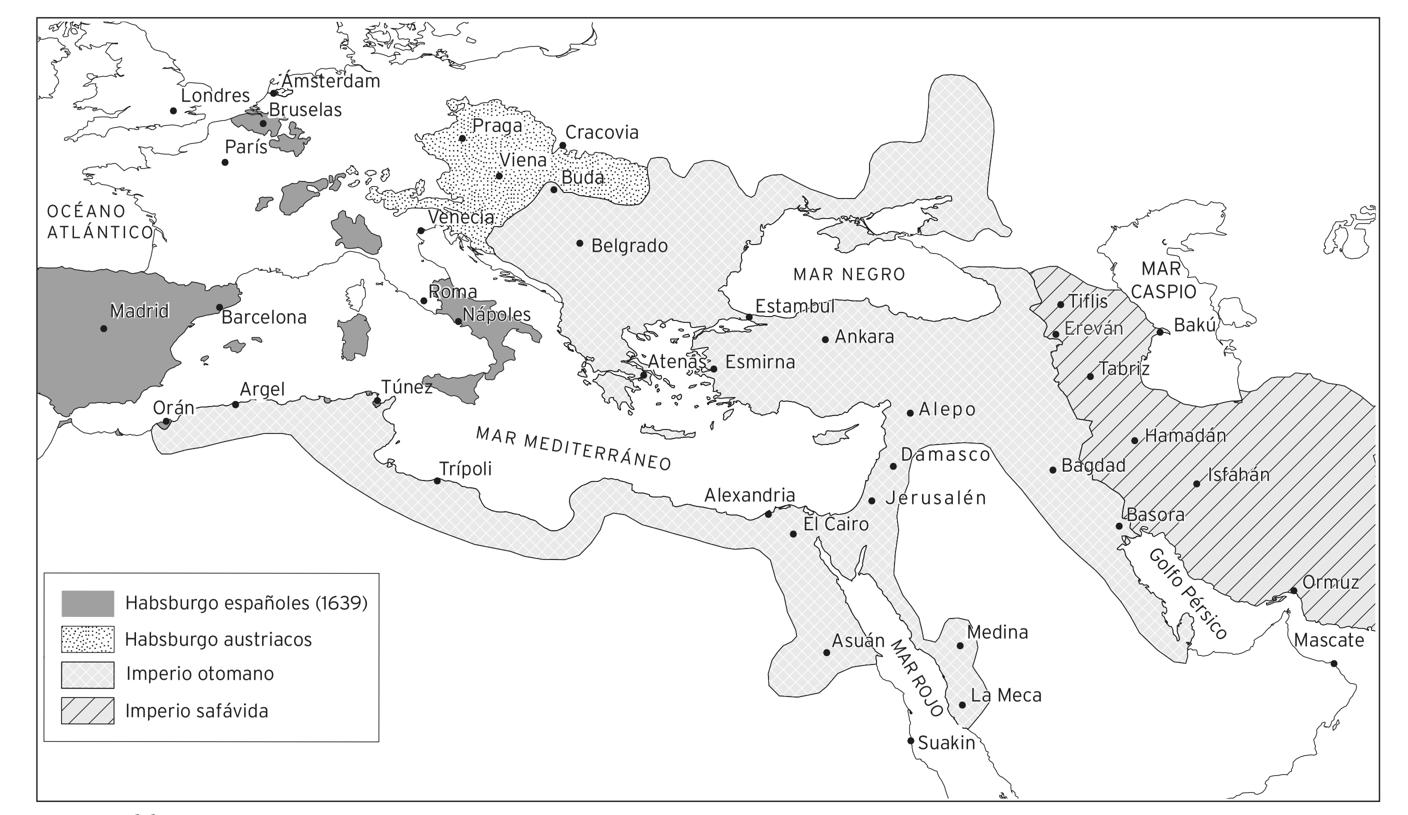
FORMACIONES Y DERRUMBES DE LOS IMPERIOS HASTA EL SIGLO XVII

En el siglo XVI, órdenes imperiales tenían en Eurasia, en el norte de África y en partes de América una larga tradición. Con frecuencia, los creadores de imperios habían sido grupos tribales nómadas. Sus actividades han quedado asociadas con la fama de su violencia destructiva mas, una vez concluidas las guerras de conquista, ésta podía tener un efecto estabilizador. Bajo su dominio florecía el comercio y sus capitales fueron prósperos centros culturales. Muchos imperios mesoamericanos, como el de los aztecas, tuvieron su origen en las incursiones de grupos de cazadores-recolectores desde el norte al territorio de las sociedades agrarias del actual México central. En el espacio eurasiático-norafricano la expansión musulmana, en los siglos VII y VIII, había sido realizada por los beduinos árabes. Después las tribus árabes o beréberes constantemente fundaron nuevas dinastías, que con frecuencia se legitimaron como portadoras de renovación religiosa cuya dinámica fue analizada por Ibn Khaldun (†1406).

Después del cambio de milenio, las fundaciones de imperios más impresionantes fueron realizadas por pueblos nómadas mongoles o turcos de Asia Central. Entre el mar Negro y

Manchuria habitaban un enorme espacio agreste que servía de excelente pastizal. Desde allí sus temidos ejércitos de jinetes invadieron las sociedades asentadas en el sur y en el oeste. En Europa, los hunos habían sido la vanguardia de este desarrollo a finales del siglo IV y en el siglo V, les siguieron los ávaros en el siglo VI, los protobúlgaros (probablemente turcos, los cuales no deben confundirse con los búlgaros eslavos) en el siglo VII y los húngaros o magiares en los siglos IX y X. Pero fue en Asia donde los nómadas dejaron su impronta más fuerte. En el siglo XI, los selchucos turcos conquistaron partes del suroeste de Asia, infligiendo una grave derrota al Imperio bizantino, pero, como la mayoría de los imperios nómadas, también el suyo se disolvió pronto. En el siglo XIII, los mongoles bajo el mandato de Gengis Kan (†1227) y sus sucesores arrollaron Asia Central, China y casi todo el mundo musulmán oriental; avanzaron hasta Europa Central, y sólo se les contuvo en 1260 en Egipto. Después, el Imperio mongol se fragmentó en diferentes kanatos, que siguieron demostrando una considerable fuerza militar. En Irán (incluso parte de Mesopotamia y Anatolia) gobernaban los ilkanes hasta mediados del siglo XIV; y en China, la dinastía Yuan hasta 1368, cuando fue destronada por los Ming chinos. En Europa Oriental dominaba hasta la segunda mitad del siglo XIV el kanato de la Horda de Oro, mientras que en sus partes norteñas los grandes ducados de Lituania y Moscú empezaron su ascenso; en el sur se instaló la dinastía de los timúridas, fundada por Tamerlán (o Timur Lenk), con su capital en Samarcanda. Se mantuvieron en la zona como fuerza dominante entre finales del siglo XIV y finales del siglo XV, al tiempo que acababa también el poder de la Horda de Oro.

Mapa 4.1. Los Imperios safávida, otomano y habsburgo a mediados del siglo XVII



Fuente: Elaboración propia.

Más duradera fue la expansión de los otomanos, que sucedieron en Anatolia a los selchucos y en el siglo XIV pasaron a Europa. En 1361 conquistaron Adrianópolis (Edirne), una de las ciudades más importantes del Imperio Bizantino, y en 1389, en la batalla de Kosovo, hundieron a los serbios. Una tremenda derrota frente Tamerlán en 1402 de forma pasajera frenó su avance. Pronto volvieron a aumentar su dominio tanto en Europa como en Asia. En 1453 conquistaron Constantinopla y lo que había quedado del Imperio bizantino; en 1516-1517, Siria, Egipto y grandes partes de Arabia; en 1521, Belgrado. En 1526 derrotaron a los húngaros en la batalla de Mohács; en 1529 sitiaron Viena y sólo se retiraron por la amenaza de la llegada del invierno. En 1534 se apoderaron de Mesopotamia. En el norte de África extendieron su poder nominal hasta las fronteras de Marruecos. Aunque el Imperio otomano perdió su fuerza expansiva en el siglo XVII, permanecería en el escenario internacional hasta la Primera Guerra Mundial.

En competencia con los otomanos, en el este y el oeste se dieron paralelamente otras formaciones imperiales. En occidente, en 1469, se unieron los dos reinos ibéricos más importantes, Castilla y Aragón (con Sicilia y Cerdeña) a través de la unión matrimonial de los llamados reyes católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. En la península, sólo Navarra, Portugal y el reino musulmán de Granada quedaron fuera de la nueva monarquía. Navarra fue anexionada por Castilla en 1512, salvo una extensión menor al norte de los Pirineos que cayó en poder de Francia. Portugal, por su parte, realizó una expansión territorial en África, Asia y Brasil (evento al que hay que volver más adelante). En 1492, la monarquía castellana-aragonesa conquistó el reino de Granada, con lo que desapareció el último baluarte del dominio islámico en la península ibérica, después de siete siglos (lo que convierte en un absurdo hablar de una "reconquista", como la hace la historiografía tradicional). En ese mismo año, con el viaje de Cristóbal Colón, se inició la ex-

pansión al Nuevo Mundo donde, entre 1519 y 1521, Hernán Cortés conquistó el Imperio azteca en el sur de América del Norte; y en 1532 los hermanos Pizarro se apoderaron del Imperio inca en los Andes suramericanos. Pronto el territorio bajo el dominio español se expandió, en el norte, hasta el suroeste de los actuales Estados Unidos y, en el sur, hasta el centro de Chile y la cuenca del Río de la Plata.

Como estrategia típica de la política europea de la época, los reyes católicos dispusieron el casamiento de su hija Juana la Loca, con Felipe el Hermoso, de la casa de los Habsburgo. El hijo de este matrimonio, Carlos I, subió al trono de la monarquía española en 1516, y cuando en 1519 fue elegido como emperador del Sacro Imperio Romano como Carlos V, se consiguió la unión entre España y el Imperio en Europa central, donde Carlos además gobernaba formalmente los territorios habsburgos en el sur de Alemania y en los Países Bajos. Paralelamente, las tropas españolas imperiales lograron expulsar a los franceses de Italia. El reino de Nápoles, en 1504, después de décadas de guerra, y Milán, en 1535, cayeron bajo el dominio español. Sin embargo, ya en 1521, Carlos cedió las posesiones centroeuropeas de los Habsburgo a su hermano Fernando, con lo que la familia se dividió en dos linajes, el español y el austriaco. En este último, después de la renuncia de Carlos en 1556, recaería también el título del emperador. Los territorios italianos y neerlandeses fueron retenidos por España, que se constituyó en el poder más fuerte de Europa. En 1580, el hijo y heredero de Carlos, Felipe II, consiguió imponer su sucesión en el trono de Portugal. De esta suerte, toda la península ibérica, con los territorios ultramarinos de las dos monarquías, quedó unida en una dinastía, hasta que Portugal recobró su independencia en 1640. En el Mediterráneo, España fue el adversario principal de los otomanos. Entre los dos poderes se estableció un cierto empate, como lo muestran los reducidos logros de las costosas campañas de Carlos V contra Túnez (1535), Argel

(1541) y otras ciudades en el Magreb, por un lado, y la derrota de los otomanos en Lepanto (1571). La victoria de Lepanto fue espectacular, pero insuficiente para impedir la caída de Chipre en poder del sultán.

En Europa Central, la casa de Austria tuvo su propio desarrollo. En el sur del Sacro Imperio, la familia Habsburgo poseía considerables territorios bajo su dominio directo y desde 1438 poseía el título de emperador romano que Carlos Magno, en el año 800, había revitalizado, pero que se había reducido a un valor sobre todo simbólico. El éxito de los Habsburgo se debía a su legendaria política matrimonial. En 1477, el posterior emperador Maximiliano I, gracias a su boda con María de Borgoña, obtenía Flandes y los Países Bajos, mientras que tuvo que ceder Borgoña a Francia. En 1496, su hijo Felipe el Hermoso se casó con Juana la Loca de Castilla y Aragón, como ya se ha referido. En 1515, Maximiliano logró un acuerdo con Vladislao II, rey de Bohemia y Hungría. Se estipuló el matrimonio de los nietos del emperador, Fernando y María, con los hijos del rey, Ana y Luis, acordando que en caso de que una de las dos familias quedara sin heredero, la otra heredaría sus posesiones. Luis se convirtió en rey de Hungría y Bohemia al año siguiente, con apenas 10 años de edad, y murió sin dejar hijos en la batalla de Mohács (1526), en el fallido intento de parar el avance de los otomanos. Así los Habsburgo entraron en posesión de las coronas de Bohemia y de Hungría, aunque los territorios de esta última habían caído casi en su totalidad en manos de los turcos, y los Habsburgo tardaron hasta el siglo XVIII en reconquistarlos.

Mediante la política matrimonial, la fundación de los imperios de los Habsburgo españoles y austríacos recibió un elemento legitimador imprescindible, si bien había que imponerlo siempre con medios militares. La unión castellana-aragonesa provocó la Guerra de Sucesión Castellana con Portugal (1475-1478); hacerse de la herencia de Borgoña conllevó la guerra con Francia de 1477 a 1493. El dominio de los Habsburgo

en Bohemia se pudo negociar pacíficamente con los estamentos, mientras que en Hungría hubo que luchar durante casi dos siglos con los turcos y sus aliados, magnates húngaros. No obstante, incluso en América los conquistadores españoles intentaron legitimar su poder mediante el matrimonio con princesas indígenas. Al unir diferentes territorios mediante el matrimonio y la herencia, había que reconocer sus respectivas costumbres y tradiciones de derecho, por ejemplo, lo que se refería a las formas de representación estamental. Por lo tanto, los imperios de los Habsburgo se caracterizaron también como "monarquías compuestas", un concepto acuñado por John H. Elliot, que se puede aplicar también a otras regiones europeas del Antiguo Régimen, como a Francia o a las islas británicas, donde en 1707, con el *Act of Union*, del conjunto de Inglaterra, Escocia y Gales fue creada la Gran Bretaña. Más tarde, esta forma de organización pondría enormes obstáculos a todos los intentos de centralizar la administración y el gobierno.

En el este del Imperio otomano, en el temprano siglo XVI, la dinastía de los safávidas logró reunir a Irán, fragmentado desde la decadencia de los ilkanes. Casi al mismo tiempo, el kan uzbeko Muhammad Shaybani se apoderó de los viejos centros de los timúridas, mientras que un descendiente de estos últimos llamado Babur, con un nuevo ejército, conquistó Kabul y desde allí el norte de la India, donde fundó el Imperio mogol. Muhammad Shaybani murió en 1510 en una batalla contra los iranís, pero su dinastía conservó su poder en Samarcanda y Bujará hasta finales del siglo. En la India, los mogoles impusieron su poderío, a pesar de una fuerte crisis después de la muerte de Babur, y su Imperio viviría una época de gran esplendor durante la segunda mitad del siglo XVI y todo el siglo XVII.

En China, la dinastía Ming había puesto fin al dominio de los mongoles en 1368, para llevar al Imperio a un nuevo esplendor. No faltaron intentos para aumentar su territorio, pero como las invasiones en Mongolia y en Indochina se frustraron,

los límites del Imperio permanecieron sin mayores cambios hasta la caída de los Ming, en 1644. China estaba rodeada de una serie de Estados dependientes, por lo menos simbólicamente, mediante el pago de tributos, los cuales en conjunto formaron el orbe chino. Los vínculos tributarios no sólo reglamentaron las relaciones políticas sino también el comercio exterior, que fue organizado como intercambio entre tributos y regalos. Al extremo oriente de Eurasia, Japón, reunido después de décadas de guerras civiles, se enredó en empresas expansionistas. A finales del siglo xvi organizó dos campañas para la conquista de Corea, las que, sin embargo, fracasaron, entre otras razones, por la posición que tomó China. No obstante, poco después Japón se separó del orden universal chino al que había pertenecido.

IDEOLOGÍAS Y DISCURSOS UNIVERSALISTAS

Todos estos imperios se apoyaron en ideologías legitimadoras-universalistas que, en su mayoría, se derivaban de la religión. Conforme a ellas, se presentaron como portadores de la verdadera fe, de la justicia y de la civilización, aunque defendían esta reivindicación con diferentes grados de persistencia, según las circunstancias y las posibilidades. En 1501, por ejemplo, el primer shah de la dinastía safávida declaró la chía como el credo oficial. De esta forma legitimó su propio dominio y marcó una diferencia con sus competidores vecinos. En el norte del Irán, el kan de los uzbekos Muhammad Shaybani estaba intentando perfilarse como líder de los sunitas; un poco más tarde, después de su conquista de Egipto en 1517, el sultán otomano Selim I llevó al último califa abbasí nominal a Estambul y logró que le cediera el título y su función como cabeza de los musulmanes sunitas; al mismo tiempo se realizó la persecución de los chiíes. En Europa, Carlos V y sus suceso-

res de las líneas austríaca y española de la dinastía habsburga se posicionaron como los defensores del catolicismo.

Asimismo se crearon discursos sobre la barbarie mediante los cuales se pudo establecer un orden jerárquico entre las diferentes culturas y sociedades. En su cúspide estaban los portadores del imperio. Esto se deja observar en la China de la dinastía Ming. En Europa, el jesuita José de Acosta, mediante una argumentación basada en el "derecho natural", desarrolló una escala de tres niveles de barbarie, que abarcaba a todos los pueblos paganos no europeos. También algunas teorías protorracistas empezaron a aparecer. Pero fue hasta el siglo XVIII que la idea del progreso secular empezó a sustituir paulatinamente a las religiones como instrumento para establecer jerarquías político-culturales. Para ello, según el tiempo y la conveniencia, se ha argumentado con el universalismo de la razón, de la ciencia, del mercado libre, de la democracia o de los derechos humanos. La función ha sido siempre la de legitimar el poder hegemónico. Así, los imperios empezaron a llevar a cabo misiones civilizadoras en las partes del globo tildadas de atrasadas. Sus contenidos concretos no se distinguieron mucho del cambio cultural que, por ejemplo, el padre Acosta había considerado imprescindible para una evangelización exitosa.

El recurrir a discursos universalistas llevó a los imperios a realizar intervenciones políticas y militares y al mismo tiempo les proporcionó la legitimación para ellas. Con frecuencia se generó una dinámica expansiva, pero también se dio pie al surgimiento de nuevas formas de resistencia y contradiscursos. A la presunción de representar la verdadera fe puede responderse con una ortodoxia más pura, como lo hicieron los protestantes del noroeste de Europa. Francia por su parte desafió al universalismo católico español con su propio catolicismo. Rusia, después de la caída del Imperio bizantino, se declaró como su legítimo sucesor y centro de un universalismo ortodoxo. En África Occidental, frente a la creciente presencia europea surgió

una serie de movimientos de renovación islámica, como por ejemplo, en 1804, el Califato de Sokoto entre los hausa. También la chía de los safávidas de la orden sufí de los quizilbash se puede interpretar, en el contexto del mundo islámico, como formulación de un renovado y purificado universalismo frente al desgastado califato, caído en manos de los otomanos.

En este contexto, se dio el ascenso de nuevos imperios que se describían como respuesta a las reivindicaciones imperiales de otros. La España católica encontró su vocación imperial frente a sus vecinos musulmanes, Inglaterra y los Países Bajos se legitimaron como reacción a la hegemonía española. Justamente en la monarquía inglesa, considerada por mucho como la vanguardia de la modernización europea, la Iglesia católica irlandesa fue sometida a una rígida represión después de la Revolución gloriosa de 1688, que sólo en 1778 se atenuó. Huelga decir que ninguno de los imperios mencionados se atuvo en su política a las rígidas normas de sus credos universales, sino que más bien las solían subordinar a consideraciones prácticas: sobre algunos shahs safávidas se sospechaba una propensión poco islámica al alcohol, mientras que Carlos V y otros emperadores y reyes europeos se tomaban la moral sexual cristiana a la ligera. Alianzas interimperiales por encima de las fronteras religiosas e ideológicas nunca eran raras. En el siglo XVI, España y Rusia no tuvieron reservas en buscar un acercamiento con los safávidas en contra de los otomanos, mientras que Francia se alió con el sultán contra España.

ARMAMENTO Y GUERRA

Un universalismo promovido idealmente, por supuesto, no era suficiente para reunir y mantener reunidos amplios y heterogéneos espacios en un imperio. Los medios más eficientes eran militares. Como ya se ha mencionado, también las adquisicio-

nes de los Habsburgo por matrimonio debían ser aseguradas por guerras. Mientras que en siglos anteriores las armas más eficientes para este propósito habían sido los jinetes nómadas turcos y mongoles, ahora lo eran las armas de fuego, una innovación tecnológica de extrema trascendencia. Sus orígenes no son muy claros. La pólvora era un antiguo invento chino, probablemente del siglo IX, y hasta el siglo XIII su conocimiento se extendió a la India y al mundo islámico. Parece que fue allí donde se empezó a probar su uso para disparar bolas de hierro o piedra. Después de que los moros de Granada en 1324 habían empleado pesados cañones en el sitio de Huéscar, la tecnología llegó a Navarra y a Francia, donde durante la Guerra de Cien Años (1337-1453) fueron desarrollados cañones más ligeros y móviles para usarlos en batalla. En la primera mitad del siglo XV, los husitas checos inventaron la táctica eficiente, e inmediatamente imitada, de usar carros de guerra, conectados por cadenas y equipados con artillería ligera, como una especie de fortalezas móviles. Al parecer los husitas ya usaban también arcabuces portátiles, un arma que revolucionaría hacía finales del siglo el uso de la infantería. Los tercios españoles aprovecharon sus posibilidades: en 1503 arrasaron al ejército francés en la batalla de Cerignola, y en batalla abierta mantuvieron una temida superioridad en las guerras europeas hasta bien entrado el siglo XVII.

Las armas de fuego no fueron exclusivas del escenario europeo. Los otomanos derrotaron en 1514 en Chaldiram a los safávidas y en 1526 en Mohács al ejército bohemio-húngaro, gracias a su potencia de fuego; de la misma forma y en el mismo año, Babur, el fundador del Imperio mogol, infligió la derrota decisiva al sultán de Dehli, en Panipat. En 1528, los safávidas habían aprendido su lección y paraban con su artillería el avance de los uzbekos en la batalla de Jam. Por ello, la historiografía ha hablado, en relación con el ascenso de los otomanos, los safávidas y los mogoles, de “imperios de la pól-

vora" (*gunpowder empire*). En Japón, en la batalla de Nagashino (1575), la temible caballería del clan Takeda fue aniquilada por los disparos de los arcabuceros de Oda Nobunaga, resguardados detrás de barricadas de madera. Durante las guerras civiles peruanas (1538-1547), los pizarristas intentaron compensar su inferioridad numérica con la superior potencia de fuego. Una importancia aparte la tuvo la artillería para la guerra naval, en la que desde el siglo XVI los europeos mejoraban permanentemente el empleo de cañones, primero de bronce y después de hierro, y las correspondientes tácticas.

La globalización de la tecnología del armamento ocurrió con una rapidez sorprendente y abarcó culturas de lo más diversas. Tanto los indígenas de América del Norte como los Estados de África Occidental y los sultanatos musulmanes en el sureste de Asia empezaron a utilizar las armas de fuego. Donde las condiciones lo permitieron, se emprendió la producción propia. Babur recurrió para la construcción y el uso de sus cañones a expertos otomanos. Los japoneses compraron sus primeros arcabuces a los portugueses. De éstos, los chinos adquirieron artillería, que a finales del siglo XVI usaron exitosamente contra los invasores japoneses en Corea; en el siglo XVII, fueron los jesuitas quienes les fundieron cañones. Los portugueses mismos estaban muy conscientes de la importancia de su potencia de fuego e instalaron fábricas de pólvora en muchas partes de Asia. Los españoles, durante las guerras civiles peruanas a mediados del siglo XVI, produjeron considerables cantidades de arcabuces y pólvora en los Andes.

Especialmente en Europa se dio una permanente carrera armamentística, en cuyo interior nunca dio un resultado definitivo, sino que estableció un equilibrio constantemente desafiado. Hacia el exterior la superioridad militar se hizo cada vez más evidente. En América y Siberia llevó a enormes ampliaciones territoriales y a la adquisición de tierras de colonización. Por lo demás, facilitó la construcción y expansión de redes co-

merciales que se beneficiaban del establecimiento de bases en las costas de todos los océanos, la defensa de las rutas navieras y la eliminación de competidores. Este comercio aportó a la acumulación de riquezas y al aumento de la recaudación fiscal, lo que ayudó a soportar financiera y socialmente los crecientes gastos militares. Por último, la continuada demanda de armas y otros bienes militares fomentó el desarrollo económico y la innovación tecnológica.

En cambio, los grandes imperios asiáticos aunque fundados gracias a la introducción de la artillería, empezaron a quedarse rezagados. La excepción eran los otomanos que, en el siglo xvii sólo con poco atraso respecto a los países europeos, reconocieron los imperativos estratégicos y reequiparon sus ejércitos con fusiles de pernal, en sustitución de los arcabuces con llave de mecha. En cambio, los mogoles —e igualmente sus adversarios hindús, la Confederación maratha— perdieron esta oportunidad, aunque conocían la nueva tecnología. Tampoco se mantuvo al ritmo de la evolución de la artillería europea. El arma más importante del Imperio mogol era la caballería pesada. Esto no fue cuestión de costos, pues tal caballería era un cuerpo militar muy caro, sino que se debía al peso de una cultura militar diferente. De la misma manera, en China y Japón el aumento de la potencia de fuego durante los siglos xvii y xviii fue descuidado, lo que decisivamente contribuyó a su vulnerabilidad frente al imperialismo europeo. Como Wolfgang Reinhard ha resumido: el secreto del éxito militar europeo fue la artillería móvil y una infantería altamente disciplinada de piqueros y cada vez más arcabuceros, mosqueteros y fusileros, hasta que el invento de la bayoneta en el siglo xvii posibilitó que cada soldado pudiera luchar como piquero y fusilero a la vez.

La nueva forma de hacer la guerra requería fantasía estratégica, pero sobre todo era costosa, tanto en lo que se refiere a la producción de las armas, la pólvora y los barcos de guerra

como a la construcción de fortalezas capaces de resistir los cañonazos. A potentados o gobernantes de territorios menores, por lo general, no les alcanzaba para tantos gastos y, de esta suerte, fueron marginalizados o absorbidos por los imperios. Esto le ocurrió, por ejemplo, a pesar de su incesable modernización militar, al reino musulmán de Granada en 1492 o las ciudades-estados del norte de Italia. En todas partes se intentaron asimilar las exigencias mediante una mayor eficiencia de la organización fiscal. Los grandes imperios tenían una ventaja, pues gracias al mayor número de contribuyentes disponían de considerables ingresos, sin tener que aumentar demasiado la presión fiscal, mientras el centro lograra controlar la recaudación. Estados más pequeños, en cambio, debían reforzar su gobierno para asegurar su competitividad y así su supervivencia. Los Imperios podían vivir aun con estructuras descentralizadas y una organización estatal débil; esto favoreció la autorrepresentación de su dominio como justo y suave (mientras que un Estado moderno pretende velar por los intereses de sus ciudadanos y puede, por lo tanto, exigirles mucho más).

A la larga, tal conformación se convertiría en desventaja. La mayoría de los centros imperiales carecían de medios para una administración directa de todas sus posesiones cercanas y lejanas. La organización fiscal quedó regionalizada y, sobre todo, en sus periferias se empleaban métodos de gobierno indirecto. Las élites regionales y locales estaban implicadas en la recaudación y administraciones de los impuestos. Entre las culturas precolombinas sometidas por los españoles fueron los caciques indígenas los responsables de la recaudación del tributo, originalmente la contribución más importante del Nuevo Mundo, y asimismo de la organización del trabajo forzado. En estas condiciones, con frecuencia el desplazamiento de medios y tropas entre las partes de un imperio apenas era factible. Tampoco se pudo impedir que los recaudadores de impuestos canalizaran cada vez mayores partes de los ingresos a sus bolsas. Por con-

siguiente, los costos de la guerra se distribuían desigualmente entre las regiones.

IMPERIOS *VS.* ESTADOS

El auge de los imperios entre los siglos XVI y XVIII fue acompañado de la consolidación de Estados territoriales menores. Después de décadas de luchas internas, Japón encontró en la primera mitad del siglo XVII una nueva estabilidad y se liberó de la dependencia simbólica de China. Pero fue sobre todo en Europa Occidental donde se observa el surgimiento del Estado moderno. En la primera mitad del siglo XVI se experimentó un renacimiento de los idearios imperiales en la política de Carlos V, mas con el fracaso de su proyecto les llegó la hora a formaciones políticas más sencillas, como Francia, los Países Bajos, Suecia e Inglaterra. Presagiaban el orden de Estados nacionales, cuyo principio, como suele decirse, por primera vez se hizo vigente en la Paz de Westfalia, en 1648. Como ya se ha mencionado, Bayly ha identificado el Estado nacional como un fenómeno clave de la globalización moderna. Pero, como siempre, hay que señalar su evolución precedente. El ejemplo de muchas prácticas administrativas y políticas lo encontramos en las pequeñas ciudades-estados del norte italiano de la Baja Edad Media, y no como último en los Estados pontificios. En muchos sentidos el Estado más moderno se dio inicialmente en los Países Bajos, que mantuvieron su posición hasta que, después de su derrota con Inglaterra en 1674 y frente a la agresiva Francia de Luis XIV, pasaron al segundo plano de los poderes europeos. Al igual que los imperios, los Estados europeos luchaban por el fortalecimiento del poder central en su territorio. Sólo algunos lo hicieron con éxito. La monarquía francesa impuso su gobierno en forma del absolutismo real. Al contener cualquier oposición y tendencias centrífugas, desarrolló una impresionante fuerza, pero finalmen-

te quedó atrapada en un atasco de problemas internos, situación que culminó de forma sangrienta en la revolución de 1789. Inglaterra, por su parte, con la Revolución gloriosa de 1689 logró darse una organización política más abierta y flexible, que pudo atenuar las tensiones sociales y que dio también más libertad a las fuerzas de modernización económica.

En otro nivel, entre los imperios y los Estados territoriales en consolidación, se daba una serie de similitudes y desarrollos análogos. Mientras que, por ejemplo, la Corona española desde el principio intentó dar a su Imperio una estructura estatal, otras monarquías europeas más compactas agregaron a su territorio nuclear zonas de dominio o de influencia imperial, por lo general, por intereses mercantiles; y Japón intentó, ya al principio de su consolidación, anexionar Corea a su dominio. Dicho esto, hay que preguntarse qué tan arcaicas eran las fundaciones de los imperios de la época. Respecto a personajes como Babur o, más tarde, Nader Shah, de Irán, sería correcto definirlos como conquistadores carismáticos; por su parte los conquistadores españoles procedían en buena parte de la baja nobleza castellana, una élite guerrera tradicional. A pesar de ello, justamente el Imperio español escapa de ser encuadrado en un marco arcaico, y eso por varias razones. Para empezar, las campañas americanas no fueron conquistas emprendidas por líderes tribales, sino empresas privadas de integrantes de una casta de guerreros. Para proteger sus intereses contra potenciales competidores, siempre buscaron el reconocimiento del lejano monarca, que al concedérselo incorporó las tierras conquistadas en su sistema administrativo, político, judicial, fiscal y religioso. De esta forma, el poder político de los conquistadores quedó decididamente limitado. De manera similar, el *Estado da Índia* portugués, aunque nunca fue mucho más que una red de dispersas bases mercantiles-militares, era gobernado como un Estado basado en los ingresos fiscales.

Estas organizaciones, en retrospectiva, parecen incompletas e ineficientes. La monarquía española tampoco nunca superó su carácter compuesto, pero logró un importante avance al centralizar su gobierno en Castilla, a cuya Corona las posesiones americanas estaban agregadas como virreinatos. Estos últimos fueron cubiertos por un sistema administrativo burocratizado; además se hizo el considerable esfuerzo de estandarizar su sistema legal. La subordinación de los territorios conquistados, que carecían de costumbres jurídicas medievales, a un gobierno de absolutismo temprano vino a significar el principio de su territorialización. Paralelamente la monarquía española se interesó en la construcción de una memoria histórica imperial, que se inició con la instalación de un cronista de las Indias en el siglo XVI y se reflejó institucionalmente en la fundación del Archivo de Indias en Sevilla en 1785 (lo que se debía ciertamente también a consideraciones administrativas).

No obstante los progresos en el asentamiento del poder gubernamental, la cohesión de los Estados, y en mayor medida la de los imperios, estuvo siempre amenazada por intereses particulares. Por lo tanto, para sus funciones esenciales imperios y Estados tempranos con frecuencia recurrían a minorías privilegiadas o expertos extranjeros, de quienes se podía esperar una lealtad más firme que de élites arraigadas en sus respectivas sociedades y regiones. El príncipe Eugenio de Saboya, por ejemplo, contribuyó decisivamente a la suerte política y militar de Austria desde finales del siglo XVII hasta su muerte en 1736. En Rusia, durante los siglos XVIII y XIX casi la quinta parte de los altos funcionarios eran de origen alemán. Bayly ha calificado este empleo prenacional de extranjeros como típico fenómeno de la globalización arcaica. Pero, de nuevo, apenas se observa en el Imperio español, pues la Corona confiaba, sobre todo en América, más que nada en sus súbditos castellanos.

En España y otras monarquías católicas las funciones políticas fueron encargadas con frecuencia a miembros de la Igle-

sia, mientras que en la China de los Ming los eunucos ganaron gran influencia. Los integrantes de ambos grupos no podían tener descendencia directa, por lo menos, no legítima, y de esta suerte su vinculación con las redes familiares de las élites quedaba restringida. A pesar de ello, tanto la Iglesia en el Occidente como los eunucos en China se convirtieron en oponentes de la supremacía monárquica. En el transcurso de los esfuerzos por fortalecer el poder central del Estado, los eunucos chinos y los eclesiásticos europeos fueron eliminados de las esferas del gobierno.

Una medida de índole similar fue la organización de tropas independientes de los sistemas de filiaciones y clientelismos tradicionales. La creación de tal ejército compuesto por mercenarios o por esclavos y directamente controlado por el centro era onerosa, pero pudo otorgar a un imperio una tropa profesional y combativa. Por otro lado, los cuerpos militares de este tipo tendieron a adquirir un gran poder, como lo muestran los mamelucos de Egipto, los jenízaros en el Imperio otomano o el generalísimo y caudillo mercenario Albrecht von Wallenstein durante la guerra de los Treinta Años, en el Sacro Imperio Romano. En esos tiempos, únicamente el rey sueco pudo apoyarse en un ejército reclutado en parte mediante una forma temprana del servicio militar obligatorio, un modelo que a partir de la Revolución Francesa se hizo común en Europa. El poderoso y arbitrario Wallenstein, en cambio, fue asesinado en 1634 por orden del emperador en Viena, y los jenízaros, actores más recalcitrantes que guerreros, fueron liquidados en 1826 por orden del sultán.

Los imperios antiguos o las monarquías compuestas tarde o temprano solían intentar reforzar el control del centro sobre las partes o, en otras palabras, convertirse en un Estado territorial. Mediante reformas institucionales, fiscales, militares y jurídicas intentaban procurar a sus instituciones validez en todo su territorio, fortalecer de esta manera su cohesión interna y asegurar

sus fronteras. Para tal propósito, muchos imperios (como muchos Estados menores) se esforzaron por la ampliación de su burocracia, y se adoptaron medidas de disciplinamiento de los funcionarios así como de la población en general. Se establecieron o robustecieron sistemas de formación, por ejemplo las universidades españolas o el sistema de examen imperial chino. Mientras que la dinastía manchú en China le apostaba a un disciplinamiento neoconfuciano, los esfuerzos en Europa Occidental y Central estaban vinculados con un proceso de confesionalización y la promoción de una ética neoestoicista. Max Weber, por su parte, señaló el alto grado de racionalización de los cuerpos administrativos europeos que se apoyaban en el derecho romano, mientras que los funcionarios chinos se orientaban más con razonamientos filosóficos.

Ante todo, en Europa se incrementó el disciplinamiento social de la población. El objetivo era aumentar la homogeneidad de la población y crear súbditos más obedientes y productivos. Una disposición clave fue el ejército, en el que el servicio poco a poco se hizo obligatorio y el entrenamiento de los soldados fue intensificado. Debido a rígidas medidas de este tipo, durante la primera mitad del siglo XVIII el aún pequeño reino de Prusia adquirió una tropa altamente combativa y dio a Alemania una fama militarista de larga duración. El mayor avance, en el siglo XVIII, hacia una población disciplinada y el Estado nacional fue la ampliación de los sistemas escolares. Por ejemplo, en Noruega y Dinamarca —unificadas en ese momento en una corona— se introdujo la escolarización obligatoria en 1739, en Prusia en 1763 y en Austria en 1774. En la práctica, a pesar de las leyes, había no pocas dificultades, por ejemplo, para encontrar suficientes maestros. Muchos países dieron este paso hasta el siglo XIX: Inglaterra en 1870, Francia en 1881-1882 y Japón en 1886. Pero existían otras formas de escolarización no menos eficientes. Sin obligación legal, en Inglaterra había más gente que aprendió a leer y escribir que en Austria o Prusia.

En todo caso, la alfabetización progresó paralelamente a la burocratización. En este contexto, se planteó el tema del lenguaje oficial. En los territorios habsburgos, el emperador José II, en 1784, intentó introducir el alemán como idioma de Estado; en la América española se fomentó la hispanización de la población indígena; y en Francia, llevada por el entusiasmo de la revolución, se logró imponer el francés en detrimento de los cuantiosos idiomas vernáculos regionales.

En los amplios y multiétnicos imperios fue mucho más difícil realizar tales objetivos que en los países pequeños. La excepción era China. El Imperio del Medio tenía desde antaño el mandarín como idioma oficial, y el uso de los sinogramas posibilitó la comprensión por escrito también entre personas que hablaban las múltiples variantes del chino, coreano o japonés. China es también el único ejemplo entre los viejos imperios que, no obstante los problemas no resueltos con sus periferias, hasta la actualidad ha sabido mantener su cohesión y lograr la difícil conversión en Estado nacional. Pero, por lo general, las medidas centralizadoras produjeron descontento y tendencias de secesión, porque ofendían demasiados intereses tradicionales, con lo que socavaban la legitimación de los imperios.

Las fuerzas centrífugas se pudieron dar también en Estados menores, mas en ellos era más fácil neutralizarlas, por lo menos en parte, con ideologías que daban nuevos sentidos a la cohesión, como lo harían sobre todo la Revolución Francesa y, en el siglo XIX, el nacionalismo. En la India, el Imperio mogol se convirtió en una laxa confederación de territorios autónomos, en la que al emperador mogol se le relegó a un rango simbólico. Pero, como lo ha señalado Michael Mann, estos dominios más pequeños lograron reforzar, en un marco más estrecho, las estructuras políticas que los mogoles a nivel imperial no habían podido poner en práctica. La intervención británica truncó la evolución de un mundo de Estados, volviendo a imponer la unidad al subcontinente y de forma más firme que nunca. El Im-

perio español se fragmentó hacia 1820 bajo el liderazgo de sus élites criollas, en varios Estados nacionales, que son de los más antiguos globalmente. En Austria, la mayoría de las reformas de José II tuvieron que ser revocadas, y finalmente la monarquía habsburga se disolvió, aunque sólo en 1918. Los nuevos Estados surgidos en su territorio, sin embargo, pudieron recurrir a las estructuras administrativas que el imperio había creado.

EL MUNDO DE LOS IMPERIOS DEL SIGLO XVII AL XVIII

El mundo de imperios y Estados en vía de consolidación (y, con frecuencia, con periferia imperial) fue sacudido por permanentes conflictos, que produjeron cambios en la jerarquía del poder. Los otomanos perdieron su fuerza expansiva en el siglo XVII. Ya en el siglo XVI, los piratas atacaron las posesiones españolas en América y sus navegaciones, en el marco de las contiendas europeas y, a veces, por su cuenta. El Imperio español estaba sobreextendido y no logró que todas sus regiones aportaran de la misma manera a las arcas de guerra. Por consiguiente, los españoles y también los portugueses fracasaron en el intento de defender los miles de kilómetros de sus costas y líneas de comunicación. La unión personal entre las dos monarquías entre 1580 y 1640 complicó la situación, en vez de fortalecerla. Así en el segundo cuarto del siglo XVII, las fuerzas de la monarquía española empezaron a agotarse, y los océanos y costas lejanas que quería controlar se convirtieron en objetivos de conquista de sus enemigos europeos. Los neerlandeses expulsaron a los portugueses de Ceilán, Java y de las Molucas; en 1628, apresaron la flota novohispana en las costas de Cuba, y en 1630, conquistaron el noreste de Brasil y bases portuguesas en África.

Varias potencias europeas lograron apoderarse de bases de operación que usaron contra los españoles en el Caribe, es-

pecialmente en las Antillas Menores, reclamadas por España, pero prácticamente indefensas. En 1624 los ingleses ocuparon la isla de San Cristóbal (Saint Kitts), que tuvieron que compartir de 1625 a 1689 con los franceses; en 1627, tomaron posesión de Barbados; en 1628, de Nevis, y, en 1632, de Antigua y Montserrat. En 1650 fundaron una colonia en Surinam, que perdieron en 1667 con los neerlandeses; en 1666, se incautaron de las Bahamas. Los neerlandeses se apoderaron en 1628 de Tobago, isla que después cambió varias veces de dueño; en 1634, ocuparon Curazao, Aruba y Bonaire. Los franceses controlaron desde 1629 (si no antes) la pequeña isla de Tortuga frente a la costa norte de Santo Domingo, y en 1635 ocuparon Martinica y Guadalupe.

El poder naval de España estaba por los suelos y su hegemonía europea se derrumbó con la pérdida de Portugal en 1640 y su derrota contra Francia e Inglaterra, fijada por el Tratado de los Pirineos en 1659. Las guerras caribeñas, mientras tanto, se convirtieron de una lucha de los españoles contra todos en una lucha de todos contra todos (con un reacomodo continuo de alianzas). De esta suerte, dada la disipación de las fuerzas en pugna, las pérdidas territoriales de España quedaron limitadas. En 1655, una flota inglesa fracasaba frente a Santo Domingo, pero para compensar su esfuerzo, se lanzó contra la apenas fortificada Jamaica y la conquistó; y en 1967 después de un largo jaleo, Francia obtuvo la parte occidental de La Española (Saint Domingue, actualmente Haití).

Al haber recuperado su independencia, Portugal, con la benevolencia de Inglaterra, pudo expulsar a los neerlandeses en 1642 de São Tomé; en 1648, de Angola, y hasta 1654, de Brasil; mientras que tuvieron que ceder definitivamente el control sobre Ceylán, las Molucas y sus fortines en África Occidental a sus competidores europeos. El monopolio portugués había caducado tanto en el comercio oriental como en la trata de esclavos africanos —todavía modesto en comparación con

los niveles posteriores—, pero la presencia europea en África y Asia siguió creciendo.

En suma, y no obstante los problemas de los españoles, portugueses y otomanos, la expansión territorial de los imperios caracterizó todo el periodo tratado aquí (y más adelante). China fortaleció, después de la toma de poder de la dinastía manchú de los Qing en 1644, su influencia en Mongolia, en el Tíbet y en Turquestán, donde conquistó tras largas guerras, hasta 1757, el kanato dzungar; en 1683 ocupó Taiwán. Las campañas contra Nepal, Birmania y Vietnam, en cambio, fracasaron en la segunda mitad del siglo xviii, con considerables pérdidas. A pesar de ello, China siguió siendo, con sus 250 millones de habitantes hacia 1800, el poder con más población del mundo. En la India, los mogoles conquistaron en la segunda mitad del siglo xvii casi toda la parte sur del subcontinente. Sin embargo, después de la muerte del emperador Aurangzeb en 1707 no lograron mantener estos territorios y su imperio se fragmentó. Los Habsburgo austriacos tuvieron que reconocer, en la Paz de Westfalia, el debilitamiento irreversible de su poder sobre el Sacro Imperio Romano, pero expandieron sus propios dominios a costa de los otomanos en Hungría y en los Balcanes; en 1739 su avance, sin embargo, se detuvo frente a Belgrado.

En el continente europeo, a mediados del siglo xvii, Francia se convirtió en el poder dominante, experimentando su máximo esplendor bajo el gobierno de Luis XIV (1654-1715). El desarrollo más importante fue el auge de Gran Bretaña, no sólo visto desde Europa. En la segunda mitad del siglo xvii, había derrotado a los Países Bajos en varias guerras navales, y expandió sus intereses mercantiles en todo el globo, apoyada en formas de organización económica innovadoras y en la violencia militar. Los sueños hegemónicos franceses, por su parte, sufrieron un grave revés con el desenlace de la Guerra de Sucesión Española. No obstante que la proyección cultural de Francia siguió siendo modélica y el conflicto anglofrancés continuaría,

Mapa 4.2. El imperio de los Qing a mediados del siglo XVIII

Fuente: Perdue, *China Marches West*, pp. 2-3.

llegando a su culminación con las guerras napoleónicas. A la sombra de Francia, España pudo recuperarse y durante el siglo XVIII ganó en América del Norte amplios territorios. Pero con la Guerra de los Siete Años, Gran Bretaña quedó establecida como poder naval dominante, al que sus adversarios, Francia, España y los Países Bajos, incluso en alianza apenas podían hacerle frente.

Según los datos proporcionados por Niklas Frykman, en la segunda mitad del siglo XVIII, los diferentes competidores realizaron enormes esfuerzos por recuperar el retraso. Entre 1760 y 1790 la flota francesa creció 107%; la neerlandesa, 98%; la española, 85%; la danesa-noruega, 34%. Pero con un aumento, en comparación reducido, de 26%, Gran Bretaña pudo mantener su supremacía, a pesar de los amargos percances durante la guerra de independencia estadounidense, y demostrarla de forma tajante en la batalla de Trafalgar en 1805. El dinámico desarrollo económico dio a Gran Bretaña la ventaja decisiva. Mientras que, por ejemplo, según Carlos Marichal, el presupuesto bélico británico, entre 1770 y 1783, ascendió a más de 121 millones de pesos, los españoles dispusieron sólo de 34.6 millones. Su posición isleña le favoreció adicionalmente, pues Gran Bretaña se podía dar el lujo de un ejército relativamente pequeño y darle prioridad a la flota, mientras que las potencias continentales tuvieron que gastar la mayor parte de los recursos disponibles en el ejército.

Aparte de Inglaterra, en el siglo XVIII ascendieron también otras potencias, por ejemplo Austria y Prusia. Ante todo, estaba Rusia, sin la cual ya no se podía concebir la política europea. Los perdedores de este desarrollo eran actores de mucha tradición en Europa centro-oriental, como Suecia, Sajonia o Polonia; este último país quedó al final del siglo dividido entre Rusia, Prusia y Austria. A partir de 1580, Rusia había extendido sus dominios más allá del río Ural, se adueñó de Siberia y, en 1648, sus pioneros llegaron al Pacífico. En 1689, arregló sus

relaciones con China en el Tratado de Nérchinsk. Bajo el gobierno de Pedro el Grande (1682-1725), se instaló en el Báltico y en el mar Negro, en competencia con Suecia, Polonia y los otomanos. La fundación de San Petersburgo en 1703 manifestó las crecientes ambiciones rusas y el puerto de la ciudad permitió un enlace directo con el comercio naval europeo, que, con anterioridad, se hacía por la difícil ruta de Arcángel, en el mar Blanco. El acontecimiento decisivo, tanto militar como simbólicamente, fue la Gran Guerra del Norte (1700-1721), que puso fin al expansionismo sueco en el Báltico, iniciado hacía más de medio siglo. En el otro extremo del imperio, desde Siberia, a principios de la década de 1740, los rusos se trasladaron a Alaska. Sus cazadores de pieles avanzaron en las décadas siguientes hasta California, lo que indujo a España a adelantar su zona de control en la costa pacífica al Norte. Como tampoco Gran Bretaña quiso perder el acceso a las pieles de nutria, en la década de 1780 se dio un enfrentamiento en Nutka (en vecindad del actual Vancouver) y casi una guerra. Rusia expandió su poder también a Asia Central, compitiendo con los kanatos de la zona, con Irán y con China. En 1760, durante la Guerra de los Siete Años, tropas rusas por primera ocasión ocuparon Berlín; en 1814, entraron en París. En el mar Negro y en el Cáucaso hicieron retroceder a los otomanos, que sin embargo consiguieron compensar su debilidad militar mediante una hábil política de alianzas con las potencias europeas, cada vez más preocupadas por el poder del zar. Como resultado de la tercera guerra ruso-iraní (1804-1813), Rusia aseguró definitivamente el control sobre las montañas de Cáucaso y el mar Caspio.

En todo este lapso, el desarrollo interno de los imperios y Estados asiáticos fue influido por los contactos con el Occidente pero no determinado. En la decadencia de los mogoles y en la caída de los safávidas, los europeos no desempeñaron ningún papel significativo. En Asia Central, entre rusos y chinos, diversos actores locales todavía contaron con márgenes

de acción. Según Rene J. Barendse, fueron sobre todo las invasiones de los afganos las que debilitaron de forma durable a los Imperios islámicos del oeste y sur de Asia que ya estaban batallando con una serie de dificultades. Irán se vio bajo la creciente presión rusa, pero no fueron ellos los que derrocaron a los safávidas, sino los pashtunos de la tribu ghilzai, del actual Afganistán, los que tomaron Isfahán en 1722. Aunque en el mismo año el zar Pedro el Grande aprovechó el momento para atacar Irán, de esta primera guerra ruso-persa no hubo consecuencias, e Irán se recuperó bajo el liderazgo sangriento de Nader Shah (†1747) y de nuevo bajo Karim Khan (†1779), si bien, a la larga, el orden nunca fue sólido. La desestabilización persa involucró una serie de guerras a los otomanos y especialmente a los mogoles, cuya capital Delhi fue saqueada en 1739 por las tropas de Nader Shah y en 1757 por los afganos, bajo Ahmad Shah Durrani. Estas luchas devoraron enormes recursos que hacían falta en otros frentes. Como consecuencia, a los otomanos y a Irán les resultó cada vez más difícil defenderse de sus enemigos europeos, ante todo de Rusia, mientras que los mogoles no pudieron impedir la regionalización de su dominio y terminaron convirtiéndose en juguete de la política británica.

EL AVANCE DEL COLONIALISMO EUROPEO

A lo largo de los siglos XVII y XVIII, los indicios de la futura supremacía del Occidente se robustecieron; en la guerra naval su superioridad se manifestó cada vez de manera más nítida. Especialmente consistente fue el avance del colonialismo europeo. Mientras que los españoles y portugueses aumentaron sus posesiones desde el siglo XVII en el interior de América —y los portugueses también en el *hinterland* de las costas de Mozambique y Angola—, ahora eran los ingleses, franceses y neerlandeses los que dominaban el avance colonial. El inmenso

suelo norteamericano al norte de la Nueva España se convirtió en escenario de las incursiones europeas. En 1607, los ingleses fundaron Jamestown, en lo que sería la colonia de Virginia, el primer asentamiento estable no ibérico en el Nuevo Mundo. En 1620 los "padres peregrinos" llegaron en el navío *Mayflower* a Plymouth, Massachusetts. Los franceses, por su parte, en 1608, se establecían en Quebec. A mediados de la década de 1620 los neerlandeses fundaron Nieuw Amsterdam, la posterior Nueva York. Por algún tiempo existió una colonia sueca en el río Delaware, que pronto fue tomada por los neerlandeses, cuyos asentamientos norteamericanos a la vez cayeron en manos de los ingleses en 1674, mientras que los neerlandeses se quedaban con Surinam.

En Asia, los europeos todavía no se apoderaban de grandes territorios, aparte del avance ruso en Siberia y la paulatina toma de control sobre Indonesia, Ceilán y, de forma efímera, de Taiwán por parte de los neerlandeses. Por lo común, las potencias europeas se limitaron a la construcción, la conquista o la adquisición negociada de bases costeras. Nunca dejaron de sufrir reveses. Los japoneses prohibieron en 1622 a los españoles y en 1639 a los portugueses la permanencia en sus islas; la East India Company inglesa abandonó su factoría en Hirado voluntariamente. Desde 1641 únicamente los neerlandeses, en Nagasaki, mantuvieron un intercambio rígidamente reglamentado con Japón. En Tailandia, los ingleses y franceses, en fuerte competencia entre sí, una y otra vez tuvieron que reconocer los límites de su poder. En el sureste de Asia, el sultanato de Aceh, en Sumatra, se enfrentó con éxito a los portugueses y después hasta el siglo XIX a los neerlandeses. Los portugueses perdieron muchas de sus bases en África Oriental con el sultanato de Omán; sólo se mantuvieron en Mozambique, pero no lograron asegurar su acceso directo a la región del actual Zimbabue (sin que el comercio se hubiera suspendido del todo). Omán, con sus cañones producidos en Mascate, alcanzó un considerable

Mapa 4.3. Los asentamientos europeos en el territorio de Estados Unidos y Canadá



Fuente: Hausberger, *Die Welt im 17. Jahrhundert*, p. 143.

poder regional, que también frenó la influencia de los safávidas en el golfo Pérsico. Los neerlandeses, en 1662, fueron expulsados de Taiwán.

Con todo, la competencia intereuropea fue crucial. Todas las guerras europeas del siglo XVIII, empezando con la Guerra de Sucesión Española (1701-1713/1714), la Guerra de Sucesión Austriaca (1740-1748), la Guerra de los Siete Años (1756-1763), hasta las guerras revolucionarias francesas (1792-1802) y las guerras napoleónicas (1803-1815), provocaron enfrentamientos y cambios en ultramar. Parece significativo, en cambio, que en la guerra de independencia de Estados Unidos (1775-1783) Francia y España se enfrentaran a Gran Bretaña al otro lado del Atlántico, sin que las luchas trascendieran el escenario europeo. Las competencias coloniales aparentemente no eran prioridad política; sus resultados, además, eran ambiguos. En la Guerra de los Siete Años, el Reino Unido logró desplazar a sus rivales franceses de la India y de Canadá; su triunfo, sin embargo, duró poco tiempo. En 1776, las 13 colonias en Norteamérica se declararon independientes y pudieron imponerse a la metrópolis. Gran Bretaña sólo se quedó con el recién adquirido Canadá. España, en la Guerra de los Siete Años, había perdido Florida, pero obtenido la enorme región de Luisiana, antes francesa, al oeste del río Misisipi; en 1781 reconquistó Florida y dominó, de ese modo, todas las costas continentales de golfo de México. Medio siglo más tarde, también las posesiones iberoamericanas, salvo Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, consiguieron su independencia, mientras que Luisiana y Florida se habían quedado en manos de Estados Unidos. De esta suerte, al final de la época aquí tratada, de los viejos imperios coloniales no quedaba mucho, aunque continuaban en el Caribe y en las islas del sureste de Asia. En la India, la posesión británica se estaba fortaleciendo, mientras que en Australia estaba en sus principios. Los portugueses mantenían sus posesiones africanas en las islas de Cabo Verde, Angola y Mozambique, así como

sus bases asiáticas en Goa, Macao y Timor. Con el imperialismo del siglo XIX, el dominio global del Occidente experimentaría un nuevo e infame auge.

Actores extraeuropeos y sus intereses siempre desempeñaron un papel importante en las empresas de los poderes coloniales europeos. No hay que sorprenderse sobre la falta de solidaridad frente a los invasores, pues en los siglos que aquí tratamos no había identidades nacionales y menos tercermundistas. Así, ejércitos autóctonos mesoamericanos ayudaron a los españoles en la destrucción del Imperio azteca. Al norte, en la zona de los Grandes Lagos, la Confederación Iroquesa pudo aprovechar su posición entre franceses e ingleses para fortalecer su poder frente a los pueblos vecinos, de la misma manera como lo hicieron más tarde los comanches entre españoles, franceses e ingleses. También los potentados de la India intentaron instrumentalizar sus alianzas con los europeos contra sus vecinos, para terminar defraudados. De esta suerte, la East India Company inglesa aumentó su influencia de forma continua y después de la batalla de Plassey (Palashi), en 1757, se estableció como el factor militar interno más importante.

En Iberoamérica y en las colonias inglesas en Norteamérica, el territorio fue controlado por élites de origen europeo; las cuales también desarrollaron intereses por los que se enfrentaban a su metrópoli y finalmente buscaron la independencia. Como ha mostrado Carlos Marichal, la Ciudad de México se había convertido especialmente en una submetrópoli fiscal, desde la cual se aseguró la defensa del Imperio español. Las posesiones americanas autofinanciaban sus sistemas administrativos y militares, como los presidios contra los indios enemigos no sometidos en las fronteras, fortificaciones en las costas y compañías milicianas locales mediante los impuestos recaudados. Desde Quito, Lima y Bogotá fluía dinero a las costas caribeñas, desde Lima a Chile y desde Potosí a Buenos Aires y Montevideo. En el siglo XVIII, las mayores transferencias interre-

gionales de dinero, sin embargo, salían de la Nueva España, que debía sostener la defensa del golfo de México y de las Filipinas. Además, las provincias americanas, de nuevo en primer lugar México, enviaron casi año con año los excedentes de sus ingresos fiscales a Europa. Para la metrópoli fueron ingresos netos, que ya no causaban más costos (aparte de que en Europa había que reunir altas sumas para la flota, las que sin la posesión de América se hubieran podido ahorrar).

Las series elaboradas por Carlos Marichal son muy esclarecedoras. Entre 1720 y 1724, desde la Nueva España se enviaron al Caribe, en forma del llamado "situado", 4.5 millones de pesos y a España, como producto fiscal, 3.23 millones. Para financiar la compra de las hojas de tabaco por el monopolio real, México además transfería, desde principios del siglo XVIII, considerables cantidades de dinero a Cuba, las que subían de 200 000 pesos en 1723 a 750 000 pesos a finales del siglo. En el quinquenio de 1795 a 1799 todas estas sumas habían crecido; ahora iban 24.12 millones de pesos al Caribe y 18.85 millones a España. Con esto, 61% del total de 30.53 millones de pesos enviado a España provenía de México. En comparación, se recaudaron en este periodo 147 millones de pesos en España misma, lo que significa que 17.22% de los ingresos de las cajas reales llegó de América y 10.6% de México. Repitámoslo: estos números no toman en cuenta los gastos ya realizados en ultramar. Incluido el situado caribeño, pero sin los costos administrativos en México, la participación de la Nueva España en los ingresos imperiales alcanzaría 22.34%; y si de la citada recaudación de 147 millones restáramos los costos de la administración europea, el peso de la Nueva España crecería aún más.

De la misma manera, Brasil tuvo un creciente peso en el funcionamiento del Imperio portugués. En los siglos XVII y XVIII realizó una dinámica expansión interna, la que dio enormes réditos gracias al descubrimiento de oro en Minas Gerais y la importación de esclavos africanos. Entre 1720 y 1771, se ex-

portaron al año alrededor de diez toneladas de oro de Brasil. Angola pronto dependía más de los intereses brasileños que de los portugueses, y la emigración portuguesa a América, en este periodo, superó la española. Los habitantes portugueses de la colonia al final comprobarían que la metrópoli europea carecía de función y ventaja para ellos. Se independizaron y —como los hispanoamericanos— ellos mismos organizarían sus relaciones exteriores. Que pronto cayeran en relaciones de dependencia de nuevo tipo, ya es otro tema.

LAS CONTRIBUCIONES DE LOS IMPERIOS

La independencia de las colonias americanas puso de manifiesto que los Imperios marítimos de los europeos nunca lograron vincular sus dispersos territorios de forma consensuada. Primero, fueron justamente los emigrantes europeos y sus descendientes los que provocaron la desintegración de los imperios ultramarinos, antes de que experimentaran un nuevo auge en el siglo XIX y se derrumbaran definitivamente en el siglo XX, ahora bajo la presión de los pueblos colonizados. Pero este desenlace no debe ocultar que los imperios no sólo representaban intereses metropolitanos, sino que también traían beneficios de diversa índole a élites regionales o periféricas. El orden imperial conllevó seguridad, oportunidades económicas y reforzó la posición política y social de los actores y grupos dispuestos a la colaboración. La expansión territorial de un imperio proporcionaba la posibilidad de incrementar posesiones a sus élites terratenientes y prometía tierras de cultivo a colonos. Los comerciantes podían sacar gran partido de la organización macroespacial. Un imperio confería accesos privilegiados a los mercados que controlaba, protegía las rutas mercantiles de largas distancias, garantizaba el monto de las aduanas y los impuestos cobrados. En otras palabras, permitió calcular mejor

los riesgos de los negocios. De esta manera, Roma había gobernado durante siglos el mundo mediterráneo y se vanagloriaba de sus victorias sobre diversos núcleos de piratas. Más tarde, los mongoles cuidarían las rutas de la seda en Asia Central. En el siglo XIII, los sultanes selchucos ordenaron construir una red de caravasares en Anatolia, procurando la comodidad de los viajeros y traficantes. Desde el siglo XVI los imperios transoceánicos de los portugueses, españoles, ingleses, neerlandeses y franceses controlaron, en fuerte competencia entre sí, diferentes fragmentos del tráfico intercontinental de mercancías; se han interpretado, por consiguiente, como imperios comerciales (*commercial empires*). En el océano Índico su intervención violenta y monopólica significó una ruptura con la tradición de un intercambio relativamente libre. Los mercaderes autóctonos, ciertamente, sabían adaptarse tanto colaborando con los europeos como subvirtiendo sus reglas.

A los integrantes de las clases bajas, un imperio en expansión podía ofrecerles posibilidades de ascenso social y de adquisición de tierras propias. El centro imperial, con sus instituciones y símbolos, cumplía con una función de arbitraje entre regiones, etnias y también entre clases y estamentos. Su dominio proporcionaba cierta protección a los grupos subordinados, tanto de enemigos externos como dentro del orden social jerárquico en el que estaban insertos, por ejemplo, de los terratenientes. Estos últimos, por su parte, podían confiar en que el gobierno los defendería de rebeliones de sus subordinados. Así lo hizo la Liga de Suabia, una institución del Sacro Imperio en la guerra de los campesinos alemanes de 1524 a 1526. Por otro lado, la Cámara de la Corte Imperial (*Reichskammergericht*), instituida en la Dieta Imperial (*Reichstag*) de Worms en 1495 por Maximiliano I, y el Consejo Áulico (*Reichshofrat*), fundado poco después, permitió a los súbditos proceder contra sus superiores de forma legal (aunque, si se considera el número total de los procesos tratados en estas instituciones, los campesinos

demandantes estaban muy subrepresentados). También los esclavos africanos y los indígenas hispanoamericanos aprendieron pronto a invocar las leyes reales para defenderse, por ejemplo, del robo de sus tierras o la sobreexplotación de su trabajo. La Corona española, además, creó la instancia del "protector de indios", cuyos titulares obviamente no siempre cumplieron con sus obligaciones. De todas formas, no hay que equivocarse y creer que los imperios velaron por la justicia social. Nunca cuestionaron su estructura jerárquica; sólo cuidaban, más o menos, que dentro de este orden hegemónico se respetaran ciertas reglas, aun cuando estaban generalizadas las prácticas de corrupción, clientelismo y nepotismo.

Recapitulando, los imperios fueron actores centrales de la globalización temprana. Con todo, y a pesar de su corte universalista, su campo de acción era limitado. La práctica imperial no pudo corresponder a las reivindicaciones de sus ideologías, cuyo universalismo quedó sin vida propia fuera de sus fronteras. Como construcciones políticas, los imperios eran bastante inestables y se desintegraron con regularidad. Su legado fueron prácticas y estructuras, sistemas de derecho, idiomas y religiones, elementos que con frecuencia no perdieron su funcionalidad y que dejaron su impronta en el desarrollo futuro.

5. RELIGIÓN Y MISIÓN

Aun antes de saber cómo estaba realmente formada la Tierra, las religiones universalistas reivindicaban su validez global, mensaje que predicadores y misioneros llevaban a través de fronteras étnicas y culturales. Como los imperios, las religiones universalistas generaban una dinámica propia de expansión. Tempranas muestras de ello serían la cristianización del Imperio romano, con todas sus implicaciones políticas; la cristianización de Europa Central y Oriental por monjes irlandeses, escoceses y bizantinos; la extensión del budismo a Asia Central, China y Japón; la parcial "hinduización" de Asia Suroriental, y la islamización del sur y este del Mediterráneo y de Asia Occidental hasta el norte de la India. Para Bayly, las religiones universalistas fueron agentes típicos de la globalización arcaica; con los imperios colaboraron con frecuencia simbióticamente, pues sus doctrinas eran atractivas para conquistadores, gobernantes y sistemas de dominio imperial. Quienes originalmente no disponían de ellas, las podían adoptar de otros para fortalecerse. De esta manera, en el siglo IV, el cristianismo fue la religión estatal del Imperio romano. Desde el siglo XIII, los sucesores mongoles y turcos de Gengis Kan en la parte occidental de Asia Central empezaron a adoptar el islam. En el territorio de la Horda de Oro, el islam fue la religión de las élites en el siglo XIV, para luego difundirse en otros sectores de la población.

LA EXPANSIÓN DE SISTEMAS RELIGIOSOS DEL SIGLO XVI AL XVIII

Desde el siglo xv, los descubrimientos de los navegantes europeos abrieron a las ambiciones universales nuevos horizontes geográficos. Ante todo, la Iglesia católica reaccionó de forma inmediata a las nuevas posibilidades. Propugnaba por una política de cobertura mundial, en el pleno sentido de la palabra, cuya estrategia central sería la misión. Para sus objetivos, se alió con las potencias ibéricas, cuya expansión legitimaba y, especialmente en América, la apoyaba para establecer el control sobre los territorios conquistados. No en balde se ha hablado de una "conquista espiritual". Ya en 1456 y 1501, respectivamente, el papa subordinó las iglesias en Portugal y España al patronato real. Aunque de esa forma quedó reducida la autonomía administrativa y política de la Iglesia, se le aseguraron todas las ventajas que el fuerte respaldo político-militar significaba para la expansión de la fe en ultramar. Por consiguiente, en el caso de la catolización de América, la vinculación entre intereses imperiales y religiosos fue particularmente estrecha, y en Asia la Iglesia pudo extender su trabajo más allá de la estrecha zona de directo control portugués hasta la corte imperial china.

Los principios de la vocación religiosa de las monarquías ibéricas se ubican probablemente en el enfrentamiento con el islam durante la Edad Media. En ese contexto, la religión católica fue un factor primario de identificación y legitimación, y como tal, más tarde, pudo dar impulsos de acción también fuera de la península ibérica. Durante el siglo xv, caballeros castellanos conquistaron las islas Canarias y las cristianizaron con suma violencia. En 1492 cayó, con la capitulación de Granada, el último bastión ibérico del islam, y en el mismo año se les obligó a los judíos a convertirse al cristianismo o emigrar, y pronto les tocó la misma suerte a los musulmanes que quedaron. Paralelamente, en las costas atlánticas de África los portugueses

intentaron convertir a miembros de las élites locales para ganar aliados, pero, con la excepción del reino del Congo, no tuvieron éxitos duraderos.

En un imperio que legitimaba su dominio mediante la religión, el reconocimiento de esta religión podía equivaler al reconocimiento de su dominio. La consecuencia fue la insistencia en la homogeneidad religiosa en los reinos ibéricos y sus posesiones americanas, pero también en la Francia del siglo XVII o en los territorios de los Habsburgo austriacos. La cristianización de las poblaciones sometidas, por consiguiente, tenía alta prioridad para los españoles —pero menos para los portugueses, dado su sistema de bases costeras—. Recusar la conversión, por otro lado, se volvió sospechoso. De ahí nació la creciente intolerancia frente a los indios "idólatras" y gentiles, pero también el miedo a los "renegados", es decir, a los cristianos que se habían convertido en musulmanes, o a los protestantes, quienes fueron considerados rebeldes del orden divino.

En la alianza entre cruz y corona, los misioneros participaron obedeciendo a intereses propios, lo que provocó una cadena de conflictos con los colonos españoles y con la Corona una y otra vez. A pesar de ello, la colaboración en el centro del Imperio, durante mucho tiempo, no perdió su carácter simbiótico. La convivencia se volvió insostenible con la llegada de los reformadores del absolutismo ilustrado, que exigieron enérgicamente la sumisión de la Iglesia a la supremacía del Estado. Como consecuencia, la Compañía de Jesús, directamente dependiente del papa y antaño punta de lanza de la actividad política de la Iglesia, fue expulsada de Portugal en 1759, de Francia en 1762 y de España en 1767 y finalmente, en 1773, fue disuelta por el papa debido a la presión de las monarquías católicas.

Jürgen Osterhammel ha comentado que los éxitos de la misión católica de la temprana época moderna fueron decepcionantes comparados con el despliegue con que fue llevada a cabo. Tal juicio carece de fundamento. Primero, la cristiani-

Mapa 5.1. América Latina a principios del siglo XVIII



Fuente: Hausberger, *Die Welt im 17. Jahrhundert*, p. 143.

zación de México y Perú (cuyo virreinato en el siglo XVI abarcaba todo el espacio andino, desde la Colombia actual hasta el norte de Chile y Argentina) fue realizada dentro de pocas décadas, es decir, transformó las dos regiones donde vivía la inmensa mayoría de población autóctona americana. Segundo, la misión trascendió los límites del espacio de las viejas culturas mesoamericanas y andinas en todas sus fronteras, los ejemplos más destacados son las misiones de los jesuitas en Paraguay, el noroeste de México o Canadá. En todo caso, el mismo Osterhammel señala que tampoco las sociedades misioneras del siglo XIX lograron la conversión del mundo islámico, de la India, de China y de Japón, a pesar de los enormes esfuerzos y medios financieros que invertían; sólo en África tuvieron un éxito mayor. Por último, hay que subrayar las consecuencias duraderas del desarrollo. En el siglo XVI el papado perdió grandes partes de Alemania, Escandinavia, los Países Bajos y Gran Bretaña, es decir, los países motores de la modernización europea frente a la reforma protestante, pero pudo detener y hasta revertir este debilitamiento mediante exitosas campañas de recatolización en regiones como Polonia o Silesia, y compensar las pérdidas ya irreversibles en ultramar, sobre todo en América Latina y en las Filipinas. El catolicismo, de esta suerte, sigue siendo la confesión cristiana más fuerte hasta la actualidad. La misión protestante del siglo XIX, muchas veces elogiada por sus procedimientos supuestamente innovadores, nunca logró tal resultado.

Sobre la situación actual, el Pew Research Center proporciona datos contundentes: los cristianos, con 2.2 mil millones de personas, constituyen el 31.7% de la población global, de ellos 50.1% (15% de la población global) son católicos y sólo 36.7% son protestantes. La mayor parte de los católicos (47.6%) actualmente vive en América Latina y Filipinas, un desarrollo abonado en el siglo XVI. En cambio, sólo el 36.9% de los protestantes vive en África, como resultado de la misión de los siglos XIX y

xx (y por supuesto, en los dos casos, también por el desigual crecimiento demográfico). Resulta sintomático que el país africano con el mayor número de católicos sea el Congo, donde los portugueses iniciaron la misión en el siglo xv (y más tarde los belgas continuaron su labor); en el mundo, los países católicos más grandes son, en este orden, Brasil, México y Filipinas. Incluso en India los católicos representan, con mucha diferencia, el grupo cristiano más numeroso y su centro sigue siendo la región alrededor de la antigua base portuguesa en Goa.

Este auge de la Iglesia católica se resalta y se relativiza, si se compara con el desarrollo del islam. A este último, a principios del siglo xvi, pertenecían considerablemente más personas que a la cristiandad. Como resultado de sus éxitos sostenidos, en vísperas de la expansión ibérica el cristianismo era una religión casi exclusivamente europea, si bien había importantes comunidades cristianas en partes del mundo musulmán, como en Egipto, y pequeños grupos se encontraban hasta en China. Aparte del triunfo español en Granada, en sus fronteras con los Balcanes o con el Mediterráneo la cristiandad se encontraba a la defensiva. Tampoco el relanzamiento de la idea de las cruzadas en el siglo xv o el envío de emisarios papales, como Giovanni da Piano dei Carpini (†1252), Giovanni da Montecorvino (†1328) y Odorico de Pordenone (†1331), a la corte del gran kan, habían podido cambiar la situación. Paralelamente, la Europa cristiana estaba profundamente dividida. En 1054 se había dado el gran cisma entre el papa en Roma y el patriarca en Constantinopla. Hacia 1500, la Iglesia oriental (ortodoxa) estaba muy debilitada, debido al avance de los otomanos y la caída de Constantinopla en 1453. En 1517, Lutero publicó sus 95 tesis, y el monopolio del papado se derrumbó para siempre también en Occidente. La Reforma se extendió en grandes partes de Europa y en la década de 1530 llegó a radicalizarse a causa de las actividades de Calvino en Francia. Además, en 1534 se constituyó la *Church of England*. Para hacer frente a este

desarrollo, entre 1545 y 1563 se reunió el Concilio de Trento, en el cual la Iglesia católica redefinió su posición y sus estrategias en las nuevas circunstancias.

Dentro de pocas décadas el paisaje religioso europeo se había reconfigurado drásticamente, un proceso pasmoso en un campo que comúnmente se considera tradicionalista, estático e inflexible. El alcance de este cambio se confirma al confrontarlo con otros datos del contexto global. Es evidente que en un breve intervalo de tiempo se sucedieron eventos de gran trascendencia: en 1519 Hernán Cortés desembarcó con su gente en las costas mexicanas; en 1521, en Pamplona, el soldado y posterior santo Ignacio de Loyola sufrió una grave lesión de guerra que le hizo volverse hacia la religión y fundar, en 1540, la Compañía de Jesús. En 1523, los primeros franciscanos llegaron a México e iniciaron la conversión de la población; mientras, después de la batalla de Mohács en 1526, los otomanos avanzaron hasta el centro de Europa y sitiaron Viena, en 1529. En 1542, el jesuita Francisco Javier llegó a Goa y, en 1547, a Japón. En suma, la cristiandad escapó, en el siglo xvi, del aislamiento espacial y se convirtió, si bien internamente fragmentada, en el mayor grupo religioso al que hoy pertenece 31.7% de la humanidad. A pesar de esto y aunque los musulmanes han quedado atrás, con el 23.3%, los sunitas siguen siendo el mayor grupo religioso coherente con el 20.5%.

Por cierto, la distribución de las principales religiones en el globo todavía no estaba fijada definitivamente en el siglo xvi. Mientras que en 1614 el cristianismo fue prohibido en Japón y los misioneros en la India y China, no obstante algunos éxitos prestigiosos, lograron poco, la islamización de Bengala o del sureste de Asia progresó en los siglos xvii y xviii. También en China el islam consiguió algún crecimiento. En las islas del sureste de Asia el avance paralelo del islam y del cristianismo estaba vinculado con el desarrollo acelerado del comercio. En las partes de tierra firme de la región, en cambio, una forma adaptada

del budismo actuó como aliada de Estados en vías de centralización que vieron el comercio lejano con bastante escepticismo. En todos estos procesos de propagación de religiones y de las cosmologías, los imaginarios y saberes que representaban, actores privados y grupos subalternos desempeñaron un considerable papel. En algunas regiones, como en África Oriental o en Asia Meridional, la difusión del islam fue sostenida por la expansión de redes de comercio musulmanes. De esta forma, se dio, entre otras cosas, un ajuste de los sistemas de derecho, lo que representó una considerable ventaja para el comercio transregional.

LA IGLESIA CATÓLICA COMO ORGANIZACIÓN GLOBAL

Con todo, el actor más destacado era la Iglesia católica. Con el papa a la cabeza, construyó una estructura organizativa que se adaptó en América a los límites de la expansión de los imperios católicos, mientras que en Asia iba mucho más allá del estrecho marco de dominio europeo. En América, la organización de obispados y parroquias superó con creces la administración real en cuanto a su densidad y el personal empleado. Desde la llegada del primer obispo americano a Puerto Rico, en 1512, hasta finales del siglo XVI se fundaron 31 obispados en la América española, y, en 1547, Santo Domingo, México y Lima y, en 1565, Bogotá fueron elevados a arquidiócesis.

Como en Europa —donde este papel ha sido muy investigado a través del término de la confesionalización de las sociedades—, la Iglesia cumplió también en América con una función educativa-disciplinatoria clave. Con instrumentos como los sermones o la confesión y con su papel dominante en el sistema escolar y universitario, la Iglesia aportó de forma decisiva a la integración de los españoles asentados en América al orden monárquico y católico. Los conquistadores y los prime-

ros colonos habían empezado a actuar con cierta autonomía y, en 1544, en Perú incluso se levantaron contra la metrópolis. La primera universidad americana fue fundada bajo la dirección de los dominicos en Santo Domingo, en 1538, y en 1551 le siguieron las universidades de Lima y de la Ciudad de México. Mucho más densa era la red de escuelas, colegios y seminarios de las órdenes religiosas. Para vigilar la fe de la población no indígena se estableció el tribunal de la Inquisición, en 1570 en Lima, en 1571 en México y en 1610 en Cartagena de Indias. La Inquisición procedió contra delitos como la herejía, la bigamia (frecuente en un imperio transoceánico), la blasfemia, la hechicería y la superstición, conceptos que abarcaron prácticas tales como métodos tradicionales de curación, el uso de drogas o medios para la estimulación sexual.

El reto mayor de la expansión global de la Iglesia, sin embargo, no fue la ampliación organizativa, sino la conversión de los infieles. Como durante la cristianización medieval de Europa, fueron ante todo las órdenes regulares las que se mostraban suficientemente flexibles y móviles para ocuparse de esta tarea. Los franciscanos y dominicos acompañaron las empresas de los españoles en ultramar desde sus inicios y los agustinos no tardaron en seguirlos. Mientras que la conversión de los habitantes de los viejos imperios y Estados prehispánicos pudo considerase completada dentro de relativamente poco tiempo y los neófitos fueron integrados al sistema de parroquias, la misión de las zonas periféricas continuó durante todo el periodo aquí tratado. En ella se destacaron los jesuitas a partir de finales del siglo XVI.

También la misión necesitaba un respaldo organizativo. Para coordinar su labor a nivel global, en 1622, Roma estableció la Congregatio de Propaganda Fide, que fue probablemente la primera institución que, en reacción a los nuevos conocimientos geográficos y el principio de la expansión europea, se dedicó por definición a una actividad que abarcaba toda la Tie-

rra. Obviamente, tal pretensión tuvo sus límites, aparte de los problemas impuestos por la complicada comunicación a larga distancia. La Corona española, apoyándose en el Patronato Real, mantuvo la Congregatio de Propaganda Fide alejada de América. Defendía su control político sobre la misión, aunque ella religiosamente dependiera de Roma. Así, por ejemplo, la Compañía de Jesús tuvo que negociar hasta el último cuarto del siglo XVII con la Corona el permiso de emplear jesuitas no españoles en el Nuevo Mundo para remediar su crónica escasez de personal. La aprobación final de su solicitud fue una concesión excepcional que ninguna otra orden recibió.

Los jesuitas guardaron siempre distancia de la Congregatio de Propaganda Fide. La Compañía de Jesús estaba subordinada directamente al papa y no quiso reconocer ninguna institución intermedia. Iniciando su labor en los territorios de la Corona portuguesa, construyó su propia organización global. Después de que san Francisco Javier en 1542, sólo dos años después de la fundación oficial de la Compañía, había llegado a la India, los jesuitas fundaron en 1549 su primera provincia extraeuropea en Goa, desde la cual organizaron sus avances a China y Japón. En el mismo año, los primeros jesuitas llegaron a Brasil, donde en 1553 establecieron otra provincia. En las décadas posteriores cubrieron la América ibérica y el espacio asiático extendido entre la India y Japón con un sistema administrativo cuya unidad básica eran las provincias (cuadro 5.1).

Las actividades de los jesuitas en la India y especialmente en China recibieron mucha atención incluso en la Europa protestante, aunque sólo pocos hindúes y chinos se convirtieron. Lo que fascinó a los observadores fue el acercamiento de los ignacianos a las culturas exóticas, a la vez bárbaras y maravillosas, y su inserción en ellas. Sus mayores éxitos, no obstante, los tuvieron en América (y esto es válido para la misión católica en general), donde los europeos habían tomado el poder y los

misioneros se pudieron apoyar en la alianza con las Coronas española, portuguesa y francesa.

Cuadro 5.1. Las provincias extraeuropeas de la Compañía de Jesús

Provincia	*Año de fundación*
Provincia de Goa	1549
Provincia brasileña	1553
Provincia peruana	1568
Provincia mexicana	1572
Provincia japonesa	1583
Provincia filipina (desde 1595 viceprovincia)	1605
Provincia de Malabar (desde 1601 viceprovincia)	1605
Provincia paraguaya	1607
Provincia china	1623
Provincia chilena (desde 1625 viceprovincia)	1683
Provincia novogranadina (desde 1607 viceprovincia)	1696
Provincia quitense (desde 1616 viceprovincia)	1696

Fuente: Bernd Hausberger, *Die Verknüpfung der Welt*.

LA MISIÓN

La misión nunca fue un asunto meramente religioso. Especialmente la conversión de la población autóctona americana incluía una serie de factores culturales y sociales. El manual misionero que el padre José de Acosta publicó en 1588 no dejó ninguna duda de que entre las sociedades definidas como bárbaras, es decir todas las no cristianas, había que promover primero un cambio cultural y social antes de que se pudiera pensar en una exitosa evangelización. En el caso de las culturas

americanas, esto exigía la subordinación bajo el domino cristiano que imponían las nuevas reglas (y no la fe). De esta forma, las culturas indígenas fueron profundamente transformadas. Se impuso la vida en asentamientos fijos a las culturas cazadoras-recolectoras. La introducción de la moral cristiana conllevaba, por ejemplo, la imposición del matrimonio monogámico y nuevas estructuras familiares, lo que hizo forzoso también redefinir los papeles de los géneros y la división de trabajo en los hogares. Con esto se prolongó un proceso que había empezado, siglos atrás, con las conquistas romanas y la posterior cristianización de Europa y que puede definirse como *occidentalización*. Especialmente en las misiones jesuitas, fuera del espacio de las grandes culturas prehispánicas, se introdujeron formas de producción, de organización del trabajo, tecnologías y patrones de consumo, antaño desconocidos. Asimismo, muchos elementos de la cultura cotidiana, como la vestimenta, el corte de cabello o las costumbres alimenticias, fueron adaptados a las normas de la fe y de la policía (o por lo menos se intentó hacerlo). De esta forma, la misión cumplía con los rasgos centrales de las misiones civilizadoras, consideradas muchas veces como típicas para el nuevo imperialismo del siglo XIX.

Una asimilación cultural completa al mundo de los españoles no se contemplaba. El objetivo era la integración de los indios a un orden estamental, la "sociedad de castas", que quedaría legitimada por la religión y asentada culturalmente. En ella, los indios debían cumplir con el papel que en el Viejo Mundo tenían los campesinos. De esta suerte, inicialmente ni siquiera en el idioma se procuró la hispanización de toda la población. El castellano se había convertido en el idioma más importante de España y en *lingua franca* del Nuevo Mundo, tal como en 1492 el humanista Elio Antonio de Nebrija lo había reclamado como parte de la expansión imperial. No obstante las intensas discusiones, los misioneros se servían en su trabajo de las lenguas vernáculas. De otro modo tampoco hubiera sido posible

alcanzar a los indios. Además, cualquier intento de abolir la clara separación entre indios y españoles hubiera amenazado el orden político y social establecido a partir de la Conquista. Por consiguiente, los indios debían seguir siendo indios, o más exactamente, los diferentes pueblos indígenas debían ser convertidos en indios. Como tales, fueron organizados en una casta jerarquizada que se ubicaba al lado de la de los españoles, pero al mismo tiempo estaba subordinada a esta última.

En esta relación asimétrica entre las castas se empieza a vislumbrar también un temprano racismo. En 1639, por ejemplo, el misionero jesuita Antonio Ruiz de Montoya, en Paraguay, afirmaba que un jaguar, una bestia con gustos primitivos, en caso de que pudiera elegir, preferiría devorar la carne de un negro frente a la de un indio y sólo como último se comería la de un blanco. Así se estableció una jerarquía arraigada en la calidad de los cuerpos, antes de que la biología del siglo XIX intentara lo mismo con argumentos científicos. Por lo menos espiritualmente el cristianismo establecía un equilibrio entre los grupos socialmente desiguales, pues una diferencia de calidad derivada del cuerpo o de la pertenencia estamental era de naturaleza terrenal y, por lo tanto, en el sentido de la fe, irrelevante. Apoyado en el cuarto mandamiento, se exigía de los fieles obediencia a sus superiores y el reconocimiento del orden mundano, pero frente a Dios todos los hombres eran iguales.

La labor misionera se llevaba a cabo de forma verdaderamente científica. Los misioneros confeccionaron diccionarios y gramáticas de los idiomas vernáculos, escribieron descripciones geográficas y etnológicas, dibujaron mapas y publicaron atlas. Por ejemplo, en 1547, el franciscano Andrés de Olmos presentó la primera gramática del náhuatl y pocos años después, en Brasil, el jesuita José de Anchieta otra del tupi-guaraní. Para ubicar el fenómeno en su justa dimensión, quizás convenga señalar que siempre hubo más africanos, asiáticos y americanos indígenas que aprendieron algún idioma europeo

que al revés. Pero por ello no se llevaron ninguna gloria, mientras que a los misioneros que inventariaban las lenguas con la ayuda de informantes locales se les alaba hasta hoy. De los estudios histórico-culturales hay que destacar la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, por mucho tiempo no publicada, en la que fray Bernardino de Sahagún (†1590), en décadas de trabajo, registró la historia y cultura de los aztecas. Otros textos fueron impresos tanto en Europa como en las tierras colonizadas. Especialmente a los jesuitas se deben importantes obras, como *Novus Atlas Sinensis* del padre Martino Martini. La comunicación científica dentro de Europa entonces ya era tanta que dicho Atlas fue publicado en 1655 por la renombrada casa editorial Blaeu en la Ámsterdam calvinista.

Mientras que el objetivo de todas estas obras era facilitar la labor de conversión, los relatos de la historia misionera servían para la representación. En 1601 se publicaron en España los dos volúmenes de la *Historia de las misiones* del padre Luis de Guzmán; en 1620, traducida del francés, se presentó la primera colección de cartas misioneras jesuitas en alemán. Con estas relaciones se quería motivar a hombres jóvenes católicos para que se fueran a la misión ultramarina. La difusión de la fe y el martirio de sus santos protagonistas fueron celebrados de forma triunfal; así el padre flamenco Cornelius Hazart publicó una historia mundial de la Iglesia en tres volúmenes ilustrados: *Historia de la Iglesia, esto es: Cristiandad católica proliferada por todo el mundo* (en neerlandés 1667-1671, en alemán 1667-1671). El provincial jesuita de Bohemia, Matthias Tanner, se centró del todo en el martirio: *La Compañía de Jesús, luchando hasta la efusión de su sangre en contra la idolatría, la falta de fe y el vicio y por Dios, la fe verdadera y las virtudes en todas las cuatro partes del mundo* (en latín 1675, en alemán 1683).

Los títulos barrocos, que aquí he intentado traducir al español, dejan de manifiesto la reivindicación universal de los autores de estas obras, y las traducciones muestran que se diri-

gían a un amplio público. Ciertamente hay que tomar en cuenta que la alfabetización europea por estas fechas aún era muy restringida, pero la información ofrecida, por lo menos, pudo ser leída por jóvenes sacerdotes entusiasmados por la tarea misionera o por curas párrocos para ser usada en sus sermones. La publicación más famosa fueron probablemente las *Lettres édifiantes et curieuses*, editadas en 36 volúmenes entre 1703 y 1743 en París. Las cartas fueron parcialmente traducidas al español por el padre Diego Davin en 16 volúmenes, entre 1753 y 1757, y tomadas como inspiración para una edición paralela de cartas alemanas, que se editaron, por iniciativa del padre Joseph Stöcklein entre 1728 y 1761, en cinco monumentales volúmenes.

Entre los protestantes, durante mucho tiempo no se desarrolló ninguna vocación misionera considerable y tan sólo cobraría vuelo a finales del siglo XVIII. Por lo pronto, nadie actuaba de forma tan global como la Iglesia católica, ningún grupo religioso, ningún imperio y ninguna compañía mercantil. Entre los grupos de orientación calvinista inicialmente pesaba la idea de la predestinación y de que había pueblos y personas escogidos y otros tantos olvidados por Dios. Pero el esfuerzo misionero tampoco faltaba del todo. En Batavia, en Ceilán y en Taiwán, los neerlandeses enseñaban la fe a muchos nativos. Como producto de la fuerte inmigración alemana, la Iglesia luterana fue implantada en la América inglesa, donde los clérigos enviados desde Europa se dedicaban —aunque sólo esporádicamente— a la conversión de los indios. Las primeras iniciativas concretas de la misión protestante partieron del centro pietista que el etólogo y pedagogo August Hermann Francke había fundado en Halle, Alemania. Desde allí, en 1706, se enviaron misioneros al servicio de la Corona danesa a Tranquebar (Tharangambadi), en el sur de la India, y, en 1721, a Groenlandia. También en América del Norte se daban las primeras iniciativas en esos años. En 1701 se había fundado en Inglaterra la Society for the

Propagation of the Gospel in Foreign Parts, inicialmente para atender a los colonos en ultramar y asegurar la influencia de la Iglesia anglicana en los territorios ultramarinos y pronto también para trabajar con poblaciones no cristianas.

De este modo, apareció la forma de organización que sería típica de la misión protestante: las sociedades misioneras. A diferencia de los portadores de la misión católica, eran organizaciones privadas, en gran medida independientes de sus iglesias y empleaban en gran escala a laicos y a mujeres. En un ambiente de marcada moralización de la vida pública británica, un creciente número de sociedades surgió en el último cuarto del siglo XVIII, como la London Missionary Society, la cual surgió en 1795 por iniciativa del bautista William Carey y que experimentaría un rápido auge. Las nuevas organizaciones cubrieron los continentes con una red de establecimientos cada vez más densa y desarrollaron nuevas formas de cooperación que se concretizarían en la primera conferencia ecuménica de misión en 1910 en Edimburgo. Los misioneros protestantes invirtieron grandes esfuerzos en la representación publicitaria de su obra. En tanto las tasas de alfabetización habían crecido y los costos de la impresión habían bajado, sus publicaciones llegaban a mucho más lectores que las mencionadas obras de la temprana misión católica. En el siglo XIX, muchas de las estrategias y formas de organización de la misión protestante serán adoptadas también por la Iglesia católica.

Diferentes autores creen ver en las misiones del siglo XIX un salto cualitativo respecto a sus antecesoras. Obviamente las ideas sobre el trato y la conversión de los no cristianos habían evolucionado, los contextos y las circunstancias en que los misioneros ahora trabajaban habían cambiado. También es verdad que entre los misioneros españoles, portugueses y franceses faltaban mujeres y los laicos sólo fueron usados para trabajos auxiliares. Además, su dependencia de Roma era mucho más fuerte que la de las sociedades protestantes de

sus respectivas Iglesias. Se podría argumentar que el papado era en sí mismo arcaico, mas tal conjetura sólo obedecería al determinismo de la idea de un progreso lineal que a la fuerza pasa por el protestantismo. Bayly constata que el cambio producido por las sociedades misioneras estaba regido por "la idea de una misión nacional para civilizar a los paganos", pero lo mismo hubiera podido comentar sobre la misión de la América española. Además, Bayly afirma que las sociedades misioneras imitaban las nuevas prácticas administrativas de los Estados y contabilizaban sus almas al igual que los funcionarios registraban a los ciudadanos y los ingresos. Mas hubiera podido encontrar lo mismo en las normas administrativas de la Compañía de Jesús y, en general, en las parroquias postridentinas. Asimismo, la administración española practicó tal conteo de los súbditos en América desde el siglo XVI, aunque no con la misma regularidad y constancia como la Iglesia. En ese campo, Roma no era vestigio arcaico, sino un precursor de la administración estatal moderna, como lo ha mostrado Wolfgang Reinhard. Tampoco Jürgen Osterhammel dispone de mejores ejemplos para documentar la transformación radical en la práctica misionera.

De la misma manera que la misión protestante del siglo XIX, con anterioridad la Iglesia católica había movilizado un gran número de personal para la conversión de los paganos, había ganado numerosos mártires, había practicado la captación de fondos (*fundraising*) en forma de donaciones y herencias, en parte destinados específicamente a fines misioneros, y no le había faltado lógica económica ni empresarial, como lo muestra un vistazo a la contaduría de las actividades de los jesuitas. En América nunca hubo un enfoque dominante en la conversión de los gobernantes, sino que desde el principio se buscaba la salvación de toda la población. Y finalmente se encuentran muchos ejemplos en los siglos XVI y XVII para la transferencia de ciencias y saberes occidentales estimulada por los misioneros,

la que Osterhammel considera el logro más grande de los misioneros en términos de la Historia Global.

En suma, la diferencia respecto a la vieja misión católica no parece sustancial. No obstante la calificación de muchos de los métodos y metas de la misión protestante como modernos y progresivos, sus portadores no estaban menos apegados al subjetivismo cultural y eurocentrista que sus precursores católicos. Al igual que la Iglesia ibérica, sus éxitos más grandes se dieron donde podían trabajar en el marco de un fortalecido dominio colonial y donde no había religión universal propia. Desarrollaban sus métodos examinando las prácticas de sus competidores católicos. August Hermann Francke, el *spiritus rector* de la misión pietista procedente de Halle, coleccionó textos jesuíticos, y los misioneros que en 1707 fueron a Tranquebar igualmente estudiaron textos escritos por los ignacianos y tomaron préstamos de sus métodos y sus traducciones de partes de la Biblia al tamil. Por lo general, el conocimiento de los escritos de Bartolomé de las Casas, las obras de los jesuitas sobre China y sus reducciones en Paraguay estaban tan difundidas que parece forzoso suponer su influencia en el mundo protestante.

Ciertamente, las iglesias perdieron su autoridad legitimadora para las empresas coloniales europeas. Los imperios coloniales del siglo XIX no le asignaron importancia a la homogeneización religiosa y dejaron los esfuerzos de conversión a las sociedades privadas o eclesiásticas interesadas, sin intervenir mucho en su labor. Ahora, la razón era considerada como la base y fuerza promotora de la civilización, la que, como pseudorreligión de la única verdadera civilización —de la misma manera como la vieja verdad del único verdadero Dios—, debía ser difundida. Las diferentes potencias coloniales empezaron a organizar verdaderas misiones civilizadoras. Sus contenidos y objetivos concretos, sin embargo, se orientaban por la ética y moral cristiana, como lo había hecho la misión de los jesuitas, y, de esta suerte, los misioneros religiosos figuraban entre los protagonistas principales

también de la misión civilizadora. Por consiguiente, tampoco en el siglo XIX se puede hablar de una clara separación entre colonización y misión. El nuevo colonialismo no buscaba crear una sociedad igualitaria, como tampoco lo había hecho el viejo. Es verdad que los principios de la sociedad estamental estaban perdiendo validez, pero este proceso fue más que recompensado con la formulación del racismo científico y del darwinismo social y cultural. De esta forma, se pudo seguir defendiendo la superioridad de los europeos sin mala conciencia.

En la práctica, la misión se manifestó como una empresa compleja en todas partes. Con frecuencia, sus receptores reaccionaban de forma susceptible al acercamiento de los misioneros, pues la nueva explicación religiosa del mundo cuestionaba también la interpretación que cada uno daba a su vida y al orden social existente. Además, no era raro que las nuevas doctrinas transmitieran pretensiones de dominación política. Muchas religiones misioneras, de esta suerte, se pueden adornar con mártires. La misión, si no fue rechazada del todo, siempre fue recibida —a disgusto de sus predicadores— de forma creativa y selectiva, y fue insertada en los *settings* culturales existentes. En este proceso, por lo general, una religión no sustituyó de golpe a la otra, sino que se produjeron mezclas, fusiones e hibridaciones, o bien se estableció la coexistencia entre dos sistemas de creencias, asignándose cada una a distintos campos socioculturales. En América, las culturas vernáculas integraron rituales, valores, reglas y narraciones cristianas, y también tecnologías y productos, que los curas traían consigo, en sus sistemas socioculturales. De este modo podían asegurar su conservación, si bien se transformaban profundamente. Incluso donde la misión se topó con un profundo rechazo, muchas veces sus esfuerzos provocaron diversas corrientes y movimientos de renovación o fundamentalismo.

La difusión de las grandes religiones fue acompañada del surgimiento de nuevos cultos. Debido a la misión, la migración

y las deportaciones los contactos entre las diferentes partes del globo se multiplicaron e intensificaron. Las experiencias que se hacían, las necesidades que se daban y las dudas que surgían se enfrentaban, entre otras cosas, con nuevas cosmologías. Los esclavos arrancados de África, por ejemplo, llevaban creencias, rituales y prácticas de curación al Nuevo Mundo, donde entraban en contacto con el cristianismo y las religiones indígenas, lo cual dio origen a cultos afroamericanos, que en parte existen hasta la actualidad. Con frecuencia, se describen estas religiones como sincretistas o híbridas, lo que no debe hacernos despreciar su originalidad. Elementos sincretistas-híbridos los hay en abundancia también en las grandes religiones. Es así como se han desarrollado diferentes corrientes del budismo y formas de la llamada religiosidad popular, tanto en el cristianismo como en el islam. Pero también sus versiones oficiales han retomado y adaptado muchos elementos de sus respectivos contextos y tradiciones culturales y religiosas. Justamente la religión misionera en aquel entonces más exitosa, el catolicismo, se manifestaba en diferentes formas regionales. A nivel global, uno de sus símbolos más importantes fue la virgen amerindia de Guadalupe. Tales fenómenos de diferenciación fueron aspectos de la globalización temprana, de la misma manera como lo fueron los de la homogeneización.

Algunos individuos siempre y en todos los contextos han adoptado una nueva religión. Otra cosa es la conversión colectiva, que, por lo general, sólo se ha dado en contextos de una crisis general, provocada, por ejemplo, por la derrota y el sometimiento violento, por una transformación económica acelerada u otros fenómenos que requieren respuestas nuevas. La conquista árabe del suroeste de Asia y del norte de África no forzaba a la conversión, así que la aceptación del islam nació de buena parte de la voluntad de los conversos. Se esperaban ventajas espirituales, psicológicas, políticas o económicas de la aceptación del islam, cuya fuerza, por el triunfo militar de sus

ejércitos, incluso debe haber parecido confirmada por los hechos. La misma atracción desarrolló el cristianismo en la América conquistada. El trauma de la conquista, la destrucción de los templos y las devastadoras epidemias requerían una adaptación de la religión, es decir, de la interpretación del universo y de la existencia, a la realidad vivida. Además, los españoles instaron desde el principio a que los sometidos se convirtieran y pronto prácticamente los forzaron.

La amplia gama de reacciones que enfrentaron obligó a los misioneros a adaptar sus métodos y estrategias permanentemente. En la práctica, sobre todo entre los jesuitas, predominó un enfoque pragmático, que en Asia se expresó en la famosa "acomodación". Para facilitar la recepción del cristianismo, los jesuitas intentaron explicar su doctrina recurriendo a conceptos de la filosofía y de las religiones autóctonas y dejaron intactos elementos hallados en las tradiciones como éticamente positivos y religiosamente inofensivos. Adaptaciones de este tipo las hubo también en América, si bien mucho menos. En suma, y especialmente en el caso americano, hay que cuidarse de tomarlas como expresión de tolerancia o respeto a las culturas no cristianas. Más bien fueron parte de una estrategia, de cuya necesidad a mediano plazo se habían convencido. Los misioneros siempre tuvieron miedo de que con el uso de términos y palabras autóctonos, pero también con la continuación de costumbres y prácticas culturales, elementos de las viejas creencias se introdujeran a la fe de los neófitos. Donde les parecía factible, trataron de sustituirlas por expresiones y tradiciones europeas. Pero pronto debieron asimilar que también nuevas formas no necesariamente suponían nuevos contenidos, sino que se llenaron con contenidos viejos. Nunca se pudo estar seguro de las ideas que los indios relacionaban, por ejemplo, con palabras como *Dios* o *cielo* o con nuevos rituales y fiestas religiosas. Todas estas dudas fueron tema de arduos debates dentro de la Iglesia. En éstos se mezclaban argumentaciones teológicas

y consideraciones prácticas con desavenencias entre diferentes grupos y suborganizaciones del clero. El pleito estalló en la disputa de los ritos chinos que terminó con la derrota de los jesuitas y la prohibición definitiva de su método de acomodación, por parte del papa, en 1742.

6. EXPANSIÓN MERCANTIL Y DIVISIÓN GLOBAL DEL TRABAJO

Entre los siglos XVI y XVIII la abrumadora mayoría de la humanidad encontró todavía su sustento (por lo general, modesto, si no precario) en la agricultura; con las contribuciones que se les extraían sostenía en buena parte a los imperios, Estados y sus élites. La vida política y económica siguió dependiendo de los ciclos de las crisis agrarias. Aún en el siglo XVIII era imposible compensar malas cosechas, si se extendían más allá del ámbito local, mediante importaciones. A la vinculación transregional, la economía agraria aportaba poco. Las sociedades agrarias, por lo menos desde el punto vista de la mayoría de su población, hubieran podido funcionar en espacios pequeños y cerrados, como un conjunto de comunidades campesinas, con capacidad para cubrir sus necesidades básicas con su propia producción y el intercambio local, si las clases dominantes las hubiesen dejado. Tal situación encontró su correspondencia en las utopías campesinas del regreso a una vida sin dueños y sin Estado. Una capa de poder debía parecerles a los agricultores un mecanismo de represión y explotación, con la excepción de los sistemas agrarios que se basaban en extensas instalaciones de riego las cuales requerían de una instancia ordenadora.

Los estamentos superiores tenían otros proyectos. Una clase de terratenientes o señores feudales, a través de la expansión territorial, pudo hacerse de nuevas tierras y someter como mano de obra a la gente que en ellas vivía. En la península ibérica caballeros cristianos y también instituciones eclesiásticas se apo-

deraron de grandes superficies como botín de la conquista de los reinos islámicos. Después de la represión de la insurrección de Bohemia en 1620 y de la ocupación de la Hungría otomana por los Habsburgo en la segunda mitad del siglo XVII, se sustituyeron a los antiguos dueños de la tierra por integrantes del poder triunfante. Igualmente miles de irlandeses perdieron sus predios después de haber sido sofocada su rebelión contra el dominio inglés en 1641.

Desde las cúpulas de los imperios, con frecuencia, se intentó frenar tal esquema de expansión para impedir la acumulación de riqueza y poder en perjuicio del poder central. Entre los otomanos, durante los siglos XVI y XVII, el fundamento de la política conquistadora lo formaba el sistema del *timar*: en su marco, los soldados que habían acumulado méritos recibían tierra y, a cambio, tenían que proporcionar jinetes al ejército. Por lo común, no implicaba derechos de propiedad, sino que los beneficiarios recibían una contribución de los habitantes de su distrito. De forma similar se comportó la monarquía española en América, donde quería impedir el surgimiento de una clase feudal a toda costa. Tuvo que aceptar que asentamientos indígenas, con sus tierras, fueran entregados en *encomienda* a los conquistadores, una institución que reunía obligaciones y derechos económico-fiscales, militares y religiosos. Pero la Corona nunca ratificó su conversión en un sistema de propiedad heredable de tierra. Más bien los derechos de propiedad de los indígenas, por lo general, fueron respetados. Los conquistadores y sus sucesores sólo pudieron apoderarse de tierras en mayor escala a raíz de la catástrofe demográfica en la segunda mitad del siglo XVI y en regiones sin población sedentaria. Pero tampoco entonces obtuvieron competencia jurisdiccional sobre sus subordinados, como la poseía la nobleza feudal europea, sino que esa competencia quedó reservada a la administración real.

La expansión territorial también pudo proporcionar tierras de cultivo a colonos agrarios. Las colonias inglesas en Nortea-

mérica muestran las diferentes posibilidades de expansión agraria. Mientras que en Virginia se estableció la economía de plantaciones estrechamente vinculada con el comercio trasatlántico, entre Pennsylvania y Nueva Inglaterra predominaba la pequeña propiedad, que atrajo numerosos inmigrantes europeos. La población autóctona no fue sometida, sino eliminada o marginalizada, y sobre sus derechos de propiedad no hubo mayor alegato. En fin, todas estas motivaciones agrarias tuvieron un gran papel en la creación de entidades políticas extensas, como grandes señoríos y hasta imperios territoriales. Pero tenían menos importancia para la construcción de vínculos que rebasaran los continentes y océanos, con la gran excepción de la economía de plantaciones, que fue una forma de producción nacida por los intereses del comercio global.

Para el desarrollo de las redes y los vínculos que a partir del siglo XVI conectaron regiones y continentes, el comercio lejano, sobre todo el marítimo, fue mucho más trascendente que la agricultura. Los mares ofrecieron un espacio abierto y sin dueño donde los navíos podían moverse libremente, si bien las corrientes y los vientos obligaban a veces a rodeos. El tránsito no requería inversiones. Los puertos en su mayor parte nacieron de las condiciones naturales, lo que redujo los costos de adaptación de forma considerable. La energía eólica que propulsaba a los barcos podía ser difícil de calcular, pero era gratuita. Los navíos eran caros, mas podían transportar volúmenes mucho mayores que cualquier carro tirado por caballos o bueyes y, gracias a constantes mejoras tecnológicas, su capacidad de carga aumentó a lo largo del tiempo. De esa suerte, la navegación fue el medio ideal de las conexiones largas y transcontinentales. Juncos chinos, de un tamaño que apenas tenía igual en Europa, llegaban a principios del siglo XV hasta el este de África, pero las innovaciones claves se lograron a finales del Medioevo en Europa. En Portugal se construían una serie de nuevos tipos de barcos aptos para la alta mar, como la carabela o la nao, que

resistieron el rudo oleaje del Atlántico. Con ellos Colón navegó en 1492 a América, Vasco da Gama en 1497-1499 a la India, y la expedición de Magallanes de 1519 a 1522 alrededor del mundo. Los barcos asiáticos en el océano Índico y en el mar Chino, en lo que toca a su capacidad de transporte y seguridad, no eran inferiores a los modelos europeos, pero apenas se les aplicaron mejoras y tampoco se les armó de forma equivalente.

Aparte de la construcción naval, las artes náuticas fueron el reto más grande para la travesía de los mares. Desde el siglo XII, tanto en Europa como en China está documentado el uso del compás magnético y poco después también entre los marineros árabes. Desde finales del siglo XIII, detallados portulanos facilitaron la orientación en el Mediterráneo y más tarde fueron empleados para representar las costas africanas, asiáticas y americanas. Al mismo tiempo se impuso la nueva cartografía basada en el sistema de coordenadas de paralelos y meridianos, que permitía una ubicación más precisa en mar abierto, aunque la exacta determinación del meridiano continuó siendo un problema por resolver hasta el siglo XVIII. Cuando al pasar el ecuador la estrella Polaris desaparecía de la vista, los portugueses desarrollaron un método para medir el paralelo con la posición solar.

Dentro de los continentes, los ríos podían servir de vías de comunicación, pero, a diferencia de las vías marítimas, su trazado era fijo, sin posibilidad de buscar libremente una ruta, ni hablar de las barreras como rápidos o cascadas, o de navegar a contracorriente. En 1500, aún era raro que hubiera canales que conectaran diferentes sistemas fluviales. El Gran Canal de China entre Pekín y Hangzhou, de alrededor de 1 800 kilómetros, ya había sido completado en el siglo VIII. Cuando se viajaba por caminos terrestres, los ríos y montañas constituían obstáculos que había que superar. Por lo tanto, las amplias y secas planicies del interior de Eurasia, que se extienden desde Manchuria hasta el este de Europa, ofrecían condiciones favorables al tráfico, lo que explica el prolongado éxito de las rutas

de seda (y los triunfos de los guerreros ecuestres de los hunos, húngaros, mongoles y turcos). Los caballos, camellos, bueyes de tiro o mulas —con las que a partir del siglo XVI se manejaba el transporte en América— siempre eran más baratos que un barco. Pero debido a su reducida capacidad de carga y rápido desgaste, se necesitaban en gran número; y con frecuencia, a lo largo de los caminos, había que pagar el forraje o derechos de pastar y tomar agua, mientras que un barco podía navegar a vela por largas distancias durante varios años.

En el mar Chino, el océano Índico, en el Mediterráneo y en las rutas transaharianas hubo sobrada actividad comercial mucho antes de 1500. Especialmente en las rutas de seda, controladas por los mongoles desde el siglo XIII, el comercio era intenso. Janet Abu-Lughod ha acuñado el término del "primer sistema mundo" para aplicarlo a la red de conexiones centrada alrededor del océano Índico. En el siglo XIV la llamada *pax mongolica* se derrumbó. Eurasia fue devastada por la peste y muchas regiones pasaron por graves crisis sociales y políticas. El comercio, sin embargo, nunca se detuvo del todo. Como la demanda de los exóticos productos de lujo no desapareció, los negocios iban bien, sobre todo para los diferentes intermediarios asentados en los puertos y las ciudades a lo largo de las vías de comunicación. Se trataba de un sistema complejo en el que un número reducido de grandes emporios marítimos (como Adén, Cambay-Khambhat, Calicut-Kozhikode, Aceh, Malaca o Cantón-Guangzhou) mediaba el intercambio con alrededor de cincuenta puertos menores y los centros terrestres de distribución. El tráfico fue sostenido por un conjunto variado de comerciantes árabes, persas, armenios, hindúes, malayos y chinos y sus redes familiares y religiosas. En la China de los Ming buena parte del comercio exterior se efectúo en el marco de relaciones tributarias rígidamente reglamentadas.

Europa, en este sistema de intercambio, durante siglos no fue más que la periferia, aunque cumplía con una función im-

portante, gracias a sus reservas de metales preciosos. Su vinculación con los mercados asiáticos fue manejada por las ciudades marítimas italianas, ante todo, Venecia y Génova, que habían experimentado un esplendoroso auge desde el siglo x. Además, había en Asia y Europa una serie de redes de intercambio regionales conectadas entre sí. En el mar Báltico y en el mar del Norte, en el siglo xiii ascendió la Liga Hanseática y expandió su influencia hasta el golfo de Vizcaya y, en el este, hasta el interior de Rusia. Una lejana extensión del comercio europeo surgió alrededor de la pesca de bacalao entre Islandia, Groenlandia y Canadá, en el que participaban pescadores ingleses, franceses, portugueses y vascos. El bacalao era un producto muy consumido en Francia y en la península ibérica. Los pescadores permanecían durante todo un año en alta mar. Se trataba de empresas dispendiosas que dependían del financiamiento anticipado y del crédito. Hacia finales del siglo xvi, los ingleses se apoderaron de buena parte de este negocio, con métodos bastante rudos y fundando bases en la isla de Terranova.

El comercio lejano se benefició de varios procedimientos mercantiles introducidos en la Edad Media tardía. De importancia clave era que en el espacio eurasiático-africano ya desde la Antigüedad se había generalizado poco a poco un sistema monetario común basado en los metales preciosos. Tanto el precio de las mercancías como el valor de las monedas podían ser expresados en cantidades de oro y plata. Subsistemas monetarios que usaban monedas de cobre, caracoles cauries o, más tarde en América, semillas de cacao estaban enlazados al régimen de oro y plata mediante tipos de cambio. Había margen para especulaciones, especialmente en perjuicio de los pequeños productores y consumidores, pero esto no necesariamente hay que interpretarlo como indicio de condiciones arcaicas. La monetarización de los negocios facilitó primeramente en el Mediterráneo del siglo xii el uso de letras de cambio, cuya transferencia con el tiempo se flexibilizaría hasta que llegaron a ser

usadas casi como papel moneda. También en el océano Índico se emplearon formas de pago no monetario. En el siglo XIV se establecieron los primeros sistemas de seguros contra los riesgos de la navegación.

En resumidas cuentas, a finales del siglo XV había una extendida red de intercambios que abarcaba toda Eurasia, el norte de África y las costas de África Oriental. Sería atrevido reducir la complejidad de los flujos de bienes en un esquema sencillo. Por ejemplo, las ciudades italianas del siglo XIV no sólo importaban productos de lujo orientales, sino también algodón crudo desde el Levante y Egipto y exportaban crecientes cantidades de textiles. Pero tendencialmente la demanda por productos terminados era más fuerte en Occidente que en Oriente. Esto produjo balanzas comerciales deficitarias, que había que saldar en moneda, y el resultado fue un constante flujo de metales del oeste al este. En Europa los italianos hacían pingües ganancias con sus exportaciones y la reventa de los productos asiáticos, con lo que podían refinanciar y aumentar sus importaciones orientales. A cambio de las importaciones recibidas, las minas de plata esparcidas por todo el continente europeo no cesaron de introducir metales a este circuito. También en el territorio otomano, en los Balcanes y en Anatolia, se explotaron vetas argentíferas, y en la periferia oriental de Eurasia, en el siglo XVI, Japón se estableció como importante exportador de plata para el intercambio con mercancías chinas. El oro, por su parte, provenía sobre todo de Sumatra y de la África Subsahariana.

No debe sorprender que los pagadores netos en Europa Occidental miraran con envidia las riquezas acumuladas en las ciudades marítimas italianas y en el Levante musulmán. De forma general, había diferentes vías para participar de esta opulencia. Para los señores territoriales era tentador gravar el tráfico de bienes con impuestos, y así los aranceles de importación y las aduanas interiores proporcionarían importantes ingresos a las ciudades, Estados e imperios premodernos. A lo largo de

las costas y rutas marítimas entre Japón y el mar Báltico y de las rutas caravaneras en África y en el interior de Asia se reunieron piratas, asaltantes y ladrones, tanto privados como organizados o apoyados por algún gobernante político.

Más allá iban los proyectos de conseguir un acceso directo a los codiciados bienes orientales eludiendo el comercio intermediario. Ya con las primeras cruzadas a finales del siglo XI, caballeros del occidente de Europa intentaron apoderarse de la costa del Levante, donde las riquezas anheladas convergían. Los no menos cristianos venecianos adoptaron una posición ambigua frente a estos esfuerzos. Mantuvieron una cadena de bases en las costas adriáticas, griegas y del mar Negro y de factorías en el Levante y en Egipto; cooperaban favorablemente con las autoridades musulmanas, como con el sultán Saladino, quien en 1187 les arrebató Jerusalén a los caballeros cristianos; más tarde, mantuvieron buenas relaciones con los mamelucos que gobernaban la región desde mediados del siglo XIII. Los venecianos no querían que las cruzadas entorpecieran sus negocios. Más bien instrumentalizaron la cuarta cruzada para la conquista de Constantinopla en 1204 y la erección del llamado Imperio latino. De esta forma, Bizancio, un competidor molesto, quedó duraderamente debilitado, aunque el régimen latino en Constantinopla se derrumbó en 1261 (con la ayuda de Génova). Poco después, el reino de Aragón empezó a fortalecer agresivamente su posición en el Mediterráneo. Todavía en el siglo XIII, arrebató a los musulmanes las islas Baleares y conquistó Sicilia; en el siglo XIV ocupó Cerdeña tras varias guerras y, finalmente, en 1503 en pugna con Francia, el reino de Nápoles. A principios del siglo XIV, caballeros catalanes dominaron por algún tiempo Atenas y partes de Tesalia; Barcelona se convirtió en uno de los puertos más importantes en el oeste del Mediterráneo. Pero sus comerciantes y guerreros no lograron irrumpir de forma decisiva en los negocios de los genoveses y venecianos. A finales del Medioevo europeo, debido al ascenso

otomano, la intervención directa en el oriente mediterráneo se volvió inviable. Al contrario, había que defenderse de las ofensivas turcas. Los italianos padecían por estos conflictos, pero disponían de prácticas de negocio y redes de contactos bien establecidos, así que lograron adaptarse a las vicisitudes de los tiempos, sin que nadie hubiese podido entrar en competencia con ellos.

LA EXPANSIÓN IBÉRICA Y LA VINCULACIÓN DEL MUNDO

A principios del siglo xv, la iniciativa decisiva partió de un actor marginal en el sistema comercial medieval: el pequeño reino de Portugal. Prácticamente al mismo tiempo que las primeras empresas portuguesas en las costas de África, entre 1405 y 1433, el almirante chino Zheng He llevó siete flotas, a lo largo de las rutas comerciales existentes, al océano Índico y las costas de África Oriental. En Ceilán se produjo un choque militar, pero los chinos no conquistaron la isla. Al final, estas expediciones fueron abandonadas, probablemente por los altos costos y los reducidos beneficios que representaban. China fue conectada de forma provechosa al intercambio eurasiático a través de relaciones tributarias y el contrabando, y pudo ganar poco de la intervención directa en el océano Índico.

Para los pobres portugueses en la periferia suroccidental europea la situación era otra. Portugal se había establecido durante las guerras fronterizas con los musulmanes primero como condado y en el siglo xii, con ayuda de caballeros cruzados de Borgoña, como reino. En el siglo xiii se incorporó el Algarve. Sin embargo, debido al avance simultáneo de Castilla en Extremadura y Andalucía, fue segregado del territorio musulmán; así se le imposibilitó seguir expandiéndose en la península ibérica. Pero en 1415 la lucha portuguesa contra los moros abrió un nuevo frente, cuando el príncipe Enrique el

Navegante lideró la conquista de la ciudad africana de Ceuta, situada en la salida del Mediterráneo. En la empresa se unieron motivaciones de cruzada con intereses materiales. Portugal continuaría sus proyectos expansivos en Marruecos hasta 1578. Además, el control de Ceuta, punto final de una de las rutas transaharianas, prometió el acceso al oro traído desde el Sáhel, pero las caravanas eludieron a los lusitanos dirigiéndose a otros destinos. Así, los portugueses empezaron a avanzar a lo largo de la costa africana hacia el sur y ocuparon las islas situadas en su cercanía: en 1419, Madeira; en 1427, muy en alta mar, las Azores; en 1445, Arguin (Mauritania); en 1460, el archipiélago de Cabo Verde; en 1471-1472, Bioko (Fernando Poo), São Tomé y Príncipe; y en 1474, Annobón. Sólo las islas Canarias, que desde 1402 habían sido reclamadas por Castilla, escaparon a su control. Desde el principio la casa real organizó las expediciones navales. Para su control, fundó una institución, la Casa de Ceuta, que sería rebautizada como Casa de Guiné y finalmente como Casa da Índia, conforme los buques avanzaban a nuevos territorios. Especialmente Génova participó con dinero y personal en estas empresas. Mantenía una posición dominante en el comercio del Mediterráneo occidental, y en varias ciudades ibéricas, como Sevilla o Lisboa, había prósperas colonias genovesas.

Para ese momento, los portugueses apenas obtenían oro y tampoco se acercaron a las regiones de origen de las mercancías de lujo orientales. Adquirían productos como pimienta africana o marfil, cuyo valor no podía competir ni de lejos con el comercio levantino de los italianos. Pero imitando otro negocio que los venecianos practicaban en el oriente mediterráneo, cultivaron la caña de azúcar en sus islas atlánticas. El trabajo lo hacían esclavos traídos de la costa africana. El capital provenía en parte de Génova, y pronto el azúcar de Madeira competía con la producción veneciana en Creta o Chipre. Al mismo tiempo, los portugueses se abrieron un nuevo campo de actividades

con el comercio de esclavos, que desde sus todavía modestos principios tomaría un enorme auge. Según nos cuenta David Northrup, cuando hacia 1530 São Tomé se convirtió en el mayor productor de azúcar, unos 10 000 esclavos trabajaban en la isla, y en 1600, cuando mucho más azúcar provenía de Brasil, eran 64 000. El acceso al oro africano se les abrió a los portugueses cuando se establecieron en la llamada Costa de Oro, en la actual Ghana. Allí fundaron en 1482 el fuerte de São Jorge da Mina, su base más importante en África Occidental.

Durante décadas, los portugueses no persiguieron con mucha perseverancia el plan de llegar a la India navegando alrededor de África; sólo en la década de 1480 tal proyecto tomó impulso. En 1482 Diogo Cão llegó al río Congo y en 1486 a la actual Namibia. En 1488, Bartolomeu Dias dobló el cabo de Buena Esperanza, en el extremo sur de África. De esta suerte, disipó la duda de si era posible circunnavegar África para llegar a la India o si estaba conectada con un gran continente en el Sur, la mítica Terra Australis, que cerraba el paso al este. Por razones no muy claras, pasarían casi diez años hasta que la Corona portuguesa envió la expedición de Vasco da Gama. Para evitar las corrientes desfavorables a lo largo de la costa africana, a la altura de Sierra Leona su flota hizo un amplio giro para alcanzar la punta sur de África en una navegación de miles de kilómetros por mar abierto. Una vez doblado el cabo de Buena Esperanza, los portugueses siguieron su viaje a lo largo de la costa oriental de África, hasta llegar a la altura de Mozambique, a las primeras ciudades árabes, de cuya existencia sabían vagamente. A partir de ese momento se movieron por las vías establecidas del comerció índico. En Malindi (en la Kenia actual) pudieron contratar a un piloto que guió la flota a través del alto mar a la India, donde fondearon el 20 de mayo de 1498 en Calicut (Kozhikode). A partir de este éxito, los portugueses abrieron la navegación regular en la ruta del Cabo al océano Índico traficando especias y otros productos de lujo

para la demanda europea. Para ello, el oro africano les vino muy bien. Además, como lo muestran los datos compilados por Peter Feldbauer, ganaron con la venta de azúcar y especias, sobre todo en su factoría en Amberes, considerables cantidades de plata, cobre y latón: en la primera mitad del siglo XVI, al año obtenían 580 toneladas de cobre y, entre 1517 y 1525, cerca de 5.5 toneladas de plata.

Entretanto, en 1492, el genovés al servició español, Cristóbal Colón (Cristoforo Colombo), había llegado a las Antillas y, en 1497, el veneciano al servicio inglés, John Cabot (Giovanni Caboto), lo hizo a la costa oriental de Canadá, siguiendo este último las rutas de los pescadores de bacalao. En 1500, en su ruta por el Atlántico abierto al cabo de Buena Esperanza, la segunda expedición portuguesa a la India, bajo el mando de Pedro Álvares Cabral, llegó al litoral de Brasil. De esta manera, dentro de pocos años la existencia de un antaño desconocido continente en el Occidente quedó comprobada, y tanto el Atlántico como el Índico fueron abiertos a la navegación europea.

Sin duda, los portugueses habían logrado una enorme hazaña naviera. En la India, sin embargo, no fueron recibidos con gran júbilo. Las mercancías que traían no se prestaban para enganchar a los comerciantes locales. Como ya se ha señalado, también los venecianos tenían que cubrir en moneda un considerable déficit comercial con el Oriente. Lo que los portugueses tenían a su favor eran los cañones de sus navíos, que en el mundo comercial del océano Índico, en gran medida pacífico, constituían un imponente instrumento de poder. Los lusitanos no vacilaron en emplearlos para la conquista de puertos, la extorsión de cuotas de protección y para asaltar, robar y destruir a competidores que no se sometieran a sus condiciones.

Aplicando la lógica de su política comercial basada en la violencia, los portugueses ampliaron su posición en Asia rápidamente. En 1503, construyeron su primer fortín en la India. En 1505, los portugueses conquistaron las ciudades árabes en

la costa de África oriental e iniciaron su presencia en Ceilán. En 1507, se apoderaron de Mascat en el Omán y, en la entrada al golfo Pérsico, de Ormuz, lugar que tuvieron que abandonar al año siguiente para volver a ocuparlo en 1515. En 1509 conquistaron Goa, su futuro centro en Asia y, en 1510, Calicut. En busca del origen de las especias tan cotizadas, tomaron Malaca en 1511, con lo cual controlaron el estrecho entre Sumatra y la península malaya. En 1513 erigieron su primera factoría en Ternate, una de las islas Molucas, las islas de las Especias. En 1515 llegaron a China; en 1543, a Japón. En Asia Oriental, la posición de los portugueses siempre fue débil. Su única base firme era, desde 1557, Macao. A pesar de ello, el comercio en la ruta entre Goa, Macao y Nagasaki era uno de sus negocios más redituables. Como dijera Bayly, el Imperio portugués fue de esta suerte una enorme ampliación de la "talasocracia" mediterránea, es decir, un sistema de bases costeras sin mayor *hinterland*, conectadas por rutas navieras, como las habían construido los fenicios, los antiguos griegos o los venecianos. Aunque durante la unión luso-española de 1580 a 1640 se dio cierta tendencia a territorializar el dominio, los éxitos de esta política en Asia se limitaron a los alrededores de Goa y a partes de las Molucas y Ceilán.

El proceder de los portugueses se vio favorecido por el hecho de que la India, en el momento de su llegada, se encontraba políticamente fragmentada y de que los mogoles, después de empezar su ascenso en 1526, no se interesaban mucho en lo que pasaba en los mares mientras el comercio continuara. Después de haber conquistado Egipto y partes de la península arábica en 1517, únicamente los otomanos, desde el mar Rojo, emprendieron un serio intento de expulsar a los portugueses del océano Índico. Los barcos otomanos llegaron en 1568 hasta el sultanato de Aceh, en Sumatra, con el que concertaron una larga, si bien poco efectiva, alianza. De esta forma, preocuparon a los españoles, quienes estaban fortaleciendo su dominio

sobre las Filipinas justo al mismo tiempo, pero no lograron expeler a los lusitanos.

A pesar de la superioridad de sus navíos, los portugueses nunca lograron establecer un control completo sobre el tráfico de mercancías en el océano Índico, y mucho menos al este del estrecho de Malaca. Los mercaderes asiáticos se adaptaron a las nuevas circunstancias y continuaron sus negocios tradicionales todavía por mucho tiempo. Así las arribadas de mercancías orientales a los puertos del Levante pronto se recuperaron después de un primer y repentino descenso. Pasaría mucho tiempo hasta que la nueva ruta por el cabo de Buena Esperanza aventajara los antiguos caminos por el interior de Asia, el golfo Pérsico y el mar Rojo al Mediterráneo. Se estima que los portugueses sólo transportaban alrededor de 13% de las especias asiáticas en la ruta del Cabo a Europa, el resto fue consumido —de suerte poco sorprendente— en Asia o llegó por tierra a los puertos del Mediterráneo oriental.

A principios del siglo XVI, a Portugal, con menos de un millón de habitantes, simplemente le faltaban los medios para fortalecer la ruta del Cabo y mantenerla bajo su control. Hacia 1550 perdió su monopolio comercial en África, donde otros europeos penetraban de forma imparable. La navegación a Asia era cara e implicaba muchas pérdidas materiales y humanas. Los viajes exitosos rindieron grandes ganancias, pero sólo después de meses, si no es que de años. Mientras tanto, había que adelantar el financiamiento. El capital necesario, sobre todo al principio, fue proporcionado por inversores extranjeros, principalmente italianos y alemanes. Entre 1506 y 1576 el comercio de la pimienta y del oro africano fue organizado como monopolio real, que pronto encontró límites empresariales, a pesar de las ganancias regulares. Así, la Corona licenciaba negocios de comerciantes privados, tanto portugueses como asiáticos, cuyos despachos pronto aventajaron a los del rey. Su habilidad fue tanta que todavía durante buena parte del siglo

XVII los negocios de los comerciantes privados portugueses superaban considerablemente al comercio de la Compañía de las Indias Orientales neerlandesa, que estaba penetrando poderosamente el tráfico entre Asia y Europa.

De forma paralela al avance portugués en Asia, se efectuó la expansión española en el Occidente, que también inicialmente fue motivada por intereses comerciales. Pero el proceder de los españoles produjo una dinámica muy distinta a la de las actividades lusitanas, que desde el principio fue impulsada por actores privados. Colón y los conquistadores llevaron a cabo sus proyectos por iniciativa propia, aunque buscaran el respaldo real —y, en el caso de Colón, también en lo que se refiere a su financiamiento—. Desde el segundo viaje de Colón (1493-1496) los españoles dispusieron de una base firme en la isla La Española (los actuales Santo Domingo y Haití), desde donde exploraron la región durante varios años, para después ampliar su dominio rápidamente. Desde el tránsito del siglo XV al XVI explotaron los bancos de perlas en la costa caribeña de la actual Colombia. En 1508 se asentaron en Puerto Rico y en 1509 en Jamaica. En 1510 fundaron la primera ciudad en la costa de Tierra Firme, Santa María la Antigua de Darién. Entre 1511 y 1514 conquistaron Cuba. En 1513, Vasco Núñez de Balboa atravesó el istmo de Panamá y llegó al Pacífico; en 1519, los españoles fundaron la ciudad de Panamá. En el mismo año zarparon los barcos de Magallanes para emprender la primera circunnavegación al mundo; en 1520, pasaron por el estrecho de Magallanes y en 1521 llegaron a las islas Filipinas, donde Magallanes fue asesinado en una escaramuza con los habitantes locales; bajo el mando de Sebastián Elcano, la expedición arribó a Sevilla, en septiembre de 1522. En las Molucas los españoles se habían enterado de que los portugueses ya habían llegado, desde la otra dirección. La carrera por las especias estaba perdida y para remediar la situación a su favor, a los españoles, al otro lado del globo, les faltaban los medios.

Mapa 6.1. Las rutas de los navegantes europeos en el siglo XVI

Fuente: Elaboración propia.

Por su parte, en 1519, Hernán Cortés desembarcó en tierras mesoamericanas, para conquistar el Imperio de los aztecas hasta 1521. Desde su antigua capital Tenochtitlan, la actual Ciudad de México, los españoles avanzaron hacia el sur, oeste y norte. En la década de 1530 enviaron desde México los primeros navíos al Pacífico. En 1529, la casa comercial de los Welser, de Augsburgo en el sur de Alemania, recibió de Carlos V la licencia para la colonización de Venezuela, de donde, sin embargo, se retiró en 1546. En 1532-1533 Francisco Pizarro sometió al Imperio de los incas cuyo territorio abarcaba desde el extremo sur de Colombia hasta el norte de Chile y de Argentina, y desde la costa del Pacífico hasta la cuenca amazónica, es decir, fundamentalmente las actuales repúblicas de Ecuador, Perú y Bolivia. Desde allí, los españoles conquistaron entre 1537 y 1540 los valles y montañas de la actual Colombia, así como a partir de 1540 el norte y el centro de Chile. En 1536 erigieron el primer asentamiento en Buenos Aires, el cual, sin embargo, pronto tuvieron que abandonar, para refundarlo en 1580. De esta suerte, Asunción, fundada en 1537, fue la más vieja y durante mucho tiempo única ciudad española en la cuenca del Río de la Plata.

Después de una serie de expediciones marinas, llegando desde México, los españoles se apoderaron definitivamente de las islas Filipinas, descubiertas años atrás por Magallanes y fundaron en 1571 Manila. El archipiélago estaba mucho más lejos de México que este último de Europa, y los vientos y corrientes en el Pacífico dificultaban sobre todo el regreso de Manila a América. Pero, en 1565, Andrés de Urdaneta probó una ruta que implicaba hacer una amplia curva al norte, para después bajar a lo largo de la costa occidental de América. Con este derrotero pudo establecerse la navegación regular entre Manila y Acapulco, que conectaba las rutas atlánticas con China. Por ella, empezaron a llegar crecientes cantidades de mercancías asiáticas a América. El gobierno de los Ming favoreció este desarrollo más bien por casualidad, cuando casi simultáneamente

abrió el pequeño puerto de Yuegang, en el sur de China, para el comercio exterior.

Con el comercio con Manila, el proyecto de Colón de llegar a China por una ruta occidental se volvió realidad, aunque de forma muy distinta de lo que el genovés había esperado. Pero por lo demás la expansión española había dejado atrás sus motivos comerciales y se había convertido en un dominio territorial. En América, los españoles encontraron sociedades que no producían nada que se hubiera podido vender en Europa al estilo de los productos de lujo de Asia. Mientras que desde la Edad Media por la pimienta asiática se pagaron enormes precios en Europa, las vainas de chile no eran más que un sustituto inferior. Al sabor del cacao o de la vainilla los consumidores del Viejo Mundo todavía debían acostumbrarse; fumar, mascar o aspirar tabaco aún no se había vuelto moda. Pocos productos americanos encontraban comercio inmediato en Europa, por ejemplo, algunos palos tintóreos, pero tampoco ellos se encontraban en cantidad suficiente para satisfacer las aspiraciones de los colonos. A los intentos de convertir América en un reservorio de esclavos para el Viejo Mundo se opuso la Corona. Únicamente un siglo más tarde, el comercio de pieles con los indios del noreste de Norteamérica resultaría para los ingleses y franceses un negocio lucrativo con productos nativos. Además, las sociedades americanas no tenían una economía monetaria a base de metales preciosos y, de esta suerte, tampoco podían comprar mercancías de los españoles. Mediante el comercio, por lo tanto, no se podía sacar gran provecho de los nuevos territorios.

En esta situación —y probablemente también siguiendo la tradición de la reconquista ibérica— los españoles le apostaron a la apropiación del territorio. La realidad enfrentada quizás pueda explicar en parte su brutal procedimiento. Los conquistadores eran actores privados interesados en ganancias altas y rápidas en vida, y no en el desarrollo a largo plazo de los territorios sometidos. Francisco Pizarro llegó a América

cuando tenía aproximadamente treinta años, y tenía alrededor de sesenta, en 1532, cuando enfrentó al inca en Cajamarca. Era la última posibilidad para realizar sus ambiciones y actuó a toda ultranza. Ya con anterioridad los conquistadores habían dado rienda suelta a sus inclinaciones despóticas, apoderándose de la tierra y sus habitantes, forzándolos a trabajar, haciéndose pasear en literas y demandando mujeres, pero sin poder acumular grandes riquezas.

Los españoles sometían a las poblaciones americanas y les exigían servicios y tributos. Aun así, necesitaban productos y mercancías de Europa para sostener su dominio y sus parámetros occidentales de riqueza, de estatus social y de consumo. Nunca pensaron en adaptar su cultura material, y la simbología y los significados relacionados con ella, a las costumbres indígenas (si bien cierto mestizaje del consumo en el campo de la alimentación, por supuesto, era inevitable). De esta suerte, surgió una demanda por una amplia paleta de productos que sólo pudo ser satisfecha por el comercio transoceánico. Se les traían armas de hierro y fuego, vestimenta adecuada al rango social reivindicado, vino, aceite y especias del Viejo Mundo. Eran bienes caros y —como acabo de señalar— no se podían intercambiar con productos locales. De esta suerte, los españoles en América debían preocuparse por la producción de bienes exportables para poder mantener sus importaciones. Como remedio, en La Española, hacia 1520, se empezó a cultivar la caña de azúcar, copiando el modelo aplicado en las islas del Mediterráneo oriental por los venecianos y en las islas del Atlántico por los portugueses. Se trajeron expertos de las islas Canarias y esclavos africanos, al haber sido extinguida con una rapidez dramática la población indígena de las Grandes Antillas. Los resultados, sin embargo, fueron modestos. En América, sólo veinte años más tarde los portugueses producirían exitosamente azúcar en el noreste de Brasil, que, entre otras cosas, estaba mucho más cerca de sus puertos esclavistas en África.

A las necesidades materiales de los españoles contribuyó que encontraran en muchas partes oro y plata en forma de objetos elaborados, que podían adquirir por trueque o robo y después usarlos como medio de pago para las importaciones. Los metales acaparados de esta manera se agotaron pronto, por lo que los españoles ya en el Caribe obligaron a los indígenas a lavar oro en los depósitos aluviales. Esta situación se repetiría en las tierras firmes americanas. Allí, además, empezaron a explotar las primeras minas de plata. De esta forma produjeron la "mercancía dinero" (Assadourian) que no podían ganar con el comercio. El rendimiento de la explotación de las vetas argentíferas se multiplicó cuando a mediados del siglo XVI se descubrieron los grandes yacimientos de plata: en 1545 el legendario Cerro Rico de Potosí, en la actual Bolivia, o en 1546 Zacatecas y en 1548 Guanajuato, en México, para mencionar sólo las más importantes.

La minería de plata dependía de suficiente mano de obra, de considerable capital de inversión y de tecnologías adecuadas. Mediante la amalgamación de plata con azogue, que fue desarrollada en México en 1554 y trasferida a Potosí en 1570, era posible refinar enormes cantidades de mineral argentífero de mediana calidad. Su inventor, el andaluz Bartolomé de Medina, contaba que en Sevilla un alemán le había dado incentivos importantes para el método. Es posible que detrás de ello estuviera el interés de la familia del Fúcares (Fugger) de Augsburgo por abrir un mayor mercado al mercurio que producía en las minas de Almadén, en Castilla, las que Carlos V le había entregado para saldar sus deudas.

A partir de la introducción de la amalgamación, la minería de plata experimentó un enorme incremento, pero también llegó a depender del inseguro suministro de azogue. Éste se cubría con las minas de Almadén, en España, y de Huancavelica, en Perú, donde ya los incas habían explotado el cinabrio como colorante rojo. Adicionalmente se adquirieron

Mapa 6.2. América en el sistema de rutas comerciales portuguesas y españolas, finales del siglo XVI



Fuente: Feldbauer / Lehners, *Die Welt im 16. Jahrhundert*, p. 345.

cantidades fluctuantes, pero por momentos considerables, en Idria, en la actual Eslovenia. La Corona administraba el azogue como monopolio real, por un lado para aumentar sus ingresos y, por el otro lado, para asegurar el abastecimiento a precios estables, aunque elevados —y, por consiguiente, sin poder eliminar del todo el mercado negro—. Para hacer frente a la creciente demanda, la Corona sondeaba, desde Manila, también su adquisición en China, pero este abastecimiento resultó complicado y su transporte a través del Pacífico era demasiado caro.

Apoyada en la fuerza de compra proporcionada por las minas, la América española se convirtió en un potente mercado de consumo de productos importados que arrojó enormes cantidades de plata a los circuitos comerciales globales. Sólo poco a poco se pudieron organizar otros productos para la exportación, como el tabaco, tintes como el añil o la cochinilla, cueros y azúcar, los que, sin embargo, nunca pudieron competir con la plata como el producto de exportación más importante. En Perú y en la Nueva España se estableció un orden económico que era diametralmente opuesto a las doctrinas económicas que regían gran parte de la época y exigían retener el dinero en la mayor medida posible en el país. Esto se puede interpretar como el resultado de una dependencia colonial, pero correspondía a los intereses y la racionalidad de las élites comerciales del Imperio y aseguró el elevado consumo de las capas superiores de las sociedades americanas. Peer Vries ha comentado, sobre las exportaciones de plata inglesas a China, el corto alcance de la fórmula de que quien paga en metálico automáticamente es el perdedor a nivel global, y esta crítica igualmente vale para la América española.

La mayor parte de la plata americana fluía en el comercio a través del Atlántico a Europa y a través del Pacífico a Asia. Una menor parte llegaba al tesoro real, pues la Corona, basándose en el derecho medieval castellano, cobraba el 20% de la

producción como impuesto (una cuota que hasta el siglo XVIII paulatinamente fue reducida al 10%). Según diferentes trabajos de Hamilton, García-Baquero González, TePaske y Bonialian, de los casi 500 millones de pesos que entre 1503 y 1660 llegaron a España, el 26.2% pertenecía a la Real Hacienda, y con el paso del tiempo esta parte fue disminuyendo constantemente: de 1503 a 1540 fue el 52.5%; de 1717 a 1738, el 14%, y de 1748 a 1778, no más que el 9%. En la última década del siglo XVIII, según Javier Cuenca-Esteban, los envíos de la Corona volvieron a crecer y alcanzaron el 37.6% en 1796, probablemente debido al esfuerzo de la metrópoli de sacar dinero de sus colonias para financiar las guerras (y tal vez también por la energía paralela de los privados de esconder su plata). En las exportaciones de plata a Manila, sólo tomando en cuenta los números oficiales, entre 1591 y 1640, el 59.6% era plata privada, y entre 1581 y 1700 fue el 69.8%. Desde luego, por el contrabando no registrado por las estadísticas oficiales, el peso de los envíos privados debe haber sido mayor que lo que indican las cifras citadas. Por ejemplo, llama la atención que en la segunda mitad del siglo XVII las importaciones de plata en España bajaron el 90%, mientras que las exportaciones de textiles a América se quintuplicaron y las de aceite de oliva se triplicaron. Según un dato proporcionado por Oliva Melgar, la flota de 1683 registró 835 000 pesos de plata a su salida de Veracruz, pero sólo 307 000 pesos a su llegada, mientras que el Consulado de Sevilla pagó a la Corona 500 000 pesos para que no se realizara ninguna revisión detallada de la carga total; por consiguiente, se puede suponer un cargamento de varios millones de pesos, ya que de otro modo el pago no hubiera sido rentable.

El fraude fiscal y el contrabando florecían, aunque la Corona se esforzaba mucho en vigilar la comunicación entre Europa y América. Ya en 1503 estableció la Casa de Contratación en Sevilla como órgano de control. Todo el comercio americano debía salir de Sevilla —o de algún puerto antepuesto en la desem-

bocadura del río Guadalquivir—, y en América sólo en pocos puertos podía desembarcarse desde España: Veracruz en México, La Habana en Cuba, Cartagena en la costa norte de América del Sur y Portobello en el istmo de Panamá. Cada barco y cada individuo necesitaba una licencia real para trasladarse al Nuevo Mundo. Los cargamentos, por lo menos en teoría, fueron registrados. A partir de 1561, los navíos españoles debían viajar en grupos o flotas con protección militar. De esta manera se esperaba poder impedir mejor el contrabando, rechazar la competencia extranjera, optimizar la recaudación fiscal y mantener los territorios americanos en dependencia mediante el control de su abastecimiento con productos externos. Debido a las enormes distancias, fue una tarea pretenciosa que en el siglo XVII apenas se pudo llevar a cabo. Como la Corona necesitaba aliados, privilegiaba a los comerciantes asentados en las posiciones claves del Imperio, los que se organizaban en consulados con jurisdicción propia y controlaban los segmentos esenciales de las cadenas de intercambio: el Consulado de Sevilla —a partir de 1717, el de Cádiz— operaba el comercio trasatlántico, el Consulado de México, el comercio interior de la Nueva España y la conexión con las Filipinas, y el Consulado de Lima, el mercado interno de América del Sur. En la práctica, los comerciantes se las ingeniaron para escapar de la vigilancia efectiva de la Corona, y hasta finales del siglo XVII, según José María Oliva Melgar, fue un monopolio internacional con sede en Cádiz el que tomó el control sobre el comercio trasatlántico.

A su vez, el comercio americano consiguió una considerable autonomía. Ignorando los intereses de los mercaderes europeos y de la Corona, desde las últimas tres décadas del siglo XVI, considerables cantidades de plata mexicana y cada vez más peruana fueron enviadas a las Filipinas para financiar la compra de productos asiáticos, que ofrecía la creciente comunidad china en Manila. Fletados a Acapulco, éstos fueron consumidos en la Nueva España o, en parte, transformados y reexportados a

Perú. Este tráfico intercolonial irritó tanto a la Corona como al Consulado de Sevilla. Por consiguiente, el comercio entre Acapulco y Manila fue fuertemente limitado y el que había entre México y Perú fue del todo prohibido en 1634 (y después la prohibición se ratificó reiteradamente). A pesar de esto, como lo ha mostrado Mariano Bonialian, el circuito pacífico de los hispanoamericanos siguió floreciendo con altibajos durante buena parte de los siglos XVII y XVIII; incluso se reexportaban desde Acapulco crecientes porciones de las mercancías que llegaban a Veracruz desde España.

Sin duda, el sistema oficial del comercio americano era engorroso. Éste reducía la oferta y producía altos precios al consumidor. Pero justamente eso era la ventaja para los mercaderes que controlaban la importación, pues podían contar con amplias tasas de ganancia. Además, la Corona sufragó los costos para asegurar y defender las rutas marinas y de los puertos, aunque justificaba con esta tarea diversas imposiciones fiscales. Especialmente el gran comercio americano se encontraba en una posición ventajosa. La prohibición, a primera vista discriminadora, de comprar directamente en Europa les facilitó deshacerse de todos los riesgos del transporte atlántico y de los costos de seguros, que solventaban los comerciantes europeos. A esos últimos, una vez desembarcados en los puertos americanos, con frecuencia se les podía obligar a vender su mercancía por debajo de los precios esperados, por ejemplo, al hacerles esperar sin comprarles nada, mientras que aumentaban los costos y mermas del almacenaje así como las penurias de una estancia prolongada en los trópicos. Los europeos solían protegerse mediante las condiciones crediticias que preveían el pago de los adelantos recibidos sólo para cuando regresaran exitosamente a España, pero tuvieron que asumir el elevado nivel de intereses. En fin, el sistema prometía a todos los participantes sus beneficios y, de esta suerte, los "almaceneros" en la Ciudad de México o en Lima, así como sus colegas en Cádiz hasta la caída del Imperio

español constituirían un grupo leal a la Corona y opositor a las reformas del sistema atlántico existente.

EL MUNDO CONECTADO

Por las rutas de comunicación y de comercio abiertas por los portugueses y españoles, por primera vez las grandes masas continentales fueron enlazadas en un sistema global, rudimentario, pero duradero. Los portugueses establecieron la nueva ruta del Cabo con el océano Índico apoyándose en el oro africano y en la plata y el cobre que ganaron con su comercio en Europa. De esta manera se hicieron de una parte de la intermediación entre el Oriente, tan rico en mercancías, y la Europa, tan rica en metales, papel que durante siglos habían monopolizado las ciudades mercantiles italianas. Cuando también las embarcaciones neerlandesas, inglesas y francesas empezaron a navegar a Asia por el Cabo de Buena Esperanza, los italianos quedaban eliminados de los grandes circuitos mercantiles euroasiáticos. Lo que del comercio mediterráneo se mantuvo fue absorbido en gran medida por nuevos actores, como comerciantes franceses de Marsella o la Levant Company inglesa fundada en 1580. Paralelamente, el sistema de intercambio eurasiático experimentó una segunda ampliación a partir de las empresas españolas en Occidente. Con la apertura de la navegación regular entre Acapulco y Manila en la década de 1570 las conexiones alrededor del globo se enlazaron también a través del Pacífico. El simultáneo auge minero de Potosí facilitó el financiamiento del sistema. Puso a disposición del Occidente una enorme cantidad de dinero que superaba con creces lo extraído con anterioridad de las minas europeas o del comercio de oro con los africanos.

Para que la plata corriera por los océanos, fue esencial que la América española se constituyera en un nuevo mercado de consumidores para mercancías manufactureras europeas y

asiáticas. Los territorios hispánicos, de esta forma, se instituyeron como la extensión más occidental de los "pagadores neto" del comercio eurasiático, ahora ensanchado a dimensión global. Cuando se abrió la conexión directa con Asia a través del Pacífico, también en ella el Imperio español cubrió su déficit comercial con moneda. De esta suerte, los importadores americanos alimentaron los circuitos globales con inmensas cantidades de plata. Mediante una política monopolista, España pretendía controlar estos flujos en su favor, pero, al competir con las prácticas del comercio ilícito, sólo lo logró a medias en la ruta atlántica, y en el Pacífico la plata se le escapó del todo. Además, su política de gran potencia acarreaba enormes costos de guerra y su sistema manufacturero era insuficiente para cubrir la demanda propia y aún menos la americana. Así, la plata que efectivamente llegó, fluyó al noroeste de Europa, donde los Países Bajos, Inglaterra y Francia, principalmente, asumieron la función antaño desempeñada por Venecia. La ciudad italiana había obtenido su plata en el norte de los Alpes; la Europa noroccidental ahora la recibía —en montos mucho mayores— del Imperio español y compraba con ella en Asia.

A partir del último cuarto del siglo XVI, los metales preciosos entraron a los circuitos mundiales desde América y, por algún tiempo, también desde Japón. Facilitaron la monetarización de las economías y de los sistemas fiscales europeos y asiáticos, y la consolidación de los Estados. En todo caso, los debates sobre el significado global de los metales preciosos del Nuevo Mundo nunca han llegado a una conclusión generalmente aceptada, entre otras cosas porque los flujos de oro y plata, y menos aún el *stock* ya existente a su llegada, no se pueden cuantificar con certeza. Richard Von Glahn, por ejemplo, ha negado la influencia de una supuesta escasez de plata en la crisis de la China de los Ming. En cambio, William S. Atwell considera que la disminución de las entradas, tanto desde las Filipinas como desde Japón, agravó considerablemente los problemas de la dinastía,

aunque no haya causado directamente su caída en 1640. En Europa, la creciente cantidad de plata aportó a la muy discutida revolución de los precios y precipitó la minería de Europa central en una profunda crisis de rentabilidad.

Es tema de controversiales argumentaciones qué proporción de los metales latinoamericanos fluían como paga de las elevadas importaciones europeas de productos orientales a Asia. Probablemente una buena parte quedó en Europa, la cual se estaba monetarizando de forma dinámica. Pero es evidente que también en China y en la India la demanda por los metales preciosos estaba creciendo. En China, alrededor de 1600 el campesinado pagaba sus impuestos en plata, y el comercio así como el financiamiento de las guerras se realizaban en buena medida con dinero. En estas circunstancias sorprende que en el imperio del Medio en la época considerada nunca se acuñaran monedas, sino que se recurriera a monedas extranjeras o se tasara la plata por su peso. En la India sí se hacía, y la rupia, la moneda del imperio mogol, con la que se pagaban los impuestos, era de plata. La tendencia de almacenar los metales preciosos, que según Charles Kindleberger en Asia era muy fuerte, posiblemente potenció la insaciable hambre de las economías asiáticas por la plata.

A nivel político, las nuevas redes de intercambio se convirtieron en ansiados objetivos de la rivalidad interimperial de los europeos. Por lo pronto, el contrabando y la piratería eran las estrategias preferidas contra las potencias ibéricas; eran campos en los que se mezclaban intereses privados con estatales. Ya en la década de 1480, piratas franceses acecharon las embarcaciones portuguesas en las Azores, y pronto pillaron también transportes españoles. Jean Ango, mercader de Dieppe, en el primer tercio del siglo XVI equipó por lo menos a treinta barcos piratas. Bajo el mando de Jean Fleury, con su arquetípica pata de palo, uno de ellos apresó un navío de tesoro que Hernán Cortés había enviado desde México, en 1522. Más tarde la mayoría de

los piratas y contrabandistas franceses fueron hugonotes de la costa atlántica. No sólo participaron en la competencia imperial, sino también en las guerras civiles francesas, en las que a la vez intervino España a favor del bando católico.

La lucha sobre al acceso a los bienes de ultramar experimentó, de esta suerte, una radicalización confesional. Según Silvia Marzagalli, entre 1571 y 1588 sólo de Le Havre partieron 165 barcos hacia América. Al mismo tiempo, los neerlandeses calvinistas fueron por cueros y sal al Caribe; los ingleses, por lo general protestantes y muchos de ellos puritanos, por tabaco. En las costas de Centroamérica y de Campeche se infiltraban leñadores. Los españoles expulsaron a los intrusos una y otra vez y, en 1565, masacraron a cientos de hugonotes franceses que habían intentado fundar en Florida una base para atacar la ruta de la plata. Pero si no aseguraban los lugares en disputa con guarniciones fijas —como en Florida con la fundación de San Agustín en 1565—, no podían impedir que los extranjeros regresaran, en cuanto sus soldados se retiraban. Para no ofrecer a los piratas objetivos de ataque y a los contrabandistas puntos de llegada, la Corona española recurrió a medidas que pusieron de manifiesto su impotencia. A principios del siglo XVII ordenó la evacuación de la económicamente fútil costa norte de La Española y prohibió el cultivo de tabaco en la costa venezolana y en las islas frente a ella. Pero de esta forma las regiones despobladas de La Española se llenaron con merodeadores extranjeros y la zona se convirtió en base de nuevas actividades piráticas, lo que preludiaba la pérdida de la parte occidental de la isla a finales del siglo XVII.

Aunque los centros de gravedad se desplazaban y los actores cambiaban, el sistema de intercambio construido en el siglo XVI ya no se desarticuló. Los esfuerzos de los ingleses por encontrar un paso del noroeste o noreste a Asia fracasaron en el océano Ártico, y también los rusos que avanzaron paso a paso a lo largo de costa norte de Siberia hacia el Pacífico nunca consiguieron instalar una ruta de navegación funcional. Por

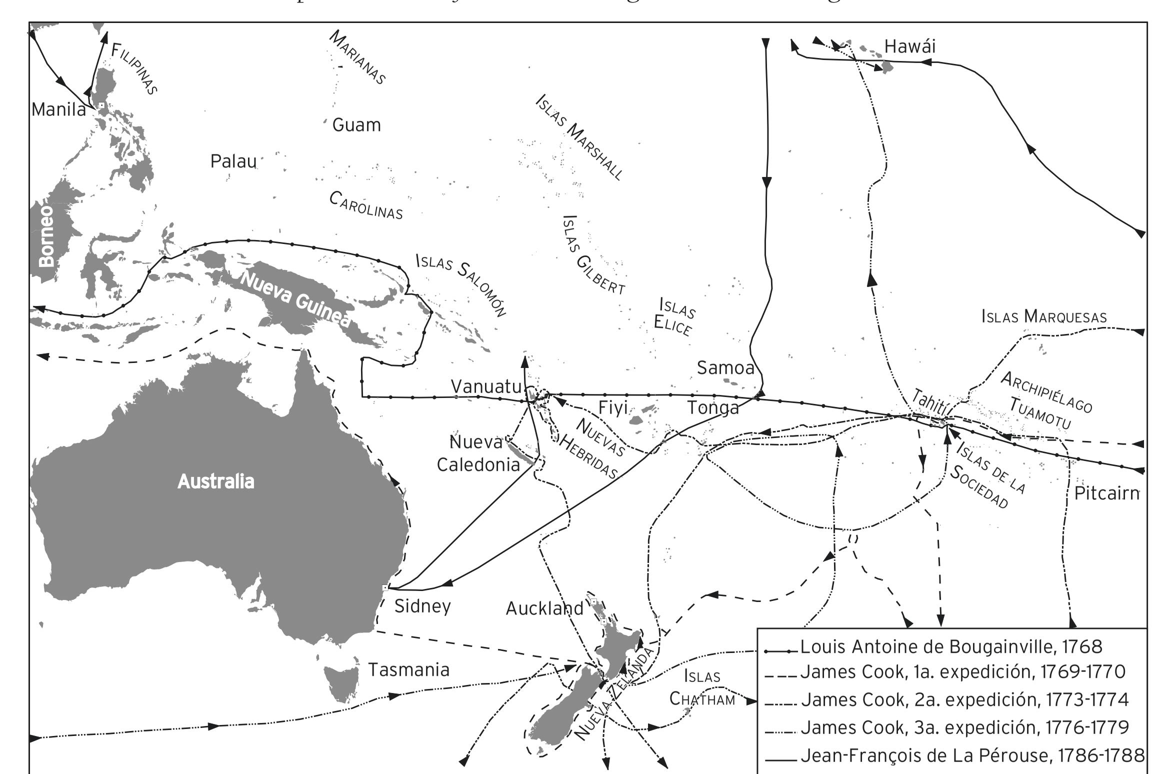
consiguiente, las relaciones y comunicaciones se realizaban en las rutas abiertas durante el siglo xvi. Las antiguas redes de intercambio en el océano Índico y en el mar de China estaban firmemente conectadas con Europa por la ruta del Cabo, y con América, por la navegación trasatlántica y la ruta entre Manila y Acapulco; la vía por el cabo de Hornos aún tardaría en usarse con regularidad. El medio de transporte más importante siguió siendo el barco de vela. Sus progresivas mejoras todavía en el siglo xix dieron un impresionante resultado con el clíper, pero una innovación fundamental sólo se obtendría con el desarrollo de los barcos de vapor. Mientras tanto, el transporte por agua recurría a una amplia gama de barcos europeos y todo tipo de navíos tradicionales, hasta canoas o cayucos que remontaban los ríos. La navegación seguía dependiendo de las condiciones de los vientos y de las corrientes del mar, como, por ejemplo, en el océano Índico de los ritmos del monzón. En la segunda mitad del siglo xviii, los europeos exploraron rutas alternativas en Asia suroriental y oriental, en las que se podía navegar durante todo el año. Los portugueses en Macao aprovecharon las nuevas opciones, pero no los chinos con sus juncos. Así, el número de barcos europeos en los océanos se multiplicó. Con todo, las capacidades de carga por marinero empleado subían sólo levemente entre el siglo xv y finales del siglo xviii, y los costos permanecieron altos. En la náutica se logró un gran avance con el invento del cronómetro marino, un reloj que aguantaba el oleaje durante los viajes en mar, el cual posibilitó por primera vez la determinación exacta de las longitudes geográficas. La nueva precisión de la navegación y de la cartografía facilitó la exploración de los vacíos en los mapas de los océanos y costas —si bien no tanto en los interiores de los continentes—. La tarea fue llevada a cabo por una nueva generación de navegantes, como el danés al servicio del zar Vitus Bering (†1741), el francés Louis Antoine de Bougainville (†1811), el italiano al servicio español Alessandro Malaspina (†1809) y ante todo

James Cook (†1779), quien entre 1768 y 1779 emprendió tres grandes expediciones al Pacífico. De esta manera, a finales del siglo XVIII, también Australia y el Pacífico Sur fueron integrados al sistema de las rutas marinas regularmente transitadas.

Las navegaciones transoceánicas estaban conectadas a una densa red de vías navieras locales y regionales, que en Europa y Asia eran de existencia centenaria y muestran el arraigo de la globalización temprana en sus antecedentes. En ellas se traficaban volúmenes de mercancías mucho mayores que en el comercio de larga distancia; eran de primordial importancia para la distribución de los productos comerciados. El comercio regional de Goa, por ejemplo, siempre superó el tráfico de los portugueses en la ruta del Cabo. Los datos recopilados por diferentes historiadores, como Peter Feldbauer o René Barendse, son muy claros. En Bombay, el centro del comercio inglés en el océano Índico, aún en 1779-1780, el 53.5% de los ingresos aduaneros se derivaba de entradas de productos de la India (el 21.1% de la región cercana a Guyarat) y sólo el 46.5% de importaciones procedentes de regiones lejanas (el 19.5% de Europa y el 16.8% de China). De Egipto, en 1783, no más del 14% de las exportaciones se destinaba a Europa (de donde procedía el 15% de las importaciones). Mientras que los europeos controlaban las largas rutas oceánicas, la navegación local en Asia por mucho tiempo siguió en manos de actores nativos.

En el interior de los continentes, el transporte fue llevado a cabo por las antiguas rutas caravaneras y, en muchas regiones, por un sistema expansivo de carreteras y canales. Las monarquías europeas se esforzaban desde el siglo XVII, y sobre todo desde la segunda mitad del siglo XVIII, por el desarrollo de las carreteras. Tampoco en América Latina faltaban intentos al respecto, por ejemplo, para mejorar el camino entre la Ciudad de México y Veracruz. En la India, los mogoles fomentaron las vías de comunicación interregional en el siglo XVII, mas sus logros parece que entraron en decadencia en el siglo XVIII, como con-

Mapa 6.3. El Pacífico Sur en la segunda mitad del siglo XVIII



Fuente: Hausberger, *Die Welt im 18. Jahrhundert*, p. 47.

secuencia de la fragmentación de su Imperio. Tales proyectos no sólo obedecían a motivos económicos, sino también a consideraciones políticas y militares. Aparte de puentes y carreteras en los Balcanes, en el siglo xvi los otomanos planearon un canal entre los ríos Don y Volga para enfrentar la expansión rusa hacia el sur y fortalecer su posición frente a los safávidas, al disponer de un mejor acceso al mar Caspio. Estos proyectos, sin embargo, no se realizaron, como tampoco se ejecutó la excavación de un canal en Suez. En Francia, en cambio, existía una vía de agua entre el Mediterráneo y el Atlántico, desde que en 1681 se concluyeran los trabajos en los 250 kilómetros del Canal du Midi. Después, la construcción de canales experimentó un gran auge en muchas partes de Europa Occidental y también en el *hinterland* de la segunda capital rusa, San Petersburgo.

En el interior de Sudamérica, a raíz de la crisis de Potosí la circulación de monedas se redujo a partir de la segunda mitad del siglo xvii y en muchas partes, como en la costa de África Occidental, seguía practicándose el trueque. Mas a nivel mundial la monetarización de las economías y los sistemas fiscales se amplió. En el siglo xviii, el incremento de la producción de plata en regiones mineras como Sajonia, la "Hungría Superior" (Eslovaquia), Rusia, los Balcanes y Anatolia favoreció esta tendencia y facilitó, por ejemplo, la consolidación de los sistemas monetarios en los Imperios ruso y otomano. Pero la mayor parte de la plata que circulaba en los mercados globales siguió procediendo de la América española, después de que a mediados del siglo xvii las exportaciones japonesas se habían agotado. Particularmente la producción mexicana había entrado en un espectacular auge. El oro procedía en cantidades menores de Japón y de Sumatra, en mayores de Etiopía, Mozambique y de la actual Colombia, antes de que a finales del siglo xvii empezara el auge del oro brasileño, que durante algunas décadas compitió en valor con la plata hispanoamericana. La crecida producción de metales preciosos en el siglo xviii guardaba co-

rrespondencia con un aumento demográfico a nivel mundial y con un moderado crecimiento económico. Por lo tanto, en esta ocasión no se produjeron tendencias inflacionarias como en la transición del siglo XVI al XVII. Especialmente el sostenido crecimiento de China y su persistente sed por los metales preciosos así como la demanda de la India impidieron una devaluación de las monedas circulantes.

En el espacio asiático, las monedas de plata hispanoamericana se convirtieron en el medio de pago preferido por el comercio de larga distancia. Ya hacia 1580 los portugueses consignaron considerables cantidades de monedas españolas a Asia. Más tarde, la Compañía de las Indias Orientales neerlandesa tasó los precios de algunas mercancías, como pimienta, estaño o té, en reales (1 peso equivalía a 8 reales). Es muy ilustrativo al respecto un artículo de Donald Simpson sobre un barco neerlandés naufragado en 1656 camino a Batavia. De las aproximadamente 10 000 monedas identificables que se han encontrado en su pecio, cerca del 95% había sido acuñado en América y la mayor parte del resto en España; 8 807 procedían de México; 39, de Nueva Granada, y sólo 301, de Potosí, después de que, a causa de los fraudes en la Casa de Moneda potosina hacia 1650, sus acuñaciones habían sufrido una pérdida de confianza a nivel global y sólo de mala gana fueron aceptadas en los puertos de las especias. Dagmar Bechtloff ha mostrado que hasta en Madagascar, desde el siglo XVII, el precio de los esclavos fue calculado en pesos españoles, y en Moca, en el siglo XVIII, unos pocos de ellos bastaban para adquirir el servicio de las prostitutas. También en China circulaban muchas monedas de plata extranjeras, ante todo hispanoamericanas. Según Barendse, en 1726, en Bombay, cerca del 90% de las rupias fueron acuñadas de pesos mexicanos fundidos. En la segunda mitad del siglo XVIII, el peso mexicano tenía reputación de marca de calidad que determinaba el estándar monetario en los jóvenes Estados Unidos y

en amplias partes de Asia y del Pacífico hasta bien entrado el siglo XIX. En el Levante y en África Oriental fue suplantado, sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII, por el tálero austriaco de María Teresa.

El volumen del tráfico de bienes se desarrolló con altibajos y de forma muy diferente de sector en sector. Las políticas comerciales monopolistas que decretaron las diferentes potencias europeas estaban perdiendo impacto. Por la década de 1630, el comercio oficial español con América experimentó un sensible retroceso; lo mismo ocurrió, en el siglo XVII, con el comercio del rey portugués con Asia, bajo la presión de la competencia europea y asiática, que evadió el monopolio lusitano. De esta manera, los circuitos transcontinentales se reestructuraron.

Sobre todo en los negocios con Asia, las compañías comerciales privilegiadas, fundadas según modelos medievales y financiadas con capitales privados, se perfilaron como los nuevos actores que dominaban el tráfico de mercancías hasta bien entrado el siglo XVIII. Las primeras ya se encuentran en el siglo XVI, por ejemplo, la Muscovy Company, fundada en 1555, o la Levant Company, de 1580, las dos inglesas. También potencias menores como Dinamarca con la Dansk Ostindisk Kompagni, de 1616, o Portugal con la poco exitosa Companhia Geral do Comércio do Brasil, de 1649, imitaron el modelo. Pero las compañías más exitosas fueron aquellas que podían contar con el respaldo de fuertes Estados: en Inglaterra, la British East India Company (1600) y la Royal African Company (1660); en los Países Bajos, la Vereenigde Oostindische Compagnie (VOC, 1602) y la West-Indische Compagnie (WIC, 1621), y en Francia, la Compagnie Française des Indes Orientales (1664). En 1670 fue creada la Hudson Bay Company para fortalecer el comercio inglés de pieles en el interior de Canadá (a espaldas de los franceses). En el siglo XVIII nacieron algunas compañías más. En 1711 surgió la South Sea Company inglesa, que con la Paz de Utrecht, en 1713,

obtuvo el monopolio para la importación de esclavos africanos en la América española. En España se formó, en 1728, la Real Compañía Guipuzcoana, que monopolizó el comercio de cacao venezolano desde el País Vasco. En 1731 fue fundada la sueca Ostindiska Companiet. Incluso el emperador Carlos VI, fracasado aspirante habsburgués al trono español, intentó en la década de 1720 participar en esta fiebre naviera desde Flandes, con su Oostendse Compagnie; como contrapartida al reconocimiento por las potencias rivales de la sucesión de su hija María Teresa al trono, la compañía fue disuelta en 1727, no obstante sus prometedores inicios. En 1785, se fundó en España la Real Compañía de Filipinas para conectar el comercio con Manila, hasta ese momento manejado desde México, a la metrópoli europea mediante la navegación directa por la ruta del Cabo de Hornos.

Al igual que el comercio ultramarino de los reinos ibéricos, las compañías privilegiadas funcionaban a base de prácticas monopólicas. Pero lograron de mucho mejor manera organizar capitales en los incipientes mercados de acciones. A diferencia de los comerciantes ibéricos subordinados a la administración real, las exitosas compañías inglesas y neerlandesas estaban autorizadas para emplear violencia; empezaban a actuar, por lo tanto, como Estados con un aparato militar propio. La agresividad de su proceder competía con los métodos tristemente famosos de los españoles y portugueses. La ejecución de 20 integrantes de la East India Company por la voc en 1623 en la isla de Ambon, en las Molucas, provocó un gran escándalo en Inglaterra y una verdadera guerra propagandística antineerlandesa. Rebeliones locales, como en la segunda mitad del siglo xviii en Java, fueron reprimidas con brutalidad. Los ingleses no se inmutaron al chantajear a los potentados regionales de la India para sacarles grandes sumas de dinero. Donde los medios de poder habituales no les resultaban, especialmente los comerciantes ingleses podían contar con la ayuda de la flota británica. La voc neerlandesa, que nunca recibió el mismo

apoyo estatal que sus competidores ingleses y franceses y, por consiguiente, no podía hacerles frente en las numerosas guerras, se encontró en crecientes aprietos e hizo bancarrota en 1795. De esta suerte, otros actores como la East India Company o los bugis de Macasar en Célebes (Sulawesi) lograron acaparar crecientes porciones del comercio en el espacio malayo-indonesio.

Una de las consecuencias de la regulación del comercio por privilegios y monopolios fue la criminalización de una porción de los negocios y la persistencia del contrabando y de la piratería. Estas prácticas constituyeron la esfera de acción de una multitud de actores privados de diversos orígenes, mas con frecuencia se llevaron a cabo en el ámbito de rivalidades imperiales por porciones de mercados o el acceso a ellos. De esta suerte, los bucaneros antiespañoles experimentaban un espectacular auge a mediados del siglo XVII. En el transcurso de las sangrientas contiendas todos los participantes le apostaron a un constante incremento armamentista del tráfico naval. Después del derrumbe del poder español, la piratería se desvinculó de la política internacional. En el temprano siglo XVIII los buques ingleses se convirtieron en el preferido botín de los piratas. En ese entonces, por ejemplo, comerciantes neoyorquinos equiparon expediciones piratas en el océano Índico, con lo cual subvertían las reglas impuestas por las compañías privilegiadas, y para la venta segura del botín echaron mano de peristas en Hamburgo.

Pero, desprovista del respaldo militar estatal, la piratería privada decayó. En el Caribe o alrededor de Madagascar la creciente hegemonía británica exterminó a los piratas en el primer tercio del siglo XVIII, y sólo revivirían en los tiempos de las numerosas guerras en forma de corsarios licenciados por sus coronas. Al Reino Unido los piratas ya no le servían y para las otras potencias su fomento se volvió demasiado arriesgado. Los piratas ahorcados en las entradas de los puertos ilustraban la

necesidad y la voluntad del gran comercio de disponer de un orden de derecho estable, como sólo los Estados e imperios podían crearlo. Para los comerciantes significaba un considerable ahorro, pues sus barcos podían reducir su armamento y renunciar a la contratación de un cañonero. Los costos de seguridad ahora corrían a cargo del Estado, ante todo del inglés, de lo cual en épocas de paz todos se beneficiaron.

En el Mediterráneo la situación continuó siendo azarosa. Para proteger sus barcos mercantes, los jóvenes Estados Unidos en 1777 firmaron un tratado con Marruecos y, desde 1784, efectuaron pagos regulares a las ciudades berberiscas de Argel, Túnez y Trípoli. En la década de 1790, Estados Unidos empezó a construir su propia flota de guerra y, entre 1801 y 1805, en Libia la *US Navy* emprendió su primera intervención en ultramar. Los márgenes de maniobra se volvieron cada vez más estrechos para todos los que no querían respetar los estándares de derecho dictados por los poderes hegemónicos occidentales. Para la seguridad del comercio, el mejor control armado de las rutas y costas, sin embargo, aún tenía consecuencias ambiguas: mientras que en los tiempos de paz el tráfico naval se volvió más sosegado, los riesgos crecían durante las permanentes guerras europeas.

Las compañías comerciales europeas nunca dominaron el campo del todo. El contrabando siguió absorbiendo grandes porciones del intercambio de bienes, sin que esta situación se deje cuantificar de forma precisa. En la esfera británica, Marcus Rediker lo ha estimado en hasta la mitad del tráfico ultramarino. En todo caso, una vez que los mares fueron más seguros, comerciantes individuales pudieron organizar sus negocios de forma más rentable que las compañías. También el comercio monopolista español, incluso los negocios extralegales efectuados en su marco, era muy sólido. En la primera mitad del siglo XVIII, la South Sea Company inglesa cobró bastante importancia en el contrabando con Hispanoamérica,

pero luego fue sometida a tantas trabas que terminó por retirarse. Aparte de todo esto, los monopolistas europeos nunca pudieron prescindir de la cooperación de actores nativos. Así, los comerciantes asentados en América Latina defendieron exitosamente su control sobre los mercados internos. Los negocios de los tratantes de pieles al interior de Norteamérica dependían de amplias redes de abasto mantenidas por los indígenas de las regiones participantes. También África fue atravesada por rutas de intercambio que conectaban las costas con el interior del continente y en las que los europeos estaban virtualmente ausentes.

Especialmente polifacética era la situación en Asia, donde actuaba una multitud de actores privados al lado de las compañías comerciales. Los portugueses asentados alrededor del océano Índico y en Asia Oriental aprovecharon sus experiencias, contactos y redes operantes desde el siglo XVI para asegurarse una posición importante, incluso cuando su imperio en Asia ya había decaído. Redes armenias cubrían casi toda Eurasia y tenían una importante participación en la East India Company. Estructuras similares funcionaban entre las comunidades judías asentadas en muchos puertos dispersos por el globo. De eminente importancia eran los comerciantes de la India y sus redes durante todo el periodo del siglo XVI al XVIII: cubrían el espacio del sur y centro de Asia y desarrollaban estructuras protocapitalistas, invirtiendo sus enormes ganancias en la producción de algodón y de telas; para ello colaboraban con empresarios banqueros. Las crecientes actividades de los europeos inicialmente estimularon los negocios hindúes. Las dificultades políticas de los mogoles y de los safávidas los debilitaron, pero su comercio marítimo nunca cesó. En Asia Suroriental y Oriental traficaban un gran número de barcos chinos, indios y —entre 1600 y 1635— japoneses. En 1684 el emperador Kangxi abrió 50 puertos chinos al comercio exterior para asegurar el abastecimiento del imperio con cobre y plata. Autores como

Philip A. Kuhn, Paul A. van Dyke, Theng Yangwen o Gang Zhao han aportado muchos datos acerca de las actividades chinas en estas décadas. Después de que de 1680 a 1684 sólo 12 navíos chinos habían llegado a Japón (2.4/ por año), de 1685 a 1688 eran 467 (116.75 por año). Entre 1691 y 1740, en promedio 11 juncos arribaron a la Batavia neerlandesa. El destino más importante del comercio marítimo chino en Asia Suroriental fue, sin embargo, Bangkok. De los 232 juncos que partieron de Cantón, en la década de 1760 y principios de la siguiente, más de 80% se dirigía a la tierra firme de Asia Suroriental y el resto se distribuía por Palembang, en Sumatra, Batavia, Manila y Macasar. Hacia finales del siglo xviii, un viajero inglés contaba en el puerto de Bangkok 11 500 marineros chinos. Los juncos no entraron en el océano Índico, pero durante todo ese siglo comerciantes chinos invirtieron grandes sumas en las empresas de las compañías europeas.

También en Asia el progreso de los europeos se hizo sensible. Para ellos, desde los principios de su presencia en el Oriente, la participación en el comercio interasiático (*country trade*) era de gran importancia, pues sus ganancias facilitaron disminuir el déficit metálico en el intercambio directo entre Asia y Europa. Apoyados en bajos fletes, los privilegios garantizados por sus países de origen y la fuerza de sus buques de guerra, los europeos —en primer lugar los británicos— paulatinamente se apoderaban de amplias porciones del comercio marítimo intrasiático. La flota mercante anglo-hindú se triplicó entre 1773 y 1791. Pero sólo hacia finales del siglo xviii lograron detener los flujos de metales preciosos a China mediante la venta de opio de la India. Mientras tanto, entre 1700 y 1720, comerciantes franceses organizaron una lucrativa ruta de contrabando entre Cantón y Perú, donde se abastecían de plata. Sólo en Asia Central los comerciantes asiáticos mantuvieron sus márgenes de acción entre la India, en el sur, China, en el este, y la expansiva Rusia, en el oeste y norte.

Debido al aumento del intercambio global de bienes durante el siglo XVIII se ha hablado de una revolución comercial. Las flotas mercantiles crecían y se empleaban nuevos mecanismos de financiamiento. La infraestructura mercantil se acrecentó y en espacios cada vez más amplios se pudo echar mano de un funcional sistema bancario y crediticio, lo cual facilitó que, por ejemplo, un pagaré expedido en Yemen fuera reconocido en Surat o en Goa. También otros servicios se ampliaron. En 1756, el comerciante gaditano Tomás Ruiz de Apodaca aseguró su barco, que estaba por salir a Veracruz, con la empresa londinense de Jacob y Abraham Franco. En suma, el comercio ultramarino europeo creció desproporcionalmente y el intercambio de productos americanos más que el de asiáticos.

Pero debe quedar claro que este crecimiento no correspondía a una ampliación del comercio libre. En el siglo XVII, los neerlandeses, en los momentos culminantes de su expansión mercantil y apoyados por las superiores capacidades de transporte, habían pregonado el libre comercio sin poder imponerse. La ampliación del comercio mundial se realizaba en condiciones monopólicas y proteccionistas. Las Actas de Navegación inglesas, de 1651, son claras al respecto. Con las guerras que provocaron los ingleses se rompió la supremacía neerlandesa en los mares. En aquellos años, en Inglaterra, más de la mitad de los ingresos estatales fue invertida en la construcción de una flota de guerra. Para el sostenido éxito de las exportaciones textileras inglesas, la introducción de aranceles de exportación sobre la lana cruda ya en el siglo XIII constituyó un considerable apoyo. Más tarde, en la Gran Bretaña en vías de industrialización, se impuso una aduana a las telas de algodón de la India, a los cotones, en 1813, nada menos que de 78%. La importación de telas de algodón estampadas desde 1700 sólo se permitía para la reexportación. Originalmente todas las potencias europeas participaron en el comercio de opio. Pero después de 1757, cuando los británicos controlaron las zonas de cultivo de amapola en

Bengala, pudieron organizar el negocio hasta convertirlo en su monopolio. La producción se fomentaba fuertemente, no tanto mediante estímulos económicos, sino con medios coercitivos.

El debate sobre el comercio libre ciertamente era viejo, pero fue sólo hacia finales del siglo XVIII que encontró una afición más amplia, cuando sus ventajas fueron promovidas, entre otros, por Adam Smith en su libro *Wealth of Nations*, publicado en 1776. En el ámbito del Imperio español se dio cierta liberalización del comercio, y en 1778 fue declarado el llamado "comercio libre" con la Nueva España, su colonia más rica. Pero este paso no tuvo mucho que ver con un verdaderamente libre comercio, pues sólo se suspendió el monopolio de exportación de Cádiz, y con algún retraso el poder de los dos grandes consulados de México y Lima fue fragmentado, al permitir la fundación de una serie de consulados regionales. Únicamente en Gran Bretaña se afincó una política más abierta, cuando con la independencia de Estados Unidos perdió un importante mercado controlado y su creciente supremacía económica le permitió tales consideraciones. Londres había sustituido a Ámsterdam como la más importante plaza financiera, la flota mercantil británica se había vuelto la más grande del mundo y la mecanización de la producción había empezado. El comercio libre no servía tanto a la apertura de los mercados en beneficio de todos, sino más bien a la marginalización de los competidores y a la conquista de cada vez mayores porciones del mercado global. Sus consecuencias quedaban patentes cuando en 1766 se establecieron puertos libres en el Caribe para estimular el comercio británico con las posesiones españolas, y de nuevo a principios del siglo XIX, cuando, durante la ocupación napoleónica de España, en América se dio un intercambio libre extraoficial y Gran Bretaña pudo imponer la base de su posterior hegemonía comercial sobre la región. Entre sus víctimas quedaban las tradicionales manufacturas textileras hispanoamericanas.

EL PESO DE LA CONEXIÓN

Nadie niega la construcción y la ampliación de los circuitos comerciales alrededor del globo a partir del siglo XVI. Pero con frecuencia se señala que se trataba de un negocio con productos de lujo, cuyo volumen no es comparable con el flujo de bienes contemporáneo, y que su efecto en las sociedades participantes antes del siglo XIX fue efímero. Ahora bien, hasta hoy el comercio no es predominantemente global, a pesar de la omnipresencia de los debates sobre la globalización. Todavía en 2010, 71.4% de las exportaciones alemanas permanecieron en Europa (42.7% en los países de la Comunidad Europea) y sólo 13.3% fueron a Asia y el Pacífico, 8.2% a América del Norte (incluido México), 2.8% al Oriente Próximo y Medio, 2.1% a África y 1.7% a Sudamérica. En Alemania, las exportaciones constituyeron, en 2010, 48% del PIB, pero en Estados Unidos eran sólo 12%. También allí, 32.2% de las exportaciones fueron a los países vecinos, Canadá y México, y únicamente 7.2% a China. Obviamente una argumentación meramente cuantitativa es inadecuada, tanto en la actualidad como en tiempos pasados. También negocios relativamente pequeños podían tener considerables efectos y, por lo tanto, sólo el análisis detallado de las vinculaciones económicas, políticas, sociales y culturales puede proporcionar más claridad.

Sin duda, en el comercio de larga distancia circulaban grandes cantidades de bienes de lujo. Por lo general, se considera en este rubro un relativamente bien descrito grupo de mercancías: oro y plata, piedras preciosas, especias, seda y telas caras de algodón, porcelana, tal vez también algunos géneros exóticos como el marfil. En el siglo XVIII una gama de productos estimulantes se hizo muy demandada: el café, el té, el cacao y el azúcar. Su consumo ya con anterioridad se había difundido, pero a partir del siglo XVII su precio empezó a bajar de forma sensible, debido al auge de la economía de plantaciones y nuevas vías comerciales.

De esta suerte, se volvieron asequibles para cada vez más amplios sectores sociales y dejaron de pertenecer al lujo de los ricos.

Según Marcello Carmagnani, de 1650 a 1710, las importaciones europeas de azúcar subieron de entre 4000 y 5000 a 25000 y, en 1750, a 110000 toneladas. Partiendo de la información demográfica resumida en el cuadro 6.3, esto daría un importación de aproximadamente 0.04 kg por cabeza en 1650, 0.2 kg en 1710 y 0.7 kg en 1750. Las primeras importaciones de té en Inglaterra están documentadas en el periodo de 1661 a 1665; pero se sabe que ocasionalmente se había consumido antes. En el siglo XVIII las importaciones europeas de té subieron de apenas 2000 a más de 11000 toneladas al año. Desde más o menos 1660 abrieron los primeros cafés públicos en Inglaterra, los Países Bajos, Francia, Alemania e Italia, después de que la bebida procedente de África se había puesto de moda en Arabia, Egipto y Estambul. En América del Sur las hojas de coca y la yerba mate fueron ampliamente comerciadas y consumidas, también por las clases bajas, pero su uso quedó limitado regionalmente, aunque fuera vendida en cantidades menores también a México y España. El cacao, por su parte, quedó limitado a las capas sociales con mayor fuerza de compra. En Viena, en 1789, había casi medio centenar de comerciantes de especias, quienes vendían a una creciente clientela café, azúcar, almendras o arroz.

El consumo de todos estos productos ya no era un privilegio: aquel que poseía el dinero para su adquisición tuvo el derecho a su goce. Invertir el salario para solventar estos gustos no fue condenado como actitud viciosa o decadente, sino que fue una virtud social y económica. Para sectores más pobres el azúcar se volvió una fuente de energía importante. Según Peer Vries y Karl Vocelka, en Viena, el consumo de azúcar estimado era de 2 kg por cabeza, en 1770, y de 4.5-5 kg, en 1783, para seguir luego creciendo rápidamente. En Gran Bretaña, en 1780, el consumo era de 7.7 kg. El lujo, en las palabras de Marcello

Carmagnani, fue liberado del prejuicio moral, aunque, a lo mejor, habría que hablar más de un cambio de la moral pública en vez de su liberación. El té y el café debían aportar a la reducción del consumo de alcohol y cumplir, de esta manera, en el marco de una nueva moral o ética capitalista, con una función disciplinatoria en beneficio del mejor rendimiento del trabajo. Por razones similares, parece que fue fomentado el consumo del té en los siglos VII y VIII, en China y, en el siglo XIII, en Japón.

También había otros motivos para que la política influyera en los nuevos gustos. El té fue apreciado sobre todo en el Imperio británico, pues fueron los ingleses quienes dominaron la exportación china desde 1780 e impulsaron su cultivo en la India y en Ceilán. El impuesto cobrado al té —entre 1711 y 1780 en promedio fue de 1.1 millones de libras al año—, representaba una considerable suma al financiamiento de la política británica. En el continente europeo, en cambio, se prefería el café proveniente de las colonias neerlandesas y de la Saint Domingue francesa —mientras que el café árabe exportado desde Moca fue casi totalmente desplazado del mercado europeo—. En Gran Bretaña, también el vino de Oporto, después del Tratado de Methuen de 1703, fue favorecido por una baja tarifa arancelaria frente al vino francés, y, porque no era francés, su consumo fue considerado como patriótico. En China, al mismo tiempo, se difundió el consumo de opio, no obstante los reparos morales y políticos. Ya a principios de la expansión portuguesa, el virrey Albuquerque había considerado la producción de opio en las islas Azores para remediar el crónico déficit de metales preciosos en el comercio con Asia. Pero fue hasta el último cuarto del siglo XVIII que los ingleses inundaran el mercado chino con opio bengalí. En 1729, el narcotráfico británico montó sólo 200 cajas, pero subió a 1 000 cajas en 1773, a 5 000 en 1790 y a 24 000 en 1834. Por consiguiente, la East India Company tuvo que emplear cada vez menos plata en Cantón para adquirir, sobre todo, té. En el siglo XIX, la situación

se invirtió del todo, y la plata empezó a fugarse del Imperio del Medio. Las protestas del gobierno chino no fructificaron en contra de los cañones británicos.

El éxito de todos estos productos manifiesta la crecida fuerza de compra de los mercados globales, la cual se debía a causas cualitativas y cuantitativas. En el siglo XVIII la población del mundo subió un 40% de forma especialmente clara en espacios claves como China, América y Europa (véase cuadro 6.3). Al mismo tiempo crecían en algunas regiones, sobre todo en Europa Occidental, las ciudades con habitantes que no vivían en una economía de subsistencia; también en el campo aumentó la población que ya no trabajaba en la agricultura. Robert C. Allen ha resumido los datos al respecto. En Inglaterra, en 1700 aún 74% de la población vivía de la agricultura y en 1800 no era más que 35%, mientras que en el mismo periodo el porcentaje de la población urbana subió de 7% a 29%. A pesar de que en otras partes la tendencia era considerablemente más débil, en suma el número de consumidores se incrementó. Paradójicamente, la fuerza de compra por cabeza, durante el siglo XVIII, no se desarrollaba muy favorablemente en ninguna parte, por lo general incluso bajaba. Pero Jan De Vries ha mostrado que el nuevo gusto por productos "de lujo" de ultramar creó necesidades que había que satisfacer. Esto valía esfuerzos especiales: por lo menos en el noroeste de Europa se dio una "revolución industriosa" (*industrious revolution*). Mediante el aumento de los tiempos de trabajo y una mayor integración de las mujeres y niños en los mercados de trabajo, se reorganizaron las economías hogareñas, así que a nivel familiar la fuerza de compra se incrementó, no obstante que el ingreso de la cabeza de la familia tal vez menguaba. Este proceso fue reforzado, porque paralelamente los costos de vida bajaban, debido a la introducción de la papa y del maíz en amplias partes de Europa y a la revolución agraria que partió de Inglaterra y posibilitó un considerable aumento de la productividad de la agricultura.

La crecida accesibilidad a los nuevos productos engendró un profundo cambio de la cultura cotidiana en amplias partes del mundo, cambio que estimuló la demanda. En Bélgica, Jan Luiten van Zanden ha calculado que el consumo de cerveza por cabeza y año bajó de 156 litros, entre 1610 y 1615, a 108 litros, entre 1760 y 1765; y en Holanda incluso bajó de 301 litros en 1622 a 38 litros en 1795, debido a la competencia del café y del té. Los británicos, mientras tanto, nos cuenta Peer Vries, en 1780 gastaban por cabeza 0.7 kilogramos de hojas de té —los neerlandeses, 0.5 kg, y el resto de los europeos, 0.05 kg; también en Rusia el consumo de té subió notablemente—. Este proceso fue acompañado por el ascenso de la sociedad burguesa y una cultura pública que practicaba un nuevo estilo de vida con tabaco y té o café azucarado; un estilo que primero la nobleza y luego las clases bajas empezaron a emular. Como ha mostrado Manuel Pérez-García, incluso en una región periférica para las corrientes dominantes de la historiografía como Murcia, en el sureste de España, se puede observar la difusión de las nuevas pautas de consumo, partiendo del estilo de vida de los comerciantes. La yerba mate, en cambio, en América del Sur, continuó siendo un producto de consumo privado y hogareño. En suma, el comercio de los llamados productos de lujo, a pesar de su comparadamente limitado volumen, tuvo amplias consecuencias, al cambiar la vida cotidiana y la cultura en todo Occidente y en muchas regiones de su producción. Más abajo tendremos que discutir todavía su importancia económica.

Pues bien, el comercio ya en el siglo XVI no se limitaba a estos productos de lujo. En el océano Índico, en el mar de la China y en el Atlántico se traficaban también mercancías baratas y de uso masivo (o por lo menos en cantidades mayores), como madera, cobre, estaño, textiles de calidades bajas y medianas o cereal. Por los trabajos de Louis Sicking y Milja van Tielhof, entre otros, sabemos que el comercio de cereales desde el Báltico a los Países Bajos subió de 20000 toneladas en

1490 a 80 000 toneladas en 1560 y llegó a su máximo nivel 120 años más tarde con casi 170 000 toneladas. Desde el siglo XVII y especialmente después de 1708 crecieron los transportes de arroz siamés al sur de China. Un negocio enorme era la exportación de caballos desde Asia Central a la India; una fuente de la segunda mitad del siglo XVII habla de más de 100 000 animales que llegaron cada año al Imperio mogol. Para el siglo XVIII, Scott C. Levi ha calculado el valor del comercio de caballos como superior a la suma de las transacciones de las compañías de las Indias orientales inglesa y neerlandesa. Hacia finales del siglo XVI, según Gábor Ágoston, cada año se arreaban 150 000 cabezas de ganado, de una nueva raza de 500 kilogramos cada una, desde Hungría al sur de Alemania y norte de Italia. Es cierto que la importancia de estas mercancías disminuyó con la distancia por la que tenían que ser transportados. Pero particularmente en Hispanoamérica, donde faltaban muchos productos de uso cotidiano, las importaciones no se limitaban a productos de lujo.

El transporte trasatlántico de ganado, alimentos básicos y textiles baratos fue un fenómeno efímero, ya que la importación de estos productos pronto fue sustituida por producción local y regional. Además, los españoles se adaptaron a la cocina autóctona, y también los esclavos africanos empezaron a preparar su acostumbrado cuscús a base de maíz, a falta de la sémola de trigo. Según Manuel Miño Grijalva, a la Ciudad de México, cuya población había crecido de 85 000 personas a 170 000 entre 1690 y 1790, en este último año se introdujeron oficialmente 14 343 reses, 223 701 corderos y 39 012 cerdos desde los cercanos y lejanos alrededores. Otros bienes como productos de hierro y cobre, papel, vino, aceite o textiles de mediana y alta calidad fueron importados desde el Atlántico y Pacífico durante toda la época colonial. Las telas chinas traídas desde Manila no eran sólo sedas caras, sino adicionalmente llegaron grandes cantidades de tejidos baratos, muy demandados por

las capas medias y bajas de la sociedad. Desde principios del siglo XVIII, vía Londres se introdujeron crecientes cantidades de arroz de Carolina del Sur en el continente europeo, donde se vendía como comida de pobres. Linos de Silesia y Sajonia fueron mercancías muy traficadas en todo el espacio atlántico. Después de que ya en las últimas décadas del siglo XVI los portugueses habían llevado a Europa cada vez más piezas de algodón de la India, éstas se convirtieron, durante el siglo XVIII, en una mercancía global y, si se tiene en cuenta el volumen comerciado, en la mercancía tal vez más importante antes de la industrialización. Desde el último tercio del siglo XVII, llegaron también a Manila —y desde allí a la América española—, donde fueron intercambiadas por estaño, tabaco, azúcar y, sobra decirlo, plata.

Rene J. Barendse ha comentado que las redes comerciales por sí solas, independientemente de la considerable densidad que hayan tenido, no alcanzan para hablar de la existencia de una economía mundial, sino que se requiere de la existencia de cadenas productivas. En la primera mitad del siglo XVIII, Barendse las vio desarrolladas, por ejemplo, en la elaboración ulterior de telas hindúes en manufacturas persas. Ya a finales del siglo XVII, en Inglaterra, Holanda y Francia se empezaron a teñir y estampar algodones blancos importados de la India. Algunas materias primas, que en parte requerían complejos procesos de refinación, fueron suministradas desde grandes distancias para su uso manufacturero u otros procesos de producción. En el temprano siglo XVI, la gran demanda del comercio africano de los portugueses motivó a la familia empresarial alemana Höchstetter a abrir en Tirol una planta para producir latón. Desde la segunda mitad del siglo XVI, el monopolio español de azogue traficó mercurio desde España y, en menor medida, desde Idria, en la actual Eslovenia, a México y Perú, y luego cada vez más desde Perú a México, para posibilitar la amalgamación de los minerales argentíferos. Problemas en las minas de

azogue en Almadén o en Huancavelica o en las rutas marítimas provocaban serias dificultades en las minas de plata americanas. Al igual que la plata, también el azúcar requería un proceso laborioso de elaboración en las regiones de producción; en Europa, en parte, fue todavía refinado y reexportado con buenas ganancias. Según Carmagnani, en 1722, había en Ámsterdam 60 y en 1785 110 refinerías de azúcar; en Inglaterra y Escocia eran 8 en 1660, 30 en 1695 y 120 en 1775; y de forma similar se desarrolló el ramo en Francia. En toda Europa se instituyó una nueva profesión: la de los pasteleros. En Viena se les mencionó por primera vez a mediados del siglo XVI, y en 1744 se organizaron en un gremio propio.

Y hay otros ejemplos. Hacia finales del siglo XVII, ingleses y neerlandeses adquirieron por año más de 2 000 toneladas de salitre en la India, de la mejor calidad mundialmente, para la producción de pólvora. Para formarse una idea más concreta sobre lo que significaba tal cantidad, puede mencionarse que, según Louis Sicking, la flota neerlandesa gastó en una campaña contra Francia, en 1536, 23 toneladas de pólvora o que, según Gábor Ágoston, hacia 1640, los molinos de pólvora que los otomanos manejaban para el abastecimiento de su frontera en Hungría gastaban anualmente un poco más de 80 toneladas de salitre. Para la conservación de pescado, en el temprano siglo XVI, los neerlandeses compraron grandes cantidades de sal en Francia y España, que refinaron sobre todo en Walcheren, Zelanda, antes de llevarla al Báltico para la salazón de arenques. Cuando se bloqueó el acceso a las fuentes de abastecimiento ibéricas a causa de la rebelión neerlandesa, entre 1598 y 1605 cientos de barcos neerlandeses fueron por sal a la costa venezolana y diferentes islas del Caribe —aproximadamente al mismo tiempo llevaron considerables montos de cuero de Santo Domingo para su uso manufacturero en Ámsterdam—. En el siglo XVIII, la pesca de bacalao se había vuelto predominantemente un negocio de pescadores y co-

merciantes ingleses y novoingleses. La sal requerida fue adquirida por comerciantes de Boston o Salem en el Caribe o en Portugal. Allí y en España se encontraban también los principales mercados para el pescado salado; las calidades superiores iban a España, las inferiores las recibieron los esclavos de las plantaciones caribeñas.

Amplios circuitos de abastecimiento surgieron a partir de la demanda mundial de cobre, que fue usado, entre otras cosas, para monedas, los cazos de los ingenios y las refinerías de azúcar o para el bronce del que se fabricaron los cañones. Hasta principios del siglo XVIII el metal rojizo se traficaba desde Tirol y la actual Eslovaquia (entonces Hungría), pasando por Venecia, a España, al Levante y hasta a la India y, pasando por Danzig (Gdansk), a Flandes; desde las minas suecas llegó a España; o desde Japón a la India y a China, donde los yacimientos se habían agotado hacia 1630 y la escasez de cobre ocasionaba considerables dificultades al sistema monetario. Aunque su propia producción estaba creciendo, en Irán una importante fuente de suministro fue la fundición de copecas rusas, acuñadas con cobre del Ural, que entraron al país por el comercio. El cobre japonés fue transportado en barcos de la compañía neerlandesa de las Indias Orientales a la India, donde en el siglo XVIII llegó también cobre europeo y persa. En cantidades menores, cobre sudamericano fue enviado a España. Para el bronce de sus cañones, los otomanos compraron estaño en Inglaterra. Del espacio malayo-indonesio se exportaban grandes cantidades de estaño a China, comercio en el que la VOC neerlandesa competía con comerciantes chinos o de otra procedencia asiática, y más tarde también con ingleses.

Tintes caros como el añil de Guatemala, Carolina del Sur, Jamaica y la India o la cochinilla mexicana llegaron a los productores de textiles en todo el mundo, cuyas telas teñidas a la vez se comerciaban en todas partes. En el siglo XVIII, la gama de los productos que circulaban por el globo se amplificó.

Desde la emergente pampa rioplatense crecieron las exportaciones de cuero. Suecia se volvió un importante exportador de hierro que abasteció sobre todo a Inglaterra y vendía anclas de producción doméstica para los barcos del mundo. Después de 1770, el hierro ruso les hizo una fuerte competencia a los suecos en el suministro de la incipiente industria pesada británica.

Un ejemplo fascinante lo ofrece el tabaco, estudiado por Marcelo Carmagnani, Carlos Marichal y Laura Nater, entre otros. Esta planta americana se conoció en el Viejo Mundo poco después de los primeros viajes trasatlánticos, pero su uso tardó en masificarse. Las importaciones en Europa subieron, entre 1661 y 1775, de 7 000 a 50 000 toneladas al año —más tarde, como consecuencia de las revoluciones atlánticas, sufrirían una baja—. El exportador más importante fue originalmente Virginia, mientras que cantidades menores salían de Brasil, en su mayor parte, a África mediante el tráfico negrero, y otras tantas de Cuba a España. En Castilla y Aragón la elaboración y la venta del tabaco fueron organizadas en un monopolio real. La famosa fábrica de Sevilla, originalmente puesta en renta, fue administrada directamente por la Corona, a partir de 1684. En América, el monopolio de tabaco se estableció inicialmente sólo en Perú, mas después de la derrota española en la guerra de los Siete Años, se organizó también en la Nueva España y algo más tarde en Buenos Aires y en Chile. Especialmente el eje México-Cuba-España pronto se volvió una permanente fuente de dinero, si bien sufría altibajos durante las guerras de la segunda mitad del siglo XVIII. México produjo tabaco para su creciente mercado interno. Pero sobre todo transfería desde principios del siglo XVIII considerables montos de sus ingresos fiscales a Cuba para financiar la compra de las hojas de tabaco de los cultivadores privados. La mayor parte de la cosecha cubana fue enviada y elaborada en Sevilla. El monopolio de tabaco español fue una de las empresas más grandes de su época. En todo el

Imperio se empleaban miles de trabajadores en la producción y la venta de puros, cigarros y rapé: alrededor de 1800, en la fábrica sevillana y en la de la Ciudad de México, entre 5 000 y 8 000 trabajadores. Las ganancias del monopolio sumaban más o menos la cuarta parte de los ingresos metropolitanos, un importante aporte al financiamiento del Imperio. En Ámsterdam, a principios del siglo XVIII, trabajaban 3000 personas en las fábricas de tabaco y 4 000 en la producción de pipas, lo que era cerca del 7% de los trabajadores en el sector de la producción.

COMERCIO Y TRANSFORMACIÓN ECONÓMICA

De todos estos ejemplos de conexiones establecidas por el comercio transregional y transcontinental, emanaron vínculos con diversos ámbitos de las sociedades productoras y consumidoras (*backward linkages* y *forward linkages*, para usar los términos clásicos de Hirschmann), que acarrearon transformaciones duraderas en las regiones afectadas.

Las demandas del transporte

El incremento en el tráfico de mercancías requería de una infraestructura cuyo desarrollo, servicio y mantenimiento estimularon la evolución de muchas regiones. En primer lugar hay que pensar en el transporte. En la década de 1560, por ejemplo, buques flamencos de Amberes realizaron transportes entre Portugal y Brasil, y antes del fin del siglo, a partir de la decadencia de Amberes, empezaron a participar en este negocio barcos de Hamburgo y Lübeck, con frecuencia en alianza con empresarios neerlandeses. Pronto navíos neerlandeses prestaron sus servicios en todos los mares, con lo que se distinguieron de los otros imperios marítimos mucho más herméticos. Los fletes

que cobraron les ayudaban a reducir el déficit en metales preciosos del comercio europeo con Asia. Del siglo XVI al XVIII las capacidades del transporte aumentaron enormemente (cuadro 6.1). Como han documentado Jan Lucassen y Richard W. Unger, en el paso del siglo XVI al XVII, en los barcos neerlandeses trabajaban 33 000 marineros; en los ingleses, 16 000; en los de las ciudades hanseáticas, 10 000; a finales del siglo XVIII eran 105 000 en la flota mercante inglesa, 55 000 en la francesa y casi 40 000 en las escandinavas.

Los barcos necesarios para mantener el tráfico procedían de astilleros dispersos por todo el mundo. Basta leer el informativo artículo de Yaşar Eyüp Özveren. Los costos de producción eran regionalmente muy diferentes y dependían en primer lugar de las condiciones salariales y de la disponibilidad de madera. Las potencias coloniales europeas aprovecharon con frecuencia las posibilidades de producir de forma barata las que se ofrecían en sus territorios ultramarinos. Con el tiempo, buques de Cuba o de Nueva Inglaterra se volvieron muy importantes en las flotas mercantiles de España e Inglaterra. Según Allan Kuethe y José Manuel Serrano, de los 169 barcos de guerra construidos durante el siglo XVIII en astilleros españoles, 74 fueron lanzados al agua en La Habana, entre ellos el navío de línea más grande de sus tiempos, el Santísima Trinidad, hundido en la batalla de Trafalgar en 1805. En Goa, en la India, los portugueses pronto fabricaban enormes barcos con la madera de teca, extraordinariamente idónea para tal uso; su diseño, aún en el siglo XVI, dejó su impronta en los trabajos de los astilleros hindúes en la India y musulmanes en Aceh. También las otras potencias europeas siguieron este ejemplo, y a finales del siglo XVIII los mejores barcos de la East India Company fueron producidos en Bengala. Desde finales del siglo XVII, los portugueses construyeron muchos buques para las rutas a África y Europa en Brasil, y a finales del siglo XVIII, eran más que los fabricados en Portugal. Entretanto, los navíos mismos se convirtieron en importantes mercancías.

Cuadro 6.1. Tamaño de las flotas mercantiles europeas (en toneladas)

	Portugal	*España*	*Países Bajos*	*Inglaterra*	*Francia*	*Dinamarca*	*Suecia*	*Liga Hanseática*
1503			38 000					
1532			60 000					
1565			160 000					
1570								110 000
ca. 1585	75 000-100 000	175 000	250 000-300 000	67 000				
1607			300 000					
ca. 1630				115 000	50 000-60 000			50 000-60 000
1636			310 000					
1664					60 000			
1670			400 000		80 000			
1676			900 000					104 000
1686				340 000	140 000			
1725			500 000					
1750			365 000					
1761				500 000				
1775				700 000				
1780			400 000					
1786-87*	84 843	149 460	397 709	881 963	729 340	386 020	169 279	101 347

* Los barcos estacionados en los territorios ultramarinos no están incluidos en estos datos.

Fuente: Hausberger, *Die Verknüpfung der Welt*, p. 102.

En el siglo XVII, los astilleros de Zaandam, en Holanda, eran los líderes de la producción mundial; hacia 1650 recibieron cada año pedidos de Francia, Italia, España, Dinamarca y Suecia, además de entre 250 y 350 encargos de parte de la marina mercantil neerlandesa. Hacia finales del siglo XVIII, en la flota mercante española navegaban cada vez más barcos de producción norteamericana, que con frecuencia se adquirieron usados y baratos en el Caribe.

La construcción naval requería miles de trabajadores y enormes cantidades de madera, hierro, cáñamo para las cuerdas, lino para las velas, brea para calafatear los cascos de los barcos y, desde el tardío siglo XVIII, cobre con que se cubrían para evitar que se les pegaran conchas, como la broma. El suministro de grandes volúmenes de madera se encarecía mucho a causa de los costes de transporte. A pesar de ello, los portugueses tempranamente importaron madera de teca de la India, pero como ya hemos visto también la usaban en los astilleros locales en Goa. Las fuentes de abastecimiento más importantes para la construcción naval europea siempre eran las zonas cercanas, como Escandinavia y el Báltico. Francia consiguió madera también en Albania y en las costas del mar Negro. En comparación, las importaciones desde América eran más bien escasas: entre 1788 y 1792 constituyeron únicamente uno por ciento de las compras en el Báltico. Una vez fundado San Petersburgo, la nueva ciudad se erigió como importante puerto de exportación de madera; la muy demandada madera de roble llegó desde la lejana región de Kazán aprovechando las vías fluviales. En Inglaterra o Francia, sólo los troncos para los mástiles se importaban con regularidad desde América. Pero también las reservas de madera en los bosques del *hinterland* de Boston para la construcción naval novoinglesa mermaron ya hacia 1740, mientras que comerciantes de Nueva York organizaron campañas de taladores ilegales en Campeche.

Para reducir los costos se introdujeron, primero en Venecia y después en los Países Bajos, procesos de producción estandarizados. Una parte de la larga supremacía neerlandesa en la construcción naval se derivaba del empleo de energía hidráulica o de viento en los aserraderos, en los que se cortaban los tablones requeridos. En Inglaterra, la resistencia de los aserradores a la mecanización de su trabajo impidió su introducción hasta 1769. Los astilleros ingleses, por consiguiente, importaban cada vez más tablones en vez de troncos y fomentaron, de esta manera, el surgimiento de aserraderos en diferentes zonas boscosas. Se cuenta que en Maine el primero fue construido en 1623, y cien años más tarde el serrar manual había desaparecido de Nueva Inglaterra. Después de 1680, los franceses colocaron aserraderos en Canadá. Todavía en el siglo XVII, empresarios ingleses los introdujeron en Arcángel, en el mar Blanco, y en la década de 1690 empezaron a trabajar los primeros en Finlandia. En el siglo XVIII, toda la explotación forestal de Noruega funcionaba con aserraderos, por lo cual ya no suministraba a los Países Bajos, sino que casi toda la producción iba a Inglaterra, pues los neerlandeses siguieron con su política de no importar tablones.

Pero no sólo la construcción de barcos estimulaba el comercio y la innovación técnica. Muchos puertos fueron inaugurados o ampliados y asegurados con fortificaciones. Luego se convirtieron en centros urbanos, que debían ser abastecidos desde sus alrededores o desde el mar. Dentro del contexto novohispano, al respecto se puede referir la monumental investigación de Antonio García de León sobre Veracruz. Para conectar los puertos con su *hinterland* se requirieron carreteras, puentes o canales y sistemas de transporte.

La formación de espacios económicos: el mercado interno colonial y la economía de plantaciones

El desarrollo de la economía de madera ilustra la formación de una división de trabajo regional a nivel global. Diversas regiones atendían demandas específicas, con frecuencia desde grandes distancias. De esta suerte, fueron vinculados territorios con diferentes condiciones naturales, formas de producción y órdenes sociales. En algunas regiones, como ya en la Edad Media en las ciudades italianas, luego en Flandes, en Inglaterra o en Bengala, la exportación indujo un sostenido crecimiento económico. La compleja interacción entre demanda y oferta sólo muy parcialmente produjo una homogeneización de los sistemas productivos, pero ocasionó alteraciones y transformaciones persistentes. En algunos casos, la cooperación interregional tomó un carácter sistémico, dando origen a la formación de amplios espacios económicos.

El primer ejemplo sería la América española. Carlos Sempat Assadourian ha descrito cómo a partir del siglo XVI, en el virreinato de Perú, se desarrollaba un espacio económico estimulado por la minería de plata. Su centro político-administrativo era Lima, mas la ciudad minera de Potosí, con su legendario Cerro Rico y sus 160 000 habitantes aproximadamente a principios del siglo XVII, le proporcionó su dinámica. De Potosí y de la capital virreinal emanó una creciente demanda de trabajo, inversiones y bienes de consumo y de producción. Alrededor del eje Potosí-Lima se formó un mercado de bienes, trabajo y capital, el cual Assadourian ha llamado "mercado interno colonial". Éste abarcaba el territorio, en términos de las actuales demarcaciones, de Perú, el centro y norte de Chile, Bolivia, el norte de Argentina y Paraguay, espacio que fue subordinado a los intereses y demandas de la extracción de plata. En sus subregiones sin bienes idóneos para el mercado mundial, la minería estimulaba la producción para la demanda interna.

En el sector agropecuario, por lo común, se mantuvo la producción de subsistencia como base de vida de la población, tanto en las comunidades indígenas como en las haciendas de los españoles. Pero, además, el altiplano andino envió a Potosí llamas; los valles más templados, diversos productos agrarios; las zonas más calientes, sobre todo las hojas de coca. Paraguay producía la yerba mate; algunas zonas en el norte argentino, ganado, mulas y cueros; Chile, vino y, partir del tardío siglo XVII, trigo. El valor de todos estos productos consumidos en Potosí superó el de las mercancías importadas. Las provincias del altiplano entre Potosí y Cuzco fueron, además, obligadas a enviar cada año miles de trabajadores a las minas del Cerro Rico, en el marco organizativo de la mita. Estos operarios se reproducían en el sector de subsistencia de sus comunidades de origen, que de esta manera adquirió una función global y fue defendido y conservado por las leyes reales. Aparte del traslado anual de mitayos, se originó un flujo descontrolado de migrantes libres que buscaban sustento en Potosí, en otras minas menores o en las ciudades. Este sistema no constituyó un mercado libre, sino que se formó en la compleja interacción entre impulsos producidos por la demanda y masivas intervenciones políticas —que nunca lograron imponer del todo lo que pretendían—.

El mercado interno colonial no formó ningún orden estático, sino un sistema dinámico de división de trabajo regional. Transformaciones demográficas, cambios climáticos, reformas administrativas o fluctuaciones productivas de la minería —como la crisis de Potosí a partir de mediados del siglo XVII— modificaban regularmente las relaciones entre las regiones. El modelo de Assadourian ofrece un patrón explicativo abierto que no se cierra a diferenciaciones empíricas sino que, más bien, las exige. Por lo tanto, con las necesarias modificaciones, el modelo del mercado colonial andino se puede aplicar también a otras regiones americanas. Sus pilares, la construcción del sistema económico alrededor de un producto de exportación y la regionalización

del espacio como resultado de la demanda interna suscitada por el sector de exportación, parecen regir el desarrollo también en regiones como la Nueva España o la Nueva Granada, aunque en ellas faltaran centros dominantes del rango de Potosí. En Brasil, en el siglo XVIII, se formó un mercado interno alrededor de la producción de oro en Minas Gerais, e igualmente las plantaciones de azúcar fueron polos de redes de abastecimiento similares, aunque de menor extensión.

Incluso se podría plantear la pregunta sobre si las colonias inglesas del Atlántico Medio y de Nueva Inglaterra no dependían o, por lo menos, se beneficiaban ampliamente de su función de abastecedoras de las plantaciones del Caribe. En la bibliografía se encuentran muchos indicios que apoyan esta idea. Hasta la década de 1730, la mayor parte de las exportaciones de Filadelfia se vendían al Caribe, sólo después crecieron los negocios con las islas británicas, con el sur de Europa y con las otras colonias inglesas en Norteamérica. Pero aún entre 1768 y 1772 el 64% de las exportaciones de Nueva Inglaterra y el 44% de las colonias del Atlántico Medio tenían su mercado en el Caribe; de las novoinglesas, además, el 4% se destinó a África. Si detallamos el análisis por ramas económicas, desde Nueva Inglaterra, el 99% de las exportaciones de ganado, el 88% de la madera y el 79% de la harina y de los cereales se colocaban en las islas británicas del Caribe. A esto se agrega un floreciente contrabando con las plantaciones francesas.

Los circuitos del mercado interno colonial hispanoamericano estaban conectados con la red de las rutas mercantiles transoceánicas. Para que la plata se pudiera distribuir por el globo mediante el comercio, la previa ampliación de la circulación interna era esencial. Incluso un centro tan potente como Potosí, si hubiera funcionado como enclave en una economía agraria premoderna, directamente conectado con el mercado mundial, no habría sido suficiente para consumir todos los bienes de importación, cuya compra era necesaria para canalizar al ex-

terior las enormes cantidades de plata sacadas del Cerro Rico. Sólo por la previa distribución de la plata en el espacio andino, la demanda americana alcanzó la magnitud necesaria para que los metales preciosos entraran a la circulación global sin mayor devaluación. Teóricamente, se hubiera podido remediar el problema reduciendo la oferta de importaciones para provocar una drástica alza de precios, lo cual devaluaría el valor de la plata en América. Tal política hasta cierta medida se aplicó, pero no era posible exagerarla sin estimular aún más el contrabando con los poderes competidores europeos de España.

Para efectuar la salida final de la plata, ésta fue reunida por los grandes comerciantes americanos que controlaron las importaciones y dirigida al exterior por algunos pocos canales. Uno iba desde Perú, pasando por Panamá, a Europa o a Acapulco y desde ahí a Asia; otro iba desde Potosí a través de Buenos Aires al comercio de esclavos, y otro ilegal, a Brasil; en todas estas conexiones, licenciadas o prohibidas, prosperó el contrabando. De esta forma la plata llegó a las redes de distribución del Viejo Mundo; en gran parte, terminó fluyendo a China. Al igual que el intercambio de la totalidad de la plata por mercancías en las minas no hubiera funcionado y fue necesaria la circulación de la plata por el mercado interno colonial, así circulaba la plata también por Europa para introducir la demanda de todo el continente en el largo comercio con Asia. Pero, al final, la plata también en Europa confluía en tres rutas principales por las que salía a Asia: en la ruta del Cabo a la India, la del Mediterráneo al Levante y la del Báltico (que siempre tuvo un balance comercial positivo con Europa Occidental) al interior de Asia. El sistema de los circuitos globales de mercancía y metales preciosos estaba bien establecido a finales del siglo XVI, para ampliarse en los dos siglos siguientes.

La economía de plantaciones tuvo repercusiones incluso más radicales. Ya hacia finales del siglo XV, los portugueses establecieron plantaciones de azúcar en sus islas en el Atlántico

oriental. Más tarde hubo plantaciones neerlandesas en el sureste de Asia, pero las más famosas fueron las que se fundaron en América, entre Brasil, el Caribe y el sur de los actuales Estados Unidos. En todo este espacio se impusieron similares sistemas de producción, aunque sus partes estuviesen dominadas por diferentes potencias europeas. Este desarrollo empezó en el siglo xvi, se consolidó en el xvii y alcanzó su plenitud en el xviii. Se produjo tabaco, arroz, añil, algodón, café y, ante todo, azúcar, cuyo cultivo se expandió de las islas atlánticas de los portugueses a Brasil y al Caribe. En los territorios españoles la caña de azúcar se cultivó particularmente en Cuba, pero a principios del siglo xviii su producción no pudo hacer frente a la competencia de Brasil y del Caribe no español. Los cultivadores cubanos, por consiguiente, se dedicaron cada vez más al tabaco, cuya calidad tenía una excelente fama como para poder competir con la oferta de la Virginia inglesa, que durante mucho tiempo dominó los mercados. Sólo en la segunda mitad del siglo xviii, Cuba volvió al azúcar y, después de la revolución de Haití, llegó a ser el productor mayor del mundo. La concentración en un solo producto de exportación iba a costo de la producción de subsistencia. Por lo tanto, alrededor de las plantaciones había que organizar redes de suministro para asegurar la alimentación de los trabajadores y el abastecimiento con bienes de producción.

La economía de plantaciones debía su éxito a la explotación indiscriminada del ambiente natural y de los trabajadores, cuya forma más extrema y más extendida era la esclavitud. Había esclavos, en diferentes condiciones legales, en todo el espacio musulmán y en Asia Suroriental y Central. En la segunda mitad del siglo xv, muchos guanches —la población original de las islas Canarias— fueron vendidos a Marruecos y Europa; entre 1400 y 1860, en Valaquia y Moldavia se esclavizó un gran número de romas. El Estado da Índia portugués dependía del servicio de esclavos africanos y asiáticos; a la Batavia neerlan-

desa, en los siglos xvii y xviii, fueron desplazados hasta 300 000 esclavos desde las costas del mar Arábigo, Timor y la península malaya y vendidos a hogares privados y a las plantaciones de Asia Suroriental. Pero sobre todo se dio un enorme aumento del comercio negrero trasatlántico. Como una de sus consecuencias, África fue firmemente conectada a los circuitos de intercambio globales, con inmensos costos humanos, culturales y sociales. En el siglo xvi, 200 000 esclavos fueron transportados a América; en el siglo xvii, ya 1.5 millones, y en el siglo xviii, 6.5 millones (véase cuadro 7.3); hay que anotar que estos números constituyen estimaciones más bien conservadoras. Michael Zeuske ha señalado que, si se toma en cuenta el precio de venta, las personas afectadas constituyeron una de las mercancías más importantes del temprano comercio lejano.

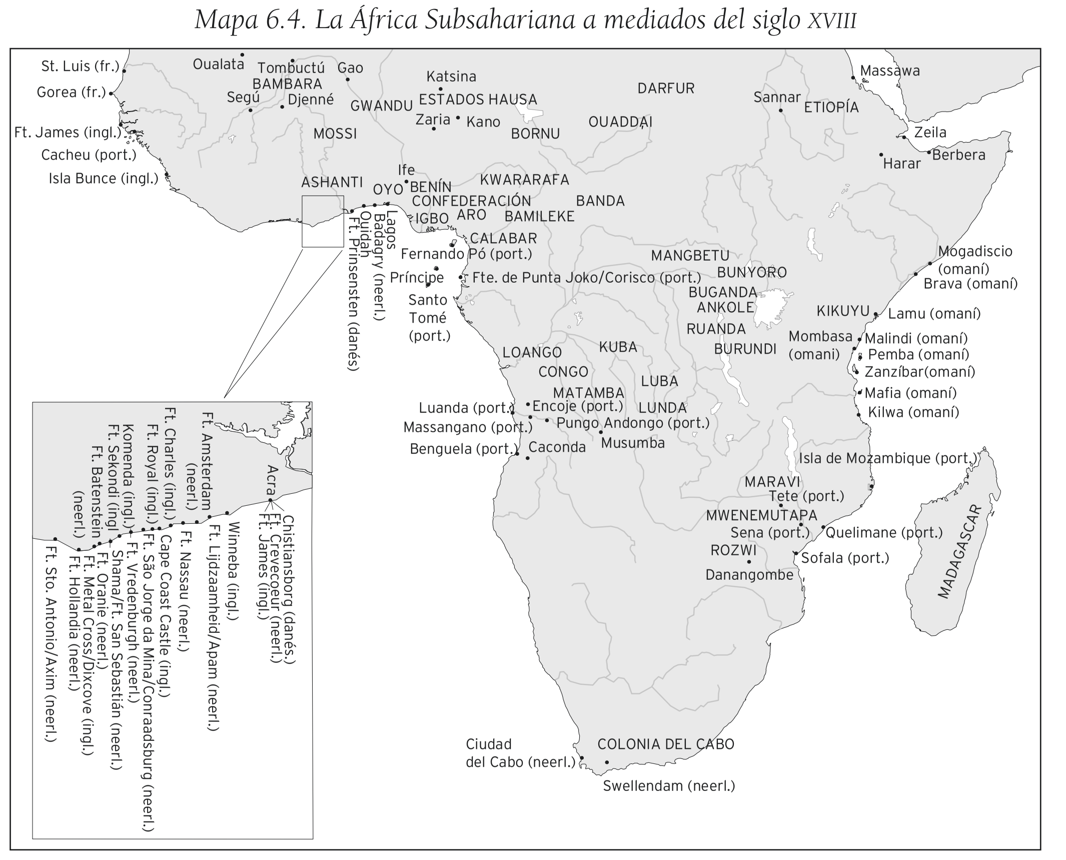
En el negocio con hombres africanos participaban actores de la misma África, de América y de Asia, pero sobre todo de Europa. En un comercio triangular iban mercancías manufacturadas de Europa a África, esclavos a América, y azúcar y dinero-metales preciosos a Europa, donde el azúcar se vendió por dinero. Con los ingresos se volvieron a adquirir mercancías europeas o asiáticas para enviarlas a África a precios muy elevados. Según Linda Newson y Susie Minchin, los portugueses calcularon el valor del hierro en un 1 200% y el de textiles en un 100% por encima del nivel europeo. A los comerciantes europeos, a pesar de los altos costos de transporte y los elevados riesgos, por lo general les quedaba una ganancia y les era posible desviar a otros negocios una parte de los ingresos generados por el comercio triangular. Hay debates sobre la importancia de este rendimiento para la economía británica. Sin duda, en el comercio triangular se ganó mucho dinero que la Europa noroccidental necesitaba para el deficitario comercio con Asia, pues con la venta de los productos de las plantaciones en el resto de Europa y de esclavos en América se obtuvo plata. La mayoría de los historiadores no cree que el beneficio

logrado realmente facilitara el capital necesario para la industrialización inglesa, como en su momento había argumentado Eric Williams. Pero, en todo caso, el comercio de esclavos fue una lucrativa empresa, de la que se benefició toda la *city* de Londres y algunos puertos, como Nantes, Burdeos, Bristol o Liverpool. Los fundadores de la banca de los *Baring Brothers*, que llegaron desde Alemania a Londres hacia 1720, amasaron su fortuna mediante el comercio negrero, de la misma manera que Alexander y David Barclay, que una vez enriquecidos, como cuáqueros, se convertirían en activos abolicionistas. Incluso inversionistas de Noruega o de Suiza participaron con ventaja en la trata de esclavos. En África oriental, en el siglo xvii, los árabes de Omán lograron dominar el envío de esclavos hasta la India.

Por medio del comercio, una amplia gama de productos de las más diversas procedencias entraban en África. Para adquirir esclavos u oro en África Occidental, los portugueses empleaban textiles de Europa, de Marruecos o del Benín como medios de intercambio. Además enviaron cargamentos de cauries, que entre los africanos se usaban como monedas. La tercera parte de las mercancías comerciadas por los portugueses eran productos de metal: en la primera mitad del siglo xvi, aparte del hierro, alrededor de 45 toneladas de cobre y latón al año. Un siglo más tarde, los neerlandeses traficaban un volumen diez veces mayor. Ellos y sus competidores ingleses aumentaron el negocio de forma continua. También entre las exportaciones británicas a África, predominaban originalmente el hierro y el cobre así como los cauries, pero a finales del siglo xvii textiles y armas de fuego se volvieron las mercancías más importantes. En el océano Índico los neerlandeses adquirieron a los esclavos sobre todo con textiles de la India, que más tarde llegaron en grandes cantidades también a África Occidental.

En el Imperio jólof, en Senegambia, antes de la llegada de los portugueses existían formas de producción similares a las plantaciones y basadas en el trabajo esclavo; Michael Zeuske

Mapa 6.4. La África Subsahariana a mediados del siglo XVIII



Fuente: Hausberger, *Die Welt im 18. Jahrhundert*, p. 75.

opina que los europeos aprendieron mucho de ellos al organizar su propio sistema esclavista. En todo caso, el comercio negrero de los europeos siempre suministró también esclavos para África. Los negocios de los europeos no dejaron de depender de las redes de intercambio existentes, que se extendían hasta el interior del continente. En todas partes, los europeos tuvieron que ponerse de acuerdo con actores autóctonos. La mayoría de sus fortines en las costas estaban nominalmente subordinados a potentados africanos. La creciente exportación pronto empezó a transformar de forma duradera muchas zonas costeras de África. Los portugueses habían distribuido y revendido muchos textiles africanos a lo largo de la costa; su producción, sin embargo, luego fue dañada por la masiva entrada de telas europeas e hindúes. Algunas regiones se especializaban del todo en el tráfico de personas, con profundas consecuencias. En África Occidental, en el Congo y en Angola se dio una militarización de las sociedades y la destrucción del equilibrio de poder entre ellas. En África Occidental los soldados de Estados como Dahomey, Oyo, Asante, Segu y Lunda emprendieron campañas a su *hinterland*, capturaron esclavos y compraron con las ganancias, entre otras cosas, nuevas armas para fortalecer su poder.

PRODUCCIÓN Y CONSUMO

Los circuitos de mercancías globales fueron nutridos en importante medida por la producción de las plantaciones y por los bienes asiáticos, y lubricados por los metales preciosos americanos. Su impacto en los sistemas productivos se puede observar en cuatro niveles: *1)* La creciente demanda por productos específicos en diversas partes del mundo impulsó la especialización regional, tal como lo acabamos de ver con los ejemplos del mercado interno colonial y de las plantaciones. Mientras

que había que realizar la minería donde se encontrasen los recursos deseados, a las plantaciones se les podía buscar el lugar más adecuado. La Compañía de las Indias Orientales neerlandesa en el siglo xvii empezó a centralizar la producción de ciertos productos donde las condiciones fuesen las más favorables. Por ejemplo, plantó caña en Java para después vender azúcar en Irán. Como consecuencia, poco a poco se hicieron sentir procesos de sustitución de producción, por los que regiones tradicionales de producción fueron desplazadas de los mercados. En el siglo xvii, por ejemplo, el café procedía casi en su totalidad de Yemen. Mientras que los ingleses probaron su cultivo con reducido éxito en Ceilán, los neerlandeses llevaron los arbustos de café *ca.* 1690 a Java y, desde allí, por intermediación del jardín botánico de Ámsterdam, en 1714 a Surinam. Otras plantas, desde Ámsterdam, llegaron a París y a la Guayana francesa. De esta suerte, después de 1720, dentro de pocos años las cosechas javanesas eliminaron la producción yemení de los mercados occidentales —su venta en el Medio Oriente se mantuvo—. El comercio de café no dejó de crecer, y después de 1740 las mayores cantidades procedían de América. A finales del siglo xviii el 94.8% de las importaciones en Europa procedía de Surinam y del Caribe, en primer lugar de la Saint-Domingue francesa (Haití). Las formas de producción nunca se homogeneizaron. En Java los neerlandeses obligaban a la población autóctona a plantar los cafetos, cuyo cuidado resultó una considerable carga a las economías familiares; e igualmente la producción de té, en China, y la del añil en Guatemala fue realizada en el marco de la producción campesina, fuera del sistema de plantaciones. Mas el modelo más exitoso era, por más o menos dos siglos, el de las plantaciones esclavistas.

2) En muchas partes se observa la sustitución de importaciones de productos agrarios y manufacturados. A causa de los altos costos de transporte y las prácticas monopólicas que elevaron considerablemente los precios, así como por las políticas

mercantilistas para minimizar las importaciones, la elaboración de ciertos productos y las tecnologías necesarias para ella se dispersaron regionalmente. Esta tendencia, que afectaba, en primer lugar, artículos baratos y de gran consumo, empezó en el siglo XVI. Los textiles de baja calidad pronto ya no se traficaban a través del Atlántico, sino que fueron producidos con tecnología europea en América misma. Las transferencias tecnológicas ocurrían también en la producción de armas y en la minería. La confección de armas de fuego se emprendió en muchas partes, aprendiendo, por ejemplo, de los otomanos y, sobre todo, europeos.

En el siglo XVII fumar tabaco estaba ya tan difundido en toda Eurasia, entre Inglaterra y Japón, que ni siquiera con contramedidas y represalias se pudo extirpar la nueva moda. Plantaciones en Virginia y luego Cuba abastecieron el mercado global. Además, en muchas partes se empezó a cultivar tabaco, también fuera de los territorios bajo control europeo. En Zimbabue y en la India la planta se introdujo en la primera mitad del siglo XVII. Las nuevas regiones de cultivo exportaron por su parte, por ejemplo Irán, a diferentes áreas de Asia. El Imperio otomano hacia 1700 ya cubría su propia demanda, y pudo prescindir de las importaciones americanas, adquiriendo sólo pequeñas cantidades de Irán. También en varias regiones europeas, en particular en el climáticamente favorecido Mediterráneo, se introdujo el cultivo de tabaco.

Un desarrollo fascinante lo experimentó la producción de seda. En el Imperio bizantino y en Italia, ya en la Edad Media, y en Francia, España, México o Virginia, en los siglos XVI y XVII, se intentó la crianza de la mariposa de seda. En Italia o en Lyon se hizo con bastante éxito, pero aun así los productos italianos y franceses no podían competir con la calidad de la seda asiática. En México, las comunidades indígenas de la Mixteca se dedicaron a la producción de seda a partir de 1540. Pero el pequeño auge de estos esfuerzos terminó dos o tres décadas

después, como consecuencia de la catástrofe demográfica de los indígenas americanos y del inicio de las importaciones directas de seda china por el galeón de Manila. En el siglo XVII Bengala se convirtió en una importante zona productora de seda. En el Imperio safávida la seda era probablemente el producto de exportación más importante. Si bien las ventas en el océano Índico disminuyeron después del derrumbe del Imperio en 1722, se mantuvo el mercado en el interior de Asia. A nivel internacional las sedas chinas e hindúes terminaron siendo las más importantes. La difusión de la producción de seda fue acompañada por la transferencia de saberes y tecnologías. Después de que en la Baja Edad Media (si no antes) habían llegado los métodos de producción chinos al Occidente, en el siglo XVIII se introdujeron en diferentes partes del mundo (con diferentes historias de adaptación) las nuevas tecnologías piamonteses.

Hay que tematizar también la propagación del cultivo de numerosos productos alimenticios. No fue ninguna sustitución de importaciones en el estricto sentido de la palabra, pues nunca habían sido comercializados por largas distancias en cantidades considerables. Su gran trascendencia radica en que su cultivo fuera de sus regiones de origen provocó cambios durables en la vida cotidiana de una gran parte de la humanidad. Por supuesto, no se trataba de ningún fenómeno nuevo pues, desde los inicios de la agricultura y de la ganadería, plantas de cultivo y animales domésticos se propagaron. En el espacio euroasiático-norteafricano la difusión recibió un impulso con la expansión del islam en el siglo VIII. A partir del siglo XVI, los españoles introdujeron los cereales europeos y la ganadería en sus territorios americanos. Se dio un intensivo intercambio trasatlántico de plantas, como el trigo, el arroz y la cebada en una dirección, y el maíz, la papa, la mandioca o el camote en otra, y lo mismo ocurrió con una amplia gama de frutas y legumbres. En 1569 los españoles llevaron las primeras palmas de coco a la costa del Pacífico mexicano, donde se extendió rápidamente.

Deborah Oropeza cuenta que en 1647, en una plantación cerca de Acapulco, crecían 42 000 palmas y se empleaban 20 esclavos, en su mayoría de las Filipinas, para producir vino de coco.

Desde los inicios de sus empresas marítimas, los portugueses llevaron plantas y animales a las costas de África Occidental, donde complementaron la agricultura tradicional. En São Tomé parece que los portugueses ya hacia 1540 plantaron maíz, y todavía en el siglo XVI hicieron lo mismo en sus bases en África Oriental. En el siglo XVII el amplio cultivo del maíz está documentado en varias regiones africanas subsaharianas, por ejemplo, en el reino del Congo. En el temprano siglo XVII también la mandioca llegó al África portuguesa. Su difusión en el interior avanzó sólo lentamente, pero en las costas pronto formó parte de la cultura cotidiana y fue un importante alimento para los esclavos que esperaban en los puertos su transporte a América.

En Europa, el cultivo de maíz está documentado, en el siglo XVI, para algunas partes de la península ibérica e Italia; en el siglo XVII se propagó al sur de Francia y a Europa suroriental. Al mismo tiempo, la papa se afincó en partes de España y de Irlanda. En Viena la papa se conoció a finales del siglo XVI, pero tardó dos siglos para incorporarse a la dieta básica. En la India de los mogoles el maíz fue introducido entre 1600 y 1650. En el siglo XVIII estos cultivos abarcaban cada vez mayores territorios. En China el maíz y el camote posibilitaron un enriquecimiento significativo de la base alimenticia, y contribuían de esta manera a su constante crecimiento demográfico; un desarrollo análogo se observa en las islas del Pacífico y en Nueva Zelanda.

3) Aparte de la sustitución de producción y de importación, hay que destacar un fenómeno que Maxime Berg ha llamado la "producción imitadora". Desde la Edad Media —si no es que desde antes— productos del lejano Oriente como la seda y la porcelana tenían, en Occidente, un alto valor simbólico. Su posesión proporcionaba prestigio tanto por razones estéti-

cas como sociales. El comercio global reforzaba tales modas y estimulaba de esta suerte programas de innovación, que tenían como objetivo reproducir los productos de lujo importados. En el siglo XVI, en el Irán de los safávidas se había aplicado una política de este tipo; se llevaron expertos chinos para que perfeccionaran la cerámica persa y la adaptaran a los gustos dominantes para impulsar la exportación. En México prosperó, desde el siglo XVII y sobre todo en el XVIII, la confección de biombos de estilo japonés, que pertenecían a los enseres habituales de las clases altas. Los europeos, por lo general, no importaban las tecnologías y procesos de producción, sino que desarrollaban sus propios métodos de confección. De esta suerte, surgió toda una gama de nuevos productos. Casi todas las casas reinantes europeas fomentaban el establecimiento de manufacturas de porcelana, lo que producía un caro producto de lujo. Para que se asemejara en la medida de lo posible al original chino, se invirtió considerablemente en investigación. De estas diligencias se originó en Inglaterra, en la segunda mitad del siglo XVIII, la producción industrializada de un nuevo tipo de vajillas de loza, que se exportaban en gran cantidad. El comercio con bienes de lujo tuvo, de esta manera, consecuencias que no se dejan comprender con la mera cuantificación de las mercancías vendidas.

4) Por último, el consumo creciente con frecuencia no implicaba la demanda de un solo producto, sino demandas en cadenas, lo cual originaba, de esta suerte, un conjunto de producciones. A los europeos el té o café les gustaba sobre todo endulzado, y así su creciente consumo fue acompañado por el incremento de las ventas de azúcar. Además, el té chino quería ser saboreado en porcelana china (o, por lo menos, de algo que se le pareciera). De esta manera, el consumo de té, café o tabaco estaba insertado en diferentes modas culturales, la *chinoiserie* o la *turquerie*, y los utensilios usados correspondían a una estética oriental. Quien contara con suficiente dinero compraba los productos originales ofrecidos por el comercio lejano, y quien

no, podía recurrir a las imitaciones. Para fumadores de tabaco pobres, quienes posiblemente consumían hojas cultivadas localmente, se fabricaban enormes cantidades de pipas de barro en Gouda, en Holanda o en Bristol, en el sur de Inglaterra. Según Jan de Vries, fueron el primer producto de usar y tirar (aunque compiten, según Benedict Anderson, con los diarios, cuya impresión se masificó más o menos al mismo tiempo). En los restos del baluarte pirata Port Royal en Jamaica, destruido en 1692 por un terremoto, los arqueólogos han encontrada miles de esas pipas. Cuando a mediados del siglo XVIII, se puso de moda el rapé, este negocio decayó. En resumen, la producción, la distribución y el consumo de los productos mencionados estimulaban de múltiples maneras la producción manufacturera y el establecimiento de estructuras industriales (o protoindustriales).

INDUSTRIALIZACIÓN

¿En qué medida fue la industrialización un desarrollo inserto en las ya existentes relaciones globales? o ¿más bien fue un fenómeno específicamente británico o europeo? Como ya se ha señalado al principio de este libro, no pocos historiadores consideran la industrialización como el principio de la Historia Global propiamente dicha. Con ella cambió el orden del devenir histórico estructurado hasta aquel periodo de modo multipolar, y se cimentó la supremacía del Occidente por más o menos dos siglos. La industrialización transformaba, por lo tanto, la composición y el carácter de las redes relacionales construidas desde el siglo XVI.

La industrialización de la producción iba a la par de revolucionarias innovaciones tecnológicas que facilitaron la paulatina sustitución del trabajo manual por máquinas. En nuestro periodo sólo se experimentaron los principios de este proceso, aunque los antecedentes en forma de aparatos que aprovecha-

Mapa 6.5. La industrialización en Gran Bretaña



Fuente: Cameron, *Historia económica*, pp. 231, 246.

ban la energía eólica o hidráulica se daban desde mucho antes. La temprana introducción de las nuevas tecnologías de producción fue un fenómeno británico; sin embargo, a sus fundamentos científicos todo el continente europeo aportaba. Las innovaciones inglesas, como la *flying shuttle* (lanzadera volante, 1733) o la *spinning Jenny* (hiladora Jenny, 1764), revolucionaron la producción de textiles e iniciaron la industrialización, que sólo poco a poco se extendería por otras partes del continente europeo y después en el mundo. Su símbolo más importante fue la máquina de vapor, con la cual se experimentaba desde principios del siglo XVIII. En 1712 Thomas Newcomen diseñó la primera bomba minera propulsada con fuerza de vapor y, en 1776, James Watt presentó su versión mejorada, cuya fama de haber transformado el mundo persiste hasta hoy. En 1733 trabajaban en Inglaterra alrededor de 100 máquinas de vapor, en 1800 llegaron a ser 2 500. Estos artificios aún no eran muy eficientes y tardaron en difundirse fuera de Gran Bretaña, donde la energía era demasiado cara o el trabajo demasiado barato para justificar su instalación. Ya en 1726 empresarios mineros mexicanos habían importado una bomba de Newcomen, con altos costos y decepcionantes resultados. En 1775 trabajaban las primeras máquinas de vapor en los Países Bajos, en Alemania y en Rusia, y a finales del siglo estaban instaladas unas 100 en las minas de carbón de Bélgica y 70 en Francia.

Como se ha referido al principio de este libro, Robert C. Allen ha explicado el arranque de la industrialización en Gran Bretaña por la coincidencia de los altos costos laborales y los bajos costos energéticos, situación que hizo rentable la mecanización de los procesos de producción. Los salarios se beneficiaban, sobre todo, con las manufacturas textileras que desde mucho antes estaban fuertemente orientadas a la exportación. Las remuneraciones ofrecidas en las ciudades motivaron a pequeños propietarios de tierra a vender sus parcelas y trasladarse cerca de los empleos industriales. Los grandes propietarios

aprovecharon la situación para redondear y aumentar sus tierras, invertir en innovaciones y aumentar el rendimiento de forma sustancial. Sólo así fue posible alimentar a la creciente población que vivía fuera de la agricultura y, consiguientemente, se facilitó el fortalecimiento de estructuras protoindustriales.

El mercado británico, con su comparativamente elevada fuerza de compra, fue de gran importancia para que las manufacturas en vías de industrialización prosperaran; mas, por sí solo, tal vez hubiera sido demasiado pequeño para rentabilizar el aumento de la producción y las inversiones necesarias. Es aquí donde entra el papel de la exportación. Pero para poder exportar se requería un extranjero solvente que comprara la creciente oferta británica. En otras palabras: el mundo fuera de Gran Bretaña puede que haya sido atrasado y arcaico, pero sin el potencial de compra que representaba, a la incipiente industria inglesa probablemente le hubiera resultado difícil mantener su próspero rumbo. Asimismo, las manufacturas e industrias se abastecieron de materias primas claves en el exterior. Hemos mencionado arriba las grandes cantidades de hierro que provenían de Suecia y Rusia; desde la Edad Media las islas británicas importaron lana española, y más adelante la totalidad del algodón crudo llegó de territorios extraeuropeos. La industrialización se apoyaba en la creciente vinculación de diferentes partes del globo. Los espacios conectados hasta ese momento no se homogeneizaron y no se industrializaron, sin embargo, habían desarrollado una fuerza de compra suficiente como para adquirir los baratos productos industriales ofrecidos en cantidades cada vez mayores. Ahora, quedaría por ponderar —con más exactitud de la que yo puedo hacer aquí— en qué medida este desarrollo se debía al crecimiento de los mercados de venta y en qué medida al abaratamiento de la oferta.

Efectivamente, Inglaterra tenía una tradición exportadora desde la Edad Media. A mediados del siglo XVII, los tejidos ligeros que mezclaban lana con algodón aportaban casi

las tres terceras partes de las ventas en el exterior. Todos los trabajos realizados al respecto muestran que en el siglo XVIII las exportaciones crecieron marcadamente, y después de 1770 este desarrollo se aceleró. Según Price, alrededor de 1700 el 24% de la producción se exportaba, y hacia 1760 ya era el 35%. En algunos sectores estos valores eran incluso más altos: entre 1770 y 1774, el 40% del latón, cerca del 42% del hierro forjado y entre el 45% y el 50% de los tejidos fueron al extranjero. La información resumida por Findlay y O'Rourke muestra un crecimiento de las exportaciones manufactureras entre 1699-1701 y 1772-1774 del 119%; según Cuenca Esteban, entre 1787-1789 y 1816-1820, las exportaciones totales se incrementaron a 184%; sólo las de las telas de algodón aumentaron en este periodo en 1874% y, con un valor de más de 32 millones de libras, constituyeron en 1816-1820 el 63.4% del total. En el trienio de 1787-1789 los productos manufacturados de exportación más importantes aún habían sido los tejidos de lana, con valor de más de 6 millones de libras al año. Formaron el 35.4% del total de las exportaciones domésticas, delante de las telas de algodón (9.1%), los productos metálicos (5.7%) y los tejidos de lino (5.6%).

Pero ¿a qué mercados se destinaban? Desde luego, ya por la cercanía, las ventas europeas siempre fueron de gran importancia, aunque justamente para la industria textil, un sector clave de la industrialización británica, desde el siglo XVII las cantidades vendidas en Europa oscilaban bastante, y sufrieron mucho a raíz del bloqueo continental impuesto entre 1806 y 1814. Así, hay que considerar el peso del comercio con ultramar. Si miramos la información resumida en el cuadro 6.2, vemos que conforme avanzaba el siglo XVIII (y esto equivale a conforme avanzaba la industrialización británica), la importancia de los mercados europeos, aunque poderosa, estaba disminuyendo, y la de los de ultramar aumentaba. Sobre todo las ventas en América crecían, para rebasar a las del continente europeo durante las guerras na-

Cuadro 6.2. Destino regional de las exportaciones británicas (sin reexportaciones y sin flujos de metales preciosos)

	1699-1701	*1722-1724*	*1752-1754*	*1772-1774*	*1787-1789*	*1797-1815*	*1816-1820*
Europa Continental	82.6%	78.2%	61.8%	42.6%			
Europa y Levante					43.4%	28.3%	38.7%
Irlanda	2.2%	1.6%	3.4%	5.9%	8.8%	9.8%	8.2%
India y Oriente Lejano	2.9%	2.3%	10.0%	8.1%			
Asia					12.2%	8.3%	8.2%
América y África	12.3%	17.9%	24.8%	43.4%	35.7%	53.6%	44.9%
América (incluido Estados Unidos)					32.1%	51.7%	44.0%
Estados Unidos					14.4%	21.1%	17.2%
África					3.6%	1.9%	0.9%

Fuentes: Ronald Findlay y Kevin H. O'Rourke, *Power and Plenty*, tabla 5.4 (para 1699-1774); Javier Cuenca Esteban, "Comparative patterns of colonial trade. Britain and its rivals", tabla 2.3 (para 1787-1820).

poleónicas. El sur y este de Asia, en cambio, regiones a las que se presta tanta atención en la Historia Global actual, eran de importancia secundaria. Basta ver la investigación de Bowen para enterarse de que al Oriente siguieron fluyendo sobre todo los metales preciosos amonedados.

La importancia comercial de los productos asiáticos importados en Europa no se puede tratar en detalle, mas hay que destacar que su reexportación produjo al comercio británico altas ganancias. Mientras que la participación de las reexportaciones en las ventas totales que hizo el Reino Unido entre 1787-1789 y 1816-1820, en África, creció de 28.8% a 35.3% y, en Europa, de 26.5% a 28.1%; en América bajó de 12% a 8.8%, y en Estados Unidos de 11.5% a 5.4%, entre otras cosas, porque Estados Unidos había dejado de depender del comercio intermediario británico; sólo entre 1795 y 1806 la llegada de barcos estadounidenses en Calcuta se multiplicó. En todo caso, los mercados para la venta de productos ingleses todavía no existían en Asia, más bien los algodones de la India constituían una competencia amenazante para los empresarios británicos, que fue enfrentada con diversas medidas proteccionistas y, luego, con una creciente racionalización de los procesos productivos. Para este momento, los tejidos de la India eran de superior calidad y, además, favorecidos por los costos salariales mucho más bajos. Muchas telas hindúes, sin embargo, entraron a las cadenas de producción británicas y fueron refinadas antes de su venta final. En particular, con el estampado de telas blancas importadas con diseños de moda, los talleres ingleses hacían un pingüe negocio. Sólo en la década de 1790, la competencia de la India empezó a bajar.

Los mercados más importantes se ubicaban, entonces, en el espacio atlántico, lo que ha sido demostrado por varios autores. De los artículos metálicos, durante el siglo XVIII entre 51% y 63% iba a América —y, entre 9% y 15%, al sur de Europa, la mayor porción a la península ibérica—. Una proporción toda-

vía mayor de lino, es decir, alrededor de 90%, iba a América, sobre todo a las zonas esclavistas. En el caso de la lana, los datos le atribuyen una gran importancia a Brasil, particularmente en el caso de tejidos ligeros y baratos, pero también a África, donde se intentaron sustituir las gruesas ventas de algodones de la India con estos productos; en total iban entre 45% y 70% de las telas de lana a África, América y el sur de Europa. Pero hay que apuntar que, antes del siglo XIX, en las costas africanas de abastecimiento de esclavos se comerciaban sobre todo tejidos de algodón de la India, cuyo despacho a América, por lo contrario, fue bajo: entre 1784 y 1786 constituían sólo 12% de las ventas de telas de algodón, diez años más tarde sólo 4% y, después de una década más, 1%. Se puede concluir que la producción británica se benefició inicialmente sobre todo por el mercado americano. Efectivamente, las exportaciones a las colonias británicas en América del Norte y en el Caribe experimentaban un crecimiento fuerte, como nos lo muestran Chaplin y Muldrew. De 461 000 libras (10% del total de las exportaciones británicas) en 1700, subieron, en 1772, a 3 875 000 libras (38% de las exportaciones totales, de éstas, el 68% iba a las colonias continentales, o sea 25.8% del total exportado). Aunque los negocios con el continente norteamericano se derrumbaron como consecuencia de la guerra de independencia de Estados Unidos, se recuperarían de forma rápida. A mediados de la década de 1790, según los datos de Inikori, 2.6% de las exportaciones de productos manufactureros británicos —sin las reexportaciones— al espacio atlántico fueron a África, 11.5% a la península ibérica y 85.9% a América —sin América Latina—.

Hasta aquí el panorama presentado es, *grosso modo*, conocido. Lo que ahora hace falta es integrar a América Latina al argumento. Primero hay que señalar que las importaciones que las dos monarquías ibéricas recibían de sus posesiones en el Nuevo Mundo siguieron siendo importantes, lo que se confirma al compararlas con la situación británica. Según Chaplin

y Muldrew, hacia 1700 Gran Bretaña importaba 1 160 000 libras desde sus colonias; para 1730 este monto había subido a 2 410 000 libras, y en 1772 fueron 5 200 000 libras, que procedían en gran parte de América. Entre 1794 y 1796, el Reino Unido importaba anualmente bienes por valor de cerca de 2 450 000 libras de Asia y de 3 700 000 libras desde sus colonias americanas y Estados Unidos, en suma: 6 150 000 libras. Siguiendo los datos de John Fisher, a Cádiz y Barcelona, los dos puertos españoles que manejaban casi la totalidad del comercio americano oficial, entre 1782 y 1796 llegaron importaciones por valor de 547 600 000 de pesos de sus virreinatos americanos —de ellos, 54.4% en metales preciosos y 13.6% en tabaco—. Con las malicias del tipo de cambio esto resulta una importación anual de entre 5.6 y 8.3 millones de libras, de ellas 3.7 a 4.7 millones en oro y plata. Debido al fuerte crecimiento comercial durante las últimas décadas del siglo XVIII, debe contarse con cantidades considerablemente mayores en los últimos años del periodo. De esta suerte, las importaciones españolas de América se mantenían por encima de las que el Reino Unido recibía de sus colonias americanas y Estados Unidos. No muy atrás estaban las exportaciones brasileñas a Portugal, como nos recuerda Inikori: en el siglo XVIII consistían principalmente de oro, que anualmente ascendían en promedio a 3 650 000 libras entre 1711 y 1760; a 3 900 000 libras entre 1761 y 1780, y a 3 330 000 libras entre 1781 y 1810. Es decir, en la península ibérica sobraban medios para hacerse de una parte importante de la oferta europea.

El Reino Unido mantuvo un importante intercambio con los imperios ibéricos, aunque el comercio británico directo con Hispanoamérica estaba vetado por el monopolio español. Pero había otras vías por las que los productos extranjeros podían llegar a Hispanoamérica. En primer lugar, una porción considerable de la mercancía exportada legalmente a España fue reexportada al Nuevo Mundo. Además, se practicaba un

activo contrabando desde el Caribe y Brasil con las posesiones españolas. Según los datos de John Fisher, en la época de las reformas borbónicas, los españoles lograron aumentar, por lo menos oficialmente (porque la reetiquetación de productos extranjeros era práctica frecuente), la tasa de productos domésticos en sus exportaciones a América, de cerca de 40% a casi 60%. No obstante, en un ámbito de crecimiento comercial sostenido, también las reexportaciones de productos extranjeros se incrementaron mucho, al llegar a un máximo de 10.75 millones de pesos en 1792, o aproximadamente a 2 000 000 libras. Obviamente no todas esas mercancías eran de producción británica. Adrian Pearce ha estimado las exportaciones británicas a Hispanoamérica (las directas y las realizadas vía España, el Caribe británico y Brasil) en 500 000 libras hacia 1700 (10.8% de las exportaciones totales); en 1 000 000 libras en la década de 1730; en 1 300 000 libras en la década de 1760 (cerca de 15% de las exportaciones totales), y aproximadamente en 2 000 000 libras a mediados de la década de 1790. Más adelante tales estimaciones se vuelven difíciles, pero Pearce considera factible un continuado crecimiento a 3 o 4 millones de libras (por lo menos el 6% de las exportaciones británicas), lo que sería considerablemente más de lo que habitualmente se ha pensado. John Fisher, a la vez, ha calculado que el déficit comercial español con Gran Bretaña entre 1749 y 1770 alcanzaba cerca de 660 000 libras al año. Esta suma había que saldarla en moneda. En otras palabras, sólo el vínculo con América posibilitó a España comprar las grandes cantidades de mercancías británicas, y con Portugal pasó lo mismo. Desde finales del siglo XVII hasta la segunda mitad del siglo XVIII, los ingleses ganaron enormes sumas en el territorio lusitano. Entre 1758 y 1763, según Angelo Alves Carrara, Gran Bretaña importaba en promedio 764 612 libras en oro al año desde Brasil, en cuyo intercambio surtía principalmente textiles.

Una vez constatado que el lucrativo comercio británico con España y Portugal dependía en gran parte de América, hay que examinar los otros mercados. La liquidez que América proporcionó a los poderes ibéricos se suma a que también el déficit portugués y español con otros socios comerciales fue cubierto con metales obtenidos de las Indias: Francia, el abastecedor principal de España con productos manufactureros, ganaba enormes sumas de plata, mientras que su balance comercial era muy negativo con Inglaterra y, por ejemplo, también con Portugal, país a la vez dependiente comercialmente del Reino Unido. Las ganancias logradas por diferentes regiones europeas en la península ibérica se tradujeron, si bien no en su totalidad, en ingresos de la industria británica, pues de una u otra manera fortalecían la fuerza de compra del continente.

Aún más importante parece ser la dinámica del papel norteamericano. Ya se han mencionado las masivas ventas británicas a sus colonias. Éstas y luego los jóvenes Estados Unidos, a lo largo del siglo XVIII, tenían un déficit con Gran Bretaña que, por ejemplo, entre 1770 y 1774, alcanzaba casi 1 300 000 libras al año. Pero se resarcieron en otras partes, como muestran los datos de Magra o Price. Los territorios angloamericanos mantenían un lucrativo comercio con el Caribe español y con España, con el que ganaban considerables cantidades de plata, es decir, dinero. Ya en el siglo XVII, la pesca y el comercio de bacalao constituían un constante flujo de plata española hacia Inglaterra y las colonias en Nueva Inglaterra. Con el sur de Europa —donde la destinación más importante fue España—, el comercio norteamericano entre 1768 y 1772 tuvo un superávit anual de 456 600 libras. Igualmente activos, aunque por lo general ilegales, eran los negocios de los angloamericanos con los españoles en América. Durante las guerras a finales del siglo XVIII fueron intermitentemente permitidos por la Corte de Madrid, con la denominación de "comercio neutral", para contrarrestar el cierre de las conexiones transatlánticas. Así los

traficantes estadounidenses se convirtieron en exitosos intermediarios que canalizaban crecientes porciones de productos británicos a los territorios españoles. Además, vendían también a las plantaciones caribeñas cantidades importantes de bacalao, destinando el de calidad superior a Europa y el resto a los esclavos; la sal para la conservación del pescado fue adquirida, para las mismas regiones de venta, en Portugal y en diversos puntos del Caribe. Una destinación de creciente importancia para los norteamericanos fue Cuba. Hay que considerar además que Hispanoamérica sólo recibió parte de los esclavos requeridos directamente desde África; la otra parte la recibía mediante reexportaciones de las posesiones caribeñas de los otros poderes o desde Brasil. Por ejemplo, según datos proporcionados por Nikolaus Böttcher y Adrian Pearce, entre mayo de 1773 y enero de 1779, desde puertos norteamericanos fueron consignados casi 14 000 esclavos a Cuba, y entre 1792 y 1795 desde el Caribe británico iban 12 000 esclavos a la América española.

Estos negocios podían prosperar ante todo porque en el Caribe español había mucho dinero enviado desde México, como ha destacado Carlos Marichal, para cubrir los costos de la defensa y para financiar el monopolio de tabaco. En el quinquenio de 1720-1724, desde la Nueva España, la Real Hacienda inyectó anualmente casi 0.9 millones pesos de plata por concepto del "situado" al Caribe —mientras que sólo 0.65 millones de los ingresos fiscales fueron anualmente a España—. Estas cantidades oscilaban según las exigencias de las numerosas guerras, pero a la larga aumentaron enormemente: en 1795-1799 fluyeron 4.82 millones de pesos al año al Caribe —y 3.17 millones a España—. Aparte del situado, se envió dinero a Cuba para financiar la compra de las hojas de tabaco de los cultivadores; en 1723 fueron 200 000 pesos, cantidad que subió a 750 000 pesos hacia finales del siglo. También el comercio hispanoamericano despachó dinero al Caribe británico; según Adrian Pearce, entre 1792-1795, fueron unos 171 540 pesos de plata al año —apro-

ximadamente 40% de sus exportaciones a la región, que abarcaban, además, mulas, caballos y algodón—. Estados Unidos se establecía de esta suerte como uno de los intermediarios importantes que introdujo en el comercio global crecientes porciones de los metales hispanoamericanos. El dinero que ganaban les permitió usar el peso de plata como moneda y aumentar su fuerza de compra de productos industrializados británicos.

En suma, los imperios ibéricos cumplieron tanto en el siglo XVI como en el XVIII con una función central en el mantenimiento de los circuitos globales y del desarrollo británico en camino a la industrialización. Formaban un mercado nada despreciable para productos del Reino Unido y sus metales preciosos aseguraron la liquidez del comercio europeo con Asia, pero también con el Reino Unido. Aunque los británicos se preocuparan de la constante evasión de dinero al Oriente, el déficit persistente que tanto el mundo ibérico como Norteamérica tenían con el Reino Unido sostenía al sistema monetario y al comercial.

Cuadro 6.3. Desarrollo de la población global de 1500 a 1800 (en millones)

	McEvedy / Jones				*Madison*				*United Nations*	
Región	*1500*	*1600*	*1700*	*1800*	*1500*	*1600*	*1700*	*1820*	*1750*	*1800*
Europa	*81*	*100*	*120*	*180*	*88*	*111*	*127*	*224*	*163*	*203*
Gran Bretaña[1]	5	6.2	9.3	16	3.9	6.2	8.6	21.2		
Francia	15	20.5	22	29	15	18.5	21.5	31.3		
España	6.5	8.5	8	11.5	6.8	8.2	8.8	12.2		
Rusia (parte europea)	12	15	20	36	12	15	20	44.2		
Imperio otomano[2]	9.0	28	24	24						
África	*46*	*55*	*61*	*70*	*46*	*55*	*61*	*74*	*106*	*107*
Subsahara	37.8	44	51.7	60.2	37.7	44	51.7	63.2		
África del Norte	8.3	11	9.3	9.8	8.3	11	9.3	11		
Asia	*280*	*375*	*415*	*625*	*284*	*379*	*402*	*710*	*502*	*635*
China	110	160	160	330	103	160	138	381		
Japón	17	22	29	28	15.4	18.5	27	31		
Asia del Sur	105	135	165	190	110	135	165	209		
Asia Suroriental	18.5	20.8	24	31.5	15.2	16.7	19	26.8		

	McEvedy / Jones				Madison				United Nations	
Región	*1500*	*1600*	*1700*	*1800*	*1500*	*1600*	*1700*	*1820*	*1750*	*1800*
Anatolia	6	7.5	8	9	6.3	7.9	8.4	10.1		
Irán	4	5	5	6	4	5	5	6.6		
Siberia	0.2	0.2	0.3	1	0.2	0.2	0.3	2.4		
América	*14*	*11.5*	*13*	*24*	*20*	*10*	*13*	*33*	*18*	*31*
México	5	3.5	4	5.5	7.5	2.5	4.5	6.6		
Brasil	1	1	1.3	2.5	1	0.8	1.3	4.5		
Estados Unidos y Canadá	1	1	1.2	6.5	2.3	1.8	1.2	11.8		
Caribe	0.3	0.2	0.5	2						
Oceanía	2	2	2	2.5	*0.6*	*0.6*	*0.6*	*0.4*	2	2
Total	*423*	*544*	*610*	*900*	*438*	*556*	*603*	*1 041*	*791*	*978*

[1] Incluida Irlanda.

[2] Incluidos territorios africanos y asiáticos.

Fuente: Colin McEvedy y Richard Jones, *Atlas of World Population History*; Angus Madison, *The World Economy: Two-in-one Edition*, pp. 229-240; United Nations, *The World at Six Billion*, tabla 2 [http://www.un.org/esa/population/publications/sixbillion/sixbilpart1.pdf], 3 de noviembre de 2010.

7. LOS ACTORES SOCIALES EN MOVIMIENTO

En las redes relacionales establecidas desde el siglo XVI circulaban bienes, saberes, ideas y, naturalmente, personas. El seguimiento de los actores debería evidenciar mejor la dinámica de la globalización temprana. Al hacerlo se manifiestan las más diversas formas de agencia social (*agency*). Las personas se desplazaron o fueron desplazadas; propulsaron las interconexiones imperiales, religiosas y económicas, o se opusieron a ellas. También los que pasaban su vida en un solo lugar y quizás no sabían de lo ancho y ajeno del mundo fueron afectados por las consecuencias de la globalización temprana; se beneficiaban o sufrían de ellas, o simplemente experimentaban la transformación de su entorno acostumbrado. En donde la gente se encontraba, se daban las más diversas formas de interacción, tanto pacíficas como conflictivas. Especialmente las ciudades portuarias se convertían con frecuencia en centros multiculturales, lo que Bayly consideró como un fenómeno típico de la globalización arcaica. Como ejemplo le sirve Batavia, donde convivían, cooperaban y se peleaban los integrantes de diferentes culturas sin asimilarse. Pero si hubiera contemplado casos como Veracruz, Cartagena de Indias o Río de Janeiro, se habría tropezado con una imagen, aunque igualmente pintoresca, mucho más homogeneizada que en la capital del sureste de la Asia neerlandesa.

Como un fenómeno típico de la globalización del tardío siglo XIX y temprano siglo XX suele considerarse la migración de masas. Los movimientos migratorios anteriores, sin duda, fue-

ron menores. Para empezar, la población del globo era mucho menor (véase cuadro 6.3); en segundo lugar, se carecía de la infraestructura para viajes y transportes que más tarde existió, y en tercer lugar, la libertad de movimiento, en muchas partes, se vio restringida por diversas formas de dependencia personal o por falta de dinero. Es cierto que justamente en Europa la mejora de los caminos a partir del siglo XVI facilitó el acceso a los puertos o barcos. Con todo, mucho menos gente atravesaba los océanos y continentes, y quienes lo hacían necesitaban más tiempo; muchos nunca llegaron a su destino, y el número de los que también regresaban o emprendieron sus viajes de forma reiterada era mucho menor. No obstante, no hay que subestimar la movilidad regional. Se ha calculado que, durante los siglos XVII y XVIII, en el sur andino hasta dos terceras partes de la población indígena vivían en comunidades distintas a las de su origen y, en el territorio de la actual Alemania, la tercera parte de los adultos cambió en el transcurso de su vida el lugar de residencia. Por otro lado, el medio millón de alemanes que durante el siglo XVIII emigró al este de Europa o los 70 000 que se fueron a América ni siquiera constituían el 1.5% de la población en movimiento. La mayoría de las personas sólo circulaba dentro de un espacio limitado, por ejemplo, de una aldea a otra. Renate Dürr ha mostrado que la distancia crítica se hallaba aproximadamente a los 15 kilómetros, lo que corresponde a una caminata de un día. Y aun así: en Perú, en los tiempos violentos inmediatamente después de la Conquista —es decir, en el periodo de 1532 a 1560—, James Lockhart ha identificado a 516 personas no españolas (frente a 1742 españoles), entre ellas 171 portugueses, 157 italianos (de ellos, 59 genoveses), 52 griegos, 43 neerlandeses, 23 corsos, 7 alemanes, 7 húngaros y 3 irlandeses.

Puede ser que se haya tratado de andanzas eventuales, pero queda por lo menos de manifiesto que las innovaciones de la navegación en la era de la expansión europea ampliaron consi-

derablemente las posibilidades de movilidad. Después de todo, desde 1519 se circunnavegaba el globo, como primeramente lo hicieron los buques de Magallanes y después piratas y corsarios como, de 1577 a 1581, Francis Drake o, de 1586 a 1588, Thomas Cavendish. El mercader florentino Francesco Carletti fue probablemente el primero quien, de 1594 a 1605, hizo el viaje alrededor del globo como pasajero y por intereses de negocios. Más o menos un siglo más tarde, William Dampier rodeó la Tierra tres veces: de 1679 a 1791, de 1703 a 1707 y de 1708 a 1711; el napolitano Giovanni Francesco Gemelli Carreri, de 1693 a 1698, siguió el ejemplo de Carletti como pasajero en las rutas de comercio que ahora cubrían ya el globo con un tráfico regular.

A nivel de los actores se encuentra una gran variedad de biografías globales que no sólo documentan la movilidad en el espacio, sino también las márgenes de acción que se abrieron a individuos emprendedores y atrevidos o incluso a los que fueron extraídos de su mundo en contra de su voluntad. En las guerras civiles peruanas a mediados del siglo XVI, Francisco de Carvajal logró sonadas victorias al emplear las tácticas que había aprendido en los campos de batalla en Italia, hasta que fue vencido, ejecutado y descuartizado en 1548. Por la misma época, el lansquenete Hans Staden, de Hesse, vivió varios años con los portugueses en Brasil y varios meses como cautivo de los tupinambá. Al regresar a Alemania, la experiencia lo llevó a publicar, en 1557, su *Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos, feroces y caníbales, situado en el Nuevo Mundo, América* (*Warhaftige Historia und beschreibung eyner Landtschafft der Wilden Nacketen, Grimmigen Menschfresser-Leuthen in der Newenwelt America gelegen*). Desde 1562, el inglés John Hawkins navegó varias veces con esclavos robados a los portugueses de África a las Indias Occidentales. Después de un sangriento encuentro con la flota virreinal novohispana en el puerto de Veracruz en 1568 —y probablemente también por la

creciente resistencia que opusieron los portugueses—, cambió sus prácticas. Fue el pionero de la piratería inglesa y su pariente y compañero, Francis Drake, se convertiría en el pirata más famoso de la historia.

Otro inglés llamado John Smith, a finales del siglo XVI, luchó contra los españoles en Flandes como mercenario; luego fue al Mediterráneo como pirata y mercader, y militó al servicio de los Habsburgo en Hungría y Valaquia contra los otomanos y sus aliados magiares. Fue capturado, vendido como esclavo y llevado a Estambul y luego a Crimea, de donde se escapó. Llegó a Moscú y, pasando por Lituania y Polonia, regresó a Inglaterra. Allí se relacionó con la Virginia Company, a cuyo servicio surcó el Atlántico, y, aunque fue condenado a muerte en el camino por haberse amotinado, en 1607 fue uno de los fundadores de Jamestown. Desde allí exploró la bahía de Chesapeake y la costa de Massachusetts. En 1615 cayó en manos de piratas franceses, pero de nuevo logró escaparse, regresó a Inglaterra y murió en 1631, después de haber escrito varios libros. El pirata sino-japonés Koxinga (Zheng Chenggong) llevó adelante una guerra privada contra la dinastía manchú de los Qing, que financió con el contrabando con Japón, y en 1661 se hizo señor de Taiwán, que les arrebató a los neerlandeses. El griego Konstantin Gerakis, alias Constantin Phaulkon, escaló a influyente consejero del rey de Tailandia, hasta que sus enemigos lo mataron en 1688. En el Caribe, una variada mezcla de piratas y bucaneros les hizo la vida difícil a los españoles, como el francés François l'Olonnais, devorado en 1668 por los indios del istmo de Panamá. Algunos de ellos entraron en el Pacífico y hacia finales del siglo XVII al océano Índico. En 1695, el amotinado inglés Henry Every apresó, en la salida del mar Rojo, un barco de peregrinos musulmanes de regreso de Meca; allí se encontraba una pariente del emperador mogol, lo que le generó considerables sinsabores a la East Indian Company. El botín fue el más grande de la historia de la piratería, y cada miembro de la tripulación

recibió 1 000 libras. Every desapareció en 1696 y nunca jamás se le volvió a ver.

Junto con estas carreras de notoriedad, transcurrían las de una multitud de mercenarios, comerciantes, misioneros y viajeros anónimos o poco conocidos. Tenemos al hijo de un pirata y de una princesa autóctona, Ratsimilaho, quien fundó en 1717 un pequeño reino en Madagascar; o el comerciante irlandés Richard Brew, quien vivió de 1745 a 1776 en su castillo privado en Anomabu en la costa del Oro, casado con una mujer africana que le proporcionó muy buenas relaciones con el *hinterland*. En América del Norte hallamos una serie de "indios blancos", como al sajón Christian Gottlieb Priber, quien quiso introducir ideas de la Ilustración entre los cheroqui, hasta que fue secuestrado por los colonos blancos y murió en prisión en 1745. Muy probablemente sólo una pequeña parte de tales biografías transculturales y globales están documentadas. Pero algunos pusieron sus experiencias por escrito y aportaron, de tal manera, sobre todo en Europa a la difusión del conocimiento del globo.

Pero no sólo europeos blancos se desplazaron entre las culturas y los continentes. La Europa cristiana fue destino de una serie de viajeros otomanos. En 1606, la Vereenigde Ootindische Compagnie (voc) llevó a una delegación tailandesa a Ámsterdam. En 1616, una delegación japonesa de más de 150 personas liderada por el samurái Hasekura Tsunenaga se dirigió a México, pasó a España y a Roma y de nuevo pasando por México regresó a Japón, a donde llegaron en 1620; algunos de los integrantes del grupo murieron en el camino, otros se quedaron en España o en México. En la Nueva España hubo también personas de origen musulmán, como Cristóbal de la Cruz, de Argel, quien había sido capturado cuando era niño por los españoles. En 1686, un embajador siamés, viajando a Francia, vía Goa llegó a la colonia del Cabo y describió sus experiencias con los hotentotes (khoikhoi) en un librito publicado por los

jesuitas en París. Viajeros árabes contaron sobre Europa y sobre América, por ejemplo, el cristiano caldea Elias al-Mûsili, quien se halló, entre 1675 y 1683, en Perú y México. Jorge Caybaca, indio peruano, vivía en la Nueva España como dueño de recua que traficaba entre la Ciudad de México y Sonora. En 1773, el rabino Haim Carigal, de Hebrón en el Imperio otomano, llegó a Newport en Rhode Island, para predicar a la comunidad judía asentada en este lugar desde hacía un siglo. Predicó en el español sefardí, mientras que con el pastor protestante Ezra Stiles, quien no sabía ese idioma, se comunicó en hebreo. Luego prosiguió su viaje a Barbados y Surinam. Entre 1750 y 1812, siete delegaciones africanas oficiales, de Dahomey, Porto-Novo y Lagos, llegaron a Brasil, algunas en el viaje de regreso visitaron también Portugal. El afroamericano Billy Blue nació probablemente como esclavo en 1734 en Nueva York, servía a los británicos contra los colonos blancos cuando estos luchaban por su independencia; luego fue líder de un *press gang* en el puerto de Londres durante la década de 1790 y llegó en 1802 a Australia, donde murió con casi 100 años. Más famoso se hizo Olaudah Equiano, cuya autobiografía de sus andanzas (posiblemente un poco manipulada) entre África, América y Europa, publicada en 1789, se convirtió en texto reivindicativo del abolicionismo británico.

Las mujeres, sin duda, quedan subrepresentadas, pero no faltaron. Entre los vecinos que de 1651 a 1750 inmigraron a la pequeña ciudad alemana de Schwäbisch Hall, las mujeres predominaban sobre los hombres en una relación de 891 a 691. La zona de donde provenían, sin embargo, era bastante más estrecha que la de donde se originaban los inmigrantes masculinos: sólo 6.2% de las mujeres llegaron de una distancia por encima de 100 kilómetros, mientras que para el caso de los hombres fue 26.4%. Muchos de los oficiales coloniales enviados desde Europa viajaban acompañados de sus esposas, hijas y sirvientas. El puerto yemení de Moca, en el mar Rojo, en el temprano

siglo XVIII, atrajo bailarinas hindúes, quienes pudieron ganarse considerables fortunas entreteniendo a los ricos comerciantes. Otras mujeres de la India trabajaban como prostitutas en el África portuguesa. Sus amantes se llevaron a algunas de ellas a Brasil o Portugal. Asimismo están documentados los maltratos a los que estas mujeres estaban expuestas. Nunca faltaba la coacción. En el temprano siglo XVIII se hizo costumbre que esclavas chinas, quienes trabajaban como prostitutas en Macao, fueran enviadas a colonos portugueses a Mozambique (donde a las chinas se les consideraba blancas).

En todos los ejércitos premodernos las mujeres cumplieron con múltiples funciones, que abarcaban el suministro de la comida a los soldados, la reparación de las ropas, servicios sexuales o el empleo directo en la lucha. Participaban en las campañas militares como forzadas o por iniciativa propia. En las guerras civiles peruanas, durante el segundo cuarto del siglo XVI, mujeres indígenas acompañaron a los combatientes de todas las fracciones, o tuvieron que hacerlo. En los militarizados Estados esclavistas de África Occidental de los siglos XVII y XVIII no pocas africanas participaban en las campañas al interior para cazar esclavos. De los tiempos de la guerra de los Treinta Años en Europa, Hans Jakob Christoffel von Grimmelshausen dejó un monumento literario de estas soldaderas con su novela *La pícara Coraje* (*Lebensbeschreibung der Erzbetrügerin und Landstörzerin Courage*), de 1669.

Se hicieron legendarias las biografías de dos mujeres indígenas americanas: Malinche y Pocahontas, del siglo XVI la primera y del XVII la segunda, por su relación con Hernán Cortés y el arriba referido John Smith, quienes desempeñaron papeles clave en la temprana colonización del Nuevo Mundo. También en otras partes —por ejemplo, alrededor de las bases comerciales en las costas africanas— las relaciones de los europeos con mujeres nativas no sólo obedecían a motivos sexuales, sino que contribuyeron de múltiples maneras a la convivencia de

las culturas. A veces las mujeres fueron obligadas a relacionarse con los blancos. Otras, sin embargo, perseguían intereses propios, aunque las fuentes occidentales, con todos los prejuicios y estereotipos que las caracterizan, no siempre permiten identificar estas estrategias con claridad. Mujeres que se trasladaron a la India desde Europa asumieron grandes riesgos, pero aumentaron considerablemente sus posibilidades de realizar un matrimonio lucrativo.

Los ejemplos muestran también las limitaciones con que chocaron las mujeres en el mundo de la globalización temprana. Podían liberar una propia agencia ante todo en el marco de la sexualidad y de la familia, o escondiendo su verdadera identidad. Por lo tanto, el fenómeno del *cross-dressing*, del disfraz como hombre, ha obtenido considerable atención por parte de los historiadores. En los casos descritos, por lo general, queda sin respuesta la pregunta de si las mujeres recurrían a estas medidas para poder vivir una orientación sexual prohibida o para poder perseguir carreras reservadas a hombres. La vasca Catalina de Erauso recorría como soldado la península ibérica, Italia y América del Sur, y terminó su vida en 1650 como arriera en México. Asombrosa fue la carrera militar de Maria Úrsula de Abreu e Lencastre, alias Baltazar do Couto Cardoso, quien había nacido en Brasil, de donde, como hombre, pasó a Portugal, Mozambique y Goa. Durante 14 años se destacó en varias batallas hasta que se descubrió su verdadero sexo cuando se atendió una herida recibida. Tuvo que retirarse del servicio militar, pero se le reconocieron los honores adquiridos en la lucha y finalmente se casó con el comandante de la fortaleza de São João Baptista en Goa. La sueca Linda Olsdotter y la alemana Margarethe Linck, que al igual sirvieron de soldados, en cambio fueron ejecutadas en 1679 y 1721, respectivamente, por violación de la moral. Hay muchas leyendas acerca de las dos piratas Anne Bonny y Mary Read, quienes fueron capturadas y condenadas a muerte en 1720 en Jamaica, mas pudieron sal-

varse gracias al embarazo descubierto a tiempo. Parece curioso que las dos hubieran podido prescindir del disfraz durante su vida pirática, fuera de las leyes y normas vigentes.

El papel de las mujeres durante la globalización temprana también se vio determinado por diferentes tradiciones legales. En los Países Bajos y sus colonias americanas, las mujeres podían llevar negocios de forma independiente. De esta suerte, en la década de 1650 Margaret Hardenbroeck llegó como apoderada de su prima de Ámsterdam a Norteamérica. Margaret aumentó sus propiedades, entre otras cosas, mediante dos matrimonios, y sus barcos traficaban con Europa y el Caribe. Con la absorción de Nieuw-Nederland por los ingleses, en 1664, y la introducción sucesiva del derecho inglés, la posición de las mujeres empezó a deteriorarse, si bien las viudas siguieron disponiendo de bastante autonomía. También en España y Portugal, en aquellos tiempos, a las mujeres se les concedieron mejores posibilidades que en Inglaterra. En las sociedades africanas, las mujeres ejercían con frecuencia una considerable influencia en la vida política y económica y, de esta manera, también en los negocios con los europeos.

MIGRACIÓN

Para ponderar la importancia de los flujos migratorios, Jan y Leo Lucassen, en una investigación sobre Europa, han tomado en cuenta no sólo la migración transcontinental, sino también la del campo a las ciudades, proyectos de colonización, el desplazamiento de soldados y marineros, así como la inmigración que llegó a Europa (que era muy reducida antes de 1800). Para esta tarea tuvieron que recurrir a datos incompletos y parcialmente inseguros. Sus resultados, no obstante, son inequívocos. Por un lado, ya de 1500 a 1800 la movilidad creció a una tasa mayor que la población, pero, por el otro, esta divergencia au-

mentó ampliamente de 1800 a 1900. En números absolutos, 93.2 millones de europeos estuvieron en movimiento durante nuestro periodo: 19.8 millones en el siglo XVI, 29.3 millones en el XVII y 44.1 millones en el XVIII. Si se toma como base la información que los autores dan sobre los números de población, se daría una tasa de movilidad de entre 0.24% y 0.33%, es decir, de entre 24 y 33 personas por cada 10 000 habitantes se desplazaban anualmente (para el siglo XIX, calculan 163.3 millones de migrantes; esto correspondería a una tasa de 0.54%). A diferencia de lo que pasaría sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, antes de 1800 la emigración que salía de Europa desempeñó un papel secundario. La parte mayor de los migrantes la constituyeron los soldados y marineros, seguidos de los que se desplazaron del campo a las ciudades. Las estimaciones de otros autores ofrecen una imagen similar. Según Livi-Bacci, entre 1500 y 1800, alrededor de 3 millones de europeos fueron a América, mientras la población europea creció de 100 millones de habitantes a 200 millones. Si calculamos una población de 150 millones en promedio, los 10 000 que se fueron año con año durante los tres siglos observados representarían una tasa anual de 0.007%; es decir, 7 personas por cada 100 000.

Estos datos globales esconden, aparte de algunas incertidumbres metodológicas, una multitud de diferencias regionales y temporales, que en parte eran considerables. Así, por ejemplo, en la migración transregional fue el Imperio ruso el que antes de 1800 movilizó el mayor número de personas en su expansión a Siberia y a los territorios al norte y este del mar Negro, anteriormente controlados por los otomanos. En relación con su población, la migración rusa, sin embargo, fue baja, y la neerlandesa, entre 1550 y 1750, cinco veces mayor.

Antes del siglo XVIII, la relativamente mayor emigración a ultramar partía de Portugal, cuya población en el siglo XVI creció de 1 millón a 1.2, y para 1700 a 1.9 millones. La migración portuguesa empezó con el poblamiento de las islas atlánticas en

el siglo xv. De 1500 a 1580, se calcula que 280 000 personas dejaron el país, y de 1580 a 1640 entre 300 000 y 360 000; de ellos probablemente las cuatro quintas partes se fueron a Brasil. De esto resultaría una tasa anual de 0.29% para el primer periodo, y de 0.33 a 0.4% para el segundo. En España, la emigración pesaba mucho menos. Entre 1500 y 1600, 240 000 personas se desplazaban a América, y 200 000 lo hicieron de 1600 a 1650; las tasas de emigración por año serían 0.03% y 0.05%, respectivamente. Sólo mínimamente mayor fue la emigración británica: entre 1601 y 1700, 357 000 personas y, entre 1701 y 1780, 155 000 partían de Inglaterra, Gales y Escocia para atravesar el Atlántico; esto se traduce en tasas anuales de 0.06% y 0.03%, respectivamente. Ciertamente, otros 100 000 ingleses, galeses y escoceses, entre 1580 y 1640, se fueron a Irlanda. Especialmente elevada fue la emigración inglesa a mediados del siglo xvii en el contexto de las guerras civiles y de la Revolución puritana, pero estos valores punta se nivelaron a lo largo del siglo. Hay que destacar que estos flujos migratorios sólo con reservas pueden caracterizarse como una migración "transcomunal" (*cross-community migration*), término usado por Patrick Manning, pues, después de una difícil fase inicial, la gran mayoría de los migrantes no se dirigían a lo desconocido, sino a las regiones de colonización o a los asentamientos coloniales al otro lado del Atlántico, donde encontraron paisanos, parientes y una cultura cotidiana familiar.

Todos los datos referidos se pueden discutir sobre todo por las considerables cifras oscuras de la emigración temprana. En todo caso, confirman que en términos cuantitativos los flujos migratorios de antes de 1800, salvo el caso portugués, no se pueden comparar con la migración masiva del siglo xix. Según Hoerder, de Europa emigraron entre 1815 y 1939 aproximadamente 420 000 personas al año (deducidos los repatriados, cerca de 13%). Si se calcula la población promedio del continente en 400 millones, significaría una tasa de 0.105% al año. Para

ciertas regiones este valor era considerablemente mayor. Italia tenía en 1890 cerca de 31 millones de habitantes: entre 1876 y 1914, 14 millones de personas abandonaron el país; esto daría una tasa anual de 1.19%; es decir, 119 de 10000 habitantes. A causa de las hambrunas del siglo XIX, Irlanda alcanzó valores máximos de hasta 1.5% al año. En comparación, el 0.05% de la población africana, que a principios del tercer milenio cada año buscan suerte fuera de su continente, es un valor que corresponde a la emigración de Europa Occidental de los siglos XVI o XVII.

Al menos en términos proporcionales, en el pasado se extrajeron mucho más africanos por la fuerza de África. Esta diseminación se inició en épocas tempranas. Desde hacía siglos se practicaba el comercio de esclavos a través del Sahara al norte y a través de mar Arábigo hacia el este. Luego los portugueses llevaron miles de africanos a Goa, mientras que en Mozambique ya vivían algunos cientos de hindúes. A partir del siglo XV evolucionó el comercio negrero atlántico, que creció marcadamente hasta eclipsar a todas las otras vías de la trata de personas de aquellos tiempos (véase cuadro 7.1).

Cuadro 7.1. Rutas de exportación de esclavos de África (porcentaje)

Periodo	*Atlántico*	*Sahara*	*Océano Índico*
1401-1500	10	53	36
1501-1600	28	47	25
1601-1700	57	30	13
1701-1800	82	10	8
1801-1900	62	22	16
1401-1900	65	21	14

Fuente: Pier M. Larson, “African Diaspora and the Atlantic”, p. 134.

Si se calcula la población del África Subsahariana del siglo XVIII en un promedio de 70 millones de personas (también hay estimaciones de más de 90 millones), según los números de exportación recopilados en el cuadro 7.2 —que no incluyen la trata transahariana—, obtendríamos una tasa de desplazamiento de 0.09%, un valor que supera la emigración europea de la época (dejando de lado el caso portugués); si partimos de una población de 90 millones, esta diferencia se reduce notablemente, dándose una tasa de 0.07%. Como la captura de esclavos devastaba sólo una parte de África, la pérdida humana fue considerablemente mayor en las zonas afectadas; para ciertas poblaciones fue drásticamente mayor. Además, Newson y Minchin han estimado que, por ejemplo, en Angola durante el siglo XVII entre 35% y 40% de las personas destinadas a la esclavitud no llegaron vivas a la costa, donde fallecieron adicionalmente entre 10% y 15% antes de su embarcación. Si se suma a las exportaciones documentadas del siglo XVIII un 45% hipotético de víctimas, llegaríamos a una tasa de entre 0.10 y 0.13%, es decir de 10 a 13 personas por 10 000 habitantes —y en las zonas de reclutamiento sería mucho más—. Tales valores corresponden más o menos a los de la emigración masiva europea de la segunda mitad del siglo XIX. Para comprender del todo la trascendencia de estos sucesos, tendríamos que tomar en cuenta también el número incalculable de personas asesinadas durante la captura y de aquellas cuyas bases materiales de vida fueron dañadas o destruidas.

La distribución de los esclavos en las diferentes regiones del Nuevo Mundo está resumida en el cuadro 7.3. Sin embargo, había un vivo comercio interregional, así que cualquier conjetura sobre la destinación final de muchos africanos secuestrados hay que tomarla con reserva. Una parte significativa pero no exactamente cuantificable de ellos fue revendida desde el Caribe o desde Brasil a la América española.

Cuadro 7.2. Exportaciones de esclavos de África, 1500-1800

Periodo	*África Occidental (incluida Senegal)*	*África Central y Suroccidental*	*África Oriental y Madagascar*	*Total*
1501-1525	12 726	637	0	13 367
1526-1550	46 538	4 225	0	50 763
1551-1575	52 870	8 137	0	61 007
1576-1600	47 493	104 879	0	152 373
1601-1625	30 379	322 119	345	352 843
1626-1650	73 781	241 269	0	315 050
1651-1675	193 352	278 079	16 633	488 064
1676-1700	411 598	293 340	14 737	719 674
1701-1725	745 580	331 183	12 146	1 088 909
1726-1750	911 581	556 981	3 162	1 471 725
1751-1775	1 264 981	654 984	5 348	1 925 314
1776-1800	1 136 340	822 056	50 274	2 008 670
Total	4 927 222	3 617 889	102 645	8 647 755

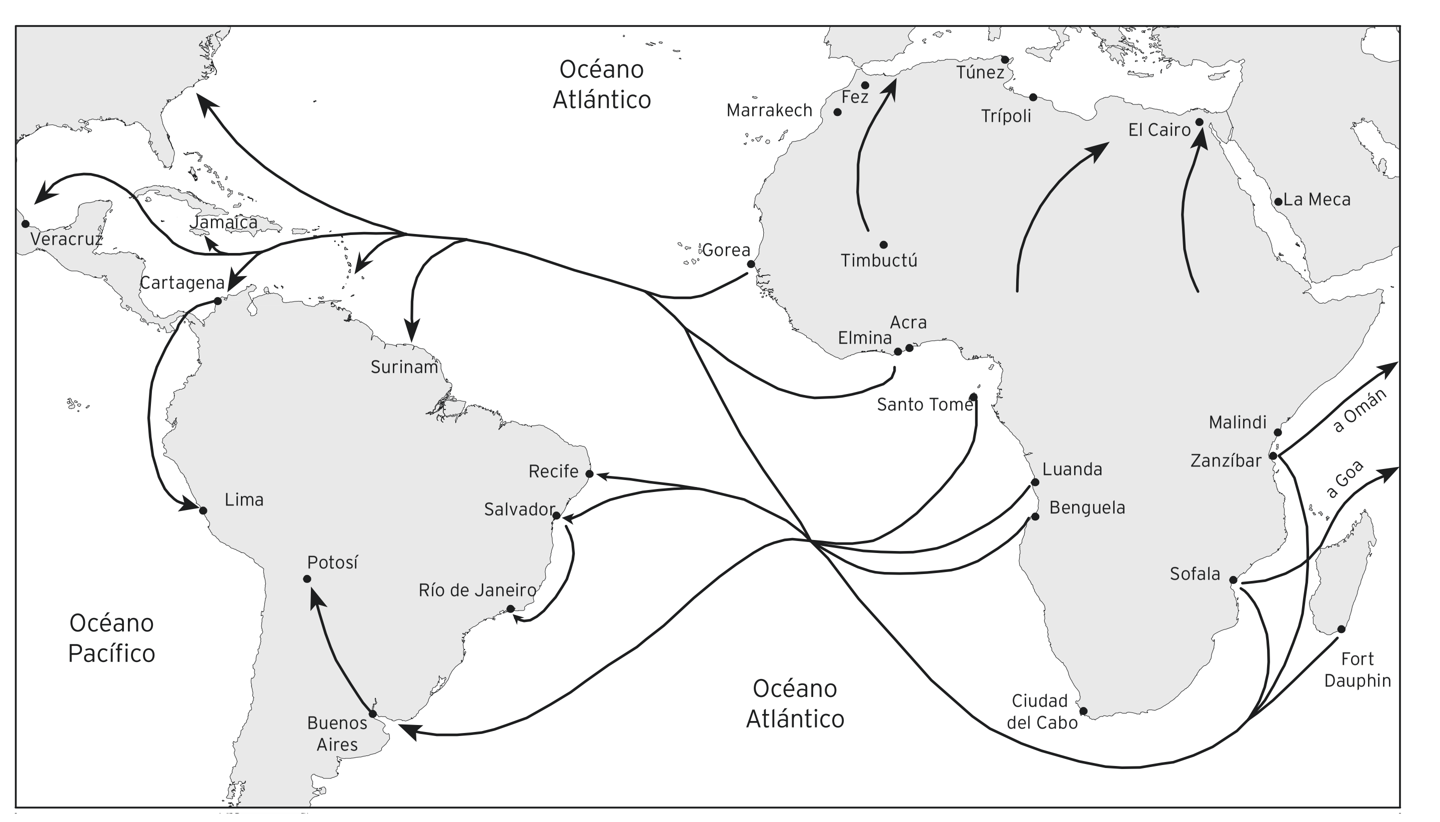
Nota: Entre 1800 y 1866 se exportaron 3 959 881 esclavos de África.
Fuente: *Voyages. The Trans-Atlantic Slave Trade Database*, [www.slavevoyages.org]] 12 de abril de 2013.

Si se atiende a la diferencia de 1 315 925 de personas entre los números de exportación e importación representados en los cuadros 7.2 y 7.3, entonces se podría suponer que el 15.2% de los esclavos embarcados nunca llegaron a América. Según otros cálculos, murieron cerca de 12% de los esclavos durante la travesía atlántica, antes de 1700 incluso casi el 23%. Especialmente mortal era la ruta desde Biafra, con una tasa de mortandad de 18% en total y de 37% en la primera mitad del siglo xviii. Según el análisis de 39 transportes de esclavos de la segunda mitad del siglo xviii, realizado por Simon J. Hogerzeil y David Richardson,

el riesgo era considerablemente mayor para hombres que para mujeres y niños, probablemente porque a los hombres se les dio desde su captura hasta su llegada a América un trato más rudo. Se puede anotar que también entre 15% y 20% de los marineros de los barcos negreros murieron en el viaje. Sin embargo, ellos permanecían en el mar durante mucho más tiempo: en la década de 1680 navegaban entre 15 y 17 meses, pues iban de Europa a África, de África a América y de América a Europa, mientras que los africanos cruzaban sólo el Atlántico. Resultó especialmente fatal que los capitanes adquiriesen su carga humana no en uno sino en varios puntos con el fin de no reunir en sus navíos grupos de esclavos de la misma cultura y lengua y dificultar, de esta manera, cualquier resistencia colectiva. Por consiguiente, solían exponer a su tripulación durante cuatro o más meses al clima nocivo de las costas africanas.

En suma, los viajes en los barcos negreros abarrotados de gente eran los más peligrosos de su época, superaban también la larga y mortífera ruta del Cabo de los portugueses, en la que durante el siglo xvi, 9% de las tripulaciones y pasajeros perdió la vida durante el viaje de ida y 14% en el de regreso. De los prisioneros que fueron deportados de 1788 a 1844 de Inglaterra a Australia murieron 6.6%, en una travesía mucho más larga; y entre los emigrantes alemanes a Norteamérica se ha calculado una mortandad de 3.8%; entre ellos, la de los niños, con 9%, era particularmente elevada. Haber llegado a su destino no significaba que el peligro hubiera terminado, pues entre todos los migrantes, y aún más entre esclavos, el primer año de adaptación al nuevo ambiente cobraba una alta cuota de víctimas. En las plantaciones, las condiciones de vida por lo común eran duras y en las de azúcar, durísimas. Como consecuencia, las tasas de mortandad de los esclavos importados siempre superaban las tasas de natalidad; es decir, la población esclava no se reproducía.

Mapa 7.1 Las rutas del comercio de esclavos, segunda mitad del siglo XVII



Fuente: Hausberger, *Die Welt im 17. Jahrhundert*, p. 167.

Cuadro 7.3. Importaciones de esclavos en América

Periodo	*Norteamérica*	*Caribe británico*	*Caribe francés*	*Caribe neerlandés*	*Caribe danés*	*Hispanoamérica*	*Brasil*	*Total*
1501-1525	0	0	0	0	0	8923	0	8923
1526-1550	0	0	0	0	0	35534	0	35534
1551-1575	0	0	0	0	0	40671	2461	43132
1576-1600	0	0	0	0	0	84242	26814	111056
1601-1625	0	567	0	0	0	117709	156468	274744
1626-1650	100	26639	545	0	0	61482	163938	252704
1651-1675	3970	86770	16746	52190	0	32292	204575	396544
1676-1700	11077	196501	21394	71967	18146	14021	259475	592581
1701-1725	39303	280470	82147	53413	8059	37856	423161	924409
1726-1750	106671	357150	212325	73051	4515	17435	468690	1239837
1751-1775	118822	580824	309733	118145	18271	21030	476010	1642835
1776-1800	30687	594879	390929	50606	37763	69212	621156	1795232
Total:	*319630*	*2123800*	*1033818*	*419373*	*86754*	*540407*	*2802749*	*7331830*
	4.4%	*29.0%*	*14.1%*	*5.7%*	*1.2%*	*7.4%*	*38.2%*	

Nota: Entre 1800 y 1866 llegaron 3448353 esclavos africanos a América, de ellos, 2087027 a Brasil y 741698 a Cuba.
Fuente: *Voyages. The Trans-Atlantic Slave Trade Database*, [www.slavevoyages.org], 12 de abril de 2013.

No sólo en el Atlántico hubo intensivos flujos migratorios. A los puertos de Yemen y de África Oriental llegaron hindúes de diferentes capas sociales. En China, las luchas entre los manchúes y los partidarios de la derrocada dinastía Ming, de 1644 a 1683, movilizaron a miles de personas. Después, en el siglo XVIII, la población del Imperio del Medio creció fuertemente, con lo que también la presión a las superficies cultivables se incrementó. Como no se dio ningún aumento sustancial de la productividad, la única solución fue, aparte de la importación de arroz legalizada en 1708, la colonización de tierras periféricas en el sur y en el oeste del imperio, así como en ubicaciones cada vez más altas. Zheng Yangwen ha calculado el consumo anual de arroz en China en 48 millones de toneladas. De esta forma, las aproximadamente 6 000 toneladas que se traían cada año desde Siam no fueron más que la proverbial gota de agua en el mar. En las zonas colonizadas la introducción de nuevas plantas facilitaba el cultivo de suelos marginales, en los que el camote y el maíz rindieron mucho más que el arroz, el mijo o el sorgo.

Según Hairo Wan Ho Yin, hasta 1776, 11 millones de migrantes habían llegado a la región de Jiangxi. Estimando someramente la población china de aquel entonces en 250 millones, esto daría una tasa de inmigración anual sólo en Jiangxi de 0.06%. La densidad de población en las regiones receptoras aumentó de forma considerable, por ejemplo en Hunan, de 1724 a 1790, de 15.82 a 78.15 personas por kilómetro cuadrado. Debido al crecimiento demográfico y a pesar de la migración y la colonización internas, las superficies cultivables y disponibles por cabeza se redujeron en más de la mitad entre 1700 y 1784. Además, los nuevos suelos se fatigaron pronto, la intensiva tala y quema en las montañas fomentó la erosión, y las masas de tierras que las aguas arrastraron a los valles enfangaron los antiguos sistemas de riego. Tensiones sociales fueron la consecuencia lógica.

En estas condiciones, mucha gente abandonó China, sobre todo a Asia Central y Suroriental, proceso descrito por Philip A. Kuhn. Las tropas derrotadas de los Ming huyeron hasta Vietnam, donde fueron empleadas para la colonización de los territorios fronterizos. Entre las destinaciones comunes de los emigrantes figuraban la Manchuria en el norte y las islas de Hainan y Taiwán en el sur. La población de Taiwán, de esta suerte, creció de 100 000 a 1.9 millones entre 1650 y 1811. Muchos de los chinos en diáspora buscaron su sustento en el comercio, y así florecieron las viejas y nuevas colonias chinas en los puertos de Asia Suroriental, Corea y Japón. En Malaca había habido chinos ya antes de la conquista portuguesa; luego cooperarían con los nuevos dueños de la ciudad, así como lo hicieron después de 1641 con los neerlandeses. También los españoles encontraron en 1571, al establecerse en Manila, a 150 chinos, una comunidad que para 1603 se incrementaría a 20 000, atraídos por el comercio con América. Desde las Filipinas varios miles de "chinos" (un término con el que se denominaba a toda la gente de Asia Oriental y Suroriental) llegaron a la América española, sobre todo a México. Entre ellos había, entre 1565 y 1673, aproximadamente 4 000 esclavos, probablemente en su mayoría personas de las zonas islámicas de Asia Suroriental y de la India portuguesa, pero también están documentados un hombre de Papúa Nueva Guinea o un "negrecillo de Manila". En el temprano siglo XVII, en Manila había también una considerable colonia japonesa. En las Molucas para 1750, la quinta parte de la población era de procedencia china y en la Indonesia neerlandesa para 1800 vivían alrededor de 100 000 chinos.

Incluso en el interior de América del Norte la globalización temprana causó extensos movimientos poblacionales. La introducción de epidemias, por un lado, y de armas de fuego —especialmente desde el noreste anglo-francés— y de caballos —desde el suroeste español—, por el otro, transformaron pro-

fundamente las formas de vida culturales, económicas y sociales de las etnias y tribus indígenas, así como las correlaciones de fuerza entre ellos. En las Grandes Llanuras se dio el abandono, parcial o completo, de la agricultura, lo cual dio origen a la nueva cultura de los cazadores de búfalos. Grupos completos fueron desplazados y desplazaron a otros, y desde aproximadamente 1680 en la frontera norte de la Nueva España aumentó la presión por parte de los guerreros comanches y apaches que a su vez fueron empujados por otros grupos hacia el sur.

En el extremo sur de América, en Chile, diferentes grupos de mapuches —llamados araucanos por los europeos—, después de haber resistido con éxito todos los avances españoles desde el siglo XVI, emprendieron un intenso intercambio de bienes con los colonos, tanto en forma de comercio como por robo. En la segunda mitad del siglo XVII, los mapuches extendieron sus actividades al otro lado de las cordilleras e integraron la pampa a su orden económico. Algunos se asentaron en las faldas orientales de las montañas, donde los españoles habían introducido la ganadería extensiva. Los mapuches llevaban consigo productos europeos como textiles o adornos de plata y los intercambiaron con los indios de la pampa por ganado robado a los españoles, a veces, con la ayuda de los mismos mapuches. Este proceso se ha llamada la "araucanización" de la pampa, la que Guillaume Boccara ha descrito como una mestización interétnica.

Como se ha insinuado al principio de este capítulo, las mujeres constituían una minoría en los flujos migratorios de la globalización temprana. Predominaban hombres entre 20 y 25 años. Las tripulaciones de los barcos tenían una edad mínimamente mayor: los 608 marineros anglo-americanos que ha documentado Marcus Rediker para la primera mitad del siglo XVIII tenían una edad promedio de 28.8 años; los oficiales tenían un poco más de 30. Entre los 742 españoles identificados por John Lockhart en Perú, entre 1532 y 1560, se encontraban

122 mujeres (16.4%). En total, en el siglo xvi, las mujeres formaban aproximadamente la tercera parte de los emigrantes españoles a América. A pesar de este desequilibrio entre los sexos, la posición de los colonos se fortaleció frente a la población indígena, que estaba en dramático descenso, debido a sus mejores condiciones de vida, altos índices de natalidad y continuada inmigración. En 1635, según Alison Games, sólo el 18% de las 5000 personas que dejaron Londres hacia América eran mujeres. Para las regiones de plantaciones de Virginia y el Caribe tal desequilibrio era incluso más pronunciado; en Nueva Inglaterra, en cambio, las mujeres constituyeron 40% de los inmigrantes. Las diferencias se debían a divergentes patrones de migración. De Inglaterra se fueron predominantemente hombres solteros, mientras que la intensiva emigración alemana a la América inglesa se efectuaba sobre todo en grupos familiares, lo que también repercutió en muy diferentes tasas de reproducción de los dos grupos. Particularmente acusada era la disparidad entre los sexos en la Canadá francesa, por lo cual Luis XIV, entre 1663 y 1673, ordenó llevar a más de 800 mujeres al río San Lorenzo, las llamadas *filles du roi* (el rumor de que se trataba de prostitutas es una leyenda histórica).

También de los *indentured servants* (trabajadores endeudados por el costo del viaje trasatlántico) que en el segundo cuarto del siglo xvii llegaron al Caribe inglés, la abrumadora mayoría eran hombres. Entre los esclavos negros la relación era más equilibrada, aunque las mujeres igualmente formaron la minoría. Esto se debía a que en las plantaciones se pagaba más por los hombres que por las mujeres, mientras que en los mercados africanos la situación era invertida. Entre los esclavos africanos en Goa casi había equilibrio entre los sexos. Para los 400 años de comercio negrero en el Atlántico, Jennifer Morgan señala una participación femenina de cerca de 36%. Si aplicamos este valor a una exportación de 8 647 755 personas hasta el año de 1800, resultarían 3 113 191 mujeres secuestra-

das. En esto sólo se muestran pequeñas diferencias regionales. A Norteamérica llegaron más africanas que al Caribe. Según Richard Follett, en la trata de esclavos francesa, entre 1715 y 1792, las mujeres formaban 36% del total, y en el comercio portugués, entre 1756 y 1788, y en el británico, entre 1764 y 1788, constituían 38%; según Nikolaus Böttcher, en las importaciones españolas a La Habana hacia finales del siglo XVIII, las mujeres eran 31%. Además, en los transportes siempre hubo un considerable número de niños. De la investigación de Simon Hogerzeil y David Richardson resulta que entre las 9 880 personas que la neerlandesa Middelburgsche Commercie Compagnie adquirió entre 1751 y 1797 en África, los niños constituyeron 19.2%.

ESPERANZAS, PRESIONES Y RESISTENCIA

Quienes por su propia voluntad abandonaban el mundo en el que habían nacido buscaban mejorar sus condiciones de vida, su estatus social o, en algunos casos, querían la aventura. Esto vale para la migración a las ciudades, a países ajenos y la participación en un programa de colonización organizado por algún Estado, especialmente en el este y sureste de Europa. De esta manera, 350 000 alemanes llegaron en el siglo XVIII a Hungría, decenas de miles a Polonia y Rusia, algunos también a la Sierra Morena en España. También había empresas colonizadoras en otras partes. En 1769 los portugueses decidieron abandonar la ciudad de Mazagão que tenían en la costa de Marruecos y trasladaron a sus 1300 habitantes a la embocadura del Amazonas. Los europeos que abandonaban su continente para buscar suerte en ultramar fueron cada vez más. Con frecuencia seguían a parientes que se les habían adelantado, o fueron seducidos por las esperanzas que América parecía prometerles. La realidad, sin embargo, fue muchas veces otra. Todavía en

el siglo XVIII cerca de la mitad de los migrantes alemanes en América del Norte, a su llegada, entraron en una relación de dependencia y servidumbre.

El éxito económico y la seguridad social podían ser facilitados por la inserción en las redes de parentesco, de paisanaje o de etnicidad que muchos migrantes construían a lo largo de las rutas de comunicación transregionales y transcontinentales. Se formaron comunidades diaspóricas extendidas por grandes espacios. En el Atlántico se hallaban redes judías o conversas que conectaban el África portuguesa con la América española, el Mediterráneo y el nuevo centro financiero en Ámsterdam. En la parte neerlandesa de Brasil su papel era tan grande que en 1645 fueron emancipados, es decir, igualados con los holandeses cristianos, aun antes de que obtuvieran este derecho en los Países Bajos. En el océano Índico un pequeño grupo de judíos sefardíes controlaba el comercio de diamantes. El *Estado da Índia* portugués debía su continuado papel económico, después de su decadencia político-militar, en buena parte a las redes privadas que habían construido emigrantes portugueses, con frecuencia judíos conversos, y sus descendientes mestizos desde el temprano siglo XVI. En el Imperio español, durante el siglo XVII, grupos vascos ganaron creciente influencia.

Desde África y el Oriente mediterráneo hasta Asia Central y China, redes armenias y musulmanas, estas últimas con diferentes identidades étnicas, manejaban partes sustanciales del comercio interregional. Las minorías chinas en Asia Suroriental cobraron tanta importancia que consiguieron también influencia política. En Siam, entre 1767 y 1782, Taksin, el hijo de un inmigrante rico chino y una mujer nativa, adoptado anteriormente por un noble thai, llegó a ser rey. Su sucesor Rama I, por su parte, tuvo una madre china. Ningún grupo diaspórico es una comunidad igualitaria. En Java muchos chinos pobres trabajaban en ingenios de azúcar manejados por chinos ricos; en la isla de Bangka empresarios chinos habían organizado desde

aproximadamente 1750, con tecnología y trabajadores chinos (hacia 1770 eran más de 6000), la explotación de estaño, del cual la voc transportaba cada año más de 2000 toneladas a Cantón (y otras tantas iban en buques chinos).

Dentro de los imperios, con frecuencia, redes étnicas o religiosas se pudieron extender con la protección de las metrópolis, pues gozaban de más confianza que las élites regionales o estamentales firmemente arraigadas. La situación de tales minorías privilegiadas, sin embargo, siempre fue ambigua: dependían de la buena voluntad de las autoridades, y estaban expuestas, de esta suerte, también a sus arbitrariedades. El shah safávida Abbas, por ejemplo, en 1604, deportó a miles de armenios y los reubicó en el nuevo barrio de Nueva Julfa, de Isfahán. La medida le sirvió para asegurar su control sobre la industria de la seda persa, fortalecer las finanzas imperiales y equilibrar las entradas y salidas de la plata. A raíz de ello, los armenios adquirieron un papel clave en el comercio de la seda y extendieron sus redes hasta Manila. Como no pertenecían a ningún imperio marítimo europeo, todos comerciaban con ellos. Así pudo suceder que un capitán inglés usara un pasaporte falso con nombre armenio para poder comprar azúcar en Batavia.

Las minorías influyentes no dejaron de ser vulnerables. Su éxito dependía de la conservación de su identidad distintiva —que aseguraba su cohesión— y de la cooperación con las autoridades, en el contexto imperial, con frecuencia extranjeras. Así que no solían ser muy queridas por la población autóctona. En Venecia, en el siglo xvi, el ascenso de la comunidad judía, que contribuía sobre todo al buen funcionamiento de las relaciones con el Imperio otomano, estuvo acompañado de un creciente antisemitismo. Los chinos en el sureste de Asia con frecuencia fueron mirados con desconfianza y confrontados con prejuicios, como el de no ser hombres verdaderos. Servían a los neerlandeses como arrendadores de impuestos y acaparadores de arroz, después de que la voc se había asegurado el

monopolio en el comercio de este grano. En 1603, 1639 y 1662 hubo pogromos contra los chinos en Manila; en 1740 fueron masacrados en Batavia; y en la década de 1820 rebeldes javaneses atacaban a los neerlandeses y a los chinos indistintamente. Curiosamente, después de la matanza en Batavia en 1740, el emperador Qing declaró traidores y dignos de castigo a los chinos residentes en el extranjero y prohibió a los comerciantes de Cantón cualquier boicoteo contra los neerlandeses presentes en el puerto.

Un parte esencial de la migración transregional obedecía a las exigencias de la organización del trabajo. Frecuentemente, el mismo trabajo implicaba movilidad en el espacio, como en el caso de soldados y marineros que eran enviados por sus patrones y comandantes a donde se les necesitara. De esta suerte, por ejemplo, podían llegar a América. Como su futuro profesional nunca era muy prometedor, muchos de ellos desertaron para quedarse. Pues aún no podían recurrir a fondos de pensiones para veteranos, salvo en Suecia donde ya en 1642 se introdujo tal servicio (aunque durante mucho tiempo funcionara mal). Aparte de esta movilidad dirigida, se inició una migración laboral libre que obedecía a la demanda por profesionales. Durante los siglos XVII y XVIII, los Países Bajos reclutaron un gran número de marinos extranjeros, especialmente de la región del Báltico. Muchos suecos se contrataban temporalmente en flotas extranjeras, ante todo en la neerlandesa. El cardenal Richelieu, por su parte, invitó a expertos flamencos y neerlandeses a Francia para fomentar la construcción naval, mientras que en 1697 el zar ruso Pedro el Grande se puso en camino personalmente para atisbar los avances tecnológicos de la Europa Occidental y practicó un rato la carpintería en un astillero de Ámsterdam. Expertos, funcionarios, militares, mercenarios, técnicos, científicos, marineros, artesanos, sirvientas y comerciantes se movían entre las regiones, países y continentes. A principios del siglo XVII, por ejemplo, mercenarios japoneses servían de escolta per-

sonal al gobernador portugués de Malaca. Entre 1720 y 1767 el comerciante vasco Tomás Ruiz de Apodaca cruzó el Atlántico entre Cádiz y Veracruz diez veces en ambas direcciones, hasta morir en su undécimo viaje en el puerto mexicano. En los barcos de las compañías mercantiles europeas llegaban muchos y maltratados marineros asiáticos a Europa.

Para emprender actividades económicas nuevas, como con frecuencia las proyectaban conquistadores e imperios en expansión, en muchas partes faltaba la mano de obra necesaria. La población local se encontraba ocupada en trabajos tradicionales y no fue factible cargarla con tareas adicionales. El remedio era la migración laboral. Especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII, anualmente miles de trabajadores se dirigieron a diferentes regiones del sureste de Asia, donde eran contratados en condiciones miserables por empresarios chinos, por ejemplo en las minas de estaño de Malasia. En Europa Occidental se dieron considerables desplazamientos del campo a las ciudades. De las 424 criadas en Schwäbisch Hall, que Renate Dürr ha registrado en los años de 1635 a 1690, no menos de 293 (69.2%) habían llegado a la pequeña ciudad alemana de otros lados, de ellas 55 (12.9%) recorrieron una distancia de más de 50 kilómetros. Particularmente en Inglaterra la revolución agraria hizo posible que cada vez más personas se desvincularan de la agricultura y tomaran trabajo en las florecientes manufacturas e industrias. Así el trabajo asalariado se expandió, mas aún distaba de generalizarse y las medidas coercitivas siguieron siendo frecuentes. La escasez de marineros era crónica en toda Europa. De esta suerte, justamente en Inglaterra y sobre todo en épocas de guerra, los marineros fueron forzados al servicio en la armada. Como cuenta Cassandra Pybos, sólo en el HMS *Enterprise*, que estaba anclado en el puerto de Londres entre 1793 y 1796, se retuvieron 34 000 hombres para ser redistribuidos en otros barcos. No pocos marineros, en tiempos de guerra, se enrolaron en la East Indian Company para escapar del servicio militar, aunque los

largos viajes a los trópicos por lo demás no eran muy populares. Según Marcus Rediker, en Boston, en 1742, se ocuparon más de 10 000 esclavos (8% de la población) sobre todo en el puerto, y también el comercio y el puerto de Nueva York hizo amplio uso de esclavos, que en aquellos años constituían la quinta parte de los habitantes de la ciudad.

De una problemática especial era la organización del trabajo en regiones que habían caído bajo el dominio colonial europeo. La población autóctona, muchas veces diezmada por epidemias, guerras y fugas, no estaba preparada para los proyectos económicos de sus nuevos señores, es decir, minas, plantaciones y servicios antes desconocidos. Había que combinar las nuevas actividades con la economía tradicional, sin que esta última se derrumbara bajo las cargas impuestas. En el interior de las regiones y continentes se instituyeron frecuentemente sistemas de trabajo migratorio forzado. Así ocurrió en la América española desde la conquista. El mecanismo más espectacular fue la mita, mediante la cual, a partir de 1571, se dirigía cada año la séptima parte de la población masculina, de entre 18 y 50 años, de 16 provincias del altiplano andino a las minas de Potosí. Originalmente la mita movilizó más de 13 000 hombres al año. En relación con el número de la población, este flujo de personas superaba el peso de la emigración europea o de la extracción de esclavos de África con un amplio margen, y esto se acentúa más si se toma en consideración que los mitayos no solían ir solos a Potosí, sino acompañados por familiares. La duración de su servicio estaba limitado a un año, pero una parte considerable de los mitayos moría o no regresaba a sus lugares de origen, lo cual los convertía en parte de una nueva clase baja urbana. Una parte importante de los trabajadores mineros, sin embargo, siempre fueron reclutados mediante salario, tanto en Potosí como en la Nueva España.

La necesidad de mano de obra se cubría también con las afluencias del exterior, en particular donde no había ninguna

población autóctona que hubiera podido satisfacer las exigencias de los colonizadores. El grupo más grande de esta fuerza de trabajo lo constituían los esclavos africanos. Además, miles de blancos libres, pero endeudados con los costos del pasaje trasatlántico y convertidos en siervos temporales (*indentured servants*, *engagés*), llegaron a las Indias Occidentales y Norteamérica. A mediados del siglo XVII, Oliver Cromwell mandó a embarcar a 12 000 prisioneros irlandeses y escoceses de las guerras civiles inglesas a América y de ahí en adelante regularmente fueron enviados presos desde Inglaterra a las plantaciones de Virginia y Maryland. Después de la independencia de Estados Unidos hubo que redirigir las deportaciones. De esta suerte, en 1788, los primeros reclusos llegaron a Australia. Al mismo tiempo, la East India Company deportaba presos hindúes, malayos y de otra procedencia asiática a sus bases en las costas del océano Índico y del mar Chino.

Hay que resaltar que la migración temprana muchas veces implicaba la sumisión o marginalización de las poblaciones autóctonas. Lo primero ocurrió sobre todo en la América española; lo segundo, en las colonias inglesas, en el territorio de los posteriores Estados Unidos. En las islas del Caribe, el auge de las plantaciones de azúcar y de las importaciones de esclavos africanos, durante el siglo XVII, estuvo acompañado de la miseria social de muchos blancos pobres, a los que no les quedó otra que irse o unirse a los bucaneros. Tales procesos no se limitaban a las Américas. Cuando los terratenientes húngaros organizaron con agricultores alemanes la colonización de la frontera militar con los otomanos, fueron desplazados los serbios que en las zonas afectadas se dedicaban, sobre todo, al pastoreo.

La migración casi siempre estaba insertada en una profunda desigualdad social e implicaba un gran potencial de conflictos. En las sobreexplotadas regiones de inmigración chinas se formaron diferentes asociaciones secretas y hacia finales del siglo XVIII se dieron varias rebeliones. Incluso entre los exito-

sos colonos europeos en ultramar creció el descontento con su metrópoli, un proceso que iba acompañado de la construcción de nuevas identidades. Inicialmente los ánimos podían ser calmados mediante el permanente cabildeo de los colonizadores con las autoridades y mediante algunas prácticas, como el desacato de las órdenes enviadas desde Europa, la evasión fiscal o el contrabando, pero a partir del último tercio del siglo XVIII se formó la resistencia abierta contra las órdenes imperiales centralizadoras. En una primera ola de descolonización se produjo la emancipación de casi todas las colonias del Nuevo Mundo y surgieron los Estados Unidos, Haití, las repúblicas hispanoamericanas y el Imperio de Brasil.

Para los migrantes de bajo origen social o los desplazados y deportados, las expectativas de mejorar su situación de vida mediante la movilidad sólo se podían realizar de manera limitada. Por consiguiente, entre ellos surgieron proyectos sociales utópicos, mas fueron combatidos con brutalidad o fracasaron por sus propias limitaciones y contradicciones. Otras formas de defensa resultaron más eficientes, por lo menos a corto plazo. Durante las campañas, muchos soldados desertaban. En los puertos, los marineros se escapaban de sus barcos. Los indios sometidos al trabajo forzado huían y se asentaban en las ciudades o, por lo menos, cumplían con sus obligaciones sin celo ni esfuerzo. Los esclavos se escapaban y formaban comunidades de *quilombolas* (portugués), *cimarrones* (español) o *maroons* (inglés). En el temprano siglo XVII, se formó en el *hinterland* de Pernambuco, Brasil, la comunidad de Palmares, la que llegó a albergar por momentos hasta 30 000 esclavos huidos y pudo defender su independencia durante varias décadas. Estas formas de resistencia cotidiana regularmente llevaban a erupciones violentas. El bandidaje social era endémico a nivel mundial. Grupos de indios se alzaron, de modo espectacular, en la rebelión de Túpac Amaru de 1780, en los Andes. La práctica de estos movimientos, a veces, era desconcertante. No era raro que

negros cimarrones, a su vez, tuvieran esclavos. Tampoco era de esperarse que en el pequeño centro minero de Chantaya, en medio de la rebelión de Túpac Amaru y situado en el territorio de su líder más radical, el aimara Tomás Catarí, se experimentara un auge de producción, como ha descubierto Concepción Gavira Márquez, no obstante el rechazo pronunciado de los rebeldes a la minería. A veces, los esfuerzos de resistencia se vieron favorecidos (y también manipulados) por los conflictos imperiales. En la década de 1570 los cimarrones de Panamá se aliaron con el pirata inglés Francis Drake en contra de los españoles y pudieron sacarles a esos últimos algunas concesiones. Durante la conquista neerlandesa de Pernambuco, en 1630, cientos de esclavos se unieron a los atacantes, y el mulato Domingos Fernandes Calabar se convirtió en figura clave en la guerra subsecuente contra los portugueses y españoles.

En los puertos se dieron luchas violentas de los marineros con *press gangs*, que intentaban secuestrarlos para el servicio en las armadas. En Salé, en la costa atlántica de Marruecos, en 1627 se unieron bereberes de la zona con moriscos expulsados de España y renegados ingleses y neerlandeses para formar una república de piratas, que se defendió durante 40 años contra el sultán de Marruecos y las potencias navales europeas. Explotados *indentured servants* y *engagés* se retiraron al interior de las islas caribeñas, cazaron ganado cimarrón, formaron la hermandad de los bucaneros y asaltaron los barcos que pasaban por sus costas. En los navíos mismos el descontento por las crudas condiciones de trabajo desató motines y, sobre todo después de la guerra de Sucesión Española, fueron muchos los marineros que luchaban como piratas contra los odiados capitanes mercantes, según Marcus Rediker, en una forma temprana de revolución proletaria. Para el periodo de 1700 a 1750, Rediker ha registrado 60 motines en barcos ingleses, de ellos 16 entre 1710 y 1719 y 21 en la década siguiente. En 19 casos (todos, salvo uno, acontecieron antes de 1730) las tripulaciones

amotinadas se convirtieron en piratas. Los motines siguieron siendo frecuentes también en épocas posteriores, sobre todo en tiempos de guerra. Entre 1790 y 1829, en aguas australianas, grupos de presos deportados capturaron docenas de buques.

En los barcos negreros, el ambiente siempre era explosivo y el levantamiento de los cautivos constituyó un peligro constante. Durante la travesía, las mujeres africanas solían tener más libertad de movimiento que los hombres. Eso las convirtió en víctimas frecuentes de agresiones sexuales por parte de la tripulación, pero también les permitió tomar papeles clave en la planificación y preparación de las revueltas u otras formas de resistencia colectiva. También los niños podían proporcionar a los hombres armas, herramientas o informaciones. En 1766, de camino de Antigua a Carolina del Sur, un barco negrero fue tan averiado en una tormenta que quedó imposibilitado para maniobrar y flotó durante cuatro meses por el mar. Cuando los hambrientos marineros se dispusieron a comerse a un niño esclavo fallecido, las mujeres mataron a varios.

La insurrección tuvo su precio. Los piratas fueron ahorcados sin piedad, los esclavos rebeldes eran castigados brutalmente. En 1674 los portugueses conquistaron el palenque de Palmares y ahorcaron a su líder Zumbi. En 1730, en Surinam, los neerlandeses empalaron y chamuscaron a varios esclavos sediciosos y amarraron a seis muchachas a una cruz para romperles los huesos. En la década de 1680, en un barco negrero cargado de 220 esclavos, 136 perdieron la vida en un levantamiento. En 1752, 140 esclavos se rebelaron en un barco frente a Madagascar, 23 fueron matados por los marineros, y la mayoría del resto se tiró al mar, donde muchos fueron víctimas de los tiburones. Por otro lado, en 1766 los cautivos en el *Meermin* lograron obligar a su capitán a que los regresara a Madagascar. Al leer las 15 biografías de líderes de revueltas esclavos entre el siglo XVI y el temprano siglo XIX, compilados por Johannes Postma, el panorama es desilusionante: dos líderes, una de ellos

Queen Nanny de Jamaica, oriunda de Ghana, se arreglaron con el poder establecido, uno huyó para nunca más ser visto, ocho fueron ejecutados, tres murieron en prisión y uno se suicidó. Sólo la revolución de Saint-Domingue (Haití) en 1791 tuvo éxito al conquistar la independencia y poner fin a la esclavitud. Para lograr este triunfo, ejércitos franceses fueron vencidos, sin embargo, un orden utópico no pudo instaurarse.

TRASCENDENCIA DE LA TEMPRANA MIGRACIÓN

En ningún continente la migración masiva que se desencadenó en la segunda mitad del siglo XIX causaría cambios tan profundos como los que provocó la movilidad mucho más débil, en términos cuantitativos, de la época anterior. Para ello fueron decisivas las condiciones creadas por la expansión imperial, la misión y el comercio de esclavos. En América se establecieron nuevos órdenes políticos que sometieron a las poblaciones o las marginalizaron y exterminaron. Las epidemias introducidas apoyaron y completaron este proceso. Lenguas, culturas y religiones desaparecieron, y fueron sustituidas por otras. En la mayor parte de las dos Américas, los descendientes tanto de la población autóctona como de los posteriores inmigrantes alemanes, italianos o eslavos hablan actualmente español, portugués o inglés, y también la población francófona en el Caribe y en Canadá tiene su origen en el siglo XVII. El catolicismo sigue siendo la religión dominante en Iberoamérica (y sólo en la actualidad su posición está seriamente afectada por las iglesias protestantes norteamericanas). Las consecuencias y la sostenibilidad de este desarrollo superan también los cambios de las fronteras étnico-lingüísticas en Europa debido a las guerras, genocidios y limpiezas étnicas del siglo XX. En sus zonas de control, el imperialismo del siglo XIX también impuso los idiomas europeos, que se convirtieron en idiomas oficiales en

los nuevos Estados subsaharianos o en la India para salvar la heterogeneidad étnico-lingüística de sus territorios. Pero a diferencia de las regiones colonizadas anteriormente, las lenguas autóctonas siguen usándose en la vida cotidiana generalmente.

El triunfo de los idiomas coloniales en los siglos XVI y XVII tampoco se sucedió sin altibajos. En los Andes, bajo el dominio español, no sólo se difundió el castellano, sino también el quechua a territorios en donde no se había hablado con anterioridad. Un fenómeno similar se dio en México con el náhuatl. A largo plazo, sin embargo, el náhuatl no sólo retrocedió, sino que fue penetrado, primero, por elementos léxicos y después sintácticos del español (que, a su vez, integró una larga serie de palabras indígenas), proceso estudiado por James Lockhart. En los espacios de interacción creados por el comercio y la expansión imperial, con frecuencia surgieron lenguas mixtas o criollas. La *lingua franca* en la costa atlántica de África era primero el portugués o formas criollizadas de éste que fueron llevadas a América por los esclavos. El primero de estos idiomas "negreros" se formó en São Tomé hacia 1500; a mediados del siglo XVII fueron sustituidos en África Occidental por un *pidgin* basado en el inglés, que incorporaba también muchas palabras portuguesas. En el Caribe nacieron varias lenguas criollas, que reunieron elementos europeos y africanos; una de ellas se ha convertido en el idioma oficial de Haití. En parte de África Oriental el suajili tuvo esta función desde antes de la llegada de los europeos. Por último, al intensificarse la comunicación, también en Europa la estandarización de las posteriores lenguas nacionales recibió un fuerte impulso, y de la misma manera en China se mezclaron diferentes dialectos debido a la migración interna.

Un tema de enorme trascendencia fue la mezcla de diferentes grupos humanos. Hay que subrayar que en ninguna parte el mestizaje fue sólo biológico, sino que constituía un fenómeno cultural de una inmensa dinámica innovadora. Inevitablemente la ampliación de la movilidad y de la comunicación llevó a

contactos sociales entre personas de distinta procedencia regional, cultural y étnica y de diferente color de piel. El fenómeno fue intensificado por la ya mencionada preponderancia de hombres en la movilidad de los siglos XVI al XVIII. En el puerto de Londres, por ejemplo, se dieron relaciones entre marineros hindúes de la East India Company con mujeres inglesas y el surgimiento de un grupo de mestizos, que añadía un elemento más al ambiente pintoresco del barrio portuario. Las Actas de Navegación prescribían que como máximo la cuarta parte de la tripulación de los buques británicos podía estar constituida por extranjeros. Como esta regla, por razones pragmáticas, fue menos vigilada en barcos que regresaban a las islas británicas que en los salientes, a los marineros asiáticos que llegaban se les dificultó encontrar una posibilidad de regresar a sus tierras. Colonizadores europeos con frecuencia usaban a las esclavas como objetos sexuales. En otras circunstancias, se pudieron confirmar relaciones de cooperación o alianzas políticas, entre grupos autóctonos y colonizadores o entre diferentes grupos de inmigrantes, mediante matrimonios interétnicos. En Pennsylvania, en el siglo XVIII, la separación entre ingleses y alemanes fue primeramente abandonada por matrimonios entre las familias pudientes. Aunque las relaciones sexuales y matrimoniales ocurrieron en un contexto de jerarquías patriarcales y muchas veces coloniales, las mujeres podían desarrollar su propia agencia. En muchas regiones del globo la mezcla cambió la estructura demográfica para siempre. En amplias partes de la América ibérica la población mestiza se volvió dominante. En la isla caribeña de San Vicente de la fusión de caribes y esclavos extraviados surgió el grupo de los garífunas, que hablan una lengua de origen americano y son de fenotipo africano. Después de una rebelión fueron deportados en 1797, y viven hoy en día en las costas caribeñas de Belice y Honduras. También las colonias chinas en el sureste de Asia se dieron intensivos procesos de mestizaje, por ejemplo en las Filipinas.

Sobre todo los europeos (en contraste, por ejemplo, con el mundo musulmán) empezaron pronto a considerar la mezcla étnica-racial como un problema, pues en el contexto colonial amenazaba con borrar la visibilidad de la diferencia entre dominantes y dominados. El rey francés, en 1766, sintió la necesidad de constatar que niños de esclavas siguieran siendo esclavos aunque tuvieran sangre blanca, y en 1777 se intentó prohibir la inmigración de gente de color a Francia. La distinción entre metrópoli "blanca" y colonias "de color" debía ser conservada.

Los mestizos constituyeron también un desafío a la descripción con la que se pretendía comprender, representar y controlar los nuevos mundos y las situaciones cambiantes que en ellos se enfrentaban. Inicialmente los europeos habían categorizado las sociedades de ultramar en grandes grupos descritos por rasgos fenotípicos, despreciando las divisiones culturales, étnicas y lingüísticas. Los "indios" no habían existido antes de la llegada de los europeos a América y tampoco los "negros" en África, sino que ambas denominaciones fueron construcciones colonialistas. De este modo, tempranamente se puso el fundamento de la racialización de la diversidad humana. Las mezclas amenazaban los criterios establecidos de descripción y, al hacerlo, un fundamento importante del orden político y social. Una respuesta sería el detallado sistema de castas hispanoamericano, que pudo satisfacer, con sus ramificaciones abstractas, la curiosidad de la metrópolis, pero resultó inútil para categorizar a la población en la práctica.

Las descripciones de la humanidad desarrolladas en Europa crearon una taxonomía que los biólogos del siglo XIX convalidaron científicamente en un sistema de razas. Pero parece que el racismo biológico sólo ofreció una reexplicación de nociones ya existentes sobre las diferencias y jerarquías entre los grupos humanos. Al igual que el racismo de los siglos XIX y XX, el "protorracismo" anterior no era sólo un discurso, sino que

constituyó un mecanismo de exclusión y jerarquización y, de esta suerte, un fundamento de diferentes órdenes sociales. Entre los europeos que llegaban a África y Asia, ya en el siglo XVI, la desconfianza y el desprecio a gente de piel oscura ganó terreno; y en el Nuevo Mundo su fisionomía les adscribió también a africanos libres un estatus social subordinado, del cual era difícil escapar. Según Marcus Rediker, en los barcos negreros existía una jerarquía de poder triangular entre el capitán como representante del capital mercantil, la tripulación y los esclavos definidos por su color. Los africanos al ser embarcados se convirtieron en "negros", mientras que paralelamente los marineros, que habían entrado al servicio como obreros asalariados explotados, se convirtieron en "blancos", que no dudaron en defender su superioridad.

A pesar de todo lo dicho, el exclusivismo racial original no resultó insalvable. Los conquistadores españoles reconocieron la nobleza indígena, y la degradación generalizada de los indios fue un proceso paulatino. En todo caso, durante la época colonial caciques y kurakas formaron parte de las élites estamentales, si bien hasta la independencia su posición enfrentó crecientes presiones. Siempre había la posibilidad de integrarse a la cultura hegemónica mediante un cambio de identidad. El sistema de castas hispánico siempre tuvo resquicios para el ascenso social. El mestizaje, es decir, la pérdida del limpio linaje o de la limpieza de sangre, constituía una mácula, como igualmente el nacimiento ilegítimo del que descendía gran parte de las castas. Pero existía la posibilidad del "blanqueamiento". La mancha degradante pudo ser borrada a lo largo de las generaciones o pasar inadvertida, si la situación social y económica o simplemente el atractivo físico o erótico de los afectados lo facilitaban. Lo último favorecía el blanqueamiento por línea femenina, pues fue mucho más problemático para una mujer de estamento superior casarse por debajo de su rango que para un hombre. De esta suerte, Simoa Godinho, nacida en la isla

africana de Annobón, hija de un terrateniente portugués y una esclava, logró subir a los círculos sociales más altos en la Lisboa de la segunda mitad del siglo XVI. En 1601, gracias a su riqueza y al prestigio de su padre, el mestizo Pedro de Mondragón fue aceptado en la cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu de los vascos de Potosí, quienes por lo común no se cansaban de resaltar su limpieza de sangre.

Especialmente en los territorios coloniales europeos, la población mestiza a veces cumplió con una función cuya importancia rebasaba su estatus social. Así, por ejemplo, los *coureur des bois* y *voyageurs* franceses indianizados y muchas veces mestizos fueron agentes imprescindibles para el comercio de pieles con los indios del interior de Norteamérica. En África y Asia los pocos portugueses estaban dispersos en un enorme espacio y la tasa de mortandad entre ellos era elevada. Al *Estado da Índia* no le quedó otra opción que compensar la escasez de personal reclutando colaboradores entre la población originaria, pero con preferencia entre sus hijos mestizos. Muchos portugueses, que avanzaban al *hinterland* de sus bases coloniales —también para evadir el control del monopolio real—, vivían con mujeres nativas, hablaban un idioma propio —vernáculo o criollo— y asumían una identidad bicultural. Ellos y sus descendientes servían de intermediarios entre los europeos en las costas y las sociedades del interior de los continentes, y pronto el *Estado da Índia* dependía de su trabajo. Organizaban los transportes de mercancía y esclavos a los puertos, participando en los beneficios que estos negocios rendían. En este contexto, también mujeres euroafricanas, quienes en las fuentes occidentales recibían nombres pintorescos como Senhora Catarina, Bibiana Vez, Senhora Doll o Betsy Head, podían cobrar un considerable protagonismo. Igual importancia la tuvieron los *mestiços* en Brasil, donde los *bandeirantes* y sus jefes fueron los portadores de la expansión colonial. En búsqueda de esclavos y oro, avanzaban desde São Paulo al interior del país y lo sometían al dominio

portugués, manteniendo a raya también a sus competidores españoles.

Todo esto no debe ocultar el hecho de que tal protagonismo de mestizos, sobre todo en América, disminuyó una vez que se había establecido un orden claro y firme, pues, aunque se recurrió a sus servicios, al fin y al cabo representaban una desviación de las normas impuestas desde la metrópolis y se les atribuía la fama de ser difíciles de controlar y de que no se les podía tener confianza. Antes de la Ilustración este prejuicio se expresaba mediante un discurso moralista y haciendo hincapié en su falta de linaje limpio, hasta que fue interpretado, en el siglo XIX, de manera científica como defecto racial.

Mucho menos investigadas que la transformación de las regiones receptoras de la migración temprana son sus repercusiones en sus territorios de origen. La permanente partida de gente podía dejar vacíos, pero también ayudar a reducir tensiones sociales, por ejemplo, al disminuir la presión en las tierras disponibles. Este punto ya se ha aludido al hablar de las migraciones internas chinas. Emigrantes exitosos, con frecuencia, enviaban dinero a sus familias, con el cual aquéllos podían asegurar su existencia, invertir en negocios o financiar la mejor educación de sus sobrinos, la entrada en un convento o el viaje a América. En algunos lugares, los retornados de ultramar invertían en la economía local o por lo menos en un elevado estilo de vida, de lo que dan un impresionante testimonio, por ejemplo, los palacios en la ciudad de Trujillo, en Extremadura, patria de varios conquistadores españoles.

8. CONSIDERACIONES FINALES

Desde el temprano siglo XVI hasta el temprano siglo XIX el mundo se transformó tan drásticamente que el alcance del proceso no se puede tildar como parte de la globalización arcaica. Alrededor de 1500, las macrorregiones de Eurasia (Europa, el mundo islámico, la India, China) y de América (Mesoamérica, el espacio andino), que habían desarrollado características distintivas con anterioridad, fueron conectadas de forma definitiva por la expansión ibérica. Hasta 1800, los vínculos entre ellas se intensificaron y reforzaron. Sus repercusiones afectaban también los interiores de Norteamérica y de África, aunque estaban todavía sin —o con escasos— contactos directos con el mundo exterior, y a finales del siglo XVIII alcanzaban también al espacio pacífico-australiano. Surgió un orden global multipolar, cuyas bases económicas las formaron la producción manufacturera de Eurasia y los metales preciosos de América y, a partir del siglo XVII, también las plantaciones de los europeos en ultramar. De esta suerte, los esclavos africanos se convirtieron en una de las mercancías más importantes del comercio global. Como han subrayado Joseph E. Inikori y Wolfgang Reinhard, realizaron una parte sustancial del trabajo de los sectores claves de esta temprana economía global: casi todo en las plantaciones y en los placeres de oro y una parte menor en la minería de plata.

Los europeos desempeñaban en este sistema, en primer lugar, una función intermediaria entre los productos asiáticos y los metales preciosos americanos. Las ganancias que sacaban de esta posición fueron considerables. Aprovechaban su papel

para la construcción de redes de intercambio y de comunicación que abarcaban todo el globo, para el desarrollo de nuevas tecnologías, inicialmente sobre todo en la navegación y en el campo militar, y para la organización de la economía de las plantaciones en el área circuncaribe. En el siglo xviii una red de bases europeas cubría el globo, grandes partes de América habían sido colonizadas por europeos y africanos, importados por los primeros, y al final de nuestra época potencias occidentales controlaban ampliamente el tráfico global de bienes. De esta forma, los europeos se aseguraron el acceso a mercados en América, África y Asia para la reventa de productos asiáticos y exportaciones de su propia producción. Considero esto como un basamento importante de la industrialización, cuyos costos podían ser amortizados sólo en el marco de una producción amplia y creciente. Hacia 1800, la globalización entró en una nueva fase caracterizada por la hegemonía occidental, ante todo británica. Las manufacturas en Latinoamérica, Medio Oriente, la India y China pronto no soportarían la competencia de las jóvenes industrias europeas. La antigua superioridad manufacturera del Imperio del Medio menguaba y con ella la diversidad de sus exportaciones. Al final del siglo xviii la porcelana o la seda perdieron la importancia de antaño. En el siglo xix el comercio exterior de China dependía finalmente del té en gran medida.

Aunque antes de 1800 las conexiones fueran globales, duraderas y, para muchas regiones y muchos campos, de trascendentales consecuencias, no se puede hablar de un mundo integrado en el sentido de la globalización actual. Cada uno de los espacios conectados disponía de una autonomía política, económica y cultural mucho mayor que hoy en día. Pero su desarrollo interno hubiera sido otro sin su vinculación global. Los efectos de ésta se observan en muchos campos. Por ejemplo, las dificultades de las minas de azogue en Almadén podían provocar un descenso de la producción de las minas de plata en

América, caída que, a la vez, afectaba las guerras españolas así como probablemente la lucha por la supervivencia de la dinastía Ming en China, a mediados del siglo XVII. Las consecuencias más claras de esta globalización temprana se muestran en América Latina que fue transformada profundamente.

En cuanto a Europa, se discute apasionadamente si las relaciones globales de la temprana época moderna incidieron en el desarrollo del continente, y a veces pareciera como si una narración histórica hegemónica se resistiera a reconocer causas externas del auge de la región que dominó al globo durante dos siglos y que, además, había inventado la historiografía moderna. La propuesta de Hamilton de que la revolución de los precios del siglo XVI fue consecuencia de las importaciones de los metales preciosos americanos; el postulado de Eric Williams de que las ganancias del comercio de esclavos aportaron sustancialmente al financiamiento de la industrialización; o las consideraciones de Huguette y Pierre Chaunu de que la decadencia del comercio atlántico español pudo haber sido uno de los detonantes de la crisis del siglo XVII, todas estas posiciones han sido eliminadas del *mainstream* de la investigación histórica, y de la misma manera el sistema mundo moderno de Wallerstein, entre historiadores, ha sido bastante combatido.

Pero justamente el modelo de Wallerstein sobre el surgimiento de un sistema interdependiente de centro, periferia y semiperiferia, que debía mucho al concepto de Braudel de la temprana economía mundial, puede seguir sirviendo de inspiración, aunque se discrepe sobre su articulación concreta. Concibiendo el sur y este de Asia como zonas externas, Wallerstein ha centrado su sistema mundo en Europa y en el Atlántico, desde donde por su propia dinámica se extendió sucesivamente a las otras partes del orbe. La crítica ha sido dilatada. Unos se han detenido en una serie de fallas en el detalle. Así, se ha señalado el dominio del trabajo asalariado en la minería de la Nueva España, según Wallerstein, una región periférica, que como tal

debería caracterizarse por el uso del trabajo no libre. Otros niegan la existencia de un sistema mundo atlántico, y un tercer grupo se opone a la exclusión de Asia. Andre Gunder Frank afirmaba que en tal sistema mundo ampliado por la India y China, Europa y el Occidente eran actores marginales frente a los grandes imperios y culturas de Asia hasta finales del siglo xviii. Los debates sobre el motor del desarrollo global continúan siendo arduos. Mientras que Frank defendía el protagonismo de China, Kenneth Pomeranz no pudo observar ninguna diferencia estructural significativa entre las partes más modernas de China e Inglaterra. Para otros, como Peer Vries, finalmente es evidente que el dinámico noroeste de Europa ya en el siglo xviii llevaba una clara ventaja sobre el Imperio del Medio. En todo caso, el dominio posterior de las metrópolis de Europa Noroccidental sobre China, la India, Persia y el Imperio otomano no existía antes del siglo xix y no se pudo vaticinar en la era de la expansión ibérica y, en su pleno alcance, probablemente tampoco en el siglo xviii.

El presente texto ha aplicado un enfoque más abierto. Se centra en las relaciones e interacciones. Al hacerlo, ha intentado evitar dicotomías artificiales, como entre externo-interno o entre centro-periferia, y mostrar la creciente interconexión de las diferentes regiones globales en un sistema multipolar. Para ello, siguiendo a Braudel y Sallmann, se plantea que con el *desenclavement* de las grandes culturas y de los continentes en el siglo xvi empezó la globalización. A lo largo de sus primeros tres siglos, se puede observar la formación de un complejo sistema interdependiente que fue dirigido no tanto por alguna potencia, sino por la dinámica interacción de una multitud de actores y fuerzas de todos los continentes. Para comprender su funcionamiento, es insuficiente el debate sobre si en los siglos xvi y xvii fue China o Europa el motor de la economía mundial. Y tampoco nos ayuda mucho una comparación entre el rendimiento agrícola por hectárea entre China e Inglaterra.

Ahora bien, el hecho de que gran parte de las interacciones transcontinentales estuvieran impulsadas y organizadas por potencias europeas podría distorsionar la percepción de la multipolaridad de la globalización temprana. Sin duda, el volumen de la economía china superaba con creces el comercio distante de los europeos. Pero el comercio exterior chino en el siglo xviii era menor que el europeo y también su importancia en la economía china era más limitada. En fin, fueron imperios, misioneros y comerciantes europeos los que desarrollaron actividades a nivel global. No había bases chinas en Inglaterra, no había barcos asiáticos en el Atlántico, no había misioneros hindúes en España y ni China ni la India tenían acceso directo a los esclavos africanos ni los metales preciosos americanos. Sin duda, si China hubiera movilizado sus recursos, habría podido expulsar a los europeos de su país y más allá, como los japoneses lo hicieron en el siglo xvii. China o la India, sin embargo, no emprendieron medidas tan radicales, pues las economías y sistemas fiscales chinos, hindúes o musulmanes se beneficiaban sustancialmente de la presencia de los europeos, ya que compraban mercancías y traían plata. También en África las élites y Estados autóctonos sacaron provecho del comercio de esclavos. Así, no se hizo ningún intento decidido para eliminar a los traficantes de personas del escenario.

Dentro de Europa, la iniciativa de lanzarse al mar partió del pequeño, pobre y católico reino de Portugal. Pero esto sólo demuestra que no necesariamente los más fuertes, sino también los más débiles pudieron (y pueden) impulsar y determinar la interacción global, más teniendo algo que ofrecer. A partir de la conquista de América, las empresas marítimas de los europeos dispusieron de los metales preciosos en enormes cantidades, con lo que tuvieron a su disposición el medio para la construcción de relaciones comerciales a nivel global. Ninguna otra gran región contaba con tal instrumento.

También en otro campo, los europeos eran fuertes desde el principio del siglo xvi: disponían de cierta superioridad tecnológica-militar, aunque no podían aprovecharla plenamente al otro lado del globo sobre todo por problemas logísticos. De un predominio militar, por consiguiente, no se pudo hablar durante mucho tiempo. Mientras que diferentes potencias europeas llevaban a cabo guerras en todas partes del mundo, resulta difícil imaginarse a los Qing, los mogoles o hasta los otomanos enviando sus flotas a las costas atlánticas de Europa y América. De esta suerte, hasta finales del siglo xviii, Europa se hizo de una ventaja en forma de la densidad de las redes de organización, intercambio e información que construyeron a lo largo de su avance por el mundo. Éstas proporcionaron al continente saberes y conocimientos y su sostenimiento fomentó el desarrollo de técnicas mercantiles cada vez más eficientes y el progreso de las ciencias. Como resultado, la división global de trabajo cada vez más servía a intereses europeos. En la segunda mitad del siglo xviii se pueden observar también en China, la India o el mundo islámico tendencias aceleradas de acumulación de información hasta la formación de un espacio público, pero en ninguna parte este progreso pudo compararse con la dinámica y amplitud europea.

Hacia 1800 las grandes potencias europeas se habían vuelto más fuertes que nunca. Durante el siglo xviii competieron sobre el control de las conexiones globales. En las sangrientas contiendas, sobre todo con Francia, Gran Bretaña llevaba la delantera, no obstante los reveses sufridos en América, donde entre 1776 y 1783 los Estados Unidos conquistaron su independencia. El poder británico se apoyaba en su próspera economía, sus altos ingresos fiscales y en la fuerza de su armada, y la industrialización aseguró su liderazgo. Algunos Estados europeos lo seguían de cerca, lo que en conjunto les otorgaría una superioridad abrumadora a nivel mundial hasta el siglo xx y, salvo Estados Unidos y Japón, nadie logró seguirles el ritmo de crecimiento hasta casi la actualidad.

Las guerras revolucionarias francesas y las napoleónicas marcaron el momento en que el Reino Unido aseguró, aunque a un enorme costo, su predominio hasta el siglo xx. En el continente europeo, en alianza con Austria liderada por el duque de Metternich, logró establecer un sistema de equilibrio de poderes, con lo que evitó ser desafiado seriamente hasta la Primera Guerra Mundial. Después de la batalla de Trafalgar, la armada británica resultó la dueña irrefutable de los mares. Portugal y España perdieron la mayor parte de sus imperios ultramarinos, y de esta suerte los territorios latinoamericanos fueron abiertos al comercio británico, no obstante los debates internos de las nuevas repúblicas sobre las respectivas ventajas del comercio libre y del proteccionismo. Francia no logró mantener su dominio sobre Saint-Domingue debido a la revolución de los esclavos, y con las ubérrimas plantaciones perdió una verdadera "mina de oro". Gran Bretaña había tenido que aguantar varios fracasos militares, como en la invasión del Río de Plata en 1806-1807 y la guerra con Estados Unidos en 1812; al final sólo hizo pequeñas adquisiciones territoriales, algunas ciertamente de alto valor estratégico. Se quedó con la colonia del Cabo y con Ceilán (con lo cual aseguraba su posición en la India); con la isla de Heligoland como opción naval en un posible conflicto en el mar del Norte y el Báltico (aunque en realidad se convertiría más bien en uno de los tempranos centros de turismo europeo, hasta que en 1890 lo entregó al imperio alemán a cambio de la isla de Zanzíbar); con Malta en el centro del Mediterráneo (lo que mostraría su valor en la Segunda Guerra Mundial), y con la Guayana Británica, Trinidad y Tobago, en el Caribe.

De paso puede mencionarse que durante las guerras napoleónicas Estados Unidos pudo adquirir el territorio de Luisiana, al oeste del río Misisipi, lo que le abrió la puerta a su expansión hacia el Pacífico. En vista de ello, hombres como Metternich ya vislumbraban el ascenso de una nueva potencia. Pero por el momento el poder dominante era el Reino Unido.

En las guerras napoleónicas, Francia quedó derrotada en los campos de batalla y también en la contienda comercial. Los datos proporcionados por Javier Cuenca Esteban y resumidos en el cuadro 8.1, muestran que en vísperas de la revolución el comercio francés estaba casi a la par con el británico en los mercados europeos. Era incluso superior en el rubro de las reexportaciones —sobre todos gracias a las plantaciones de Saint-Domingue— y de las importaciones. Durante las guerras y gracias al bloqueo continental, sus ventas de producción doméstica se beneficiaban, pero sus conexiones en ultramar se interrumpieron. Después no pudo recuperarlas y tampoco pudo mantener su posición en Europa. Había perdido Saint-Domingue y el acceso a la plata hispanoamericana, a través de España, cuando se independizaron las repúblicas americanas y, más que cualquier otra cosa, no pudo competir con la producción industrializada británica.

Las manufacturas de seda y el vino eran los únicos productos con que Francia superaba a Inglaterra; su participación en las exportaciones totales francesas creció de 10.8% al 21.2% y del 11.9% al 18.7%, entre 1787 y 1820. Las exportaciones de productos de algodón, en cambio, fueron insignificantes, entre 1816 y 1820, por un factor de 36.8 por debajo de las británicas, que a la vez ya constituían el 63.4% de las exportaciones totales del Reino Unido. La pérdida del acceso a ultramar no sólo repercutió en las posibilidades de venta sino también en el abastecimiento de materias primas para la industria. La más importante era precisamente el algodón, cuya participación en las importaciones extraeuropeas en Gran Bretaña creció de 11.3%, en el periodo de 1787-89, a 29.7% entre 1816 y 1820. Al mismo tiempo la parte de las importaciones de telas asiáticas cayó de 11.6% a 3.6% en el mismo periodo. En las importaciones francesas las proporciones eran similares, pero mientras que a las islas británicas llegó algodón por valor de 13 589 libras, a Francia por valor de sólo 1694 libras.

Cuadro 8.1. Comparación de comercio exterior de Gran Bretaña y de Francia (sin flujos de plata)

Periodo	Exportaciones de productos domésticos	Reexportaciones	Importaciones
	Gran Bretaña : Francia		
1787-1789	1 : 0.6	1 : 1.4	1 : 0.8
1792-1812, 1814-1815	1 : 0.4	1 : 0.05	1 : 0.2
1816-1820	1 : 0.3	1 : 0.03	1 : 0.02
Comercio con colonias ultramarinas			
1787-1789	1 : 0.5	1 : 0.2	1 : 0.6
1792-1812, 1814-1815	1 : 0.02	-	1 : 0.002
1816-1820	1 : 0.05	1 : 0.1	1 : 0.06
Comercio con Europa y el Levante			
1787-1789	1 : 0.9	1 : 2.5	1 : 1.2
1792-1812, 1814-1815	1 : 1.2	1 : 0.7	1 : 0.5
1816-1820	1 : 0.6	1 : 0.3	1 : 0.2

Fuente: Javier Cuenca Esteban, “Comparative Patterns of Colonial Trade. Britain and its rivals”, tablas 2.1-3.

El predominio británico se basaba en su potencia naval y en su fuerza económica. La industrialización lo convirtió en el centro manufacturero global y su dominio de las rutas de comercio le aseguró el acceso a mercados en todo el mundo. Esto dio paso a una nueva forma de imperialismo, que ya no dependía del control directo de amplios territorios. Si bien a lo largo de las décadas tanto Francia como Alemania y Rusia realizaron grandes esfuerzos por disminuir su atraso frente a Gran Bretaña, con lo cual dieron pie a un nuevo colonialismo, y pese a que Alemania y Japón incluso la rebasaron, sería Estados Unidos el que finalmente le quitaría la hegemonía global.

Obviamente, las consecuencias de la Revolución Francesa no se pueden reducir al campo económico. Recurriendo al ideario de la Ilustración, fue un paso esencial en el desarrollo de la llamada modernidad occidental al propulsar una profunda trasformación política del continente europeo, a pesar de todos los esfuerzos de restauración de las monarquías triunfantes en 1815. La burguesía emergente reclamaba su participación política y propugnaba la igualdad de todos frente a la ley. Al no escuchar estas demandas, en Francia la revolución disipó la monarquía absoluta, y en Estados Unidos y en Hispanoamérica se establecieron gobiernos republicanos. Los derechos humanos universales, cuya idea venía evolucionando desde el siglo XVII, formaron el preámbulo de la declaración de la independencia de Estados Unidos, en 1776, y en 1789 fueron proclamados oficialmente en Francia. De esta forma, se intensificaron nuevas y, para el futuro, determinantes formas de organización: en primer lugar, el Estado nacional, que en Europa y en Estados Unidos fue potenciado como instrumento de poder impresionante.

Para incrementar su eficiencia y productividad, los Estados en formación impulsaron la escolarización y alfabetización de sus habitantes a niveles desconocidos aún en otras partes. La mayor comunicación y el creciente conocimiento del globo, de sus habitantes y sus recursos, así como el auge de la economía capitalista iban acompañados de una transformación de la conciencia del mundo. En este contexto, en Europa, la convicción de pertenecer a un tiempo moderno adquirió una dinámica y una amplitud antes no conocidas. En los círculos ilustrados se arraigó un progresivo secularismo. Paralelamente al retroceso de las iglesias, la tolerancia se volvió una virtud. Guiándose por la razón, se planteaba un nuevo orden mundial. Tal espíritu encontró una temprana expresión en la masonería, que después de la fundación de la primera "gran logia" en Inglaterra, en 1717, se difundió en toda Europa y en Angloamérica.

La predominancia política, militar y económica confirió también a la cultura y ciencia occidental a finales del siglo XVIII un considerable prestigio. En cada vez más campos Europa se convirtió en el ejemplo a seguir y en todas partes se imitaban formas de vida y cultura cotidiana occidentales. La narrativa de la modernidad, formulada por la burguesía y mantenida por el capitalismo, se ha convertido en el discurso hegemónico del progreso universal, y al parecer ha sido factible hacerlo valer a nivel global, a diferencia de la doctrina cristiana, por más que los misioneros se esforzaran en propagarla desde el siglo XVI. Entre otras cosas, la modernidad ofreció —y ofrece— a pueblos colonizados, a clases subalternas, a las mujeres o a gente de diferentes orientaciones sexuales argumentos diferentes para pelear por su emancipación. Su cualidad más grande tal vez sea su insistencia en que la racionalidad proporciona los instrumentos para criticar y hasta deconstruir su propio contenido. Como discurso político, sin embargo, la modernidad se usa hasta la actualidad como explicación y legitimación en conflictos internacionales e interculturales.

De esta suerte, la modernidad entrañaba siempre dos caras. En la práctica los derechos humanos universales se concedían selectivamente, y la tolerancia se aplicaba, sobre todo, a campos que no cuestionaban el orden vigente. El ejemplo clásico sería la libertad religiosa, que se concedió justo al mismo tiempo que se redujo el poder a las Iglesias. En terrenos y contextos más conflictivos, la tolerancia no iba muy lejos. Un ejemplo sería el por mucho tiempo rígido anticatolicismo entre los colonos angloamericanos, para los que la religión continúa siendo un elemento identitario importante hasta la actualidad. El trato con minorías étnicas, grupos marginados e individuos estigmatizados más bien se recrudeció. La esclavitud se mantuvo todavía considerable tiempo, pese a las crecientes voces abolicionistas. La igualdad entre los géneros no se realizó hasta el siglo XX, así como tampoco el voto universal ni siquiera en las

sociedades más "progresistas" de la época. Sólo pocos cuestionaron las discrepancias económicas entre los estamentos y las clases. Ciertamente, no faltaron las demandas por la igualdad social. Marcus Rediker encuentra las raíces de éstas en el espacio atlántico, en las rebeliones de esclavos, en los motines y en la piratería. Christopher Hill, por su parte, ha relacionado a los piratas con el movimiento de los *dissenters* del siglo XVII, que se opusieron tanto a la iglesia anglicana del rey como a los puritanos de Oliver Cromwell. Probablemente eran ideas cuyo origen se remonta hasta la Edad Media, si no es que se trata de una añoranza humana que existe desde los comienzos de las sociedades estratificadas, basadas en la división de trabajo. Durante la Revolución francesa, las ideas de una revolución social no tuvieron la fuerza para hacerse oír. Las demandas del socialismo fueron combatidas, a veces, de forma sangrienta. La reivindicación por la igualdad, por lo tanto, también en la modernidad europea ha tenido un carácter más ideal que real. Si bien la pobreza en Occidente, mientras tanto, ha disminuido y el bienestar ha aumentado, la desigualdad a nivel global incluso ha crecido. Según los datos de Angus Madison, la relación entre los ingresos por cabeza en los países más ricos y más pobres fue de 3 : 1 en 1820, y de 72 : 1 en 1992, y nada indica que la situación haya mejorado.

En el contacto con el mundo extraeuropeo, la maleabilidad de los nuevos ideales se manifestaba con claridad. La Ilustración reclamaba —acorde con la tradición del universalismo cristiano— una validez universal. Mientras que el cristianismo había postulado la igualdad de los hombres frente a Dios, por encima de todas las diferencias existentes en el mundo, ahora se proclamaba la igualdad bajo el auspicio de la razón, cuya definición, sin embargo, se presta a ambivalencias. Según como sea interpretada, algunas personas, sistemas sociales, culturas o civilizaciones pueden ser más o menos razonables. De esta suerte, mediante la razón podían concebirse o confirmarse je-

rarquías seculares. Su vigor dependía de la explicación que se les daba. Para su apuntalamiento, la ciencia empezó a avalar viejas diferenciaciones y prejuicios racionalmente. Por ejemplo, la desigualdad entre los hombres se podía justificar mediante la presunción de un rígido evolucionismo cultural. En 1789, Friedrich von Schiller equiparó las culturas extraeuropeas con la infancia de la humanidad, vergonzosa por su simpleza, y expresó, de esta manera, el sentimiento de superioridad del Occidente en concordancia con las ideas de la Ilustración. Incluso la sinofilia europea de la primera mitad del siglo XVIII desapareció, y China, tan admirada por los jesuitas y los tempranos ilustrados, pasó a ser reinterpretada como residuo del despotismo asiático. Con tales argumentos la East India Company justificaba su toma de poder en la India, y todas las potencias imperiales del siglo XIX harían lo mismo.

Mientras que un retraso evolutivo puede ser recompensado con el tiempo, se encontraron también argumentos para naturalizar y afincar las diferencias observadas. Sin duda, el desarrollo estaba vinculado con la creciente influencia global de Europa y con el auge de las plantaciones esclavistas. El neerlandés Cornelis de Pauw planteó la teoría de que en América plantas, animales y seres humanos degeneraban debido a influencias climáticas. Doctrinas similares postulaban los efectos dañinos del calor en los africanos. De esta suerte, bajo el auspicio de la razón se preparó el camino para el racismo moderno, antes de que durante el siglo XIX en la biología y el darwinismo se encontraran argumentos más tajantes para postular la desigualdad de las razas. Por otro lado, no faltaban indicios de cambio. Así, el movimiento abolicionista demandaba el fin de la esclavitud (si bien mostraba una actitud bastante paternalista frente a los africanos), que fue ganando fuerza a partir de la década de 1780. Pero fue sólo en la lucha contra el nacionalsocialismo que el racismo caería en el descrédito general, sin que hubiera desaparecido fuera de los discursos oficiales.

En el campo de la historiografía, por consiguiente, no sorprende que la Historia Global haya sido sometida a una periodización —y, de este modo, también a una interpretación— que corresponde a la evolución de la modernidad y de las potencias dominantes del noroeste europeo. Prestigiados autores consideran el cambio decisivo en la transición del siglo XVIII al XIX, es decir, en el surgimiento del predomino hegemónico del Occidente. Pero sería teleológico reducir la historia anterior a su antecedente o declarar esta historia irrelevante, sosteniendo que con la modernidad todo ha cambiado radicalmente. Más bien se trata de situar la modernidad en el tiempo y en el espacio, mostrar que sólo era una vía del desarrollo histórico entre otras que no fueron truncadas sino sepultadas por una exuberante narración hegemónica occidental. El auge europeo no nació por sí mismo ni de la nada e igualmente sus contracorrientes retoman desarrollos aparentemente cortados pero que siempre han existido. De esta manera, el auge actual de China —o de Asia en general— viene eslabonado con la historia precolonial y preimperialista, y parece indicar el regreso al mundo multipolar, como el que había existido entre el siglo XVI y el XVIII. Este libro, dentro de lo limitado de su tamaño, ha querido destacar la pluralidad de la Historia Global entre los siglos XVI y XVIII, en contraposición a una mirada teleológica del pasado, pero también —ojalá— para abrir una nueva perspectiva al presente.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Para un tema tan amplio como el tratado en el presente volumen, casi todas las publicaciones sobre el periodo pueden contribuir con alguna información significativa. Finalmente, es imposible hacerle justicia a las lecturas que han aportado a este libro. Sobre todo, se beneficia de los volúmenes 3, 4 y 5, dedicados a los siglos XVI al XVIII, de la serie editada *Globalgeschichte. Die Welt 1000-2000*, que coordiné, entre 2008 y 2011, junto con Peter Feldbauer y Jean-Paul Lehners. A partir de sus 33 capítulos escritos por 20 autores sobre las macrorregiones del globo, escribí mi libro *Die Verknüpfung der Welt* (2015), que he traducido, revisado y actualizado para el presente propósito, desprendiéndolo de las 607 notas de pie de página y de su bibliografía, de 579 títulos. Como el lector de habla hispana sólo excepcionalmente leerá el alemán, intentaré aquí dar un brevísimo panorama sobre los textos que para mí han sido claves y útiles.

Para empezar quisiera mencionar que una obra como la presente, particularmente al concebir la globalización como un proceso espacial, requiere de visualizaciones cartográficas. Hay diez mapas en el texto, pero deberían ser más y sólo me queda indicar dónde se pueden encontrar. Por suerte, prácticamente todos los atlas históricos en el mercado ofrecen mapas sobre los temas claves de este volumen, desde el ya clásico *Atlas histórico mundial*, de Kinder, Hergt y Hilgemann, hasta el reciente *Atlas of World History* de O'Brien. Abundan los atlas de historias nacionales u otros especializados en diversas temáticas, como comunidades

religiosas, civilizaciones o continentes, que aportan valiosas representaciones de muchos fenómenos de la Historia Global. El atlas editado por Jeremy Black sobre las guerras, por ejemplo, resulta muy instructivo sobre la historia de los imperios.

BLACK, Jeremy, *La guerra. Del Renacimiento a la Revolución, 1492-1792*, Madrid, Akal, 2003.

DUÉ, Andrea y Juna María LABOA, *Atlas histórico del cristianismo*, Madrid, San Pablo, 1998.

KINDER, Hermann, Manfred HERGT y Werner HILGEMANN, *Atlas histórico mundial. De los orígenes a nuestros días,* 22ª ed. revisada, Madrid, Akal, 2007.

LAROSA, Michael y Germán MEJÍA, *An Atlas and Survey of Latin American History*, Londres/Nueva York, Routledge, 2015.

LUCENA SALMORAL, Manuel, *Atlas histórico de Latinoamérica. Desde la prehistoria al siglo XXI*, Madrid, Síntesis, 2005.

O'BRIEN, Parick Karl, *Atlas of World History*, ed. revisada, Oxford, Oxford University Press, 2007.

RUTHVEN, Malise y Azim NANJI, *Historical Atlas of Islam*, Cambridge, Harvard University Press, 2004.

Con todo, hay que subrayar que gran parte de la cartografía que intenta representar temas históricos se puede tomar sólo como aproximaciones y puede ser, por lo tanto, objeto de crítica. Esto se debe en primer lugar a la escasez o inexactitud de los datos y a la dificultad de fijar en un mapa fenómenos en perpetuo cambio. Además, las fronteras de los imperios, por ejemplo, no siempre estaban tan claramente trazadas como hoy en día lo suelen ser. Últimamente han aparecido mapas animados en internet que intentan representar el cambio. Por el momento, más pareciera que quieren llamar la atención con su fascinante diseño. No obstante, se pueden esperar propuestas interesantes en el próximo futuro. Dos ejemplos de mapas animados serían éstos:

History of the World: Every Year, [www.youtube.com/watch?v=y-mI5Uv5cGU4], 29 de enero de 2017.
How religion spread around the world, [www.youtube.com/watch?v=AvFl6UBZLv4], 29 de enero de 2017.

Sobre la Historia Global, como nuevo enfoque o disciplina, se ha publicado mucho, y he intentado dar una idea de los debates al inicio de este libro. Hay también revistas especializadas en cuyos números se puede seguir el avance de la investigación en el campo. Además, sólo se pueden mencionar algunos títulos como ejemplos que resumen la problemática:

Bentley, Jerry H. (ed.), *The Oxford Handbook of World History*, Oxford, Oxford University Press, 2011.
Gills, Barry K. y William R. Thompson (eds.), *Globalization and Global History*, Londres/Nueva York, 2006.
Gruzinski, Serge, "Faire de l'histoire dans un monde globalisé", en *Annales. Histoire, Sciences sociales*, vol. 66, núm. 1, 2011, pp. 1081-1091.
Hausberger, Bernd, "Acercamientos a la historia global", en Carlos Alba, Marianne Braig, Stefan Rinke y Guillermo Zermeño (coords.), *Entre espacios. Movimientos, actores y representaciones de la globalización*, Berlin, Edition tranvia/Verlag Walter Frey, 2013, pp. 83-98.
Hopkins, A. G. (ed.), *Globalization in World History*, Nueva York, Pimlico, 2002.
Journal of Global History (2006-), editada por Cambridge Univeristy Press.
Journal of World History (1990-), editada por Univesity of Hawaii Press.
Manning, Patrick, *Navigating World History. Historians Create a Global Past*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2003.
Sachsenmaier, Dominic, *Global Perspectives on Global History. Theories and Approaches in a Connected World.* Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

El problema de la periodización de la Historia Global y de la historia de la globalización lo he tratado sobre todo a partir de las siguientes obras:

BENTLEY, Jerry H., "Cross-Cultural Interaction and Periodization in World History", en *The American Historical Review*, vol. 101, núm. 3, 1996, pp. 749-770.
CIPOLLA, Carlo M., *The Economic History of World Population*, Londres/Baltimore, Penguin Books, 1962.
FLYNN, Dennis O. y Arturo GIRÁLDEZ, "Path Dependence, Time Lags and the Birth of Globalisation: a Critique of O'Rourke and Williamson", en *European Review of Economic History*, vol. 8, núm. 1, 2004, pp. 81-108.
FLYNN, Dennis O. y Arturo GIRÁLDEZ, "Los orígenes de la globalización en el siglo XVI", en Bernd Hausberger y Antonio Ibarra (coords.), *Oro y plata en los inicios de la economía global: de las minas a la moneda*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 29-76.
NORTHRUP, David, "Globalization and the Great Convergence: Rethinking World History in the Long Term", en *Journal of World History*, vol. 16, núm. 3, 2005, pp. 249-267.
O'ROURKE, Kevin y Jeffrey G. WILLIAMSON, "When Did Globalization Begin?", en *European Review of Economic History*, vol. 6, núm. 1, 2002, pp. 23-50.
O'ROURKE, Kevin y Jeffrey G. WILLIAMSON, "Once More: When Did Globalization Begin?", en *European Review of Economic History*, vol. 8, núm. 1, 2004, pp. 109-117.

No hay muchos trabajos que resuman la historia de los siglos aquí tratados a nivel global, salvo las clásicas obras de Braudel y Wallerstein. Hay que mencionar el volumen coordinado por Wolfgang Reinhard, aunque sigue otra periodización y usa la estructura por regiones, similar a la que nosotros habíamos usado también en nuestra *Globalgeschichte* (2008-2011), pero la que no uso en este volumen.

BRAUDEL, Fernand, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siècle*, 3 vols., París, A. Colin, 1967-1979.
REINHARD, Wolfgang (ed.), *Empires and Encounters: 1350-1750*, en Akira Iriye y Jürgen Osterhammel (coords.), *A History of the World*, vol. 3, Cambridge/Londres, Harvard University Press, 2015.
WALLERSTEIN, Immanuel, *The Modern World-System*, 3 vols., Nueva York, Academic Press, 1974-1989.

Son fundamentales (aunque yo discrepe en algunos puntos) los libros de Bayly y Osterhammel, que intentan ofrecer una versión conjunta del siglo XIX y definir qué lo distinguió de los tiempos precedentes. El periodo anterior al siglo XVI, a la vez, es tratado por Janet L. Abu-Lughod y Jean-Michel Sallmann. También hay obras que analizan periodos parciales de los siglos que trato aquí, por ejemplo, el libro de Parker sobre el siglo XVII, o el de Willis, sobre el año de 1688.

ABU-LUGHOD, Janet L., *Before European Hegemony. The World System A. D. 1250–1350*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.
BAYLY, Christopher A., *El nacimiento del mundo moderno*, 1790-1914, Madrid, Siglo XXI, 2010.
CANNY, Nicholas y Philip MORGAN (eds.), *The Oxford Handbook of the Atlantic World, c. 1450-c. 1850*, Oxford/Nueva York, Oxford University Press, 2011.
OSTERHAMMEL, Jürgen, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*, Barcelona, Crítica 2015.
PARKER, Geoffrey, *Global Crisis. War, Climate Change and Catastrophe in the Seventeenth Century*, Yale, Yale University Press, 2013.
SALLMANN, Jean-Michel, *Le grand désenclavement du monde, 1200-1600*, París, Payot & Rivages, 2011.
WILLIS, John E., *1688: A Global History*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 2002.

Son demasiadas las obras que tratan de civilizaciones, continentes o regiones en su contexto global, pero hay que mencionar algunas:

Barendse, Rene J., *The Arabian Seas. The Indian Ocean World of the Seventeenth Century*, Nueva York/Londres, M.E. Sharpe, 2002.

Barendse, Rene J., *Arabian Seas 1700-1763*, 4 vols., Leiden/Boston, Brill, 2009.

Bentley, Jerry H., Renate Bridenthal y Kären Wigen (eds.), *Seascapes. Maritime Histories, Littoral Cultures and Transoceanic Exchanges*, Honolulu, University Hawaii Press, 2007, pp. 87-104.

Cañizares-Esguerra, Jorge y Erik. R. Seeman (eds.), *The Atlantic in Global History 1500-2000*, Upper Saddle River, Pearson, 2007.

Chaudhuri, Kriti N., *Trade and Civilisation in the Indian Ocean. An Economic History from the Rise of Islam to 1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

Inikori, Joseph E., *Africans and the Industrial Revolution in England. A Study in International Trade and Economic Development*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

Marshall, P. J. (ed.), *The Oxford History of the British Empire. Vol. 2. The Eighteenth Century*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

Pomeranz, Kenneth, *The Great Divergence. China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

Thornton, John J., *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

Vries, Peer, *State, Economy and the Great Divergence. Great Britain and China, 1680s-1850s*, Londres/Nueva York, Bloomsberry Academic, 2015.

Yangwen, Zheng, *China on the Sea. How the Maritime World Shaped Modern China*, Leiden, Brill, 2011.

Zhao, Gang, *The Qing Opening to the Ocean. Chinese Martime Politicies, 1684-1757*, Honolulu, University of Hawaii Press, 2013.

Sobre la formación de imperios y Estados se pueden recomendar las siguientes obras:

Darwin, John, *After Tamerlane. The Global History of Empire*, Londres, Penguin, 2007.

Elliott, John H., *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America 1492-1830*, Yale, Yale University Press, 2007.

García Martínez, Bernardo, "*Encomenderos españoles* y *British Residents*. El sistema de dominio indirecto desde la perspectiva novohispana", en *Historia Mexicana*, vol. 60, núm. 4, 2011, pp. 1915-1978.

Hämäläinen, Pekka, *The Comanche Empire*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2008.

Marichal, Carlos, *Bankruptcy of Empire. Mexican Silver and the Wars Between Spain, Britain and France, 1760–1810*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

Yun-Casilla, Bartolomé, Patrick O'Brien y Francisco Comín (eds.), *The Rise of Fiscal States. A Global History, 1500-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

Sobre la guerra y la tecnología militar:

Andrade, Tonio, *The Gunpowder Age. China, Military Innovation, and the Rise of the West*, Princeton, University Press, 2016.

Buchanan, Brenda J., *Gunpowder, Explosives and the State*, Aldershot, Ashgate, 2006.

Parker, Geoffrey, *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

Sobre la religión:

Clossey, Luke, *Salvation and Globalization in the Early Jesuit Missions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

Křížová, Markéta, *Ciudad ideal en el desierto. Proyectos misionales de la Compañía de Jesús y la Iglesia Morava en la América colonial*, Praga, Karolinum, 2004.

Morgan, David O. y Anthony Reid (eds.), *The Eastern Islamic World. Eleventh to Eighteenth Centuries* (*The New Cambridge History of Islam*, vol. 3), Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

Sobre navegación y comercio:

Bonialian, Mariano, *El Pacífico hispanoamericano. Política y comercio en el imperio español, 1680-1784. La centralidad de lo marginal*, México, El Colegio de México, 2012.

Bonialian, Mariano, *China en América colonial. Bienes, mercados, comercio. Cultura del consumo desde México hasta Buenos Aires*, México/Buenos Aires, Instituto Mora/Editorial Biblos, 2014.

Carmagnani, Marcello, *Las islas del lujo. Productos exóticos, nuevos consumos y cultura económica europea, 1650-1800*, México/Madrid, El Colegio de México/Marcial Pons, 2012.

Cuenca Esteban, Javier, "Comparative Patterns of Colonial Trade. Britain and its Rivals", en Leandro Prados de Escosura (ed.), *Exceptionalism and Industrialization. Britain and its European Rivals, 1688-1815*, Cambridge: Cambridge University Press, 2004, pp. 35-66.

Frykman, Niklas, "Seamen on Late Eighteenth-Century European Warships", en *International Review of Social History*, vol. 54, 2009, pp. 67-93.

García-Baquero González, Antonio, *La carrera de Indias. Suma de la contratación y océano de negocios*, Sevilla, Algaida, 1992.

LUCASSEN, Jan y Richard W. UNGER, "Labour Productivity in Ocean Shipping, 1450-1875", en *International Journal of Maritime History*, vol. 12, 2000, pp. 127-141.

MAGRA, Christopher P., *The Fisherman's Cause. Atlantic Commerce and Maritime Dimensions of the American Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.

OLIVA MELGAR, José María, "La metrópoli sin territorio. ¿Crisis del comercio de Indias en el siglo XVII o pérdida del control del monopolio?", en Carlos Martínez Shaw y José María Oliva Melgar (eds.), *El sistema atlántico español (siglos XVII-XIX)*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 19-73.

ÖZVEREN, Yaşar Eyüp, "Shipbuilding, 1590-1790", en *Review*, vol. 23, 2000, pp. 15-86.

PEARCE, Adrian J., *British Trade with Spanish America, 1763-1808*, Liverpool, Liverpool University Press, 2007.

REDIKER, Marcus, *Between the Devil and the Deep Blue Sea. Merchant Seamen, Pirates and the Anglo-American Maritime World, 1700-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

TOPIK, Steven, Carlos MARICHAL y Zephyr FRANK (eds.), *From Silver to Cocaine. Latin American Commodity Chains and the Building of the World Economy, 1500-2000*, Durham/Londres, Duke University Press, 2006.

TRACY James D. (ed.), *The Rise of Merchant Empires. Long-Distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

UNGER, Richard W. (ed.), *Shipping and Economic Growth 1350-1850*, Leiden, Brill, 2011.

Sobre la economía y los flujos de plata:

ASSADOURIAN, Carlos Sempat, "La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial", en Enrique Florescano (ed.), *Ensayos sobre el desarrollo econó-*

mico de México y América Latina (1500-1975), México, Fondo de Cultura Económica, 1979, pp. 223-292.

Assadourian, Carlos Sempat, *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982.

Atwell, William S., "Another Look at Silver Imports into China, ca. 1635-1644", en *Journal of World History*, vol. 16, 2005, pp. 467-489.

Bowen, H. V., "Bullion for Trade, War, and Debt-Relief. British Movements of Silver to, around, and from Asia, 1760-1833", en *Modern Asian Studies*, vol. 44, 2010, pp. 445-475.

Glahn, Richard von, *Fountain of Fortune: Money and Monetary Policy in China, 1000-1700,* Berkeley, University of California Press, 1996.

Hausberger, Bernd y Antonio Ibarra (eds.), *Oro y plata en los inicios de la economía global: de las minas a la moneda*, México, El Colegio de México, 2014.

Kindleberger, Charles P., *Spenders and Hoarders. The World Distribution of Spanish American Silver, 1550-1750*, Singapore, Institute of Southeast Asian Studies, 1989.

Sobre la industrialización:

Allen, Robert C., *The British Industrial Revolution in Global Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.

De Vries, Jan, *The Industrious Revolution. Consumer Behavior and the Household Economy, 1650 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

Sobre población y migración:

Games, Alison, *Migration and the Origins of the English Atlantic World*, Cambridge/Londres, Harvard University Press, 1999.

HOERDER, Dirk, *Cultures in Contact: World Migrations in the Second Millennium*, Durham/Londres, Duke University Press, 2002.

LIVI-BACCI, Massimo, *A Short History of Migration*, Malden, Polity Press, 2012.

LUCASSEN, Jan y Leo LUCASSEN, "The Mobility Transition Revisited, 1500-1900. What the Case of Europe Can Offer to Global History", en *Journal of Global History*, vol. 4, núm. 3, 2009, pp. 347-377.

MANNING, Patrick, *Migration in World History*, 2ª ed., Nueva York, Routledge, 2013.

MCEVEDY, Colin y Richard JONES, *Atlas of World Population History*, Harmondsworth, Penguin, 1978.

MÖRNER, Magnus, "La inmigración europea y la formación de las sociedades ibéricas", en Alfredo Castillero Calvo y Allan Kuethe (eds.), *Historia General de América Latina*. Vol. 3. *Consolidación del orden colonial*, t. 2, París, Unesco, 2001, pp. 415-428.

WAN HO YIN, Hairo, *Population Expansion, Internal Migration and Social Disturbances in Eighteenth-Century China*, tesis, University of Hong Kong, Hong Kong, 1999, [http://hub.hku.hk/handle/10722/33845], 24 de mayo de 2014.

Sobre el comercio de esclavos y la economía de plantaciones:

CURTIN, Philip D., *The Rise and Fall of the Plantation Complex. Esssays in Atlantic History*, 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

FOLLETT, Richard, "The Demography of Slavery", en Gad Heuman y Trevor Burnard (eds.), *The Routledge History of Slavery*, Londres/Nueva York, Routledge, 2011, pp. 119-137.

KLEIN, Herbert S. y Ben VINSON, *Historia mínima de la esclavitud en América Latina y el Caribe*, México, El Colegio de México, 2013.

LARSON, Pier M., "African Diasporas and the Atlantic", en Jorge Cañizares-Esguerra y Erik. R. Seeman (eds.), *The Atlantic in Global History 1500-2000,* Upper Saddle River, Pearson, 2007, pp. 129-147.

NEWSON, Linda A. y Susie MINCHIN, *From Capture to Sale. The Portuguese Slave Trade to Spanish South America in the Early Seventeenth Century*, Leiden, Brill, 2007.

Sobre fenómenos de resistencia:

BOCCARA, Guillaume, "Etnogénesis mapuche. Resistencia y restructuración entre los indígenas del Centro-Sur de Chile (siglos XVI-XVIII)", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 79, 1999, pp. 425-461.

HILL, Christopher, "Radical Pirates?", en *The Collected Essays of Christopher Hill. Vol. 3. People and Ideas in 17th Century England*, Brighton, Harvester Press, 1986, pp. 161-187.

LINEBAUGH, Peter y Marcus REDIKER (eds.), *The Many-Headed Hydra: Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*, ed. revisada, Boston, Beacon Press, 2004.

POSTMA, Johannes, *Slave Revolts*, Westport/Londres, Greenwood Press, 2008.

Además, a lo largo del libro menciono una serie de autores, así que pongo una lista de las obras referidas:

ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, ed. revisada, Londres/Nueva York, Verso, 2006.

ARRIGHI, Giovanni, "Braudel, Capitalism, and the New Economic Sociology", en *Review*, vol. 24, 2001, pp. 107-123.

BAYLY, Christopher A., "'Archaic' and 'Modern' Globalization in the Eurasian and African Arena, ca. 1750-1850", en A. G.

Hopkins (ed.), *Globalization in World History*, Nueva York, 2002, pp. 45-72.

Böttcher, Nikolaus, *"A Ship laden with Dollars". Britische Handelsinteressen in Kuba (1762-1825)*, Fráncfort, Vervuert, 2007.

Carrara, Angelo Alves, "La producción de oro en Brasil, siglo xviii", en Bernd Hausberger y Antonio Ibarra (eds.), *Oro y plata en los inicios de la economía global: de las minas a la moneda*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 251-271.

Dürr, Renate, *Mägde in der Stadt: das Beispiel Schwäbisch Hall in der Frühen Neuzeit*, Fráncfort/Nueva York, Campus, 1995.

Feldbauer, Peter, *Estado da India. Die Portugiesen in Asien 1498-1620*, Viena, Mandelbaum, 2003.

Findlay, Ronald y Kevin H. O'Rourke, *Power and Plenty. Trade, War, and the World Economy in the Second Millenium*, Princeton, Princeton University Press, 2007.

Frank, André Gunder, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California Press, 1998.

Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, Nueva York/Toronto, Free Press, 1992.

García de León, Antonio, *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

Goldstone, Jack A., *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, Berkeley, University of California Press, 1991.

Habermas, Jürgen, *Historia crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981.

Hamilton, Earl J., *American Treasure and the Price Revolution in Spain 1500-1650*, Cambridge, Harvard University Press, 1934.

Hirschmann, Albert O., "A Generalized Linkage Approach to Development with Special Reference to Staples", en *Economic and Cultural Change*, vol. 25, 1977, pp. 68-98.

Lockhart, James, *Spanish Peru, 1532-1560. A Social History*, Madison, University of Wisconsin Press, 1968.

Lockhart, James, *The Nahuas after the Conquest. A Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth through Eighteenth Centuries*, Stanford, Stanford University Press, 1992.

Madison, Angus, *Monitoring the World Economy, 1820-1992*, París, oecd, 1995.

Madison, Angus, *The World Economy: Two-in-One Edition*, Nueva Delhi, Academic Foundation, 2007.

Mann, Michael, "Ein langes 18. Jahrhundert: Südostasien", en Bernd Hausberger (ed.), *Die Welt im 18. Jahrhundert*, Viena, Mandelbaum, 2011, pp. 274-301.

Marzagalli, Silvia, "The French Atlantic World in the Seventeenth and Eighteenth Centuries", en Nicholas Canny y Philip Morgan (eds.), *The Oxford Handbook of the Atlantic World, c. 1450-c. 1850*, Oxford/Nueva York, Oxford University Press, 2011, pp. 235-251.

Morgan, Jennifer L., "Gender and Family Life", en Gad Heuman y Trevor Burnard (eds.), *The Routledge History of Slavery*, Londres/Nueva York, Routledge, 2011, pp. 138-152.

Nolte, Hans-Heinrich, *Weltgeschichte: Imperien, Religionen und Systeme, 15.-19. Jahrhundert*, Viena/Colonia, Böhlau, 2005.

Northrup, David, "Early European Contacts, and the Emergent Diaspora", en Nicholas Canny y Philip Morgan (eds.), *The Oxford Handbook of the Atlantic World, c. 1450-c. 1850*, Oxford/Nueva York, Oxford University Press, 2011, pp. 38-54.

O'Brien, Patrick, The Global Economic History of European Expansion Overseas", en Victor Bulmer-Thomas, John Coatsworth y Roberto Cortés Conde (eds.), *The Cambridge Economic History of Latin America. Vol. 1. The Colonial Era and the Short Nineteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 7-42.

O'Brien, Patrick, "Historiographical Traditions and Modern Imperatives for the Restoration of Global History", en *Journal of Global History*, vol. 1, núm. 1, 2006, pp. 15-23.

Pérez-García, Manuel, *Vicarious Consumers. Trans-National Meetings between the West and the East in the Mediterranean World (1730-1808)*, Farnham, Routledge, 2013.

Platt, Tristan, "The Alchemy of Modernity. Alons Barba's Copper Cauldrons and the Independence of Bolivian Metallurgy (1790-1890)", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 32, núm. 1, 2000, pp. 1-54.

Scott, James C., *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven/Londres, Yale University Press, 1985.

Williams, Eric, *Capitalism & Slavery*, Chapell Hill, University of North Carolina Press, 1944.

Zeuske, Michael, *Handbuch Geschichte der Sklaverei. Eine Globalgeschichte von den Anfängen bis heute*, Berlín, De Gruyter, 2013.

Para algunos datos cuantitativos, tanto históricos como actuales, he recurrido a diversas páginas de internet:

"Christianity in India", [http://en.wikipedia.org/wiki/Christianity_in_India#cite_note-statistics-112], 11 de abril de 2014.

"Der deutsche Außenhandel. AHK-Weltkonjunkturbericht des Deutschen Industrie- und Handelskammertages 2011/2012", [www.dihk.de/ressourcen/downloads/weltkonjunkturbericht-2011/at_download/file?mdate=1314099348090, 26 de enero de 2014.

"Emigration from Africa", [http://en.wikipedia.org/wiki/Emigration_from_Africa], 4 de junio de 2014.

"Export of good and services (% of GDP)", [data.worldbank.org/indicator/NE.EXP.GNFS.ZS], 18 de abril de 2014.

"Exports, Imports, and Merchandise Trade Balance by Country: 2005 to 2009", [www.census.gov/compendia/statab/2012/tables/12s1307.pdf], 18 de abril de 2014.

"The Future of the Global Muslim Population", [http://www.pewforum.org/The-Future-of-the-Global-Muslim-Population.aspx], 7 de enero de 2014.

"Global Christianity. A Report on the Size and Distribution of the World's Christian Population", [www.pewforum.org/uploadedFiles/Topics/Religious_Affiliation/Christian/Christianity-fullreport-web.pdf], 7 de enero de 2014.

"Population Statistics. Historical Demography of all Countries, their Divisions and Towns", [www.populstat.info/], 2 de mayo de 2014.

United Nations, "The World at Six Billion", table 2, [http://www.un.org/esa/population/publications/sixbillion/sixbilpart1.pdf], 3 de febrero de 2016.

"Voyages. The Trans-Atlantic Slave Trade Database", [www.slavevoyages.org], 12 de abril de 2013.

Historia mínima de la globalización temprana,
se terminó de imprimir en enero de 2018, en los talleres
de Druko Internacional, S.A. de C.V.,
Calzada Chabacano 65, local F,
col. Asturias, Cuauhtémoc,
06850, Ciudad de México.
Portada: Pablo Reyna.
Tipografía y formación: Logos Editores.
Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones
de El Colegio de México.